El trono de Glenn

Hijos de los Reinos I

Ivone Navarrete

El trono de Glenn

Hijos de los Reinos I

Ivone Navarrete

El trono de Glenn

Hijos de los Reinos I

Ivone Navarrete

A Lucas, Joana y Andy, porque sin vosotros no existiría esta historia.

A mi familia y amigos, en especial a mis padres, mi hermana y a mi tía Paqui, por apoyarme en esta aventura.

Y a ti, querido lector, por adentrarte en estas páginas y formar parte de estos reinos.

Los tres reinos

Tres son los reinos que componen estas tierras, territorio repartido entre Daonean, Dorchas y Cryturean. Dos eran reinos de humanos, seres terrenales, de espíritu indomable. Mientras, el tercero era el hogar de los elfos, seres naturales, sobresaliendo en astucia y coraje.

Para mantener el orden, se decretaron cuáles serían sus capitales.

El reino de Daonean era el territorio de mayor extensión, destacable por sus campos de cultivo, su comercio y la relación entre sus cuatro pueblos: Glenn, Elder, Inverey e Isholmur. Nombrando Glenn como su principal capital, Risteard tomó el poder en el trono.

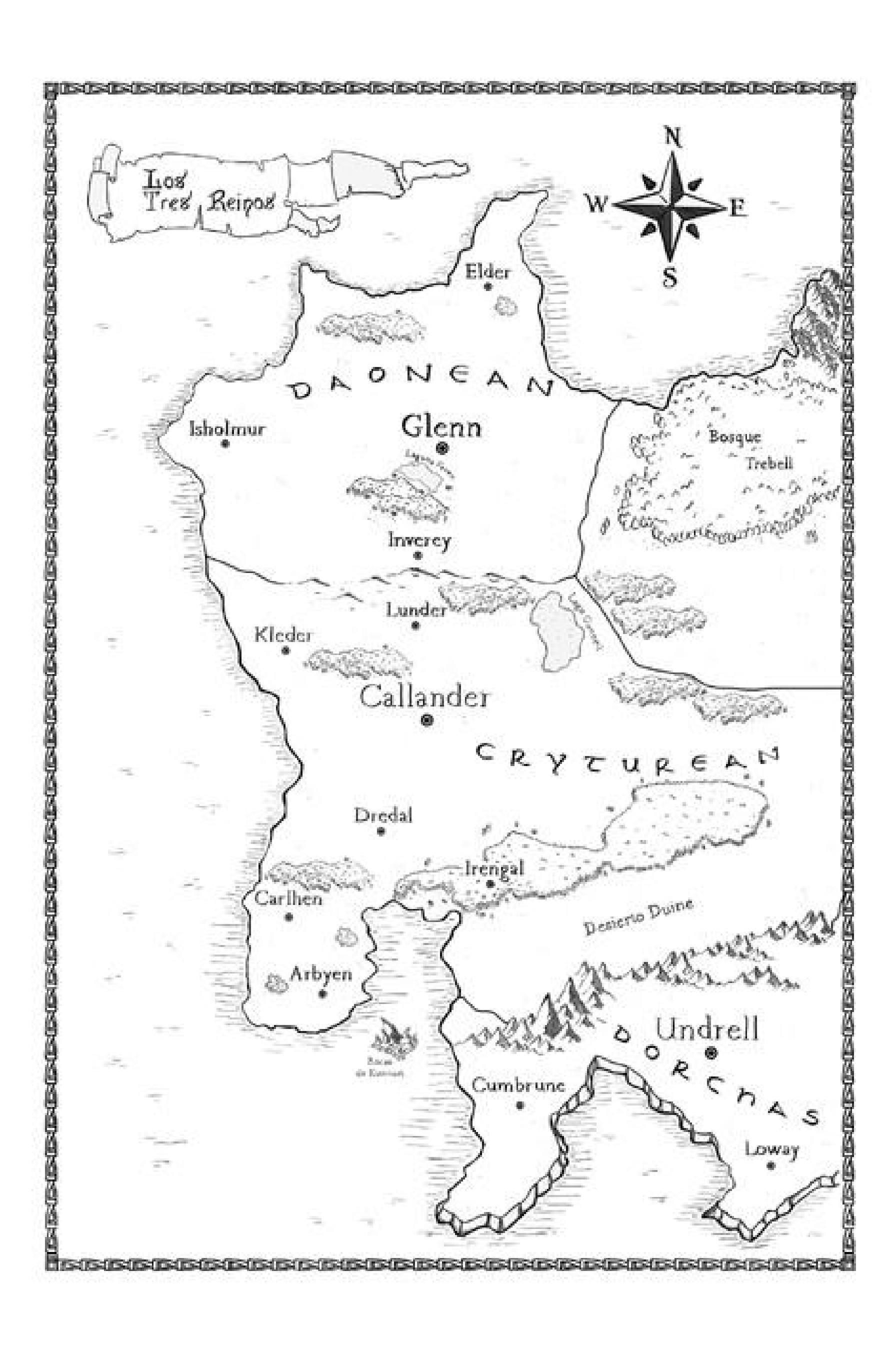
Tres eran los pueblos que formaban Dorchas: Undrell, Cumbrune y Loway, siendo el reino de menor tamaño con escasez de sembrado en sus tierras y predominancia de suelos áridos. Designaron al monarca Édbard, señor de Undrell, como representante del reino.

Finalmente, el reino de Cryturean, territorio de gran abundancia forestal, se componía de siete clanes: Callander, Kleder, Lunder, Irengal, Dredal, Arbyen y

Carlhen; y siendo el primer clan más dominante, quedó en su poder el mandato principal.

Durante años, el edicto llevado a cabo por los gobernantes mantuvo la paz entre los tres reinos. Hasta que hubo un tiempo, no muy lejano, en que la avaricia y el poder llevaron a una lucha y al desorden de las monarquías, el caos predominó sobre todo lo que habían logrado sus antepasados, echando a perder la relación entre los territorios.

Se formaron alianzas diferentes y los conflictos quedaron atrás. Los reinos siguieron su curso, prevaleciendo la armonía en cada rincón, o eso creían.


Los Tres Reinos
N
W
E
S
Elder
DAONEAN
Isholmur
Glenn
Bosque
Trebell
Inverey
Lunder
Kleder
Callander
CRYTUREAN
Dredal
Irengal
Carlhen
Desierto Duine
Arbyen
Undrell
DORCHAS
Cumbrune
Loway

1

La luz de las antorchas colgadas sobre el muro de piedra iluminaba el salón del trono. Una amplia estancia que durante esa noche alojaba varias mesas alargadas de madera, provistas de bebida y comida para los allí presentes. El servicio encargado de reponer en todo momento el contenido de las jarras de los invitados entraba y salía de la sala con grandes barriles de cerveza y vino. Mientras los músicos amenizaban el banquete, la melodía procedente del laúd, el arpa y el violín hacía que todos los presentes bailaran al son de la música. El rey Gared, descendiente del antiguo rey Risteard, bebía un largo trago de cerveza mientras con brillo en sus oscuros ojos disfrutaba del baile, entretanto agarraba la mano de su reciente esposa, Freya, que sonreía ante el espectáculo que estaba presenciando.

Cualquiera podría apreciar el cambio que Gared había sufrido tras conocerla: cómo un hombre correcto y justo ante las decisiones del reino se había vuelto más relajado y despreocupado, delegando algunas de sus actividades en su hija. A pesar de la cercanía que el rey mostraba ante sus súbditos, no todos compartían la simpatía con su nueva reina. Aunque se esperaba que la celebración del enlace diera paso a una nueva era, trayendo así tiempos mejores al reino.

Pero era evidente que el rostro de la joven Eliana Risteardsen, sentada junto a su padre, mientras permanecía con la mirada fija en la sala frente a un plato que aún seguía intacto, no mostraba agrado alguno. La joven presentaba un comportamiento ejemplar y un aspecto impecable con su larga melena castaña adornada con flores blancas, sentada perfectamente. Exhibía una leve sonrisa que denotaba educación, pues sabía que, como princesa, no podía defraudar a su padre.

—No has probado la perdiz —observó el rey contemplando el plato de su hija.

—Lo siento, padre, he perdido el apetito —respondió la joven con una tímida sonrisa.

Tras examinar el rostro de su hija, el cual sabía que ocultaba pesadumbre, alzó su jarra y se puso en pie. Ante aquel gesto, los presentes guardaron silencio, esperando atentos las palabras del rey.

—Gracias por asistir, espero que estéis disfrutando del festejo. Mi esposa y yo —dijo mirando a aquella mujer rubia y esbelta sentada

junto a él— estamos muy felices, y queremos compartir esta dicha con todos vosotros y, por supuesto, con mi querida hija, Eliana. ¡Que siga la música! —ordenó el rey.

Aquella dulce melodía llegó hasta los oídos de Eliana. La suavidad de las primeras notas del violín envolvía la estancia bajo la cálida luz. Escuchando las leyendas que contaban, Eliana viajó a otra época, un tiempo en el que sus recuerdos se formaban según lo que su padre le había contado. Cuando su madre, la difunta reina Effie, le cantaba aquella canción de cuna que englobaba su destino.

Recuesta tu cabeza

y te cantaré una canción de cuna,

de vuelta a los años,

en la gloria de Glenn.

Y te cantaré hasta que te duermas

y te cantaré mañana.

Te bendigo con tu destino

por el camino que debes seguir.

Como si fuera real, Eliana podía sentir las suaves manos de su madre acariciándole la cabeza mientras lentamente la mecía entre sus brazos, aquel único recuerdo era el que guardaba de ella, formado cada noche, cuando su padre lo relataba antes de dormir.

Los aplausos alejaron aquella ensoñación de la mente de la princesa, que abstraída volvió a la realidad. Con una sonrisa, se unió a la ovación para felicitar a los músicos, que continuaron el festejo animando a los invitados a bailar. El bullicio era ensordecedor y el tumulto que se había formado en el centro del salón a causa de la nueva danza provocó la inestabilidad de los platos, vasos y jarras que había depositados en las mesas. Varios sirvientes entraron portando unos pasteles de carne adornados con frutos rojos. Los invitados, ajenos al baile, atacaron aquel delicioso manjar, mientras una sirvienta, dejando uno de los pasteles en la mesa nupcial, cogía un cuchillo y cortaba las porciones para servirlas. Al realizar el corte, el humo surgió del interior, mostrando la temperatura caliente del pastel. El aroma a carne asada, junto con el pan horneado, emanaba del plato, llenando las fosas nasales de los comensales.

Sirvieron una porción frente a Eliana, junto con una salsa jugosa producto de la cocción de los frutos rojos, pero a pesar del apetitoso aspecto de los alimentos seguía con el estómago cerrado.

—Majestades —saludó un joven que se presentó ante ellos. El joven alto, moreno hizo una leve reverencia como señal de respeto. Ataviado con una casaca oscura cuya urdimbre y trama estaban elaboradas con un fino hilo marrón—, enhorabuena por el enlace, pero debo retirarme.

—¿Tan pronto te marchas, Caillen? —preguntó el rey.

—Lo siento, pero Belenus requiere mis servicios. Si me disculpan —se excusó—. Eliana —añadió dirigiéndose a la princesa.

Ella sonrió y, con un leve gesto de cabeza, se despidió de él.

Caillen abandonó el salón principal. Recorriendo los largos pasillos de piedra, se dirigió a la planta subterránea, donde apenas había luz. El joven, con ayuda de una antorcha, caminó por un angosto pasillo en el que podía sentirse la humedad en las paredes. Anduvo hasta llegar a una estrecha puerta de madera roída, llamó dos veces y prosiguió a abrirla.

—¿Maestro Belenus? —preguntó intentando acostumbrar la visión a la penumbra de la habitación.

La estancia oscura, de forma ovalada, presentaba un desorden allí donde se mirase. Las paredes, cubiertas por estantes de madera en cuyas superficies reposaban libros, pergaminos y frascos de cristal con contenido desconocido, hacían que la habitación pareciese más pequeña de lo que era.

Justo en el centro, un anciano ataviado con una túnica grisácea observaba un mapa desplegado sobre la vieja mesa de madera. Caillen se acercó al anciano y, colocándose tras él, pudo vislumbrar el terreno que el mapa abarcaba. Pues lo que estaba ante ellos era la ciudad de Glenn.

—Llegas tarde —dijo el anciano con voz cansada.

—Disculpe, maestro. Me entretuve en el festejo, debió de asistir —respondió Caillen, colocándose junto a él.

—El futuro no espera —añadió el anciano.

Caillen observó lo que su maestro hacía. Belenus agarró varios pergaminos enrollados, cogió el primero y, desatando el cordel que lo mantenía sujeto, lo desplegó, y situó el documento junto al mapa. El joven observó que el territorio que aquel plano mostraba era ampliado. El anciano repitió la misma acción, añadiendo otro pergamino más al despliegue de la mesa. Caillen contempló atentamente el mapa, fijándose en los tres nombres que resaltaban por encima del resto de la información: Daonean, Cryturean y Dorchas. Los tres reinos.

—Muchacho, acércame el tarro de arena roja —ordenó Belenus, mientras se retiraba para dejar espacio entre su cuerpo y la mesa.

Caillen le tendió el tarro, que contenía una fina tierra compacta, del color de la sangre.

—¿Qué es, maestro? —preguntó el joven, observando aquel polvo.

—Aquello que nos dará respuestas —respondió el anciano.

Caillen, acostumbrado a los misterios que Belenus escondía en aquel cuarto, aún no se había habituado a las adivinanzas del anciano; y a pesar de llevar años como aprendiz del druida y de aprender rápido, el joven sabía que aún le quedaba mucho por descubrir. Observó cómo el anciano abría la tapa de madera con dificultad. Dejando el tarro sobre una repisa, extrajo un puñado de aquel polvo rojizo y, estirando el brazo, cerró los ojos murmurando algo que Caillen no llegó a entender. Al finalizar, abrió el puño y la tierra cayó sobre el mapa; al contacto del polvo con el pergamino, se formó una pequeña nube que tapó el contenido de estos, hasta que pasados unos segundos aquella masa brumosa desapareció. Belenus se acercó a la mesa, imitado por el joven aprendiz, que con intriga observó el resultado del ritual que el anciano druida había realizado.

—¿Qué ves? —preguntó el hombre.

—Una triqueta —susurró el joven, observando el símbolo que se había formado con aquella sustancia—. ¿Una triple dimensión de poder?

Hasta ahora, Caillen estaba familiarizado con la simbología que Belenus le había enseñado durante el periodo que llevaba de aprendizaje, pero era consciente de que algunos símbolos podrían ocultar un doble significado.

—O una triple amenaza. Muchacho, se acercan cambios.

Caillen cogió un pequeño candelabro y, alumbrando con la luz de la vela, examinó el símbolo. Abarcaba la zona que correspondía a la ciudad, aquel emblema de tres puntas cubría el territorio de Glenn. Miró al druida, que permanecía con la mirada baja, repasando la triqueta repetidas veces, como si aún le faltase descubrir algo del significado.

∞

Pero aquella tenue luz no llegaba al bosque cercano al castillo, ni el bullicio del festejo interrumpía el silencio de la arboleda. Solo la luz de la luna iluminaba el camino serpenteante entre los árboles y el constante galope de un caballo alteraba el ambiente. Pues Dahlia de Callander cabalgaba velozmente, mientras su larga melena pelirroja ondeaba en el viento dejando a su paso un aroma embriagador. Llevaba horas recorriendo aquella vegetación y, a pesar de no padecer agotamiento, tenía la sensación de que aquel recorrido era interminable. Consciente de que no podían verla llegar a su destino, necesitaba desorientar a aquellos jinetes que cabalgaban tras ella.

Vislumbrando una zona en la cual podría refugiarse, pero dificultosa para adentrarse en caballo, detuvo su corcel blanco junto a uno de los árboles, de un salto bajó de él y, ajustando el cinto que mantenía sujeto su carcaj a la espalda, cogió la alforja del caballo lista para partir. Pero antes se acercó al oído del animal y, tras acariciar la crin de este, le susurró:

—Tranquilo, Alsvid, te encontraré.

La joven palmeó el lomo del caballo en señal de despedida. Mientras, este tras relinchar inició su galope en dirección opuesta. Dahlia aguzó el oído, pues algo le parecía extraño. Ya no escuchaba el ruido de los cascos al golpear la tierra. El galope de los jinetes había desaparecido, pero, en cambio, sí podía percibir el crujir de las hojas y ramas bajo pesadas botas. Observando con atención los árboles a su alrededor, vislumbró una rama lo suficientemente alta y gruesa para proporcionarle la visión y estabilidad que necesitaba, pudiendo así contemplar a aquellos que le seguían.

De un impulso, llegó hasta el saliente del tronco, dejó su alforja sobre la rama y esperó con el arco preparado en sus manos. Distinguió el andar de tres varones; por el ruido de sus pisadas al hollar la tierra, pudo saber que eran corpulentos. Consciente de su cercanía, la joven

tensó su arco. Desde las alturas, pudo observar sus cabezas, armados, intentaban caminar sigilosamente entre los árboles mientras la buscaban. Dos de ellos, espada en mano, se hacían señas para cubrir más territorio; el tercero, el más joven, portaba una ballesta. Dahlia se fijó en él, que a pesar de tener el arma en alto no estaba preparado para disparar. Sabiendo que no podía pasar allí toda la noche, esperó hasta que dos de ellos se adelantaron saliendo de su perímetro de visión, mientras que el más joven se situó de pie bajo el árbol donde ella se encontraba. Utilizando aquella como su oportunidad de escabullirse, tensó la cuerda llevando los dedos que agarraban el culatín hasta la comisura de su boca, sujetando con fuerza el cuerpo del arco. Inhaló hasta hinchar el pecho con el aire que invadía sus pulmones y, finalmente cuando estuvo segura, soltó la flecha.

La punta impactó en el pie del joven sorprendiéndole, lo que provocó que soltase la ballesta al sentir el dolor agudo atravesando su bota. Aquella fue la ocasión que Dahlia aprovechó para saltar de la rama en la que se encontraba y con rapidez salir corriendo sin darse cuenta de que el joven, alcanzando su arma, disparaba una saeta que iba directa hacia ella. A pesar de que Dahlia sintió el silbido del proyectil viajando en el aire, no pudo esquivarlo, de modo que la saeta le rozó el hombro haciendo un surco en la camisa, que inmediatamente quedó manchada de sangre.

2

Al día siguiente, el aspecto del salón era muy diferente, las mesas y bancos de madera habían desaparecido, dejando visible la amplitud de la estancia. Freya había pedido añadir ciertos toques de color modificando así la antigua decoración austera del castillo, situando grandes jarrones cilíndricos con ramos de canolas que iluminaban la estancia con destellos dorados, recordando a los rayos de sol o al cabello de su esposa, según había sugerido el rey. Tras los floreros, varios soldados de la guardia real vigilaban la fila de campesinos que esperaba su turno para hablar con la princesa.

La joven permanecía sentada en el trono de su padre, sobre una tarima de madera, atendiendo las necesidades y peticiones del pueblo. Aquello era una de las tareas que durante el periodo del enlace y mientras el rey no estaba en el castillo había delegado en ella.

—Le traigo un presente de nuestro huerto —dijo una mujer robusta, tendiendo a los pies de la joven una cesta con hortalizas.

—Es muy amable por su parte —respondió Eliana con una sonrisa —. Cuéntenme, ¿qué les trae hoy aquí?

La joven miró a la mujer y después a su marido, que, salvo una reverencia al saludarla, no había mostrado ningún otro signo de comunicación. El hombre parecía cansado, mostraba disgusto en su rostro.

—Alteza, estamos teniendo problemas con la cosecha de trigo —comenzó la mujer, mientras agarraba la mano del hombre—. Mi marido ya no sabe qué hacer. Nuestros cultivos se están llenando de gusanos blancos y sabemos que a otros vecinos les pasa lo mismo.

Tras las aclaraciones de aquella mujer, varias personas que se encontraban en la fila a la espera de su turno expresaron su opinión, asintiendo ante lo que esta había dicho. Hasta ahora los problemas que Eliana había tenido que resolver le habían resultado sencillos. Nada más allá de algunas cuestiones de división de tierras, entregas de pagos por las cosechas o confirmar permisos de venta en la zona del mercado, entre otros diminutos asuntos.

El día que empezaron a realizar las audiencias, el pueblo demostró lo agradecido que estaba por que sus reyes les dieran la oportunidad de manifestar aquello que les preocupaba. Pues el rey Gared y la reina Effie querían ser lo más cercanos a sus súbditos. Pero

desde que Gared había comenzado su relación con Freya todo había cambiado, pues él en muchos aspectos se había distanciado de sus obligaciones. Y, ante aquella complicación, Eliana no estaba preparada para afrontar una plaga de gusanos que amenazaba con acabar con la cosecha de toda la ciudad. Aquello no solo suponía la disminución de beneficios al comerciar con otros pueblos, sino también la pérdida de alimentación para sus propios súbditos.

—Les aseguro que tanto el rey como yo haremos todo lo que esté en nuestra mano para salvar las cosechas —aseguró la joven, esperando que aquella promesa no quedara en vano.

Tras finalizar las audiencias no tardó en recorrer los pasillos de piedra seguida por Declan, el soldado encargado de la seguridad de la princesa. Eliana caminaba delante de él con el rostro ensombrecido, dando vueltas a las quejas que el pueblo había expuesto ante ella. Con los puños apretados, se acercó a la gran puerta de roble de los aposentos reales, la cual estaba protegida por dos soldados.

—Tengo que hablar con el rey —dijo Eliana situándose firme ante los dos hombres, que mantenían la mirada fija hacia el pasillo.

—Su majestad no está disponible —contestó uno de ellos.

Eliana observó a los caballeros sin entender y miró hacia Declan. El joven, de veintisiete años, moreno, de ojos rasgados y nariz puntiaguda, permanecía como una estatua tras ella, rígido, con una mano en la empuñadura de su espada, mientras el otro brazo descansaba pegado al costado. La joven dio un paso con la intención de abrir la puerta, pero ambos soldados se lo denegaron al mover sus lanzas, impidiendo la entrada de la princesa.

—Esto es inaudito —añadió sin salir de su asombro dando un paso hacia atrás—. ¿Desde cuándo tengo que pedir audiencia para poder hablar con mi padre?

—Lo siento, alteza, pero tenemos órdenes de su majestad. No quiere ser molestado durante la mañana de hoy —volvió a hablar el mismo soldado.

—¿Ya puede arder Glenn, que, aun así, mi padre no se dignará a recibirme? —preguntó Eliana insistente.

—Son órdenes de su majestad.

Durante unos segundos, la joven escudriñó al soldado, que

impasible seguía con la mirada fija en la nada.

—Estupendo —añadió sin ocultar el tono sarcástico en su voz.

Indignada ante la orden que había dado su padre, Eliana retomó su camino dejando el dormitorio real atrás. Esta vez se dirigió a la sala de lectura, un espacio que se había convertido en un escondite para ella; era su forma de escapar al no permitirle salir del castillo. Aquella estancia le permitía evadirse a otros lugares, mediante aquellos libros podía viajar por el tiempo conociendo las leyendas de aquellas tierras tan peculiares.

—Permaneceré en la entrada —dijo Declan, mientras la joven abría la puerta.

—Gracias —respondió Eliana adentrándose en el interior.

Quizá aquella habitación era la más pintoresca de todo el castillo. Los muros de piedra habían sido cubiertos por estanterías repletas de libros y tapices en los que se habían plasmado escenas cotidianas y paisajes de la ciudad de Glenn, junto con una alfombra bermellón, todo ello envolvía el cuarto de calidez. En las esquinas, se encontraban altos candelabros plateados, que en aquel momento permanecían apagados, ya que la estancia era iluminada por los rayos del sol.

—No lleva ni un mísero día siendo reina y ya hay cambios —se quejó la joven, golpeando con la palma de la mano la madera de una de las estanterías.

Aquel golpe fue seguido por otros tres más leves que llamaron su atención, pues ella no los había producido. Estaban llamando a la puerta. Pero no a la principal, el ruido provenía de detrás de uno de los tapices. Eliana, sabiendo que tras aquella pieza se encontraba una pequeña entrada secreta, se acercó lentamente y retiró el tapiz con una mano mientras con la otra subía el bajo de su falda. De una de sus botas sobresalía una pequeña empuñadura; agarrando el arma, retiró el cerrojo que bloqueaba la entrada.

Cuando la puerta se abrió, la preocupación desapareció del rostro de la joven y volvió a introducir la daga en su calzado.

—¿Intentabas atacarme? —preguntó Caillen al ver el arma.

—Me la regaló mi padre por mi dieciocho cumpleaños para protegerme —respondió Eliana, tomando asiento—, y eso hago.

—¿Llevas dos años con una daga metida en la bota? —volvió a preguntar el joven, divertido.

—¿Qué quieres, Caillen? ¿Por qué no has usado la puerta normal? —preguntó Eliana, desviando la conversación.

—Al parecer, no me está permitido entrar en esta habitación por órdenes de la reina. Pero necesitaba hablar contigo a solas —respondió él.

Paseó de un lado a otro en la habitación, cambiando su rostro, denotando preocupación.

—¿Y qué derecho tiene ella para prohibir el acceso a la sala de lectura?

El enfado de Eliana iba en aumento según iba descubriendo lo que Freya había cambiado en su primer día como reina. Caillen observó cómo la joven, sentada en una silla, apretaba puños y dientes mientras pronunciaba algo ininteligible. A pesar de que no escuchaba con claridad lo que Eliana estaba diciendo, por la expresión que vio en ella sabía que estaba maldiciendo a su madrastra.

—¿Qué necesitas? —preguntó al ver que Caillen esperaba observándola.

—Anoche, durante la celebración, Belenus realizó un ritual. A lo largo del día me había confesado que sentía una sensación extraña, como un mal presentimiento —explicó—. Cuando llegué, extendió sobre la mesa los mapas de los tres reinos, y descubrimos una triqueta sobre la ciudad de Glenn.

Eliana le contempló sin entender a qué se refería, frunciendo el ceño. El joven, al ver el rostro de ella, continuó con la explicación.

—Una triqueta es señal de una triple dimensión de poder, o al menos eso había aprendido. Hasta que anoche Belenus me dijo que podría significar una señal de amenaza.

—¿Y tú qué crees? —preguntó Eliana.

—No lo sé —respondió confuso tomando asiento frente a ella—. Belenus no me permitió seguir estudiando su significado, quizá más tarde pueda indagar un poco más. Sea lo que sea, el maestro está decidido a hablar con el rey.

—¿Y si está en lo cierto y supone una amenaza? —La pregunta de Eliana mostró la preocupación de la joven—, ¿qué implicaría?

La princesa se levantó inquieta caminando de un lado a otro mientras retorcía sus manos. Aquel gesto dejaba claro su nerviosismo. Había sido testigo del cambio que el castillo había sufrido, de la variación en las decisiones que el rey Gared había tomado, optando por una actitud más relajada y despreocupada. Y en lo más profundo de su interior, aunque le doliese admitirlo, sabía que su padre no era el mismo, y por ello temía las decisiones que pudiese tomar ante el peligro inminente de una batalla.

—Para Eli. —Caillen se levantó y detuvo a la joven sujetando sus manos—. Intentaré entrar en el cuarto del maestro, estudiaré el símbolo y consultaré algunos libros. No te preocupes, pretendo aclarar todo antes de que Belenus hable con el rey.

Ambos se miraron en silencio. Eliana intentaba tranquilizarse, cuando los golpes en la puerta principal hicieron que se sobresaltaran.

—Un momento —respondió Eliana.

Observó cómo Caillen apartaba el tapiz, dejando a la vista la puerta que llevaba a los túneles internos del castillo, a los cuales solo se podía acceder mediante la sala de lectura, los aposentos reales y la cripta. Eliana esperó a que el acceso estuviera cerrado para abrir la entrada de la sala y contemplar el rostro de Declan.

—Alteza, su majestad quiere hablar con vos —dijo el joven soldado. Acto seguido, se retiró para dejarle paso.

Eliana agradeció con un gesto de cabeza el aviso de Declan, y cerrando la puerta inició su camino. Intranquila por la información que Caillen acababa de darle, caminaba con las manos juntas, pellizcando su dedo meñique con los dedos índice y pulgar de su mano derecha, en un intento de controlar sus nervios. No era la primera vez que la ciudad de Glenn peligraba ante un enfrentamiento. Hubo un tiempo en que, como capital del reino de Daonean, Glenn fue objetivo de batallas, contiendas y varios conflictos entre luchas de poder. Pero aquel tiempo no podía compararse con lo que Eliana, a pesar de no haber vivido ese pasado, sabía que podía ocurrir ahora. Y, consciente de que su mirada podía revelar aquello que pensaba, intentó desviar la mente de aquella preocupación, pues sabía que si su padre le miraba a los ojos averiguaría que algo no iba bien. Por lo que la joven princesa se centró en aquel otro problema que en esos

momentos urgía.

La puerta del salón se abrió a su llegada, encontrándose en el interior con Freya, sentada en el trono de su padre. La mujer, con una dulce sonrisa y las manos colocadas sobre su regazo, observó a Eliana. A pesar del peinado que Freya lucía aquella mañana y del exceso de bisutería, podía apreciarse la juventud en su rostro, aquella piel tersa y fina que desprendía belleza.

—Buenos días, querida —dijo Freya.

—Buenos días —respondió Eliana mientras con la mirada buscaba a su padre.

Lo encontró junto al fuego de la chimenea, con una mano posada en la repisa mientras contemplaba las llamas, como si estuviera comunicándose con ellas.

—¿Padre? —preguntó la joven al ver que él no se había percatado de su presencia.

Su voz debió de sobresaltarlo, parecía estar sumido en sus más profundos pensamientos. Cuando miró a su hija y, con una leve sonrisa, se acercó hasta el respaldo del trono donde permanecía su mujer, y, colocándose junto a ella, le indicó a Eliana que se colocara frente a ellos.

—Dinos, ¿qué ocurre? —preguntó el rey.

—El pueblo está teniendo problemas con la cosecha de trigo; al parecer, una plaga de gusanos —comenzó la joven, pero Freya la interrumpió.

—Es admirable cómo te preocupas por los súbditos, querida.

—Es mi deber —respondió Eliana—, nuestro deber —corrigió—. Y, como iba diciendo, si la cosecha se pierde será un desastre tanto para nuestro comercio como para la propia alimentación del pueblo.

La princesa observó el rostro de su padre. Entretanto, él mesaba su barba sin pronunciar palabra alguna. Aquellos segundos de silencio le parecieron eternos. Y se sentía incómoda al estar allí presente frente a su padre y Freya, mientras ellos analizaban su rostro. Estaba segura de que en aquel preciso momento cualquier cosa que hiciera, el más mínimo sonido, resonaría en la sala con tal estruendo que sobresaltaría la tranquilidad de los allí presentes, excepto la suya, pues

aquella parsimonia comenzaba a alterarla.

—Le pediré a Belenus que prepare algún remedio que podamos usar contra la plaga —respondió finalmente el rey.

—Estupendo, sería primordial que se pusiera con ello, creo que las circunstancias lo requieren —añadió Eliana.

—Por supuesto, ¿algo más? —preguntó su padre.

La duda cubrió su rostro, percatándose de sus miradas. Mientras seguía con las manos juntas y erguida frente a ellos, levantó el mentón, en un intento de expresar seguridad ante sus palabras.

—También he pensado que se podría ampliar la seguridad —respondió— por precaución.

—Una idea fantástica, querida. Pienso lo mismo que tú, por ello quise ponerte al soldado Murray como guardia, por tu seguridad —añadió Freya mirando a Declan, que permanecía en un lateral de la sala.

—No me refería a mi seguridad, sino a la de la ciudad. Nunca está de más si así protegemos a los nuestros.

La espera de una respuesta volvió a parecerle eterna.

—Veré cómo puedo organizarlo —concluyó el rey.

—Gracias, padre. Freya —dijo Eliana.

Despidiéndose con una pequeña inclinación de cabeza, abandonó la estancia.

∞

El estudio estaba igual que la noche anterior. Caillen cerró la puerta y se acercó a la mesa donde aún descansaba el mapa con la triqueta formada por la arena roja. Se acercó a una de las estanterías que contenían varias hileras de libros. Para él era fascinante poder observar cualquiera de esos tomos que contenían, escrito a mano por el druida, cada detalle de sus conocimientos y sus investigaciones. Con su dedo índice repasó el lomo de cada uno, tocando la rugosa textura, mientras leía lo que Belenus había escrito en ellos, hasta que se detuvo en uno donde podía leerse: «Simbología».

El joven cogió el libro y pasó sus amarillentas hojas hasta llegar a

lo que estaba buscando. En su interior encontró una triqueta dibujada. Aunque no era igual a la triqueta que había sobre la mesa. El símbolo que tenía ante él era más fino, las tres puntas imitaban la forma de un anzuelo. Caillen leyó por encima el texto escrito sobre las hojas, repasando los diferentes significados de aquella señal. Varias eran las posibilidades en las cuales se podría traducir aquella triqueta, siendo un símbolo que en ocasiones podría transmitir perfección y equilibrio. Sin embargo, Caillen leyó con detenimiento hasta llegar al punto que le interesaba.

Era posible que la triqueta simbolizara una llegada de gran poder, una triple dimensión relacionada con las tres puntas que caerían sobre los muros de la ciudad de Glenn. Pero también era cierto que existía la posibilidad de la batalla. Repasó las líneas del dibujo y le pareció probable que aquello fuera una división tripartita del mundo, una división que representaba los tres reinos.

La lectura fue interrumpida cuando Belenus entró en la sala, Caillen se sobresaltó y rápidamente cerró el libro dejándolo sobre la mesa.

—Muchacho, ¿qué haces aquí? —preguntó el anciano, depositando en un estante varios rollos de pergamino que llevaba en los brazos.

—Ordenar —mintió el joven, pero al ver el rostro de su maestro continuó—: y leer. Me preguntaba, maestro, si es posible que la triqueta signifique otra cosa.

El anciano se acercó a él negando aquella respuesta, cogió el libro que Caillen había estado leyendo y lo volvió a colocar en el estante correspondiente. El joven esperó hasta obtener alguna respuesta de los labios del anciano, mientras este paseaba por la sala.

—Ten —dijo Belenus dándole un tarro.

Caillen lo cogió y observó lo que había en su interior. Varias hojas lanceoladas, finas y de un tono verde oscuro. Se encontraban mezcladas con una especie de bayas rojizas.

—Necesito que con cuidado separes las semillas de sus arilos —ordenó el anciano.

Atónito, Caillen observó a su maestro, sin entender el cambio de conversación. En silencio, el joven colocó el tarro sobre la mesa. Al abrir y retirar el corcho que lo mantenía sellado, emanó un extraño

aroma de su interior, una mezcla de azúcar tostada con resina.

—¿Qué es? —preguntó mientras cogía unas pinzas.

—Hojas y semillas de tejo negro —respondió Belenus sin mirarle, mientras repasaba unos documentos depositados en una pequeña mesa auxiliar—, debo crear un remedio para salvar la cosecha y usaremos sus arilos para ello.

—He leído que todo el árbol es venenoso. ¿Es una buena idea salvar la cosecha así? Si administramos esto en la tierra, el pueblo podría intoxicarse —dijo Caillen mientras observaba de cerca una de las pequeñas bayas.

—Por eso estás separando las semillas, ante todo es lo más peligroso. Usaremos la cobertura de estas para crearlo. Los arilos rojizos usados con moderación, mezclados con otros ingredientes y en cantidades concretas, podrán ayudarnos a salvar la cosecha. No te preocupes, muchacho.

Caillen se centró en la tarea, con la esperanza de que aquello retrasara el aviso de la triqueta al rey. Mientras su maestro estuviera en el estudio, le alejaría de comunicar las posibles amenazas que se cernían sobre ellos.

∞

Subida a las almenas del muro interior del castillo se encontraba Eliana. La suave brisa del atardecer acariciaba su rostro mientras contemplaba la ciudad de Glenn.

Le gustaba subir a aquel lugar en el que las voces de las personas se convertían en un pequeño y alejado susurro, donde la altitud de la edificación le hacía estar más cerca del cielo, elevándola en las alturas. Era uno de los lugares donde la princesa buscaba intimidad, pero tras los últimos meses, a pesar de que Declan sabía cuándo debía alejarse, siempre se sentía observada. Contemplando con detenimiento la llanura sobre la que había sido construida la ciudad, le vino a la mente la conversación que había mantenido aquella mañana con Caillen.

Desde donde ella se encontraba, tenía visibilidad suficiente como para prevenir un ataque por la entrada de la fortificación. Podría ver a los ejércitos acercándose a la muralla. Los altos muros de piedra aguantarían, retrasando la invasión. La protección que se planteaba ante los ojos de Eliana no era la misma en todas las zonas de la

ciudad. La joven pensó en la laguna Feren, un pequeño depósito de agua situado al este del castillo que lo separaba de un amplio y frondoso bosque de abetos. Si aumentaban la vigilancia, tal y como había pedido a su padre, podrían avistar desde las torres cualquier intruso que se acercara hasta la orilla. De esa manera, aumentaría la seguridad de los habitantes de Glenn tanto si el ataque era inminente como si solo fuera una suposición, pues aun sin la garantía de que aquello fuera cierto Eliana solo pensaba en la protección de su pueblo.

La indecisión e impaciencia, ante la espera de una respuesta por parte de su padre, hizo que la joven, segura de sí misma, abandonara las almenas. Pues tenía claro que, si aún no habían dado la orden, la daría ella.

3

Dahlia caminaba entre los abetos mientras sentía cómo la herida de su hombro comenzaba a inflamarse. La joven se detuvo, apoyándose en el tronco de un árbol, y, rompiendo aún más el corte en la manga de la camisa, analizó la herida.

Extrañada al ver que el corte no sanaba, como era habitual en ella, tocó la sustancia azulada que desprendía la herida mezclándose con la sangre. Al llegar al contacto con su dedo, sintió un pequeño calambre, lo que hizo que retirase la mano, experimentando una quemazón en la yema del dedo.

A medida que aumentaban el escozor y la sensación de ardor, arrancó la manga rota de su camisa y la anudó alrededor de la herida; aquello resultaba bastante incómodo, el dolor se extendía por su brazo derecho y bajaba hasta la muñeca, sintiendo una sorprendente sensación de pesadez y cómo las gotas de sudor comenzaban a aparecer en su rostro.

Dahlia aguzó el oído, y con alivio al no escuchar a aquellos que la seguían, suspiró y miró el trayecto que aún le quedaba por recorrer hasta llegar a su destino. Llevaba varios días cabalgando desde sus tierras, y si no hubiera sido por el imprevisto de los cazadores, sabía que habría llegado antes.

Había abandonado Callander para cumplir el cometido que su padre le había encargado. Apenas le había dado información al respecto, lo único que la joven sabía con certeza eran dos nombres, sabía que debía encontrarlos y entregarles el mensaje. Aquel mensaje que cambiaría el rumbo de la historia.

—¿Cómo los reconoceré? —había preguntado Dahlia a su padre, mientras ensillaba su caballo para partir de las tierras de Callander.

—Lo sabrás, no podemos dejar que la historia se repita —respondió él.

Y eso fue todo, Dahlia subió a su caballo y, sin hacer más preguntas, tomó rumbo hacia su destino. Tenía millones de incógnitas sobre aquel cometido. Ni siquiera sabía a qué historia se refería su padre. Lo único de lo que Dahlia estaba segura era de que ya estaba cerca. Podía notar cómo comenzaba la humedad en el ambiente y el leve murmullo del movimiento del agua llegaba hasta sus oídos. Sabía que en breve completaría su misión.

∞

Aciano, álamo negro, arándano, hierba de los tiñosos, caléndula, grosellero negro. Caillen anotaba en un pergamino cada tarro, bote de hierbas y sustancias medicinales que Belenus utilizaba en sus ritos y antídotos. Ante él en un pequeño armario de madera, repartidos en varias baldas, guardaba su armamento medicinal. Mientras, el anciano druida preparaba un remedio para aquellos insectos que estaban poniendo en peligro la cosecha, una sustancia pastosa, de color amarillento, que debían mezclar con la tierra.

Aquel remedio debía realizarse en grandes cantidades para repartir entre los aldeanos que lo necesitasen. En su interior, Caillen agradecía el poder retener a su maestro en el estudio, hasta estar seguros de qué debían decirle al rey. Aunque había notado un cambio en el anciano, la preocupación que había visto en su rostro al descubrir la triqueta no era la misma. Belenus estaba sereno, mientras el joven seguía con su tarea. Se preguntaba si el anciano druida habría descubierto algo más, algo que hiciera que actuara así ante, según él, una triple amenaza sobre la ciudad de Glenn.

—Muchacho, acércame esos recipientes vacíos —pidió Belenus mientras removía el remedio en una olla—. Y enciende el fuego.

Caillen asintió, cogió los recipientes que el anciano le había indicado y los colocó junto a él. Posteriormente, se acercó al centro de la mesa grande, colocó un pie de hierro de tres patas unidas por una arandela y después sobre ella introdujo un recipiente en forma de cono troncado. Abriendo una caja, extrajo varias ramas y las colocó en su interior. Cogiendo una de ellas, acercó la punta de esta hasta la llama de una vela, lo que provocó que comenzase a arder. A continuación, echó la rama en el interior del envase metálico y la madera prendió. Colocó una rejilla sobre las llamas del fuego, que intentaban escapar a través de las rendijas de la pieza metálica, y esperó a que el anciano druida colocase la olla sobre ella.

Caillen observó a Belenus con interés, había aprendido con él desde que el joven tenía catorce años y, a pesar de haber pasado siete años bajo la tutela del anciano, sentía que aún le quedaba mucho por recorrer, que le faltaba algo que completara el don que, según el druida, el joven escondía.

—Belenus, ¿cree que Glenn está preparado para afrontar un ataque? —se atrevió a preguntar el joven.

El anciano se giró y observó al aprendiz, entrecerró sus ojos examinando su rostro. Caillen, paralizado, sentía cómo el druida con aquellos ojos claros, azul aguamarina, podía leer en lo más profundo de su mente lo que el joven pensaba.

—No está bien, muchacho, no puedes subestimar el poder de tu rey —respondió el anciano.

Caillen no contestó, mantuvo la mirada fija en su maestro. Y este prosiguió:

—Hay cosas que no aprecias como deben ser —dijo el druida mientras volvía a su tarea—. Eres listo, perspicaz. Pero no, aún no entiendes todo lo que te rodea.

El joven seguía observándole, dejando que el remedio reposase en el interior de la olla mientras de ella emanaba el humo causado por la alta temperatura. El anciano se acercó a un estante, cogió una pequeña maceta y la depositó sobre la mesa, frente a Caillen.

Aquella planta era una de las pocas que el anciano tenía vivas en el estudio. El *adiantum,* una clase de helecho que no necesitaba la luz del sol para crecer y, puesto que poseía grandes propiedades curativas, era una de las plantas más preciadas del maestro.

—¿Ves de dónde nacen las hojas? —preguntó el anciano, a lo que Caillen asintió—. Coloca tus dedos sobre una de ellas.

El joven obedeció y, con sus dedos índice y pulgar, agarró una de las finas hojas con delicadeza. Belenus le pidió que cerrase los ojos e intentase sentir aquello que recorría cada parte del *adiantum.*

Sentía el tacto áspero, pequeñas rugosidades y la textura de una fina pelusa que envolvía la hoja, pero no era eso a lo que el anciano druida se refería. Insistió en que el joven se concentrase y dejase a un lado aquello que cualquier ser de los reinos fuera capaz de sentir. Entonces fue cuando Caillen percibió un leve movimiento, similar al del cuerpo de un gusano al desplazarse. Al sentir aquello, miró a su maestro, pues era obvio que algo se movía en su interior.

—Eso es la energía, muchacho. La energía que se mueve por cada parte del *adiantum* —respondió ante la mirada del joven—. La misma fuerza que se desplaza de un lado a otro, entre las estrellas, entre los cuerpos, y es esa energía lo que mueve el destino.

Caillen no estaba seguro de comprender aquello que su maestro le

intentaba explicar, hasta que finalmente el anciano concluyó:

—Es el destino el que nos ha mostrado el símbolo sobre la ciudad de Glenn y no podemos contradecirlo.

Entonces lo comprendió y supo que no había manera de impedirlo, tanto si el rey estaba preparado o no, tanto si de verdad existiera una amenaza sobre la ciudad o simplemente fuera una suposición. Belenus seguiría los mensajes del destino y le comunicaría lo ocurrido al rey.

—Discúlpeme, maestro, pero debo ausentarme un momento —dijo el joven, soltando la planta.

Caillen abandonó el estudio, recorrió los pasillos de piedra del castillo caminando bajo los arcos flanqueados por antorchas. Se cruzó con varios soldados de la guardia real, a los que saludó con un sutil gesto de cabeza, mientras continuaba con su camino.

Al final del pasillo se encontraban los aposentos de la princesa, la intención de Caillen era utilizar los pasadizos para poder hablar con ella en privado, pero al ver que dos doncellas entraban en el dormitorio, portando jarrones de agua y paños limpios, supuso que era mal momento.

Declan, que en aquel momento permanecía de pie frente a la puerta, se había apartado de su posición para dejar paso a las mujeres, y al girarse se encontró con el rostro de Caillen.

—Caillen —saludó.

—Supongo que su alteza no estará disponible en estos momentos —dijo el joven, a lo que el soldado negó—. ¿Podrías darle un mensaje cuando termine?

—Por supuesto —respondió Declan.

—Dile a su alteza que al atardecer tendrá listo su remedio de agua dulce —dijo Caillen.

Declan asintió y observó cómo el joven aprendiz desaparecía por el largo pasillo.

Mientras, dentro de los aposentos habían colocado una tina de madera, donde las doncellas vertían agua caliente en su interior. Entretanto, Eliana permanecía sentada en la cama a la espera de

tomar un baño. Ataviada con un fino camisón, jugueteaba con su pequeña daga entre sus dedos, mientras observaba cómo preparaban lo necesario. El haz de luz cortante, que atravesaba los ventanales situados en un lateral del dormitorio, iluminaba parte del mobiliario.

El dormitorio de la princesa se componía de un estrecho tapiz que cubría parte de la pared, en tonos azules, que ilustraba un jardín; una amplia cómoda de madera de roble; un pequeño tocador donde descansaban un cepillo, un espejo y varios botes de cristal con esencias de flores entregadas por Caillen y Belenus; dos altos candelabros situados en esquinas opuestas; y una gran cama con dosel, donde largos y grandes cortinajes blancos caían a su alrededor, convirtiendo aquel mueble en la principal atracción del dormitorio.

—Alteza, el baño está listo —le indicó una doncella.

Eliana se acercó a la tina y dejó caer el camisón. Su larga melena castaña caía con gracia sobre sus hombros, acariciando la desnudez de su piel. Sin ayuda de las doncellas, la joven introdujo un pie en la calidez del agua.

Aquella sensación hizo que un hormigueo recorriera su cuerpo, erizándole el vello de la piel. Era agradable sentir el calor humeante del agua, mientras poco a poco la joven se sumergía. Cerrando los ojos, colocó su cuello en el borde de la tina, dejando caer su pelo fuera de esta, para que la doncella pudiera lavarlo. Sintió cómo el agua, procedente de una jarra, se vertía sobre su cabeza, surcando las raíces de su cabello como si fuera un río. Una sensación de bienestar asaltó a la joven, aquello estaba haciendo que Eliana despejase su mente y controlase sus emociones. Al entrar en aquel templo húmedo y caluroso, había dejado un peso fuera, y allí solo podía respirar paz. Entretanto, con la cabeza inclinada, los dedos de la doncella masajeaban el cuero cabelludo, con movimientos circulares.

Pero aquella calma fue interrumpida por las voces del exterior. Eliana no conseguía entender lo que decían. Solo escuchaba una conversación ininteligible. Cuando la puerta del dormitorio de la princesa se abrió de golpe, las doncellas, asustadas, tendieron rápidamente un paño para que esta ocultara su desnudez.

Mientras Freya se encontraba en la entrada, Declan, al ver la situación del interior, rápidamente agarró el pomo para cerrar la puerta.

—Marchaos, necesito hablar con la princesa —ordenó Freya,

dirigiéndose a las doncellas.

Declan esperó a que las doncellas abandonaran la estancia, antes de cerrar la puerta y dejar a ambas mujeres en la intimidad.

Eliana cubrió su cuerpo con el paño mientras abandonaba la bañera. Las gotas de su cabello húmedo mojaban sus hombros y rostro. Mientras, Freya, con su mirada verde ensombrecida, examinaba a la joven.

—Debe de ser muy urgente para interrumpir mi baño —dijo Eliana rompiendo el silencio.

—¿Cómo has podido ordenar la vigilancia de la laguna? Mis soldados tienen otras órdenes —respondió Freya.

Eliana podía notar cómo la mujer intentaba controlar el volumen de su voz.

—¿Tus soldados? —preguntó la joven princesa sorprendida—. Simplemente, le comuniqué al capitán Breogan que hacían falta más hombres en la zona de la laguna. Tal y como había sugerido a mi padre.

—Pues el capitán ha creído conveniente que sean mis soldados, los soldados que traje conmigo de Elder, mi antiguo hogar, los que se encarguen de esa tarea.

—Pensé que tus soldados estaban aquí para ayudar y vigilar, como Declan.

Freya sonrió y comenzó a caminar por la habitación bajo la atenta mirada de Eliana; su madrastra recorría con detalle cada rincón, dándole la espalda. Al llegar a la cama, Freya se detuvo y cogió el arma que descansaba sobre el colchón.

El cuerpo de la joven princesa se tensó, mientras su madrastra observaba cada detalle de la daga: la fina hoja de acero con un brillo especial, diferente a la del acero de las espadas, la empuñadura de bronce, con dos pequeñas agarraderas curvas y la finura en los trenzados dibujos tallados en oro.

—Tu padre preferiría que no te entrometieras en la seguridad del castillo —dijo Freya en tono tranquilizador y con una sonrisa—. Déjale esos asuntos al rey.

—¿Y por qué no es el rey quien viene a pedírmelo? —preguntó Eliana, imitando la sonrisa que su madrasta le había dedicado.

—Está intentando adjudicarme responsabilidades, ya sabes cómo es tu padre, quiere que sea útil. —Freya seguía sonriendo mientras jugueteaba con la daga de Eliana.

Aquella situación estaba irritando a la princesa, esa daga era muy importante para ella y verla en manos de su madrastra le incomodaba. Apretaba la tela que cubría su cuerpo intentando controlar su tensión mientras permanecía inmóvil a la espera de que Freya abandonara sus aposentos, pero esa no parecía su intención. Eliana tenía la sensación de que aún quería decir algo más.

—No sabía que tenías esta arma, es muy hermosa, ¿le das uso?

—Si la uso o no, no es asunto tuyo. Si me devuelves la daga, por favor —pidió la joven extendiendo el brazo.

—La forma en que está forjada —susurró Freya con sus ojos fijos en la empuñadura— y la finura del oro.

—Freya, te ruego que me devuelvas mi daga —volvió a pedir Eliana, esta vez dando un paso hacia ella.

Pero su madrastra seguía ensimismada, guardando un tenso silencio. Los pensamientos de la mujer seguían viajando por cada parte de la pequeña arma. Ajena a las peticiones de la joven princesa, que consciente de que Freya no le prestaba atención, se acercó más a ella.

Eliana repitió sus palabras, sin obtener respuesta alguna. Por lo que, inquieta, al ver que su madrastra seguía manteniendo entre sus frías manos aquello que era lo más preciado para ella. Se acercó y con firmeza le arrancó la daga de las manos, haciendo que la fina punta del acero provocara un leve corte en el dedo índice de su madrastra. La princesa, al ver brotar la gota de sangre manchando la clara piel de Freya, se sobresaltó y, llevándose la daga al pecho, se retiró.

—No era mi intención —murmuró Eliana arrepentida.

Los ojos de Freya no se apartaron de los suyos, mientras con una leve sonrisa acercaba sus labios a la pequeña herida, limpiando aquella gota de sangre con su saliva. Aquel gesto erizó la piel de Eliana.

—Tranquila, lo sé. Debo marcharme —dijo Freya, que finalmente se dirigió hacia la puerta, pero al llegar se detuvo—. Y, querida, deja la seguridad del castillo a tu padre, será lo mejor.

A pesar del tono calmado de la mujer, aquello sonó como una amenaza en los oídos de Eliana, mientras contemplaba cómo su madrastra abandonaba sus aposentos.

Furiosa por el encuentro, se sentó en la cama y limpió la daga con el paño que tenía como vestimenta a pesar de que la sangre de Freya no había dejado marca.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

—Un momento.

Eliana se deshizo del paño que cubría su cuerpo y cogió el camisón blanco, anudándolo al pecho. Se acercó a la puerta y la entreabrió, dejando ver solo su rostro y parte de los pliegues que la seda blanca formaba al cubrir sus piernas. Se encontró con el rostro de Declan al otro lado.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella.

—¿Va todo bien?

Declan la miraba con preocupación.

—Sí, por supuesto. Un malentendido, ¿algo más?

—Caillen vino antes, me pidió que le dijese que al atardecer tendréis vuestro remedio de agua dulce.

Eliana, pensativa, miró al joven y supo lo que quería decir con aquellas palabras, por lo que asintió y, antes de cerrar la puerta, añadió:

—Por favor, Declan, que vengan a vestirme. Después iremos a ver al capitán Breogan.

∞

En un lateral del castillo, protegidos tras los muros y sobre un amplio terreno cubierto por la verde hierba, varios soldados sin sus armaduras entrenaban con ayuda de espadas de madera. Así se iniciaban en la práctica de la lucha. Siguiendo una coreografía, varias parejas de guerreros practicaban sus movimientos de ataque y

defensa, mientras eran observados por una atenta mirada ceñuda.

El capitán Nigel Breogan caminaba de un lado a otro dando instrucciones mientras con los brazos cruzados repasaba en su mente cada movimiento. Era el único de los allí presentes que mantenía su atuendo a la perfección, con la cota de malla bajo la armadura de cuero marrón y el blasón de Glenn grabado en el pecho. Una forma cuadrilátera, con los ángulos superiores e inferiores redondeados, estos últimos formaban una punta en la parte central.

Aquella punta, similar a la de una flecha, componía parte del dibujo interior del escudo, unido a una circunferencia, la cual poseía cuatro ramas de laurel cruzando la línea del círculo que redondeaba la figura central del perfil de la cabeza de un caballo. Aquel escudo se identificaba bajo el lema de «Conseguir justicia y dignidad». Pues eso era lo que quería transmitir el rey a sus súbditos y en las tierras exteriores.

—¡Armaduras! —gritó Breogan.

Tras su orden, los soldados comenzaron a colocarse las protecciones que había dispuestas sobre una mesa de madera, donde estaban repartidas las cotas de malla, armaduras de cuero desgastadas por el uso y los cascos.

La orden de ataviarse con la protección significaba que pasarían al uso del acero. Por ello los guerreros abandonaron la imitación de espadas y cogieron de una vasta estructura de madera las diferentes espadas de acero que había allí colgadas.

—Capitán Breogan —dijo Eliana acercándose al hombre.

—Alteza —saludó el capitán con una reverencia.

Con un gesto de cabeza, le indicó a su segundo al mando que siguieran con el entrenamiento mientras él se acercaba a la princesa.

—Debo pensar que Freya os ha retirado mi orden —dijo la joven. Era incapaz de referirse a ella como reina o su majestad a pesar de su posición social—. Está en desacuerdo con mi sugerencia de aumentar la vigilancia.

—Así es, alteza. Su majestad la reina me ordenó que retirase la guardia de la laguna, piensa que los soldados que tenemos en la vigilancia de esa área del castillo son suficientes —respondió Breogan.

—¿Y qué opina el rey? —preguntó la joven.

—Según la reina, sus órdenes vienen dadas por su majestad el rey —respondió el capitán.

Eliana asintió, sabía que tendría que darse por vencida de momento, pero pensando en la posible amenaza decidió consultar a Breogan.

—Paseemos —ordenó.

El hombre aceptó y comenzó a caminar junto a la joven, seguidos no muy lejos de Declan. Eliana se sentía bien caminando junto a Breogan. Había estado presente en su vida desde que ella tenía uso de razón. El hombre, que rondaba la cuarentena, contempló a la princesa que jugueteaba con sus manos mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Algo os preocupa, ¿no es así? —preguntó el capitán intranquilo.

Eliana le miró, contemplando las facciones del hombre: su piel oscura, sus pómulos prominentes y un largo mentón bajo una corta barba del mismo color que su cabello negro. Sus ojos pardos le transmitían confianza, al igual que su rostro. Pues sabía que no solo estaba ahí para servirle y cuidar de ella. Sabía que además podía encontrar en él un amigo.

Tenía la misma sensación que sintió al conocer a Declan, ambos hombres bajo sus semblantes serios escondían bondad, y por ello Eliana había accedido a estar bajo su protección.

—Breogan, ¿creéis que Glenn podría afrontar una batalla? —preguntó finalmente.

—¿Por qué me preguntáis eso? —El capitán miró extrañado—. Alteza, nuestra guardia siempre está bien preparada.

—Pero eso no responde a mi pregunta. Por mucho que esté bien preparada, temo que, por las decisiones de mi padre, la ciudad peligre ante un ataque.

Breogan dudó durante un momento, pues sabía que opinar sobre las decisiones del rey no era una opción. Pero entendía a la joven. Durante los últimos meses, había observado lo que ocurría a su alrededor y, mientras callaba y obedecía ante las órdenes de su majestad, en su mente formaba su propia opinión.

—Por favor, Breogan, necesito que me seáis sincero, si algún enemigo…

—Alteza, la ciudad de Glenn no tiene enemigos, hemos vivido en paz durante veintiún años —le interrumpió el capitán.

—Lo sé, lo sé —respondió Eliana—, pero si existiera la mínima posibilidad…

—¿Por eso me ordenasteis ampliar la guardia de la laguna? ¿Creéis que podríamos ser atacados? —Breogan se detuvo, haciendo que Eliana y Declan le imitasen.

La joven sabía que, si le decía lo que Caillen le había dicho acerca de la triqueta, se lo diría a su padre. Pero no tuvo más remedio. Con la esperanza de que el rey tuviese en cuenta los consejos del capitán de su guardia y amigo, la joven asintió.

—Puede ser que una amenaza se cierna sobre nuestras tierras; no es seguro, pero es una posibilidad. Solo quiero que, si pasa, estemos preparados —confesó Eliana.

∞

La luz del atardecer caía sobre la laguna Feren, manchando de tonos cálidos las aguas azules. Caillen, apoyado sobre el muro de piedra, esperaba mientras contemplaba paciente la caída del sol.

Al otro lado de la laguna, tras la arboleda que marcaba la orilla, se extendía un gran manto verde, envuelto por el aroma a trementina procedente de los abetos.

El joven observó un guijarro a sus pies, y cogiéndolo le dio vueltas en su mano. Se acercó a la orilla y, tomando posición, jugueteó con el canto rodado en su mano derecha, hasta que lo lanzó al agua, haciendo que este se alejara dando saltos en línea recta, provocando varias ondas sobre ella cada vez que el guijarro chocaba con su superficie.

Contempló cómo finalmente se hundía a varios metros de él. Pero algo inusual ocurrió después. Segundos más tarde, las mismas ondas que habían aparecido previamente a causa del impacto del guijarro volvían a realizarse en la superficie del agua. Extrañado, se acercó aún más a la orilla intentando vislumbrar qué provocaba aquello. Entonces observó una figura emergiendo del agua a lo lejos, el joven contempló cómo unos finos brazos se abrían paso nadando y atravesando las

aguas de la laguna en su dirección. Cada vez más cerca podía distinguir que era una figura femenina, con un arco, un carcaj y una alforja a cuestas.

Caillen se fijó en la rapidez con la que la joven avanzaba hacia él. Hasta que, a escasos metros, el cuerpo desapareció. Alertado, el joven se adentró en el agua caminando hasta que sintió que dejaba de tocar la tierra del fondo con sus pies y nadó en busca de la joven.

En las profundidades bajo el agua, contempló cómo la melena pelirroja esparcida flotaba ampliamente. Caillen rodeó el cuerpo con sus brazos, y tomando impulso subieron a la superficie. Con dificultad, tiraba del cuerpo de la joven mientras se abría paso nadando hasta llegar a la orilla.

Una vez que tendió a la joven inconsciente sobre la tierra, acercó su rostro a la nariz de esta, cerciorándose de que respiraba. Colocó sus dedos en el cuello para controlarle el pulso y sus ojos se fijaron en la herida que tenía vendada, en el trozo de tela que ejercía como venda, y que estaba manchado no solo de barro y sangre, sino que había una sustancia con una tonalidad azul que llamó la atención de Caillen. Deshizo el nudo que oprimía el brazo y contempló la herida, el corte parecía limpio, pero unas finas venas azuladas recorrían la piel de alrededor. Contempló el rostro de ella, y acercó su mano a la frente para tomarle la temperatura, comprobando que comenzaba a tener fiebre. Al retirar la mano, movió su cabello rojizo, descubriendo una fina oreja puntiaguda. Entonces Caillen comprendió que se trataba de una elfa.

Rápidamente, dirigió su mirada a las torres del castillo, asegurándose de que aún no habían sido vistos. Cogió a la joven elfa entre sus brazos y la llevó hasta un saliente del muro, donde apoyó su cuerpo. En ese instante, una pequeña puerta, oculta entre las piedras de la fortaleza, se abrió y de su interior salió Eliana.

—¿Qué ocurre? —preguntó acercándose a Caillen—. Declan me dio tu mensaje.

—Ahora tenemos otro problema —respondió mostrando a la joven inconsciente en el suelo.

—¿Cómo?, ¿quién es? —preguntó Eliana, agachándose y acercándose a ella.

—Atravesaba nadando la laguna, cuando se hundió y entré para rescatarla —respondió Caillen, que había imitado a la princesa,

agachándose y colocándose en un lateral, justo donde la joven elfa tenía la herida. Asegurándose de mantener esta presionada, volvió a anudar la venda.

—¡Ves! Por esta razón quería aumentar la guardia de esta zona. Si una intrusa ha podido atravesar las aguas y llegar hasta aquí, quién sabe lo que puede hacer un ejército —añadió Eliana.

—Eli, no creo que su intención fuera atacarnos; está herida. —El joven aprendiz señaló el corte—. Y creo que un ejército llamaría más la atención que una simple joven. Tengo que llevarla a mi dormitorio, debo curarla.

Caillen volvió a coger a la joven entre sus brazos. Eliana asintió y comenzó a recorrer el muro, cuando él llamó su atención haciendo que se detuviese.

—Debemos ir por aquí —dijo este, señalando la puerta por donde Eliana había salido—. Recorreremos los pasadizos hasta tu dormitorio, y de allí la llevaremos al mío. No debe ser vista.

Eliana observó extrañada a Caillen, que, utilizando la mano que rodeaba el cuello de la joven, retiró un mechón de su pelo y le mostró aquella oreja puntiaguda.

4

Habían recorrido los largos y oscuros pasadizos que entre los muros del castillo formaban un laberinto estrecho. Eliana había ido en cabeza, iluminando su paso con una antorcha, mientras Caillen llevaba en brazos a la joven elfa, que aún seguía inconsciente. Llegaron hasta una pequeña puerta de madera; al abrirla, la princesa retiró el tapiz que la ocultaba, dando paso a sus aposentos.

—Quizá sea mejor dejarla aquí —dijo Caillen, sintiendo cómo el peso de la joven cargaba cada vez más sus brazos.

—¿No necesitarás tus cosas? —preguntó Eliana, cerrando la puerta y volviendo a dejar caer el tapiz para ocultarla.

—No sé si podré llegar hasta mi dormitorio.

Eliana miró a Caillen y negó como respuesta. Por su mente pasó el incidente que había ocurrido con Freya. Consciente de que no dispondría de intimidad ni en sus propios aposentos, volvió a negar ante la decisión de Caillen, caminando de un lado a otro pensando una solución mientras las gotas de sudor empezaban a caer por la frente del joven.

Cuando por su mente pasó una idea, al principio la joven pensó en desecharla, pero finalmente asintiendo decidida se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Caillen alarmado.

—Pediremos ayuda a Declan —respondió ella.

El joven miró a Eliana confuso y sorprendido ante aquella decisión. Ambos se encontraban en una situación difícil. A pesar de que hacía veintiún años que se había abolido la caza de razas y los elfos no corrían peligro saliendo de sus tierras, aún era extraño verlos merodear por las tierras de Daonean, y mucho más en la ciudad de Glenn. Y aunque Caillen creía que ante una situación así el rey daría alojamiento a alguien herido, no quería tentar a la suerte. Eliana observó al joven, pudiendo ver su expresión de desaprobación.

—No hay otra manera. Esta tarde Freya entró sin avisar —explicó —. Podría volver a hacerlo y encontrarla.

Caillen miró a Eliana y después a la joven, que permanecía entre

sus brazos, y, tras suspirar aceptando que ella tenía razón, asintió. Al abrir la puerta lentamente, el crujido llamó la atención de Declan, que al girarse se encontró con el rostro de Eliana, con un leve gesto le indicó que entrase.

El joven soldado se sorprendió al entrar en los aposentos de la princesa y encontrarse a Caillen portando en brazos a una joven. Ante el rostro de Declan, Eliana se posicionó en medio y comenzó a explicarle:

—Necesito que nos ayudes. La joven está enferma y es de vital importancia llevarla hasta los aposentos de Caillen.

Declan miró a la princesa, y después al joven aprendiz, hizo un intento de preguntar, pero al ver los ojos de Eliana comprendió que no debía hacerlo y, asintiendo, se acercó a Caillen ofreciendo sus brazos. Este le tendió con sutil delicadeza el cuerpo de la elfa.

Los aposentos del joven aprendiz se encontraban en lo alto de una de las torres. Tenían que asegurarse de no ser vistos mientras caminaban por los pasillos del castillo. Fue un recorrido lento hasta que llegaron a la entrada en forma de arco ojival, que daba acceso a la escalera de piedra de caracol, que ascendía hasta el dormitorio.

Subieron con cuidado. Mientras, por los estrechos ventanucos que daban a la escalera podía verse cómo el sol desaparecía y la noche caía sobre las tierras de Glenn.

Al abrir la puerta de madera, Caillen dejó pasar a Declan, que tendió a la joven herida sobre la cama. El soldado se retiró a un lado y observó el cuarto. Extrañado por las comodidades que el aprendiz tenía en sus aposentos, estudió con detalle lo que había a su alrededor. No era una estancia muy amplia, pero, aun así, poseía más de lo que el soldado hubiera imaginado. La amplia cama con dosel se encontraba en el centro de los aposentos, en una esquina estaba la pequeña chimenea; a un lado un armario de madera junto a un arcón; y al otro lado de la estancia permanecía el escritorio, repleto de pergaminos, tomos de libros, un tintero y un candil. Eliana vio cómo Declan miraba lo que había a su alrededor.

—Declan, espérame abajo, por favor —ordenó la joven princesa.

—Alteza —respondió. Y con una reverencia salió de los aposentos.

Al cerrarse la puerta, Eliana observó a Caillen. Sentado en el

borde de la cama, mojaba un paño limpio en la jofaina que descansaba en su mesilla. Con cuidado, humedeció la frente de la joven, que al tacto de la humedad se movió. La princesa se acercó a Caillen, que tendiéndole el paño le indicó que siguiera refrescando el rostro de la elfa mientras volvía a deshacer el nudo que presionaba el corte del brazo.

—Necesitará ropa limpia —dijo Caillen mientras dejaba caer el trozo de camisa que había ejercido de venda en el suelo—, coge algo mío.

Eliana asintió, y dirigiéndose al armario sacó una camisa de lino y un pantalón oscuro, mientras este se apartaba y daba la espalda, dejando espacio e intimidad. La princesa comenzó a desvestir a la joven elfa, deshaciendo los nudos que cruzaban el chaleco marrón que vestía. Eliana tocó la pieza similar al cuero. Lo dejó a los pies de la cama, junto con la camisa manchada y rota por las circunstancias de su viaje. Comprobó que los pantalones y las botas eran del mismo material que el chaleco.

Eliana comenzó a colocarle la ropa limpia. Cuando retiró el cabello rojizo de la elfa, se fijó en su cuello. Girando levemente su cabeza, observó un tatuaje en la nuca, un símbolo tribal en forma de árbol sin hojas, con dos puntos a cada lado, como si con ellos se quisiera cerrar los dos huecos que se formaban entre las ramas y el tronco. Dentro de esos huecos, Eliana vio otros dos pequeños símbolos, uno a cada lado.

—Caillen, mira —dijo la joven.

Él se acercó y observó lo que le mostraba.

—No es una elfa silvestre, es una elfa gris —aclaró Caillen.

—¿Cómo? Posee el pelo rojizo —respondió Eliana.

Hasta donde llegaba el conocimiento de la joven y lo que había podido leer en los libros, existían tres tipos de razas élficas que vivían en Cryturean, el reino de los elfos.

Los elfos silvestres, destacados por sus cabellos rojizos y ojos verdes. Eran los más acercados a la naturaleza, vivían en pequeños grupos, normalmente en cabañas construidas sobre los árboles, y poseían la habilidad de comunicarse con los animales.

Los elfos grises pertenecían la mayoría a un gran clan, tenían

largas melenas plateadas y ojos azules. Dentro de su reino se les consideraba los sabios, con la habilidad de ser tan sigilosos en sus movimientos que podían llegar a ser imperceptibles. Además, tenían el sentido auditivo más desarrollado que el resto de los elfos.

Y, por último, los elfos dorados, alejados de las fronteras que lindaban con otros reinos, se alojaban en las costas del reino de Cryturean. Con cabellos dorados y ojos color miel, tal era su pureza que podían ver donde nadie más lo hacía.

—Es del clan Callander —confirmó Caillen observando el tatuaje.

Acercó su mano al rostro de la joven, notando que la temperatura de su piel había aumentado. Las gotas de agua que refrescaban la frente de la elfa eran sustituidas por gotas de sudor. Caillen se acercó al arcón y, sacando un pequeño maletín, repartió los frascos que guardaba en su interior por el escritorio. Cogiendo un pequeño cuenco de madera, vertió varias sustancias hasta crear una pasta blanquecina, que untó sobre un trozo de lino. Y con premura colocó la cataplasma sobre el corte de la joven.

—¿Cómo es posible que esté así por un simple rasguño? —preguntó Eliana, mirándola.

—El líquido azul que emana del corte es producido por la esencia de flor hepática.

Caillen mantenía presionado el trozo de lino sobre la herida.

—Pero si esa planta no es venenosa, además son preciosas —añadió Eliana.

—No es venenosa para nosotros, pero para ella sí —aclaró él—. Mantén la herida presionada.

Eliana hizo lo que el aprendiz le había pedido, mientras este volvía al escritorio. Rebuscando entre los frascos que había extraído, uno a uno, comprobó las diferentes sustancias y esencias que tenía allí. Intentó mantener la calma, asegurándose de que los nervios no se apoderaran de él. Mientras continuaba buscando, miraba a la joven que permanecía en su cama. Y un recuerdo pasó por su mente. Pestañeando varias veces, quiso desechar aquello de su cabeza que durante tanto tiempo se había cuestionado. Pero por más que intentaba centrarse en repasar los diferentes ingredientes que poseía, cada vez tenía más cerca la imagen. El recuerdo de su padre, postrado en su cama con altas fiebres, temblando a causa de los escalofríos que

le recorrían el cuerpo. Y cómo él, con doce años, había intentado con todas sus fuerzas y empeño salvarle. Aquello había dejado una sensación amarga en su interior. Y a pesar de que el destino de su padre no estuviera en sus manos, no lo sentía así.

—Creo que está sufriendo —comentó Eliana. Dejó el trapo dentro de la jofaina y posó el dorso de su mano en el rostro de la joven—. ¡Está ardiendo!

Caillen se acercó y retiró el paño de lino que cubría la herida. Había dejado de sangrar y el líquido azul producido por la esencia de la flor hepática ya no estaba. Recogió el trozo de tela sucio que estaba en el suelo y dejó todo sobre la mesa.

—El ungüento ha ayudado a extraer todo el extracto que hemos podido.

—¿Y ahora? —preguntó Eliana mirándole.

—El corte no ha sido muy profundo y no creo que llegue a morir. Ahora habrá que esperar a que despierte y rezar para que no haya creado una infección interna —respondió Caillen—. Quizá con ayuda de aceite de eucalipto…

—Bien. ¿Dónde lo tienes? —preguntó la princesa poniéndose en pie.

—No tengo preparado, ni Belenus tampoco —respondió—. Se tardarían unas siete u ocho horas en hacerlo.

—Debes ir al pueblo, seguro que el boticario puede ayudarnos.

—Es posible que tenga el aceite, pero ya ha oscurecido y no me atenderá.

—Tendrá que hacerlo si es una urgencia, y esto lo es —le interrumpió Eliana acercándose al escritorio—. ¿Aún lo tienes?

Caillen asintió y acercándose abrió uno de los cajones del escritorio. De su interior sacó un trozo de pergamino y una pequeña caja metálica, donde guardaba un sello de lacre con el escudo heráldico de Glenn. Se lo tendió a la joven princesa, y esta introdujo la pluma en el tintero y comenzó a escribir sobre el pergamino, dando las indicaciones, detallando la urgente necesidad de aceite de eucalipto. Una vez que firmó la petición, dobló el fragmento de pergamino y acercó el trozo de lacre al candil, calentando la pasta

compacta de color bermellón. La cera comenzó a caer sobre el papel cuando Eliana estampó el sello sobre ella y le tendió la misiva.

—Intentaré tardar lo menos posible —dijo el joven cogiéndola.

Sin demora, Caillen salió de sus aposentos y bajó las escaleras a toda prisa, olvidándose de la presencia de Declan, lo que hizo que el joven chocara con su ancho hombro al pasar. El aprendiz se detuvo ante el choque, para disculparse.

—Lo siento —dijo este mientras seguía con su camino.

—¿Adónde vas? —preguntó el soldado, fijándose en la misiva que Caillen llevaba en la mano.

—Debo ir al pueblo. Órdenes de la princesa —respondió él sin mirarle.

Caillen continuó su camino, dirigiéndose a las caballerizas. Debía coger su caballo para llegar lo antes posible hasta el boticario. Saliendo en plena noche al patio del castillo, el joven se acercó a uno de los laterales, donde unas altas puertas de madera daban paso a la alargada edificación del establo. Marcada su estructura por los arcos de medio punto que dividían la estancia en las diferentes cuadras donde los caballos dormitaban en aquel momento, el joven se acercó a uno de los caballos. El corcel color canela permanecía quieto, mientras Caillen abría la puerta para sacar al animal de la cuadra. Una vez ensillado, Caillen montó sobre el caballo y se abrió paso tras las puertas del castillo.

Ante él se presentaban las casas alineadas. Edificaciones de piedra gris, que reforzaban sus fachadas con vigas de madera y con tejados oscuros. En su mayoría, las viviendas eran de doble altura. La luz de los faroles iluminaba el camino por el que el joven cabalgaba. A escasos metros se encontraba su destino. Situado cerca de un farol, Caillen pudo vislumbrar el cartel de madera que indicaba el establecimiento. El joven bajó del caballo, y sujetando sus riendas las ató al amarradero que había junto a la botica. Con la capucha ocultando su rostro, golpeó varias veces la puerta hasta que, a través de los empañados cristales del ventanal, vio un punto de luz moviéndose en su interior. La puerta se entreabrió y un anciano con un candil se ajustó sus finas y diminutas lentes, mientras con el ceño fruncido observaba al joven.

—¿Quién va? —preguntó el anciano.

—Vengo del castillo, es de la princesa —respondió Caillen, e introdujo la misiva por el hueco de la puerta, mientras el anciano boticario cogía el trozo de pergamino y volvía a cerrar, dejando al joven aprendiz esperando en el exterior.

∞

Aguardando la llegada de Caillen con el aceite de eucalipto, Eliana permanecía sentada en el borde de la cama mientras seguía humedeciendo la frente de la joven elfa. Observando su rostro, centró su mirada en aquellas orejas que le resultaban tan extrañas. Había visto representaciones de elfos en sus libros, pero nunca había tenido a uno tan cerca. Contempló el cabello, el color le recordaba al fuego, era tan vivo y hacía un fuerte contraste con su piel clara como la leche. Los finos rasgos de su rostro eran perfectos. Y envidió sus largas pestañas, que ahora permanecían quietas, pues minutos atrás algo había inquietado a la joven, que apretaba sus ojos a causa de la molestia.

La princesa examinó el corte, que había dejado de sangrar. Mientras la observaba, se sobresaltó al ver un espasmo que hizo que la elfa moviera el brazo. En cuestión de segundos, Eliana observó cómo los extremos del corte, aquellos que tocaban la piel rosada, comenzaron a regenerarse de una forma muy extraña, como si una aguja enhebrada con un hilo invisible cosiera finamente la herida. Los ojos de la princesa se abrieron sorprendidos ante aquel suceso, el cual le fascinó, pues el brazo de la elfa quedó intacto. Absorta ante aquello, no pudo resistir la tentación de acariciar la piel lisa, donde segundos antes había estado la herida, apreciando la suavidad que había dejado. Intentando salir de su asombro, Eliana volvió a coger el paño y, tras humedecerlo y escurrirlo, volvió a refrescar su rostro. Esta vez la joven reaccionó y poco a poco con pesar abrió sus ojos. Con aquella verde mirada, perdida. Observando la tela *beige* a modo de techo que cubría la cama, intentó incorporarse, pero las manos de Eliana se lo impidieron.

—Espera, espera. No te esfuerces.

—¿He llegado? —preguntó. Sentía la boca seca, su voz era débil.

—Estás en la ciudad de Glenn, llegaste hace unas horas por la laguna Feren —respondió Eliana acercando una taza de metal a los labios de la joven—. Bebe, es agua.

Ayudando a incorporar su cabeza, Eliana posó el borde metálico

de la taza sobre sus labios, mientras vertía poco a poco el agua de su interior.

—Tengo un mensaje —dijo la joven a pesar de que aún le costaba hablar—. Mi nombre es Dahlia de Callander. Kodran ha invadido las tierras de Cryturean, necesito vuestra ayuda.

5

Eliana miró a Dahlia pensativa. Aquel mensaje que la joven elfa le había dado no tenía sentido para ella. Pero el nombre que había pronunciado le resultaba familiar.

La princesa se puso en pie y comenzó a andar de un lado a otro de la habitación, intentando acordarse de por qué le sonaba aquel nombre. Sabía que lo había leído. Cada vez estaba más segura de que lo había leído en algún libro, pero ¿en cuál?

—Necesito levantarme —dijo Dahlia volviendo a incorporarse.

—Espera. —Eliana volvió a acercarse a la cama y colocó las almohadas para ayudarla—. ¿Así mejor?

—Gracias. No lo entiendo, normalmente me curo con más rapidez —respondió observando su brazo ahora ileso.

—Ha sido sorprendente —confesó la princesa—. Nunca había visto a nadie curarse así.

—Los elfos podemos curarnos las heridas superficiales regenerando nuestra piel. No sé por qué ha tardado tanto.

—Lo que te hizo el corte tenía esencia de flor hepática —explicó Eliana—. Caillen ha extraído todo el veneno que ha podido.

Estaba claro que, a pesar de que habían extraído el veneno de la herida, la sensación de agotamiento y debilidad que sentía Dahlia no había desaparecido. Pero sabía que no podía quedarse mucho tiempo en aquella cama. Debía volver a Callander para ayudar a su clan contra el ataque de Kodran.

—Antes has dicho que necesitabas ayuda —dijo Eliana, queriendo saber más sobre aquel mensaje.

—Así es —respondió Dahlia—. No sé cuál es la gravedad, pero cuando abandoné Callander mi padre preparaba a nuestro clan para ir hacia las fronteras del sur.

Eliana observó la inquietud en el rostro de la joven y un nudo se formó en su pecho. Pues podía empatizar con ella, sintiendo su angustia, y por un momento pasó por su mente si el mensaje que Dahlia le había entregado tendría que ver con la triqueta que Caillen y

Belenus habían descubierto.

—Será mejor que descanses. Cuando te recuperes, hablaremos con el rey —dijo Eliana recogiendo la ropa sucia que estaba a los pies de la cama—. Pediré que te laven esto.

—No necesito la ayuda del rey, sino la tuya, Eliana, y la de él.

En ese momento, la puerta se abrió. Caillen apareció en el umbral portando un pequeño saco cerrado con un trozo de cordel anudado a su alrededor. Al ver a la joven elfa despierta, se sorprendió. A su vez, Eliana llevó sus ojos del rostro de Dahlia al de Caillen.

—Traigo el aceite —dijo, cerrando la puerta y dejando el saco sobre la mesa.

—¿Cómo que necesitas nuestra ayuda? —preguntó Eliana dudosa, permanecía inmóvil—. ¿Y cómo sabes nuestros nombres?

—No es difícil conocer los nombres de la realeza de otros reinos —respondió Dahlia—. Pero fue mi padre quien me dio a conocer vuestra existencia.

Caillen miraba sin comprender la conversación que ambas jóvenes mantenían. Pero contempló a Eliana. La joven permanecía quieta, sujetaba la ropa entre sus manos. Podía ver cómo apretaba los tejidos, por esa actitud sabía que algo no iba bien. Haberse criado juntos hacía que él supiera en cada momento cómo iba a actuar ella y qué rondaba su cabeza. Por eso supo que en aquel instante la joven estaba nerviosa.

—¿Podéis explicarme qué ocurre? —preguntó Caillen, mientras sacaba el frasco que contenía el aceite de eucalipto.

—Mi nombre es Dahlia, vengo del reino de Cryturean. —La joven volvió a presentarse.

—He visto tu tatuaje, perteneces al clan Callander.

Caillen cogió el candil que había sobre el escritorio. Acercándose a la chimenea y con ayuda de una pequeña rama que prendió al contacto con la llama, encendió el fuego. Colocó un caldero, colgando el asa de un gancho incrustado en la piedra, y vertió agua en su interior. Una vez que el agua estuvo caliente, con ayuda de un cazo, echó un poco en la taza metálica. Abrió el frasco de aceite y con el pequeño gotero dejó caer ocho gotas de aquel líquido amarillo verdoso. En ese momento, el aroma refrescante emanó de su interior.

—Ten, te ayudará a recuperarte —dijo el joven acercando la taza a Dahlia—. Veo que el brazo ya está bien.

—Sí, gracias. —Dahlia agarró el asa de la taza—. Siento haberos causado molestias.

—No te preocupes. Ahora contadme qué ocurre.

Dahlia repitió el mensaje y explicó a Caillen la razón de su llegada. Mientras el joven escuchaba atentamente, la joven elfa relató su historia añadiendo esta vez la causa de su herida. Cómo los cazadores habían dado con ella, persiguiéndola hasta el otro lado del bosque, donde hizo que perdieran su rastro. Por aquel incidente, había retrasado su llegada a la ciudad de Glenn. Algo que no tenía previsto que sucediera así. Cuando Dahlia terminó, Eliana mencionó lo que había pasado por su mente, aquella posibilidad de que la triqueta tuviera algo que ver con todo aquello.

—Eso explicaría la amenaza —concluyó Caillen.

—Había leído que los elfos grises podíais llegar a ser imperceptibles —añadió Eliana refiriéndose a las habilidades de la joven.

—Cuando eres mestiza, no tienes por qué heredar todo. Cada vez la mezcla étnica de elfos es más común, es habitual encontrar elfos mestizos en cualquier parte de Cryturean.

—Fascinante. —Pues cualquier cosa que ampliara su conocimiento fuera de aquellos muros le asombraba.

Caillen miró a la joven princesa, indicándole con la mirada que se centrara en lo verdaderamente importante.

—¿Qué podría querer? —preguntó el joven aprendiz, cuando se detuvo.

—Kodran —interrumpió Eliana, al ver que Caillen no recordaba el nombre.

—¿Qué podría querer Kodran de Cryturean? ¿Y cómo podemos ayudar nosotros? —preguntó finalmente.

—No lo sé —respondió Dahlia—. Creía que aquí hallaría alguna respuesta.

—¿Cómo vamos a saber qué hacer si ni siquiera sabemos quién es él? —volvió a preguntar Caillen.

Los tres se quedaron en silencio sin saber qué decir, y aunque la teoría de Eliana, referente a la triqueta, podría ser acertada, ¿por qué apareció sobre la ciudad de Glenn, y no sobre las tierras de Cryturean? En esos momentos, ninguno tenía la respuesta.

Caillen comenzó a recoger su escritorio bajo el mutismo que predominaba en la estancia. Volvió a guardar los frascos de esencias y sustancias en el maletín. Guardó el sello de lacre en la pequeña caja metálica y lo introdujo en el cajón del escritorio. Mientras llevaba el maletín para guardarlo en el arcón, la voz de Eliana rompió el silencio.

—¿Y si sí supiéramos quién es? —La joven agrandó sus ojos—. Cuando Dahlia pronunció su nombre, me resultó familiar. —Eliana

volvió a caminar de un lado a otro mientras en su rostro aparecían signos de satisfacción—. Sabía que lo había leído en algún libro y ahora lo recuerdo. Tengo un libro sobre leyendas y sé que ahí es donde aparece. ¡Enseguida vuelvo!

No les dio tiempo a decir nada, pues la joven princesa había abandonado los aposentos. Trotando, bajó los escalones de la escalera de caracol, sintiendo cómo la emoción le invadía por dentro.

—¿Alteza? —Declan observó a la princesa.

—Voy a la sala de lectura —respondió esta sin mirarle.

El soldado comenzó a seguirla como si fuera su sombra mientras ella caminaba por el pasillo con paso ligero, pues no quería llamar la atención echando a correr, ya que pasaba la medianoche y el castillo permanecía en silencio. Aliviada de que nadie se percatase de las idas y venidas que habían tenido desde que Dahlia apareció en la laguna, la joven princesa giró el pomo de la puerta y entró en la sala. Ahora solo tenía que acordarse de dónde había guardado el libro.

—Necesitaré tu ayuda —dijo mirando por primera vez a Declan desde que había salido de los aposentos de Caillen.

En el momento en que había sabido de qué libro se trataba, los recuerdos habían ido llegando a su mente, excepto el recuerdo de dónde lo había guardado. Por lo que recordaba, era un libro manuscrito. Probablemente, más amarillento por el paso del tiempo que el día en que lo encontró, pues solo era una niña. Recordaba que no solo llamó su atención la letra fina y alargada, muy diferente a la que había podido observar en otros libros. También llamó su atención que el libro no tuviese cubierta. Podía sentir en su mano el tacto cuando tocó el lomo áspero, como si alguien hubiera arrancado el revestimiento de este. Y lo que debía ser una cubierta era en realidad un trapo que envolvía el libro. Recordaba también la primera hoja de pergamino. Tenía dibujado un marco interior, también a mano, con motivos tribales. Aquello enmarcaba otro dibujo, el de un mapa, cuidadosamente detallado en miniatura. Eliana describió con detalle lo que recordaba, para que Declan supiera lo que estaban buscando.

Tenían ante ellos una amplia librería de madera con cinco columnas. Cada columna con seis baldas. A primera vista, encontrar un libro diferente no resultaba difícil. En su mayoría, los libros que había allí guardados poseían revestimientos de cuero o terciopelo en colores tierra, verde oscuro o bermellón. Pero, echando un vistazo

rápido, no llegaron a localizarlo. Los dos empezaron a sacar los libros, vaciando los estantes y amontonándolos a sus pies. Formaron pequeñas torres a su alrededor mientras las esperanzas de la joven princesa se iban desvaneciendo. Contemplando más de la mitad de las baldas ya vacías, se arrodilló y volvió a repasar los libros que habían desechado. Pero el que ella buscaba no estaba allí.

—Juraría que no lo había sacado de esta habitación —murmuró derrotada.

—Aún quedan un par de estantes por revisar —respondió Declan mientras contemplaba a la princesa sentada en el suelo.

Al ver el rostro de Eliana, que reflejaba su desilusión, mientras con desgana cogía varios libros depositados en el suelo, el soldado retomó su tarea y siguió vaciando las baldas, sacando las hileras de libros, pensando que quizá tras ellos se encontrase el que buscaban.

Fue entonces cuando un crujido llamó su atención. En su mano se encontraba un tomo pesado. En su cobertura, adornando el revestimiento de las esquinas, había unos protectores metálicos. Uno de ellos se había enganchado en una pequeña hendidura que tenía la balda. Aquello produjo un chasquido. Declan depositó el libro en la balda de abajo mientras con los dedos acariciaba la pequeña hendidura en forma de medialuna, que había tallada en la madera. Acercando su oído, golpeó la superficie, reafirmando sus sospechas, pues no era una balda como las demás. Apurado, retiró el resto de los libros del estante. Y observó cómo en la esquina opuesta había otra marca idéntica.

—He encontrado algo —murmuró.

Eliana se puso en pie y observó lo que Declan le señalaba. Ella le miró extrañada, pues no sabía de qué se podía tratar. El joven soldado volvió a golpear con los nudillos. Y el sonido fue hueco. Declan sonrió a la joven y, fijándose en las hendiduras, comprobó que necesitarían algo fino para poder hacer palanca. La princesa vio sus intenciones y, sacando la pequeña daga de su bota, se la entregó. Declan introdujo la fina punta en una de las hendiduras, para levantar una de las esquinas del tablón, después repitió lo mismo en el otro extremo. Una vez desencajada, retiró la tablilla y la colocó en el estante de abajo. Y allí, en el interior del compartimento secreto que escondía aquella balda, envuelto en un trapo viejo, se encontraba el libro. Eliana lo cogió con cuidado y sintió cómo le daba un vuelco el corazón. Declan observó la mirada desconcertante de la joven, que viajaba del libro hacia su

escondite.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Yo no lo guardé ahí —titubeó, mientras notaba un nudo en la garganta—, ni siquiera sabía que eso existía.

—Lo dejaré como estaba.

Declan volvió a colocar la tablilla y a recolocar los libros en sus baldas correspondientes. Mientras Eliana, con el libro envuelto entre sus manos, comenzó a desenvolverlo. Apareció aquella hoja de pergamino a modo de portada que ella recordaba. La observó con detalle y esta vez parecía que tenía más sentido. En su momento, no había recordado el texto que estaba escrito en la parte superior de la página. Dentro de lo que parecía un rebite dibujado, podía leerse: «Leyendas de los reinos». Ajena al movimiento de Declan mientras reordenaba la librería, Eliana observó el mapa dibujado, percatándose de que representaba los tres reinos: Daonean, Cryturean y Dorchas.

Sintió la suavidad de las hojas en comparación con la aspereza del lomo. Tal como lo recordaba, le habían arrancado el revestimiento. Pasó las hojas mientras con el dedo índice recorría cada línea escrita. Fue entonces cuando se detuvo. Su dedo tapaba aquel nombre que había buscado: Kodran. Eliana llevó sus ojos hasta el principio del párrafo y comenzó a leer:

Nadie pudo imaginarse lo que dejaría la muerte de Igor Édbardson, soberano de Undrell. La tristeza por la pérdida invadió el reino de Dorchas. Pero no fue lo único, pues la oscuridad acechaba sobre ellos. Sin más opciones de un varón en su linaje familiar, quedó como único heredero Kodran. Su primogénito, aquel que cambió la elección de los demás, por su voluntad…

… fueron tiempos difíciles, pues Kodran Édbardson sembró el terror. Bajo la protección de las montañas que rodeaban el territorio de Dorchas, se hallaba su capital, Undrell. La oscuridad envolvió los cielos, y la codicia y ambición de Kodran por propagar su voluntad fuera del reino era su único cometido. Mientras el mandato de su padre, el soberano Igor, había existido una relación cordial entre los tres reinos. Cada rey, jefe, señor, soberano se ocupaba de sus tierras, sin involucrar a los reinos colindantes. Pero ese tiempo de paz había acabado. El día que Kodran fue nombrado soberano de Undrell, bajo la atenta mirada de sus súbditos y su joven hermana Silje, les prometió poder. Les aseguró que, si confiaban en él, si luchaban por él, tendrían todo lo que quisieran.

De todos era sabido que la vida en Undrell no era la mejor. La escasez de agua en el territorio y la sequedad en el ambiente volvían difícil la posibilidad de crear un pueblo con sus propias cosechas y medios de mercado con los otros reinos. Pero eso a Kodran no le importaba. Durante su vida había conseguido acostumbrarse. Los habitantes de Undrell habían sabido adaptarse a las condiciones de su hábitat y el soberano quería ir más allá. Quería poder moverse por aquellas tierras que no eran suyas, coger lo que quisiera sin que nadie se lo impidiera y quería dar ese dominio a los que estuvieran a su lado.

Con su codicia, otorgó a su pueblo la libertad de cazar en cualquier territorio. La cacería de razas se extendió por los tres reinos, algo que al soberano le divertía. Le encantaba ver las presas que sus seguidores llevaban ante él, y aquello fue otra gota para el inicio del terror. Sin salir de su zona de confort, Kodran hacía y deshacía a su antojo, utilizando a aquellos seres que se postraban ante él. Empleando sus cuerpos y habilidades como experimentos. Su intención era mezclar las razas de los reinos, con los seres más extraños que se podían hallar en las profundidades aún desconocidas del territorio. Torturados, expuestos ante sus seguidores, como un simple entretenimiento. Su soberano quería mejorar su ejército, quería ser invencible. Pero las desapariciones comenzaron a alertar al reino de Daonean y Cryturean, siendo también víctimas de robos, asaltos, destrucciones y violaciones. Los otros dos reinos debían poner fin a Kodran y a aquello que él significaba. Por ello, juntando sus fuerzas, decidieron atacar contra él, pues o destruían a Kodran o se destruirían los reinos. Ajenos al ataque que se cernía sobre sus tierras, el soberano seguía ampliando las sangrientas libertades de sus súbditos, y la

diversión a causa del sufrimiento de los más vulnerables era su pasatiempo favorito.

Para descubrir las intenciones de Kodran y sus seguidores, el reino de Daonean decidió infiltrar a un guerrero, alguien que introduciéndose en las tierras de Undrell pudiera averiguar lo que allí pasaba. Por ello el elegido fue el príncipe Rowan, hermano menor del rey Gared, que recientemente había sido nombrado y que nunca pensó que tuviera que tomar una decisión como esa: enviar a su hermano a las tierras de Undrell en busca de respuestas. Lo que el príncipe encontró allí fue peor de lo que esperaba. Las malas costumbres abundaban en todas las calles. Tenían presos atados a amarraderos, donde se suponía que deberían descansar los caballos, las manchas de sangre y excrementos se podían encontrar allí donde mirase. Pero aquello que pasaba dentro de los muros del castillo, donde Kodran calentaba su asiento al que llamaba trono, le era desconocido. Rowan pasó meses en aquellas tierras, familiarizándose con los que allí vivían y viendo las atrocidades con las que se divertían. Habían construido una estructura circular, adosada a un lateral del castillo desde donde Kodran tenía su acceso privado. Estaba permitida la entrada a todo aquel que quisiera disfrutar de un buen espectáculo. Mientras los espectadores se amontonaban en gradas de piedra expectantes por ver qué sucedía en la arena, Rowan horrorizado contemplaba la lucha entre aquellos que eran apresados, contra los hijos de Kodran, tal y como él llamaba a sus guerreros. El príncipe Rowan siguió estudiando la manera de acabar con aquello, y cuando estuvo preparado, reuniéndose con su hermano, convocaron un consejo. Daonean y Cryturean debían atacar.

Eliana paró su lectura, y contempló a Caillen y Dahlia. Ambos en silencio observaban a la joven, que, colocada en el centro de la estancia con el libro entre sus manos, había relatado parte de la historia.

—Kodran quiere volver a intentarlo —dijo Dahlia—. Quiere conseguir el poder de los tres reinos.

—¿Por qué nunca me hablaste de este libro? —preguntó Caillen, levantándose de la silla donde había atendido a la lectura y acercándose a Eliana.

—Cuando lo leí, me asusté. Ponía que eran leyendas, pero los nombres eran reales y lo guardé.

Eliana tendió el libro a Caillen, que lo observó y, releyendo las

líneas, contempló el trazo de la pluma: la inclinación de las letras, las finas y alargadas líneas que estas formaban. Le resultaba familiar. El joven pasó sus páginas y comprobó que la letra manuscrita era la misma que aquella que tanto había estudiado.

—Pero resulta extraño —continuó Eliana—. Declan encontró el libro en un compartimento secreto en uno de los estantes. Y yo ni siquiera sabía que existía.

—¿Alguien lo guardó ahí? —preguntó Dahlia confusa.

—Puede que Belenus —respondió Caillen mirando a Eliana—. Es su letra. Si él escribió estas leyendas, podrá darnos más información.

—¿Quién? —volvió a preguntar Dahlia.

—Mi maestro, es un druida ancestral —respondió el joven.

La elfa asintió. Conocía las capacidades de los druidas ancestrales: hombres y mujeres de amplios conocimientos, relacionados principalmente con la naturaleza, según las orientaciones de su don podían predecir acontecimientos. La sabiduría de estos druidas no conocía límites. Aunque apenas existían druidas en los reinos, en su mayoría ligaban su vida al servicio de miembros poderosos, como en este caso, Belenus había ligado su sabiduría y conocimiento al rey Gared.

—Debemos hablar con él —dijo Eliana—. ¿Ahora ves más claro que la triqueta se refiriera a esto?

La joven preguntó a Caillen, que seguía inmerso en la lectura del libro. Su rostro compungido leía con cuidado cada palabra, cada frase. Consciente de que era observado por Eliana y Dahlia, levantó la mirada y respondió:

—Es posible, y además quizá sea una división de los tres reinos.

—¿Y creéis que vuestro maestro os dirá algo? Si no lo ha hecho hasta ahora, ¿qué iba a cambiar?

Ante la pregunta de Dahlia, Caillen y Eliana se miraron. No entendían por qué había ocultado algo así.

—¿Cómo sigue la historia? —preguntó Caillen pasando las hojas.

Eliana tomó el libro y leyó otro párrafo:

La guerra duró hasta el amanecer, cuando finalmente Kodran fue derrotado…

Su hermana Silje pidió piedad por la vida de su hermano. Los líderes de la batalla, conscientes de que se había derramado sangre, aceptaron el trato y desterraron a Kodran atando su cuerpo a las rocas de Kunnart, una formación rocosa en el mar, situada cerca de las costas del desierto Duine, el terreno despoblado que separaba Cryturean de Dorchas. Le condenaron a un destierro vigilado en aquellas rocas, con la única compañía de aquellos que hacían turnos para vigilarle y alimentarle. Pero tras meses de aislamiento le dieron por muerto. Sin esperarse que todo fuera un engaño, Silje reclamó el cuerpo de su hermano e intentó devolverle su poder. Al decimotercer día del segundo mes, Kodran proclamó su venganza a los hijos de los reinos, aquellos nacidos bajo el vínculo de enemigos, culpables de llevarle al olvido, y, resurgiendo con más sed de poder si cabe, sentenció el destino de los que le habían hecho caer.

—Cuando mi padre me envió hasta aquí, mencionó la búsqueda de los hijos de los reinos.

—No le encuentro sentido —interrumpió Caillen mientras daba la espalda a las jóvenes y miraba cómo ardía la leña en el hogar.

—Caillen, tiene sentido. —Eliana se acercó a él y colocó su mano en su hombro.

El joven sintió el tacto de la mano en un intento de tranquilizarle, pero, obnubilado ante la situación y con signos de negación, se apartó de ella.

—Es absurdo. ¿Se supone que nosotros tres tenemos que luchar contra Kodran? ¿Luchar contra un hombre que crea sus propios ejércitos? —Caillen caminaba a lo largo de la habitación—. Por si no os habéis dado cuenta, no estamos en las mejores condiciones. Tú estás en cama —dijo mirando a Dahlia—. Eliana no puede controlar sus nervios como para poder enfrentarse a una situación como esta y yo solo soy un aprendiz.

Aquel comentario molestó a la princesa, que cruzándose de brazos escudriñó al joven con la mirada.

—No quieres verlo —añadió la joven.

—Habéis hablado de un símbolo, ¿y si somos nosotros las tres puntas de la triqueta? Juntando nuestros ejércitos debemos plantarle

frente a Kodran. —Dahlia se había incorporado más segura de sus palabras.

—Yo no tengo ejército. Repito, soy solo un simple aprendiz.

Caillen se dirigió a la puerta y abandonó los aposentos, dejando a ambas jóvenes desconcertadas. Tras el portazo, Eliana apenada se acercó al fuego y, cogiendo un cazo que reposaba en un colgador, sirvió un poco más del remedio que había preparado el joven anteriormente, y lo dejó en la mesilla.

—Discúlpale, será mejor que vaya a buscarle. Tú intenta descansar.

La princesa salió tras Caillen. Al bajar las escaleras, se encontró con el rostro de Declan, que había permanecido allí vigilando, desde el hallazgo del libro. Eliana pasó por su lado y comenzó a caminar en una dirección, pues sabía adónde se había dirigido Caillen. Allí donde la luz se tornaba azul, donde reinaba el silencio, allí donde los presentes permanecían quietos, él encontraba la paz.

∞

Eliana caminaba portando la luz de la antorcha por los fríos pasillos subterráneos. Había avistado la figura de Caillen no muy lejos de ella, pero prefería darle esos segundos de ventaja. Declan caminaba tras ella, aunque la joven había insistido en que no hacía falta que la acompañase, pero el soldado le recordó que era su trabajo. Torcieron hacia otro pasillo, esta vez más estrecho, y pudo ver cómo la vieja puerta que se encontraba al final se cerraba. Al llegar, la joven se detuvo y colocó la antorcha en el candelabro de hierro, donde esta encajó perfectamente.

—¿Estáis segura de dejar la antorcha? —preguntó Declan a su espalda en un atrevimiento.

—Sería una ofensa. Deben descansar.

La princesa abrió la puerta, tras ella una alargada cripta se mostraba ante ellos con un techo curvo y dividido con arcos de medio punto. La iluminación era escasa, pero Eliana le vio. No muy lejos observó la silueta de Caillen, erguido con las manos apoyadas en un sepulcro de mármol. La joven se acercó a él, mientras Declan esperaba junto a la puerta. Sus pasos hacían eco en aquel lugar donde descansaba la familia real de Glenn. Caillen, con el rostro serio, miraba fijamente la figura que yacía sobre el sepulcro y, con la mano

sobre la piedra, acarició con cuidado el recorrido que formaba la figura de una espada, deteniéndose en la empuñadura donde había incrustada una piedra morada en forma de lágrima, estudiando las figuras que las finas vetas blancas formaban sobre el fondo violáceo.

—¿Cuánto hacía que no bajabas aquí? —preguntó la joven, situándose junto a él.

—Menos de lo que crees.

Caillen ni siquiera miró, siguió con sus ojos fijos sobre la piedra contemplando el rostro esculpido. Sintió la mano de Eliana nuevamente en su hombro y notó cómo levemente le apretaba en un intento de reconfortarle.

—¿Por qué te has ido así?

—¿No es obvio? —respondió—. No quiero formar parte de esto, no quiero ser el centro de nada. Eli, quiero seguir siendo un simple aprendiz.

La voz de Caillen sonaba cansada, como si el conocimiento de los recientes acontecimientos hubiera acabado con sus fuerzas.

—Si lo que sabemos es cierto, tenemos un deber —añadió Eliana, esta vez endureciendo su voz.

—Yo no tengo ningún deber. A mí nunca me han tratado como un príncipe.

—Caillen —llamó la joven—, mírame.

El joven giró levemente la cabeza y, mirando a Eliana, esperó a que continuara.

—Si esto es verdad y no nos enfrentamos a Kodran, su lucha habrá sido en vano. Y lo sabes.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me enseñaste el libro?

Caillen volvió a mirar el sepulcro. Sus ojos volvieron a fijarse en el rostro del príncipe Rowan, su padre.

—Dijiste que no querías hablar de él.

—¿Sabes? Nunca le reproché que ocultase mi identidad, solo quería saber la verdad, conocer más sobre su pasado, sobre mi madre,

y ahora esta historia solo es otro detalle de su vida que me ocultó. —Un nudo comenzaba a formarse en la garganta del joven mientras le temblaba la voz—. Cuando cayó enfermo, intenté salvarle, hice todo lo que pude.

—No seas duro con él ni contigo. Hemos tenido la desgracia de perder a nuestras madres al poco de nacer, pero tanto mi padre como el tuyo lo hicieron lo mejor posible. —Eliana intentó animar al joven.

La princesa se acercó y posó sus labios en la mejilla de Caillen, otorgándole un beso, después se retiró y volvió a dejarle solo. El vínculo que habían creado desde pequeños era muy fuerte y el hecho de que ambos habían compartido la tragedia de crecer sin sus madres les había unido aún más. Los dos habían sentido un vacío que, aunque sus padres intentaron llenar, no fue posible. Eliana se detuvo en la puerta de la cripta y, girándose, miró a su primo, al que ella sentía como un hermano. Y, observando a Declan, que había permanecido junto a la puerta, se acercó a él, consciente de que el soldado había sido testigo de la conversación, y en tono serio dijo:

—Como responsable de mi guardia, espero que seas discreto con todo lo que escuchas.

—Por supuesto —respondió Declan.

—Nadie puede saber que Caillen es mi primo, que pertenece a la familia Risteardsen, así lo quiso su padre al morir y es un secreto familiar.

El joven soldado asintió y esperó a que Eliana saliera de la cripta. Al abandonar la sala, Declan se detuvo bajo el marco de la puerta antes de cerrarla y miró de reojo a Caillen, que aún permanecía inmóvil bajo un silencio eterno.

7

Eliana permanecía recostada en un sillón junto a la chimenea, el fuego se había extinguido y la luz de la mañana entraba por la ventana. Dahlia descansaba en la cama. Ambas habían intentado mantenerse despiertas esperando a que Caillen volviese, pero la noche había sido muy larga y el agotamiento les había invadido. Eliana ordenó a Declan que se retirara, ya que ella había decidido pasar la noche en los aposentos del joven aprendiz acompañando a Dahlia. Sin saber con exactitud cuánto había dormido, la princesa se desperezó y, abriendo los ojos, contempló el entorno.

La estancia estaba fría. Frotando sus brazos, intentó entrar en calor, pues tenía el cuerpo destemplado. Miró a Dahlia, que seguía durmiendo profundamente; su estado había mejorado gracias a la infusión que Caillen le había preparado, pero aún se sentía agotada. Eliana se levantó y observó que el candil estaba también apagado. Consciente de que no podía llamar al servicio para pedirles que encendieran el fuego, la joven se acercó a la chimenea y, buscando a su alrededor, halló una caja metálica donde se guardaba un golpeador de acero en forma de asa, el pedernal y la yesca para encender el fuego. Había visto cientos de veces cómo se hacía, pero nunca lo había puesto en práctica. Colocó un poco de yesca sobre los restos de leña en la embocadura de la chimenea y, cogiendo el golpeador con una mano y el pedernal en la otra, comenzó a golpearlos entre sí en su intento de que la chispa producida por el contacto cayera sobre la yesca que había colocado. Siguió golpeando con ímpetu, apreciando cómo diminutas chispas aparecían a causa de la fricción, pero no llegaban a ser suficientes para prenderla. Entonces llamaron a la puerta. La joven, desistiendo, dejó el golpeador de acero y el pedernal en el suelo, se levantó y se dirigió a abrirla. Al otro lado, Declan apareció portando una bandeja, en ella había una jarra de vino y un gran plato de carne asada junto con varios trozos de pan. Eliana dio paso al joven, que depositó la bandeja en el escritorio.

—Alteza, me he tomado el atrevimiento de pedirles el almuerzo —dijo este.

—Gracias, espero que no hayas hablado sobre nuestra invitada —añadió Eliana seria, a lo que el joven asintió—. ¿Habéis visto a Caillen?

Declan negó con la cabeza mientras se mantenía erguido junto a la puerta observando cómo la princesa servía vino en dos vasos.

Paseando un poco más su mirada por los aposentos, se percató del frío que reinaba en la estancia y vio que los utensilios para encender el fuego permanecían en el suelo.

—¿Quiere que encienda el fuego? —preguntó el joven.

Eliana le miró, luego sus ojos fueron hasta la chimenea y asintió, dando paso a Declan, que se dirigió hasta allí. Con el ruido producido por las voces, el tintineo al servir la bebida y el chasquido del pedernal con el golpeador de acero, Dahlia se despertó. Primero contempló a Eliana y después miró a Declan, mientras la joven princesa se acercaba a la cama para ofrecerle un vaso de vino.

—Este es Declan, vela por mi seguridad. Él nos ayudó a traerte aquí. —Eliana presentó al joven soldado, que inclinó su cabeza como saludo, gesto que fue devuelto por Dahlia.

—Si no necesita nada más, me retiro. Estaré abajo —añadió este, pero antes de que abandonara la estancia Eliana le detuvo.

—Gracias —agradeció la joven.

Finalmente, el soldado cerró la puerta.

Sujetando la pieza de carne con el tenedor de dos puntas, la princesa troceaba con el cuchillo el trozo de cerdo. Mientras tanto, Dahlia se incorporó y bebió el líquido rojo violáceo fermentado, sintiendo como si una corriente recorriese su garganta. Eliana se acercó y dejó el plato con la carne en la mesita junto a la cama, mientras tomaba asiento y bebía de su vaso.

—Espero que sea de tu agrado —dijo esta, mientras tomaba un pedazo de la carne rosada—. El cerdo suele estar exquisito.

—Gracias —agradeció la joven elfa, cogiendo una porción del asado y un trozo de pan—. No recuerdo la última vez que comí.

Dahlia sonrió mientras disfrutaba del plato. Durante un momento, ambas jóvenes conversaron sobre el reciente descubrimiento que había tenido lugar la noche anterior. Eliana, dentro de su curiosidad por conocer las tierras que había fuera de la ciudad, preguntó a Dahlia cómo era su hogar, y encantada, comenzó a explicar cómo eran los verdes bosques de Cryturean, los lugares que había cercanos a Callander y cómo era esta. Eliana quedó fascinada ante la belleza y pureza que su reciente invitada describía, aunque no tardaron mucho tiempo en volver a retomar la causa de su visita.

Cuando Eliana había vuelto de la cripta, comentó a Dahlia la conversación que había mantenido con Caillen, pues la joven sabía que él necesitaría un tiempo para entrar en razón. Eliana conocía a su primo, y era consciente de que para él no era fácil hablar de su padre y, más aún, descubrir una etapa de su vida que le había sido ocultada. La joven sabía que Caillen se movía en una laguna de misterios que había ocultado parte de su vida, pero, en el fondo, ambos se habían acostumbrado a vivir con ello. El mayor secreto que habían guardado era la verdadera identidad de Caillen, pues su padre, el príncipe Rowan, pidió en su lecho de muerte que se siguiera manteniendo el secreto. Dejando, aun así, por escrito el reconocimiento como su padre, que otorgaría el segundo puesto a Caillen en la línea de sucesión al trono de Glenn, siempre y cuando la princesa Eliana no tuviera descendencia. Pero Caillen nunca se había sentido como un príncipe, prefería ser un simple aprendiz, se había conformado con su vida, pues al joven no le había faltado de nada.

—Caillen nunca ha sido de conflictos —explicó Eliana.

—¿Y tampoco de deberes? Mi padre me mandó a buscaros, debemos seguir la historia —respondió Dahlia.

—Lo sé, si todo lo del libro es cierto y no se hiciera nada, podría ser el final de nuestros reinos tal y como los conocemos.

—Por eso debemos intentar que entre en razón —añadió Dahlia —. No puedo tardar mucho tiempo en volver a Callander y luchar junto a mi clan.

Eliana comprendía las palabras de la elfa, entendiendo su tono de preocupación.

—Puede… —titubeó la princesa pensativa—, creo que iré a hablar con Belenus, quizá él le haga entrar en razón.

Eliana se levantó y se acercó a la mesa donde la noche anterior había dejado el libro, pero, al llegar a ella, no lo vio. Segura de que lo había dejado allí, revisó lo que había sobre el escritorio y después buscó con la mirada por la habitación.

—¿Dónde está el libro? —Alarmada, la joven miró a Dahlia.

∞

En la penumbra del estudio, Caillen permanecía sentado frente al libro apoyado sobre la mesa, pasando las páginas que iba leyendo

mientras esperaba. Después de pasar varias horas frente a la tumba de su padre pensando en la relación que habían mantenido, volvió a sus aposentos, pero Eliana y Dahlia se habían quedado dormidas. Sin hacer ruido, el joven había cogido el libro del escritorio y había bajado al estudio de Belenus. Quería preguntarle a su maestro sobre el pasado de su padre porque, a pesar de la conversación que había mantenido con Eliana y aunque le hubiera dicho que no tenía ningún deber, en el fondo el joven no pensaba así. Por un lado, estaba frustrado por añadir otro secreto o misterio a su vida; pero, por otra parte, sabía que evadirse de aquello para lo que estaba destinado no era propio de él, y no quería decepcionar o traicionar la memoria de su padre. Por lo que, en aquella encrucijada emocional en la que se encontraba, no vio otra salida que preguntar a su maestro la verdad, quería saber qué debía hacer y cómo debía actuar. Él desde pequeño había mantenido una relación cercana con su padre a pesar de que este se había negado a hablarle sobre su madre y era poca la información que tenía sobre ella, nunca se lo había reprochado. Pero cuando el príncipe Rowan enfermó, y sabiendo que le perdería, algo en su interior cambió, el vacío que sentía se hizo más grande y ahora necesitaba respuestas.

La puerta se abrió, el anciano druida miró al joven con aquellos ojos claros que transmitían sabiduría mientras cerraba tras él. Belenus no se sorprendió ante la presencia de Caillen en el estudio y, acercándose al centro de la estancia, observó el libro que tenía entre sus manos. El anciano miró a Caillen esperando que hablase, cuando el joven, poniéndose en pie y cogiendo el libro, se lo tendió.

—¿Por qué nunca me habló de esto? —preguntó seriamente.

Era escasa la luz que entraba por el ventanuco del estudio, pero no le hacía falta ver el libro de cerca, lo reconoció al instante.

—No era mi cometido, muchacho —respondió el anciano, que tras mirarle unos segundos le dio la espalda.

Caillen se acercó a él. Mientras, Belenus buscaba algo en los estantes.

—Usted escribió esto, reconozco su letra. ¿Cuándo pensaba decirme que Eliana y yo estamos destinados a liderar una batalla? Una batalla que ya peleó mi padre.

El anciano se detuvo y miró al joven. Caillen permanecía quieto tras él con el rostro serio, pero el anciano druida podía apreciar la

tristeza en sus ojos. Tras chasquear la lengua, se dirigió a tomar asiento, como si quisiera desechar los pensamientos que pasaban por su cabeza. Belenus negaba mientras abría varios tarros, y con una cucharilla extraía pequeñas cantidades y las vertía en un cuenco.

—Sol de oro, hipérico, lavanda son plantas que tienen altas propiedades y nos serán útiles —comentó el anciano continuando con su tarea.

—¿No piensa responderme? —insistió el joven impaciente.

—Muchacho, no era yo quien debía contarte la historia. Eras tú el que debía averiguarlo y debía ser ella quien os diera el mensaje.

Caillen miró sorprendido al anciano ante sus palabras.

—Supongo que Dahlia está aquí —añadió este en tono tranquilo —. Mi intención no era ocultarte nada, Caillen. Desde que el príncipe Rowan falleció, he intentado criarte como un hijo, pero eso no es excusa para saltarme las reglas del destino. Las cosas ya están escritas, tal y como habrás leído.

—Y ahora que Dahlia nos ha dado el mensaje, ¿me dirá algo más? ¿Me contará cuál es mi deber?

—Te contaré aquello que debes saber por mí, tanto a ti como a la princesa —respondió Belenus, triturando con el mortero las plantas que había mezclado—. Debemos esperarla.

El anciano siguió con su tarea. Mientras en silencio Caillen le observaba, Belenus mezclaba las plantas ya molidas con un aceite que poseía en el interior de una alcuza metálica. Una vez que hubo terminado, vertió la mezcla en un pequeño frasco de cristal ambarino, de abertura estrecha que tapó con un corcho. Le había descrito al joven cada paso y le había explicado las diferentes propiedades del remedio que había preparado, y una vez que hubo terminado, tanto su tarea como la explicación, dejó el frasco en el centro de la mesa y, como si hubiera estado sincronizado, el golpe del cristal contra la madera coincidió con un golpe en la puerta, seguido por otro.

—Adelante —dijo el anciano.

La puerta se abrió y el rostro de Eliana apareció en la penumbra. Con cuidado, la joven entró y, al ver a Caillen en el estudio con el libro entre las manos, respiró aliviada.

—Siento interrumpirle, Belenus, pero me gustaría hablar con usted y con Caillen si es posible —dijo la joven acercándose.

—Por supuesto, alteza, le estábamos esperando.

Eliana miró a Caillen, y el joven se apartó a un lado para que se colocara junto a él. Tras ofrecerle asiento a la princesa, que esta denegó, el anciano druida relató su información.

—Yo no puedo daros todas las piezas que necesitáis —comenzó diciendo—, pero sí debo contaros lo que está en mi mano. Como habéis podido leer, hubo una batalla pasada que, desafortunadamente, no terminó y el destino pone en vuestras manos finalizarla. Seréis aquellos que lideren la contienda que un día capitanearon vuestros padres. Como hijos de los reinos, es vuestro deber, pero no adelantéis acontecimientos. Debéis seguir la línea del destino; y vuestro primer cometido debe ser viajar con Dahlia, llegar hasta Callander y formar vuestro propio ejército, y por ello debéis dejar la ciudad de Glenn.

Caillen y Eliana se miraron, con la incertidumbre pasando por sus ojos. Las palabras de Belenus no habían sido lo que esperaban y, a pesar de que el anciano druida les había indicado su siguiente paso, desconocían la línea que debían seguir.

8

Hastiada de permanecer postrada en la cama, Dahlia retiró las mantas que cubrían su cuerpo y se incorporó. Sentándose, apoyó sus pies descalzos sobre el frío suelo de piedra. Hacía más de una hora que Eliana se había ido en busca de Caillen y del libro, y la joven aún no había tenido noticia alguna. Con cuidado se levantó, a pesar de sentir que no había recuperado todas sus fuerzas, sabía que no podía permanecer mucho más tiempo allí. Esa misma noche debía partir de Glenn, y para ello tenía que buscar a Alsvid, necesitaba recuperar su caballo para volver a Callander.

La joven alcanzó los pantalones que Eliana había dejado junto a la chimenea para que se secasen y se cambió. Como su camisa estaba destrozada, mantuvo la que Caillen le había prestado y ajustó el chaleco marrón sobre la camisa anudándolo. El joven no era muy ancho de torso, y ambos eran de la misma altura. La prenda no desentonaba demasiado sobre el cuerpo de la joven. Junto a la cama estaban las botas de caña alta, que, volviendo a sentarse, comenzó a ponerse, aunque este acto fue interrumpido cuando, de repente, la puerta de los aposentos se abrió. Caillen entró en la estancia con el libro en la mano y, al ver que Dahlia se colocaba las botas, se acercó hasta ella.

—Veo que te encuentras mejor —dijo este situándose junto a la cama—. Pero no pensarás irte ya, ¿no?

—No puedo pasar otra noche aquí —respondió—. Hay cuatro días y medio de camino hasta Callander, y aún debo recuperar mi caballo. ¿Has visto a Eliana?

El joven asintió y dejó el libro, que aún permanecía entre sus manos, sobre la cama. Caillen, observando cómo ella recogía sus cosas, dudó durante unos segundos mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas para afrontar su deber.

—¿Habéis averiguado algo más? —preguntó la joven al ver el rostro de Caillen.

—Mi maestro nos ha dicho el siguiente paso. Sabía que estabas aquí, nos dijo que debíamos dejar Glenn y viajar contigo a Callander para formar un ejército, y que el destino seguiría su curso.

—Entonces, ¿los dos vendréis conmigo? —preguntó Dahlia al ver su rostro que aún transmitía inseguridad.

Caillen, cogiendo el libro y abriéndolo, volvió a la parte en la que relataba la historia de su padre, preguntándose si al continuar lo que él no pudo terminar sería una forma de acercarlos.

—Hay algo más detrás de todo esto, ¿no es así?

La pregunta de Dahlia llegó hasta los oídos del Caillen, que levantó la mirada observándola.

—Solo sabía tu nombre, pero al estar involucrado —continuó la joven— supongo que…

Caillen asintió.

—Es nuestro deber, debemos corregir el error de nuestros padres —respondió. Por primera vez en mucho tiempo, mencionaba aquello que siempre había ocultado—. Todo va cogiendo más sentido, no es que la triqueta tenga un solo significado, puede tener muchos más englobando el mismo cometido. Si esto lleva veintiún años escrito y Kodran lleva veintiún años esperando, es momento de ponerle fin. Y no podemos hacerlo solos.

Dahlia asintió, pues sabía que el joven tenía razón. Por mucho que los tres fueran a las tierras de Cryturean, los clanes de elfos del reino no serían suficientes para enfrentarse a Kodran, ya que el mensaje que había recibido su padre, donde le comunicaban la amenaza, auguraba una inminente invasión de las tierras. La joven sabía que debían unirse a su clan, pero si con ellos viajaban más soldados para ayudar, habría completado su misión con éxito.

—Bien, ¿y qué habéis pensado? —preguntó.

—Eliana ha ido hablar con el rey, pedirá que la guardia real nos acompañe —respondió Caillen.

∞

La puerta se abrió, dando paso al salón del trono, en el cual se realizaba una asamblea. El rey permanecía presidiendo la mesa donde habían desplegado varios rollos de pergamino, mientras a un lado se encontraba Freya sentada en una silla, atenta a las palabras de su marido. Al otro lado se situaba el capitán Breogan, con el que mantenía una interesante conversación sobre los peligros que podrían acechar al reino. Eliana se acercó hasta ellos, siempre bien acompañada de Declan, que mantuvo la distancia. Al llegar a la altura de la estancia donde se encontraban, la joven pudo escuchar las

últimas palabras del capitán.

—Habría dos caminos desde el bosque por los que podrían aparecer las tropas.

—¿Ocurre algo, padre? —preguntó Eliana, situándose junto a Breogan y mirándole.

—Nada que pueda preocuparte —respondió el rey mientras mesaba su barba—. Me extraña que Cryturean quiera atacar la ciudad. Conocí a Darian, el jefe del clan Callander, y me cuesta pensar…

—¿Cryturean quiere atacar Glenn? —interrumpió la joven, sorprendida.

—Aún no podemos confirmar nada, alteza —respondió el capitán —. Es solo que hay indicios.

—Eliana, por favor, retírate. Después podremos hablar — interrumpió el rey—. Ahora debo encargarme de esto.

—Pero es que os equivocáis —protestó Eliana—. No es Cryturean quien pretende asaltar nuestras tierras. Son ellos quienes están sufriendo un ataque y necesitan nuestra ayuda.

El rey miró a su hija extrañado, sin comprender a qué se refería. La joven observó los planos que había sobre la mesa, donde se podía apreciar la ciudad y el territorio que rodeaba la fortaleza. El capitán había situado en el mapa, con ayuda de unos círculos de madera, las zonas de la ciudad que permanecían vigiladas. Mientras con unas piezas similares, pero de color rojo, marcaba las dos zonas por donde podrían cruzar el bosque.

—No tiene sentido —añadió la joven mirándole—. Padre, sé lo que pasó y la historia se repite. Kodran prepara su venganza, debemos ayudar a Cryturean, el clan Callander…

El rey miró a su hija y levantó la mano haciendo callar a la joven con aquel gesto.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Gared examinándola—. ¡Eliana!

Alzando la voz, haciendo que la princesa se sobresaltara, miró a su padre y pudo ver cómo el rostro se tornaba enfurecido. Eliana continuó:

—Kodran reclamará su venganza, en pocos días invadirá las tierras de Cryturean y nosotros debemos luchar, como hiciste tú en su momento. Debo ir a Callander.

—Tú no irás a ningún sitio —ordenó el rey—. Yo no sé quién te ha metido eso en la cabeza, pero se acabó.

—Querido, no seas duro con ella —dijo Freya, levantándose y agarrando el brazo de su marido para tranquilizarle—. Seguro que Eliana se ha confundido.

La princesa, sin comprender lo que estaba pasando, miró a Freya y después a su padre, no entendía por qué negaba aquello que había leído y que Belenus afirmaba. Y, contemplando la arisca actitud de su padre ante lo que ella intentaba decirle, alzó el mentón y volvió a hablar:

—He leído el libro, la historia del tío Rowan y la batalla que desencadenó las intenciones de Kodran por apoderarse de los tres reinos. Belenus…

—¡Basta ya! —interrumpió el rey—. Murray —continuó dirigiéndose a Declan por su apellido—, haz el favor de buscar al maestro Belenus, que venga inmediatamente. Aclararé esta sarta de mentiras.

—Querido, de verdad, tranquilízate, será solo una confusión. Ya sabes que Belenus habló de un símbolo, recuerda que fue el mismo símbolo que acechó sobre Elder —añadió Freya.

Eliana volvió a mirar a su madrastra sin salir de su asombro ante la conversación que estaban manteniendo y, más aún, le sorprendía el comentario de Freya en referencia al símbolo.

No tuvieron que esperar mucho hasta que el anciano druida apareció en el salón junto con Declan. Con su túnica grisácea y el semblante tranquilo, Belenus se acercó a la mesa. Eliana intercambió una mirada con el anciano, mientras este esperaba las palabras del rey, pero no fue Gared el que habló, sino Freya.

—Maestro Belenus, por favor, dígale al rey que ha habido un error, nuestra querida Eliana…

—No sé a qué error se refiere, majestad —interrumpió Belenus—. Siento mucho decirle que aún no sé por qué me han llamado.

—¿Qué pájaros le has metido en la cabeza a mi hija? Cree que Kodran atacará las tierras de Cryturean. Y habla de un libro que no debería existir.

El anciano miró al rey. Eliana podía observar la forma fría en que Belenus miraba a su padre. Jamás había presenciado una discusión entre ambos. Creyendo percatarse de que los dos se retaban con la mirada, la joven se aventuró a interrumpir.

—Padre, por favor, si me escucharas.

—¡No! Se acabó. Murray, acompaña a la princesa a sus aposentos y asegúrate de que no sale de ellos hasta que yo lo ordene.

Eliana, atónita, miró a su padre y con gesto de negación protestó.

—No puedes, debes escucharme y explicarme.

—Murray, ¡llévatela! —vociferó el rey.

Decepcionada, Eliana se dio la vuelta y comenzó a caminar para abandonar la sala, seguida por el soldado. Mientras, Belenus, que había contemplado la escena en silencio, miró al rey, aquel al que había decidido guiar desde hace tiempo, y con el sosiego que caracterizaba al hombre comenzó a hablar.

—Majestad, ¿sería posible quedarnos a solas? —pidió el anciano.

—No tuve secretos con Effie y no los tendré con Freya —respondió este—. Desobedecisteis una orden. En su momento, pedí que destruyerais ese maldito libro.

—Lo siento, majestad, pero era una orden que debía incumplir. Sabe perfectamente que ambos debían conocer su destino. No fueron simples invenciones las que me llevaron a escribirlo. Conocí la historia y todo lo que le conté en su momento es verdad.

A la mente del anciano llegó un recuerdo. Empezó a revivir la misma discusión de hacía años, cuando le presentó el libro al rey Gared, a la reina Effie y al príncipe Rowan. Mientras que la reina daba todo su apoyo y aceptaba aquello que el druida les contaba, el rey y su hermano habían sido reacios a aceptar que sus hijos tuvieran que liderar una lucha que para ellos ya había terminado. Pero Belenus, alegando que sabía lo que ocurría en las tierras de Dorchas y en su capital, Undrell, intentó que entraran en razón, aunque lo único que obtuvo fue la reacción del rey Gared, arrebatando el libro de sus

manos y arrancándole la cubierta a causa de su enfado.

—No solo incumplisteis una vez mi orden, sino dos —añadió Gared—. Eliana leyó aquella historia cuando solo era una niña, después de las interminables pesadillas que tuvo. Te ordené volver a destruirlo, pero está claro que tenía que haberlo hecho yo mismo.

—Con el debido respeto, majestad, no podemos ignorar lo que el destino ha escrito —dijo el anciano.

—¿El destino? Creía que había sido usted, maestro, quien había escrito ese dichoso libro del que habláis —añadió Freya—. Nunca pensé que un simple texto pudiera armar tanto conflicto.

La mujer, si comprender aquello, observó a su marido y al druida. Ambos obviaron el comentario de Freya, pues Belenus tenía puesta su mirada en el rey, y este a su vez no apartaba la vista del plano que había sobre la mesa.

—No debéis discutir. Belenus, no se preocupe. Sé de la triqueta que descubrió sobre el territorio de Glenn y ya le he comunicado al rey que la misma apareció sobre las tierras de Elder, antes de que esos elfos de Cryturean asaltaran nuestras tierras —continuó Freya.

—¿Cuántos días tardaron en realizar el ataque desde que tuvisteis la señal? —preguntó el capitán Breogan, que había permanecido al margen de la discusión.

—Veinte días —respondió Freya—. Si no calculo mal, nos quedan dieciocho.

—Haced lo que debáis, majestad —añadió el anciano druida retirándose.

—Belenus —llamó el rey. El anciano se detuvo y le miró—, ni mi hija ni Caillen saldrán de la fortaleza.

El druida no respondió y, volviendo a girarse, abandonó la estancia. Cuando las puertas del salón del trono se cerraron tras el anciano, suspiró. Masajeó su frente, asumiendo lo que había estado temiendo: su intuición le había ayudado a construir el camino que debía seguir, aunque sin poder ver con exactitud qué ocurriría en el futuro. Solo sabía con certeza aquello que había comunicado a Eliana y Caillen, y con el temor de que el rey, tal y como había demostrado, no asumiera la realidad, no le quedaba más remedio que tomar cartas en el asunto.

Por eso, sin demorarse, caminó por el pasillo hasta los aposentos de su joven aprendiz, tenía que avisarles para que abandonaran el castillo, y posteriormente haría que la princesa se reuniera con él y con Dahlia.

Belenus llegó hasta la escalera que subía a los aposentos de Caillen. Al llegar a la puerta, llamó de una forma suave y el anciano esperó a que esta se abriera. El rostro de su aprendiz apareció bajo la cálida luz del atardecer. El joven al ver a su maestro se apartó, cediéndole el paso. Belenus entró en la estancia y contempló a Dahlia, que, al ver al anciano, se levantó de la silla donde había estado sentada mientras esperaba con Caillen.

—Bienvenida a Glenn, Dahlia —saludó el anciano con una leve sonrisa.

—Este es mi maestro, Belenus —presentó Caillen, mientras la joven asentía—. Estábamos esperando a Eliana —añadió esta vez mirando al anciano.

—Lo sé, pero la princesa no vendrá. Debéis llegar hasta las caballerizas, necesitaréis caballos antes de reuniros con ella junto a la laguna —aclaró el druida.

Caillen no entendía la prisa de su maestro, por lo que este le explicó lo que había sucedido, relatando lo ocurrido en el salón del trono. Inmediatamente, Dahlia recogió sus cosas, mientras Caillen preparaba lo necesario para partir. Belenus abandonó los aposentos, poniendo dirección esta vez hacia la estancia de la princesa. El anciano druida sabía que no podía perder tiempo, pues corría el peligro de que el rey se percatase de la partida de los jóvenes. Despreocupado por las consecuencias que pudiesen caer sobre él, Belenus se presentó en los aposentos de Eliana, donde Declan permanecía frente a la puerta siempre con su semblante serio.

—Debo hablar con su alteza —dijo Belenus.

El soldado dudó si debía permitirle el paso o no al druida, tras lo que había presenciado en el salón del trono. Estudió el rostro del anciano y, finalmente contemplando el semblante de este y dándole a entender que no aceptaría un no como respuesta, se echó a un lado.

La princesa abrió la puerta, sorprendiéndose al encontrarse con el anciano druida, y sin cruzar palabra le dejó pasar. Sin poder ocultar en su rostro la mezcla de decepción y de enfado causada por su encierro, permaneció de pie en el centro de la estancia mientras

Belenus se acercaba a ella. Contemplando a la joven princesa a la que había visto crecer, sintió como si estuviera ante su difunta madre. Eliana cada vez se parecía más a la reina Effie, no solo había heredado la belleza natural y aquel rostro expresivo, también su carácter; y a pesar de que a la joven aún le quedaba mucho por aprender, sabía la fuerza y el temperamento que aguardaban en su interior.

—Siento que hayáis tenido que enfrentaros —dijo Eliana disculpándose—. No entrará en razón.

—No debéis preocuparos, las decisiones del rey no deben alejaros de vuestro cometido.

—Pero no puedo evitar que me afecten —respondió la joven—. Necesitaba su ayuda, quería que parte de los soldados viajaran con nosotros hacia Callander. Pero ahora, estoy aquí.

—Alteza, vengo de ver a Caillen y Dahlia. Les he dado instrucciones para que os reunáis junto a la laguna.

—¿Y escapar de Glenn? —Alarmada ante el plan del anciano, la joven respondió—: Sé que debemos llegar hasta Callander, pero ¿qué tenemos que ofrecer?

—Aunque no lo creáis, princesa, los tres tenéis mucho que ofrecer. —El anciano se acercó a ella y con delicadeza agarró las manos de esta—. El destino no es siempre bueno con nosotros, y en esta ocasión fue desafortunado, pues se os exige enfrentaros a un error del pasado, del cual ni siquiera habíais tomado partido. Sabéis de mi conocimiento y de mi lealtad, y no puedo aseguraros una victoria, pero, alteza, podéis estar tranquila, sabréis qué hacer en cada momento.

La joven miró con ternura al anciano druida, asimilando sus palabras y comprendiendo su deber. Asintiendo, apretó las manos de este y respiró hondo.

—En vuestro interior hay una reina, la misma que habitaba en vuestra madre. Ella tenía constancia de que este día llegaría. Y si no hubiera sido por su marcha, sé que os apoyaría en este momento.

Aquellas palabras de Belenus hicieron que se formara un nudo en la garganta de Eliana, que, con los ojos vidriosos, sonrió. El anciano devolvió el apretón de manos a la princesa y, retirándose, abrió la puerta. Es ese momento, Eliana aprovechó para enjugarse los ojos, impidiendo así que las lágrimas cayeran.

—Declan, debéis pasar —dijo el anciano.

El soldado se giró y entró en la estancia, mientras Belenus, cerrando la puerta, miró a ambos y se dirigió a ellos:

—La princesa debe partir en este instante y debéis acompañarla —ordenó el druida—. Jurasteis proteger a su alteza en el momento en que se puso a vuestro cargo.

—Pero su majestad me ordenó no dejarla salir —añadió Declan mirando a la princesa—. No puedo desobedecer al rey.

—Declan —llamó Eliana—, confío en ti, necesito que me acompañes y que nos ayudes. Por favor.

Miró a la princesa y después al druida. Dudoso ante esta situación, pensó en cómo debía actuar, pues sabía qué podría ocurrir si incumplía la orden del rey. Pero observando a ambos, pudo intuir que era importante la causa de la partida, por lo que finalmente aceptó. Belenus ordenó que abandonasen la estancia, mientras Eliana se preparaba; debía cambiarse y quitarse el vestido azul pastel que lucía, para ataviarse con ropas de montar. Entretanto, Declan permanecería en la puerta de los aposentos, aguardando y vigilando hasta que la princesa estuviera lista. Después, ambos abandonarían el castillo por los pasadizos hacia la laguna donde Caillen y Dahlia esperaban su llegada.

9

Con escasos minutos para prepararse, Caillen había reunido las pocas provisiones de hierbas, esencias y utensilios que poseía en sus aposentos, guardándolos en un zurrón que portaba colgado de un hombro. Ocultos bajo las capas con capucha, habían conseguido salir de las caballerizas sin ser vistos.

Mientras Dahlia permanecía junto a un corcel color canela llamado Seire, acariciaba su crin con un suave movimiento, Caillen agarraba las riendas de Grane, un semental oscuro. Él nunca había tenido caballo propio, pues normalmente no requería de su uso, pero en las pocas ocasiones que lo había necesitado siempre había elegido a Seire. Aquel dulce corcel le transmitía serenidad cada vez que se acercaba a él, todo lo contrario que Grane. Difícil de domar, solo hacía caso a su dueña, Eliana; pero Caillen había decidido sacarle de las caballerizas, sabiendo que la joven no emprendería el viaje sin su fiel caballo. Manteniendo a Grane cerca de Seire para que no se alterase, consiguieron llegar hasta la laguna. Refugiándose entre los salientes del muro, desde donde podían visualizar la puerta de salida de los pasadizos, se quedaron esperando a la princesa.

Fueron escasos los minutos que tardaron en ver cómo la pequeña puerta se abría lentamente. Primero vislumbraron una figura alta, varonil. Extrañados, Dahlia y Caillen se miraron, pero enseguida el joven pudo reconocer a Declan, e instantes después respiró aliviado al comprobar que Eliana estaba tras él, ataviada con una capa marrón y un vestido sencillo en color *beige* ajustado a la cintura con un cinto. Al salir del pasadizo, la joven buscó con la mirada a Caillen y Dahlia, hasta que, tras unos segundos, pudo distinguirlos a lo lejos, y sin mirar atrás, ella y Declan se dirigieron hacia ellos.

—Debemos irnos —dijo la princesa acercándose a Caillen, quien le tendió las riendas de su caballo—. Tenemos que alejarnos de Glenn lo antes posible. En cuanto sea seguro, pararemos para hablar.

El resto asintió y, sin decir palabra, montaron en los caballos. Caillen junto con Dahlia montaron en Seire, mientras Eliana compartía a Grane con Declan. La noche se cernía sobre ellos, jugando a su favor para no ser vistos y, adentrándose en el bosque, se alejaron de la fortaleza en dirección a las tierras de Cryturean. Debían cabalgar cuatro días y medio hasta llegar a Callander, el hogar de Dahlia y su clan. Y a pesar de saber que era un viaje largo, no podían recorrer el camino sin descanso, solo esperaban no perder mucho tiempo.

La joven elfa había dado indicaciones a Caillen sobre la búsqueda de Alsvid. No sabía nada de su caballo desde que lo había abandonado en el bosque. Heredado de su madre, una elfa silvestre, la joven poseía la habilidad de comunicarse con los animales. Podía transmitir sus emociones e inquietudes, y con el paso de los años, podía llegar a percibir el estado del animal. Por ello el vínculo que Dahlia tenía con Alsvid era muy estrecho. La joven presentía que el animal no estaba muy lejos, podría llamarse intuición o sexto sentido, pero Dahlia podía sentir dónde se encontraba su caballo. Guiando a Caillen por donde debía dirigirse, seguidos muy de cerca por Eliana y Declan, fueron adentrándose cada vez más en el bosque. La densidad que les envolvía a causa de los árboles y arbustos que crecían allí ocultaba la figura de los dos caballos y sus cuatro jinetes. Apenas era visible el oscuro cielo. La luz de la luna se abría paso entre los escasos huecos, dejando puntos de luz sobre el terreno que ellos pisaban. Una vez atravesado el bosque, sería seguro detenerse y conversar sobre lo que había sucedido.

Con la marcha repentina del castillo alentada por Belenus, no había dado tiempo a los jóvenes a plantearse qué harían y a explicarle a Declan con exactitud la gravedad del asunto, ya que el soldado ignoraba gran parte de la historia. Y aunque ni Eliana, ni Caillen, ni Dahlia conocían toda la información, sabían cuál era su cometido. No obstante, Declan, consciente de haber jurado proteger a la princesa, se debatía en una lucha interna. Su cabeza sabía que no debía hacer preguntas, debía seguir y proteger a Eliana allá donde ella fuera, pero, en lo más profundo de su interior, él quería conocer toda la historia.

Se alejaron, poniendo el bosque de abetos como barrera entre ellos y la fortaleza. Aquella distancia les daría un margen de tiempo. Caillen detuvo el caballo, seguido por Eliana.

—Entiendo que iremos solo nosotros —dijo Caillen acercándose a la joven—. ¿Qué ha ocurrido?

Eliana, que tras lo ocurrido con su padre en el salón del trono y el encuentro con Belenus, había conseguido despejar su mente de aquella sensación de decepción que le atormentaba, volvió a sentirla mientras les relataba el momento vivido y explicaba la desilusión que tenía al saber que su padre no los apoyaba.

—Debemos arreglárnoslas solos —añadió Dahlia—. No podemos perder más tiempo, al menos yo no quiero perderlo. Me aterra pensar qué encontraremos cuando lleguemos a Callander.

—Lamento esta situación, siento no haber podido aportar soldados —dijo Eliana mirándola—. Pero pondremos todo lo que esté de nuestra parte para combatir.

—¿Estamos en guerra? —preguntó Declan, quien había permanecido ajeno a la conversación—. Pero si el capitán Breogan decía la verdad, ¿qué hacemos ayudando al enemigo? ¿No es Cryturean quien quiere atacar la ciudad de Glenn?

—¿Cómo? ¡Enemigo! —Sorprendida, Dahlia miró al soldado ante las acusaciones—. ¿Quién ha dicho que nosotros somos el enemigo?

—Freya insinuó que la triqueta significaba el aviso de que Cryturean atacaría las tierras de Daonean. Empezando por Glenn, tal y como ocurrió en Elder —respondió Eliana—. ¿No es así, Declan?

La joven miró al soldado, que asintió. Pues Declan había crecido en las tierras de Elder, un pequeño pueblo al oeste en el reino de Daonean.

—Eso es mentira —vociferó Dahlia—. Cryturean jamás atacaría otras tierras. Ninguno de los clanes saldría de nuestro reino.

—Yo lo viví —insistió Declan—. No hace más de un año, tras una gran tormenta, Elder se despertó con el pueblo destrozado y en llamas. Elfos encapuchados habían destruido casas, arruinado cosechas y masacrado nuestras granjas. Pero fue un ataque sorpresa, nadie sabía que eso ocurriría.

—Porque no ocurrió, ¿acaso visteis elfos? ¿O estaban ocultos bajo sus capas? —La joven elfa, indignada, miró esta vez a Eliana—. Os juro que Cryturean no atacará Glenn, de verdad.

—Y te creo —respondió esta—, pero en el castillo ahora mismo es lo que creen.

—Pero si hay esas sospechas, ¿por qué Belenus insistió en que nos fuéramos? —preguntó Caillen.

—Supongo que es más importante ponerle fin y no pensar en suposiciones —dijo Eliana mirando a su primo.

—No los vi —añadió Declan de repente—. Cuando despertamos, fue lo que nos dijeron.

—Y os mintieron —aclaró Dahlia, referente a las acusaciones.

—Aclararemos esto más adelante —intervino Caillen—. Según sabemos, debemos ir contigo, así que no perdamos más tiempo.

Aceptando que debían continuar, subieron a los caballos. Antes de partir, la joven elfa aguzó el oído en busca de algún rastro de Alsvid, pero no encontró nada, por lo que siguiendo la sensación que experimentaba marcó la dirección.

Cabalgaron bajo el silencio durante cinco horas. Cinco horas en las que apenas cambiaron de ritmo en el galope de los caballos. Dejaron atrás el bosque de abetos, y una amplia pradera se mostró ante ellos. Con el cielo estrellado sobre sus cabezas y seguros de que la oscuridad sería su cómplice, atravesaron el territorio. Era extraño tanto para Caillen como para Eliana sentir aquella brisa y esa sensación de libertad. Contemplar la amplitud del mundo a su alrededor, un mundo que era mucho más grande de lo que conocían. Y admirando las formas oscuras que los montes dibujaban en la oscuridad, se dirigieron hacia ellos.

Entrando en la madrugada, Dahlia había señalado como destino Inverey. Una pequeña aldea donde la joven había parado en su viaje hacia Glenn. Tras las largas horas de camino, y la falta de descanso y comida, eran conscientes de que debían hacer un alto en su travesía. Siendo esta su primera parada, la joven elfa se sentía cada vez más cerca de su corcel.

Inverey se encontraba rodeada por un alto muro de madera, junto al pie de la montaña. Varias antorchas la alumbraban, marcando la entrada a la aldea que en esos momentos permanecía cerrada. Los cuatro se acercaron hasta ella sin bajar de sus caballos, cuando, de repente, una de las antorchas se movió dando una señal.

—¿Quién va? —preguntó un hombre a voces bajo las sombras, en lo alto de la muralla.

—Viajeros —respondió Declan—. Necesitamos alojamiento.

—Nos dirigimos a la posada —añadió Dahlia.

Tras el silencio, se escuchó el crujir de un cerrojo y el portón de madera se abrió. Una vez que cruzaron el muro, descendieron de los caballos, mientras los vigilantes que aquella noche velaban por la aldea les daban la bienvenida. Las pequeñas casas de madera se amontonaban unas junto a otras formando estrechas callejuelas entre ellas. Con el barro manchando sus botas y el bajo del vestido de la princesa, siguieron a Dahlia, que les guio hasta la posada.

El establecimiento constaba de dos plantas y estaba señalizado con un cartel de madera que colgaba sobre la entrada, donde en su interior había tallado un barril. Acercando los caballos al amarradero, los ataron y fueron a buscar a alguien que les atendiera.

—Declan, por favor, acércate a aquel muchacho y dile que les dé cobijo —ordenó Eliana y, sacando un pequeño saco del bolsillo de su capa, añadió—: Ten, dale estas monedas como pago.

—Por supuesto, alteza —respondió el soldado.

—Espera —llamó Caillen, deteniendo al joven—. Creo que será mejor dejar las formalidades a un lado. No sabemos dónde estaremos seguros, así que a partir de ahora solo serás Eliana.

La joven asintió y añadió:

—Entonces, será mejor que te deshagas de la armadura —dijo señalando con la cabeza el pecho de Declan, cubierto por la armadura de cuero con el escudo de Glenn—. Coge alguna moneda de más y consigue algo de ropa.

Declan agradeció el gesto con un movimiento de cabeza y se retiró, dejando a la princesa junto a Caillen y Dahlia en la puerta de la posada. No se percibió el bullicio del interior, hasta que la puerta se abrió. Los jóvenes entraron encabezados por Dahlia, pues Caillen y Eliana no estaban acostumbrados a aquello. El lugar estaba abarrotado a pesar de las altas horas de la noche. Frente a la entrada se extendía una amplia barra alta, atestada de taburetes que permanecían ocupados por hombres bebiendo cerveza en grandes jarras. La zona de las mesas se encontraba al lado izquierdo, mientras al lado derecho se visualizaba la escalera que daba acceso a la segunda planta. Junto a la chimenea, Dahlia localizó una mesa vacía, e indicándoselo a sus compañeros, se acercaron y tomaron asiento.

—¿Qué va a ser? —preguntó una mujer que portaba varias jarras vacías en la mano.

—Cuatro jarras de cerveza y lo que tenga para comer —respondió Dahlia.

—Y queríamos saber si tendría habitaciones disponibles —añadió Eliana.

La mujer respondió con un corto gruñido mientras se retiraba. La princesa permanecía atenta al comportamiento de aquellos que le

rodeaban. Las voces del gentío se elevaban a grandes niveles, por lo que Caillen acercó su cabeza al centro de la mesa para ser escuchado.

—¿Qué haremos cuando lleguemos a Callander? —preguntó, pues su mayor preocupación era saber cómo iban a enfrentarse a Kodran.

—Supongo que mi padre habrá partido ya con el clan. Una vez allí sabremos cuáles han sido sus movimientos —respondió la joven elfa.

—Pero ¿qué haremos nosotros? Nos ponemos armaduras, ¿y luchamos? O nos presentamos ante Kodran diciéndole que esto se acabó —argumentó Caillen irónicamente.

—Quizá podríamos reclutar soldados, pedir ayuda a otros pueblos, aldeas —añadió Eliana observando a su alrededor—. Aunque no creo que estos hombres estén en condiciones de atender a explicaciones.

—No soléis frecuentar estos sitios, ¿no? —preguntó Dahlia divertida al ver el rostro de la princesa.

—Todo esto es nuevo para mí —contestó.

—Quizá encontremos a alguien decente, partiremos a primera hora. Alguno habrá que no esté ebrio al amanecer —añadió la joven elfa.

Los tres miraron a su alrededor, analizando con detalle a cada uno de los clientes que se encontraban en la posada. Había hombres robustos, enclenques, altos, bajos, fieros, modestos; pero ninguno de los tres jóvenes sabía cuántos de ellos estarían dispuestos a luchar por su causa. La dueña de la posada se acercó y colocó las cuatro jarras de cerveza en la mesa junto a un plato de carne estofada. Cada uno cogió una jarra mientras siguieron examinando a su alrededor.

—¿Qué tal ese? —preguntó Eliana, señalando con un leve gesto a un joven que permanecía sentado en una esquina junto a otros dos hombres, afectados ya por la bebida.

Dahlia dirigió su mirada hacia donde le había indicado y, a pesar de que en aquella zona el pilar de madera que había situado dejaba en sombra el lugar donde el joven se hallaba sentado, algo en su pecho se agitó. Dahlia intensificó su sentido y otra vez le dio un vuelco el corazón. No solo sentía a Alsvid cerca, sino que algo extraño ocurría, no podía advertir dónde se encontraba el caballo a pesar de estar casi

convencida de que se hallaba en aquella aldea. Pero si algo intuía con exactitud era que aquel joven que Eliana había señalado y que ella reconoció tenía algo que ver.

10

Cuando la puerta se abrió bajo el alboroto, Caillen se giró pudiendo ver que era Declan el que entraba en la posada. Ya sin su armadura, se quitó la capa que lucía anudada al cuello y doblándola la colgó de su brazo. El joven se veía diferente con aquella casaca de lino y los oscuros pantalones de cuero que vestía. A pesar de seguir manteniendo su rostro serio y correcto, con aquella vestimenta Declan había rejuvenecido. Entonces se acercó hasta ellos y tomó asiento, mientras Eliana le tendía una jarra de cerveza.

—Los caballos aguardan en un pequeño establo tras la posada —dijo, agarrando el asa y llevándose la jarra a los labios—. Gracias, Eliana.

—Qué rápido has dejado las formalidades —respondió la joven, al ver la cercanía con que Declan se dirigía, acostumbrada a sus pocas palabras y seriedad.

—Nunca me han agradado mucho —dijo este.

—Quién lo diría —añadió Dahlia—. Se te veía muy correcto.

—Sé hacer bien mi trabajo —respondió el soldado.

Mientras, Caillen callado escuchaba la conversación que mantenían los tres.

Al poco tiempo, la dueña de la posada volvió a acercarse a la mesa dejando sobre ella dos grandes llaves que pertenecían a las habitaciones que se encontraban disponibles.

A medida que iban llenando sus estómagos con el plato de estofado, los tres jóvenes contaban a Declan la conversación que habían mantenido horas antes en la ciudad de Glenn. Poniendo en antecedentes al soldado sobre toda la historia que los había llevado hasta allí.

—Entonces, ¿Kodran pretende acabar con las tierras de Cryturean? —preguntó el joven.

—Pretende hacerse con el poder de los reinos —respondió Dahlia—. Y probablemente ya haya empezado. El mensaje de su ataque circuló por todas partes, a Callander llegaron más de diez alcedinos con el mismo mensaje.

—¿Alcedinos? —preguntó Caillen.

—Son las aves que utilizamos para comunicarnos entre clanes —respondió la joven elfa.

—Siendo así, es probable que cuando lleguemos a tu hogar estén en plena batalla —añadió Declan.

—Eso es lo que más me preocupa —confesó Dahlia.

Debatiendo sobre la situación difícil en la que se encontraban, Eliana comunicó a Declan la idea que habían estado sopesando antes de su llegada. La posibilidad de pedir ayuda y llegar a Callander acompañados de aquellos voluntarios que quisieran combatir a su lado, pero sabían que sería una tarea complicada. Mientras Eliana, Declan y Caillen valoraban sus opciones, Dahlia, asintiendo y fingiendo que atendía a la conversación, no dejaba de vigilar al joven de la otra mesa. Sentado, apoyado sobre sus codos, escuchaba la conversación o al menos lo intentaba, ya que sus dos compañeros estaban comunicándose a gritos, uno frente al otro. Mientras, Declan, cuestionándose las habilidades guerreras tanto de Caillen como de la princesa, aconsejaba aprovechar las paradas intermedias que hiciesen durante su largo viaje hasta Cryturean como entrenamiento y preparación para la dura batalla que estaban a punto de vivir.

—Yo sé manejarme con la espada —respondió ofendida Eliana.

—Disculpa, mi intención no era ofenderte, supuse que… —añadió Declan.

—Supusiste mal, has juzgado sin saber —aclaró.

Declan miró entonces a Caillen, quien negando con la cabeza y encogiéndose de hombros respondió:

—Jamás he empuñado una espada —confesó.

En ese momento, Dahlia se movió inquieta en el asiento al ver que el joven al que vigilaba se levantaba para abandonar la posada. Sus tres acompañantes miraron la reacción de la joven, y esta, al ver que era el centro de atención, mostró una leve sonrisa.

—He pasado por alto la posibilidad de que mi caballo se encuentre aquí. —Levantándose y colocándose la capucha, añadió—: No tardaré.

Dahlia se acercó a la puerta. Al abrirla, se percató de que había comenzado a llover, pequeñas gotas iban dejando un rastro sobre su capa. Buscando con la mirada a su objetivo, se cobijó tras un poste bajo un porche. Mientras no muy lejos, el joven sujetaba a uno de sus compañeros que zigzagueaban de un lado a otro por la calle. La joven elfa esperó pacientemente hasta que la pareja torció una esquina para ella poder continuar sobre sus pasos.

—¡Oh, vamos, chico! Quiero seguir bebiendo —gritaba el hombre entre sollozos—. Vamos, Gallagher, no me hagas esto, sé un buen chico y tráeme una cerveza.

El joven rio ante las súplicas de su compañero, mientras le dirigía hacia una casa. Con dificultad, consiguió meter al hombre, quedándose fuera observando cómo su compañero iba dándose golpes con las paredes hasta introducirse en la habitación. Dahlia, que les había seguido hasta la puerta, creyó que aquella era su oportunidad. Ambos se encontraban en un callejón oscuro, estrecho, como si de un túnel se tratase, y siendo altas horas de la noche, dudaba de que alguien pudiera merodear por la zona para poder verlos. Por ello, en el momento en que el joven cerró la puerta, Dahlia agarró su arco y lo situó bajo el cuello de este, apretando con fuerza la sólida estructura sobre su cuello, acercándole así la cabeza hacia su pecho.

—Si quisiera, apretando un poco, podría matarte —susurró la joven en el oído de este.

—¿Estás segura? —preguntó él, mientras con un leve pinchazo hacía notar a Dahlia que tenía una daga apuntando a su abdomen—. Así que si tú me sueltas, yo te soltaré.

La joven, consciente de que con cualquier movimiento podría volver a acabar herida y desconfiando por si el arma pudiese estar impregnada con algún veneno, levantó con cuidado el arco liberándole, pero con rapidez, y lo colocó en posición de disparo, por lo que él al darse la vuelta se encontró con una flecha apuntándole a escasos centímetros de su rostro.

—Nunca se me ha dado bien hacer tratos —dijo Dahlia tensando la cuerda para disparar.

—¡Espera! —exclamó el joven levantando las manos como signo de rendición—. Si me matas, nunca sabrás dónde está tu caballo.

Dudosa, le observó, sabía que tenía algo que ver. Algo en su interior le decía que, en el momento en que se había separado de

Alsvid, los cazadores que la seguían podían haberlo capturado, y cuando los vio en la taberna, sintiendo la cercanía del caballo, supo que no se equivocaba. Miró aquellos ojos marrones que el joven poseía y estudió su rostro, iluminado por la tenue luz de un farol. Era más alto que ella, con el cabello marrón despeinado. La joven, al observarlo más detenidamente, contempló varias pecas sobre su redonda nariz, sus ojos bajaron hasta una pequeña cicatriz que poseía bajo la comisura del labio. Él esperó mientras sentía la mirada de la joven elfa estudiando su rostro.

—¿Dónde está? —preguntó finalmente.

—No, no. Esto no va así, tengo que saber con certeza que no vas a matarme —respondió dando un paso hacia ella.

—Tendrás que arriesgarte. Además, es lo que te mereces después de dispararme.

El joven rio ante el comentario de Dahlia.

—Creo que yo también tengo un bonito recuerdo tuyo. Da gracias que mi calzado es resistente y la flecha apenas me hizo un rasguño.

—Lástima —añadió Dahlia mientras seguía apuntándole—. Ahora dime dónde está mi caballo.

—Veo que eres insistente —respondió él.

Con un movimiento rápido, agarró la flecha con una mano, consiguiendo partirla. Mientras con la otra agarró el arco haciéndolo girar. Esta vez era él quien sujetaba a la joven apresada entre su cuerpo y el arma, impidiendo que esta pudiera moverse.

—Eres buena, pero no demasiado —susurró al oído de Dahlia.

—¡Suéltame! —exigió, mientras intentaba forcejear con él.

Aquello le divirtió, notaba la cercanía de la joven entre sus brazos.

—¡Gallagher! Eh, chico, ¿dónde estás? —gritó una voz desde el interior de la vivienda.

Gallagher suspiró, y consciente de que en cualquier momento podrían salir a buscarlo y verle junto a Dahlia, acercó sus labios al oído de esta y susurró:

—Tu caballo está en el establo de la posada, lo he cuidado bien. —Y haciendo una pausa, añadió—: Siento lo de la herida, pero me habrían matado a mí si no hubiera disparado. Deberías agradecerme que fallé a propósito.

—No pienso agradecerte nada y ahora ¡suéltame!

El joven obedeció, soltó a Dahlia y le tendió el arco. Acto seguido, se dirigió a la entrada de la vivienda, desde donde su compañero seguía gritando su nombre, pero antes de entrar se detuvo.

—A lo mejor, ha cambiado la lealtad de tu caballo, hemos hecho buenas migas.

—Lo dudo —añadió Dahlia colocándose el arco a la espalda—. No pienso matarte, tómatelo como mi agradecimiento, Gallagher.

Dahlia se ajustó la capucha y abandonó el callejón, mientras el joven contemplaba cómo se marchaba desde el cerco de la puerta. Con ligereza, la joven se dirigió hacia donde Gallagher le había indicado. El establo se encontraba situado tras la posada. Era pequeño, lúgubre y su estructura, toda construida de madera, estaba adherida a la parte trasera del edificio principal. Allí donde Declan había dicho que aguardaban los caballos que habían llevado de Glenn.

Al llegar, Dahlia observó que allí, bajo el techo del establo, un muchacho se refugiaba de la lluvia bajo un pequeño porche. Acercándose a él, pudo ver que permanecía sentado en un pequeño taburete de madera mientras libraba una dura batalla consigo mismo por no quedarse dormido, pero de repente, al sentir su presencia, se sobresaltó y se puso en pie.

—¡No estaba dormido! —exclamó el muchacho abriendo los ojos.

—Tranquilo, solo vengo a ver a mi caballo. Es blanco, un amigo lo trajo aquí —mintió la joven sonriendo—. ¿Puedo entrar?

El muchacho, mirando cómo Dahlia le sonreía con dulzura, devolvió una sonrisa mellada y abrió la puerta dándole acceso. No hizo falta iluminar el interior. A pesar de la oscuridad, Dahlia sabía dónde estaba Alsvid. Caminó hacia el fondo del establo, no tardó mucho, pues no era una distancia muy amplia la que debía recorrer. Metido en una pequeña cuadra se encontraba su caballo. La joven, con una sonrisa que mostraba alivio y brillo en los ojos, entró y comenzó a acariciar la crin de Alsvid mientras palmeaba su lomo.

—Hola, viejo amigo —saludó. Alsvid relinchó al sentir el contacto de su querida dueña—, ¿me has echado de menos?

Podía percibir el estado del caballo, comprobando que le habían tratado bien, la joven siguió mimándole.

Mientras, al otro lado de la pared, las voces de los clientes seguían inundando la posada. Apenas quedaban restos en el plato de estofado que había sobre la mesa y las jarras de cerveza ya estaban vacías. Declan seguía dando consejos de cómo debían organizarse.

—Deberíamos hacernos con alguna espada —dijo el joven—. Solo contamos con la mía y con el arco de Dahlia.

—Yo tengo mi daga —añadió Eliana—. Pero seguro que mañana podremos hacernos con alguna, he traído suficientes monedas.

Declan asintió mientras alargaba la mano y cogía una de las llaves. Ya había pasado más de una hora desde que habían llegado y necesitaban descansar. Justo cuando el joven se disponía a levantarse, Dahlia, bajándose la capucha mojada por la lluvia, se acercó hasta ellos.

—Le he encontrado —informó la joven.

—Es fantástico —añadió Eliana—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Lo habían secuestrado?

—Al parecer, el hombre que dio con él lo dejó aquí —mintió Dahlia, pues no quería añadir otro problema más, mencionando a los cazadores—. Sentía que estaba cerca.

Eliana sonrió.

—Has tenido mucha suerte —añadió Caillen mientras se ponía de pie junto a Declan—. Será mejor que nos retiremos.

Subieron al piso de arriba, ambas habitaciones contiguas se encontraban al final del pasillo. Dahlia abrió la puerta del cuarto que compartiría con Eliana, mientras Declan hacía lo mismo con el suyo. Entretanto, Eliana, en el pasillo, agarró a Caillen del brazo para que se esperase, pues quería hablar con él.

—Me alegro de que estés aquí —dijo Eliana.

—Es mi deber, ¿no? Aunque ahora me estoy planteando si ha sido

una buena idea. ¿Qué puedo aportar? —preguntó el joven, derrotado, apoyando su espalda contra la pared.

—Seguro que más de lo que crees —añadió animándole—. Eres el aprendiz de un druida y tu talento no es solo hacer ungüentos. Tienes una gran intuición y algún poder oculto que no tardará en salir.

—Si no morimos antes —añadió este.

—No moriremos, hemos nacido para vencer —respondió la joven alzando su mentón.

—Serás una gran reina —dijo Caillen sonriendo, mientras acariciaba el brazo de su prima.

—Lo sé —respondió ella con orgullo—. A no ser que mi padre me retire ese derecho.

—Pensé que aceptaría ayudarnos —dijo Caillen—. ¿Por qué ignorar de esa manera lo que Belenus dijo?

—No lo sé.

La joven se despidió y entró en la habitación, mientras Caillen hacía lo mismo en la habitación de Declan. Al entrar, el joven vio al soldado sentado sobre el colchón de paja. La habitación era pequeña, apenas había espacio entre las dos camas. Los tablones de madera crujían bajo sus pisadas mientras se dirigía al lecho que se encontraba junto a la ventana. Empezó a mirar cómo las gotas de lluvia golpeaban el cristal, mientras se quitaba la capa y la depositaba a los pies de la cama, y en silencio se tumbó. Ambos permanecían dándose la espalda, cuando de repente el soldado rompió el silencio y preguntó a Caillen:

—¿Estás bien?

Caillen se volvió tendiéndose en la cama.

—Sí, supongo que solo necesito descansar.

—Es normal que estés inseguro, hasta el mejor de los soldados puede tener malos momentos antes de una batalla —sonriendo Declan, intentó animarle—. Sé que puede ser agobiante.

—Gracias, intentaré no pensarlo —respondió Caillen con una sonrisa incómoda.

Ambos quedaron tumbados en sus respectivas camas. Mientras en

el cuarto de al lado, Eliana, acostada, intentaba dormir a pesar del ruido que se colaba del exterior. Dahlia, tumbada sobre las mantas, observaba el techo. No tardó en impacientarse a causa del insomnio y, levantándose, se acercó a la cristalera. Observando el oscuro exterior a través de la cuadrícula acristalada que dibujaba la ventana, la joven vislumbró una figura que los observaba. Reconociéndole, Dahlia se acercó al candil que iluminaba la estancia y lo apagó, dejando la habitación completamente a oscuras. Se sentó en el borde de la cama. Desde la cual tenía visibilidad de la calle, asegurándose de que no podía apreciarse su figura, y desde ahí, oculta en la sombra, contemplaba cómo Gallagher seguía vigilando.

11

Los golpes en la puerta sobresaltaron a ambas jóvenes. Al otro lado podía escucharse la voz de Caillen llamando con urgencia para que le abrieran. Eliana se levantó y sintió el frío del suelo al tocarlo con sus pies descalzos. Despeinada y con los ojos entrecerrados a causa del sueño, la joven abrió la puerta. Caillen y Declan irrumpieron con rapidez en la estancia, mientras Dahlia se incorporaba al escuchar tanto alboroto.

—¿Qué ocurre? —preguntó la princesa frotándose los ojos.

—Eliana, te buscan —respondió Caillen cerrando tras él.

Tanto ella como Dahlia le miraron alertadas. Mientras, Declan, con el rostro serio, apoyaba su oído en la puerta prestando atención a lo que ocurría fuera.

—Te están buscando, no creo que tarden mucho tiempo en registrar las habitaciones —añadió el soldado.

—¿Tan pronto? —preguntó Eliana.

—Yo creo que han tardado demasiado —respondió Caillen jocoso —. ¿Cómo salimos de aquí?

Los cuatro se mantuvieron en silencio, mientras Declan seguía alerta. El joven se había despertado al alba con la intención de pedir algo de almuerzo para el camino y merodear por la aldea en busca de un herrero, pero se llevó una sorpresa al presenciar cómo varios jinetes de la guardia de Glenn cruzaban el portón de la entrada a la aldea. Observándolos, mientras él permanecía a escasos metros de donde se encontraban, pudo ver cómo descendían de los caballos y paraban a todo aquel que se cruzaba con ellos. Uno de los vigilantes, que la noche anterior le había permitido el paso a la aldea, se detuvo junto a los jinetes. Aunque Declan no podía escuchar la conversación, intuyó, por los movimientos corporales del hombre, lo que este les estaba diciendo. Al ver que la mirada de uno de los guardias se centró en la posada, Declan se dirigió hacia esta y subió corriendo a las habitaciones, despertando a Caillen, que aún seguía dormido. Recogieron sus pertenencias y fueron en busca de las jóvenes, pues urgía que salieran de allí.

—Quizá deba explicarle al capitán Breogan lo que ocurre, nos dejará marchar —dijo Eliana convencida.

—El capitán no estaba entre los guardias —añadió Declan mirándola.

Extrañada por que su padre hubiera enviado en su busca a simples soldados, la joven se concentró, pues necesitaban una forma para salir de allí. El bullicio de la planta baja comenzaba a llegar hasta sus oídos, lo que hizo que los nervios de los cuatro aumentaran. Fue entonces cuando la mirada de Eliana se fijó en la ventana.

—Esto es un primer piso —murmuró la joven.

—¡Estás loca! —exclamó Caillen al ver las intenciones de Eliana.

—¿Adónde da la ventana? —preguntó.

Eliana se acercó y, observando a través del cristal, contempló que daba a la parte trasera, justo a escasos centímetros por debajo de esta

se hallaba el techo del establo. Tendrían que recorrer varios metros sobre la superficie, antes de poder saltar.

—Es perfecto —añadió Dahlia, observando las intenciones de la joven.

—Debemos darnos prisa —insistió Declan, mientras se apartaba de la puerta y se dirigía hacia la ventana.

Al mismo tiempo que Eliana y Dahlia recogían sus escasas pertenencias, el soldado abría las bisagras de la ventana batiente, apenas quedaba espacio para que cualquiera de ellos pudiera cruzar, por lo que, agarrando el marco de madera con fuerza, desencajó la hoja, e impulsando esta hacia arriba logró generar el hueco suficiente por el que pasar. Entretanto, podían escuchar cómo fuertes pisadas de los soldados se aproximaban subiendo por la escalera.

—Esa es nuestra señal —dijo Caillen.

Sin entretenerse, uno a uno, fueron cruzando la ventana y, con un pequeño salto, descendieron al tejado del establo. Encabezados por Dahlia y Declan cerrando el grupo, que mientras caminaba, ocasionalmente, desviaba la mirada hacia atrás para asegurarse de si les seguían, llegaron al borde del tejado, donde se detuvieron, pues la altura superaba los dos metros. Para su suerte, un carro de heno se encontraba situado debajo. Dahlia, por su agilidad, saltó sin problema alguno. Mientras, Caillen dudaba mirando a Eliana, pero la joven, sin pensarlo, saltó. Finalmente, al ver que Declan se situaba a su lado esperando a que él hiciese lo mismo, se lanzó, con alivio, al sentir que sus piernas se hundían en el heno. Dahlia ya había entrado en los establos y, abriendo las puertas de las tres cuadras, dejó salir a los animales. A sus oídos llegaba el golpe seco que había producido la puerta de la habitación al caer contra el suelo. El alboroto de los soldados, interponiéndose unos a otros por entrar al dormitorio, se podía escuchar desde el establo. Sin demora cogieron los caballos, los cuatro abandonaron la caballeriza montados en Alsvid, Seire y Grane. Cubiertos bajo las capuchas, cabalgaron cruzando la aldea, pasando por la puerta de la posada, donde pudieron ver cómo los soldados salían y se dirigían hacia sus caballos con intención de seguirlos. Mientras Dahlia gritaba a aquellos que se cruzaban en su camino, para que se apartaran, Caillen seguía a la elfa muy cerca montado en Seire. Entretanto, Eliana, montada en la parte delantera de la silla de Grane, agarraba con fuerzas las riendas de este, mientras Declan espoleaba al caballo.

No muy lejos vislumbraron las puertas de la aldea, que en ese momento permanecían abiertas. Con la entrada y salida de carros y carretas, temieron chocar, si estos se interponían u obstaculizaban su paso. Al llegar a la gran puerta, sintieron cómo un jinete se abalanzaba sobre ellos desde un callejón trasero y comenzaba a seguirlos. Conscientes de que en cualquier momento podrían alcanzarlos, aumentaron la velocidad, cabalgando alrededor de la muralla de Inverey. Siguiendo la línea que determinaba el pie de las montañas, continuaron su galope sin bajar la intensidad. Debían mantener el ritmo si querían dejar atrás a aquellos que los seguían.

Guiados por Dahlia, cabalgaban siguiendo las montañas que se alzaban a su lado, tras ellas se encontraba el valle Unae, aquel que, en su momento, la joven elfa había cruzado en su viaje desde el reino de Cryturean. Sabiendo que ese era el camino más rápido hacia Callander, sospechaba que aquello jugaría a favor de sus perseguidores, pues el amplio terreno del valle y las pocas opciones de ocultarse en él les desfavorecían. En apenas pocos minutos, debía tomar una decisión, pues el desvío que se adentraba en las montañas cada vez estaba más cerca. Centrando la vista en el horizonte, a kilómetros más lejos del acceso al valle, podía apreciar la muralla formada por abetos. El bosque Trebell se extendía ante ellos.

La joven elfa nunca se había adentrado en las profundidades del bosque, pues era un terreno desconocido para la mayoría de los habitantes de los reinos, pero sí había escuchado leyendas, historias que algunos viajeros de Cryturean contaban sobre aquel remoto lugar. Considerando la posibilidad de que adentrarse en el bosque les favorecía a la hora de escapar de los guardias, siguieron cabalgando decididos hacia él. Enérgica avanzó, dejando el acceso al valle atrás. Sin cuestionarse hacia dónde se dirigían, Caillen, Eliana y Declan la seguían.

—¡Aún nos siguen! —gritó Caillen, mirando hacia atrás, contemplando a un jinete.

Dahlia incitó a Alsvid para aumentar la velocidad, con la esperanza de que la inestabilidad del terreno, la frondosidad de los árboles y sus troncos pudieran ayudarles a ocultarse, y así permitir que los caballos redujeran la intensidad e incluso descansasen, pues no estaban seguros de si el ritmo que habían mantenido desde que abandonaron Inverey podrían soportarlo mucho más.

—No. ¿Eso es lo que creo que es? —vociferó Eliana, mientras veía cada vez más cerca su destino.

—Es nuestra única opción —respondió Dahlia, mirando a la joven, cabalgando junto a ella.

Eliana, observando la inmensa altura de los abetos, los alargados y finos troncos alineados ante ellos, empezó a rememorar todo lo que sabía acerca del bosque Trebell. La joven, cuyo conocimiento exterior a la fortaleza de Glenn había sido adquirido por los libros, contempló las inmediaciones del bosque. Hasta donde podía recordar, había leído diversas historias escritas sobre la magia que ocultaba aquel lugar, sobre seres desconocidos que habitaban en sus profundidades y sobre la dificultad para poder escapar de allí. En ningún momento hubiera pasado por su mente que aquel viaje al que estaba predestinada le llevaría a adentrarse en aquel sitio. Así pues, confiando en Dahlia, sabiendo que sus opciones eran limitadas y cabalgando junto a ella, se introdujeron en la frondosa arboleda.

Tras la lluvia que había caído toda la noche, el día había amanecido nublado, apenas se vislumbraba un rayo de sol entre las nubes, por lo que el bosque Trebell permanecía bajo las sombras. Daba la sensación de que había pasado el tiempo y no tardaría en anochecer. Aquel hecho podía jugar con la mente de aquellos que se adentrasen en el bosque, pues al no tener referencia del cielo, era imposible controlar el tiempo. Una vez entre los árboles, Dahlia aminoró el paso tras cerciorarse, gracias a su sentido auditivo, de que a los jinetes aún les quedaba recorrido hasta poder alcanzarlos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Caillen, observando la frondosidad de las coníferas.

—En el bosque Trebell —respondió Dahlia.

Cabalgando a paso más lento, por la ondulación del terreno, los tres caballos formaron una hilera siguiendo uno de los caminos que se habían formado entre los árboles.

—No creo que debamos adentrarnos mucho —añadió Eliana, que sentía cómo el sentimiento de alerta aumentaba y, preparada, vigilaba a su alrededor—. He leído que es peligroso.

—¿Por qué? —preguntaron Caillen y Declan al unísono.

—Porque no se sabe con certeza qué te puedes encontrar —contestó Dahlia inquieta.

La cercanía del galope de un jinete volvió a llegar a sus oídos, pero por más que intentaba visualizarlo era incapaz.

—¿En tus libros no dice nada? —volvió a preguntar Declan, esta vez a Eliana.

La joven, girándose para mirar al soldado, asintió.

—Cuentan historias sobre criaturas, seres gigantes, cuevas ocultas —respondió esta.

—Bueno, si has podido leerlas, es porque alguien habrá sobrevivido para contarlo. ¿Qué tipo de criaturas son? —preguntó Caillen, intentando que no se notase la preocupación en su voz.

Eliana no pudo responder, pues al ver que Dahlia detenía el caballo y se giraba, alertó a la joven. Deteniendo a Grane y Seire, todos miraron en la dirección de Dahlia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Declan, que instintivamente llevó su mano a la empuñadura de la espada.

—Se acerca un jinete —dijo Dahlia, mientras sentía el sonido de los cascos golpeando la tierra cada vez más cerca—. ¡A los árboles!

Dahlia descendió de Alsvid, mientras el resto hacían lo mismo. La joven, cogiendo su arco y poniéndose en posición, tensó la flecha a la espera de tener al jinete a tiro. Entretanto, Declan desenvainó su espada y se colocó junto a ella, mientras Eliana y Caillen, que permanecían junto a los caballos, se dirigían a ocultarse tras los troncos de los árboles.

—¿Y nosotros vamos a enfrentarnos a Kodran? Si huimos de un jinete —se quejó Caillen mientras miraba hacia Declan y Dahlia.

—No te preocupes, cuando llegue el momento, nosotros nos enfrentaremos —añadió Eliana intentando transmitir confianza, mientras sacaba su daga de la bota.

Cuando el jinete estaba más cerca, Dahlia asintió, dándole la señal a Declan para que se preparase. La joven elfa, colocando su postura, amoldando las irregularidades de la tierra causadas por el barro bajo sus botas, tensó la cuerda para disparar, pero al enfocar su mirada en el rostro del jinete, se percató de que no era uno de los soldados de Glenn.

—¡Tú! —gritó, sin bajar el arco.

Gallagher alzó las manos en señal de paz, acercándose a caballo.

—Te estás ganando que te mate —añadió Dahlia, bajando el arma.

—Vengo a ayudar —dijo este.

—¿Os conocéis? —preguntó Declan sin comprender, manteniendo la espada en alto.

—Le perdoné la vida —respondió Gallagher.

—Me robó mi caballo —añadió Dahlia enfatizando—. Y yo le perdoné la vida.

Ante el alboroto, Caillen y Eliana, que se encontraban tras los troncos no muy lejos, salieron de su escondite y contemplaron la escena.

—Como ves, es una conversación que tenemos pendiente —dijo el joven, bajando de su caballo—, pero, de verdad, vengo para ayudar.

Declan observó a Dahlia, que mantenía la mirada fija en el joven, contemplando cómo este, con las manos aún en alto, se acercaba a ellos.

—¿Quién eres? —preguntó Eliana.

Pero la voz de la joven fue apagada por un aullido que retumbó en los oídos de todos, como si el sonido hubiera sido producido por el viento, acarició su piel erizándola. Conduciendo sus miradas hacia la dirección desde donde procedía el aullido, volvieron a escuchar otro. Atónitos ante la figura que se erguía frente a ellos, contemplaron una silueta voluminosa, grande y oscura. El brillo de los ojos desprendía la fiereza, y la agitada respiración llegaba hasta ellos.

—¿Eso qué es? —preguntó Caillen a Eliana, al verse sin arma a la que aferrarse.

—Un lobo de Vánagandr.

Aquella bestia mostró sus dientes blancos y afilados en señal de amenaza. Asombrados por las dimensiones del lobo, quedaron paralizados ante él. Con sus grandes ojos amarillos, agachó su cabeza, y flexionando las patas delanteras, emitió un fuerte y atronador rugido, señal inequívoca de que iba a atacar. Acto seguido, montaron sobre sus caballos, mientras el lobo negro se abalanzaba sobre ellos entre los altos abetos del bosque. Fueron huyendo por el camino, boquiabiertos y con temor al ver que su estatura montada sobre los caballos no superaba ni tan siquiera la altura de las patas del animal.

Gallagher alzó su ballesta intentando apuntar en la dirección de la bestia, eso sí, con dificultad, pues no podía apartar la mirada de la dirección en la que cabalgaba su caballo. El joven disparó en un intento de acertar por pura suerte, pero la saeta falló y quedó perdida en el barro, bajo las pisadas de aquella enorme bestia que los perseguía a gran velocidad por el terreno pantanoso formado por las lluvias que habían caído sobre el bosque Trebell.

Al mismo tiempo, Dahlia, sabiendo que podía confiar en que Alsvid siguiera la dirección adecuada, se alzó sobre la silla y, cambiando su posición, se sentó a horcajadas mirando al lobo, y comenzó a cabalgar de espaldas. Agarró entonces una flecha de su carcaj y, colocándola en su arco, tensó la cuerda hasta que disparó. La flecha, que iba dirigida a las patas del animal, quedó clavada en una de las pezuñas delanteras, pero el pinchazo de la punta al atravesar la dura piel no le provocó la más mínima reacción. El lobo no cesaba en su intento de atraparlos, e incluso lo hacía con más ímpetu, pues la joven elfa siguió cargando flechas junto con Gallagher, que le acompañaba en los disparos con su ballesta.

El camino que seguían era irregular, estaba formado por varias curvas cerradas que rodeaban las pequeñas elevaciones del bosque y dificultaban su paso. Comenzaba entonces a ser complicado para los caballos cabalgar por ese terreno y mantener la velocidad, la superficie se volvía cada vez más rocosa y escarpada según avanzaban. Podían sentir el murmullo de una corriente de agua que llegaba hasta sus oídos, no muy lejos de allí. Caillen observó cómo el camino se estrechaba y terminaba en la orilla de un río. A lo lejos pudo ver un tronco tumbado que cruzaba ambos lados de la corriente, formaba un estrecho puente que quizá les ayudaría a escapar, aunque parecía inestable para poder cruzar a la otra orilla subidos a lomos de los caballos, y así era. A medida que se fue acercando hacia él, comprobó

que era imposible cruzar por ahí.

—¡Nos acercamos al río! —gritó el joven mientras buscaba una salida.

Pero aquel camino era una trampa, cada vez se estrechaba y le acorralaba más entre las elevaciones rocosas. Conscientes de que aquello se complicaba, detuvieron los caballos al llegar a la orilla. La altura y la velocidad que llevaba el agua les dificultaba el paso, no tenían salida y el lobo en apenas dos saltos podría abalanzarse sobre ellos.

—¡Dispersaos! —vociferó Declan mientras saltaba de Grane y desenvainaba la espada.

—Necesito altura —murmuró Dahlia subiendo por el lateral rocoso.

Habían bajado de los caballos y los habían azuzado para que escapasen por la orilla del río. Mientras el lobo, situado frente a ellos, fruncía sus ojos color jalde. Podían notar el aliento de la bestia que jadeaba sin cesar ante lo que parecía una presa tan fácil. Siguiendo las órdenes de Declan, se dispersaron, subieron por los laterales para evitar cruzar el río, pues el lobo con un simple salto sería capaz de cruzarlo y no querían aventurarse a descubrir qué otras sorpresas les deparaba el bosque Trebell.

Separándose, sin quitar los ojos de encima de la bestia, Declan se situó frente al lobo intentando llamar su atención, ganando tiempo, mientras Dahlia y Gallagher conseguían la suficiente altura para dispararle en la cabeza. Entretanto, Eliana, con su daga en la mano, dudaba si lanzarla contra él. La joven era consciente de su puntería, pero la distancia a la que se encontraba no le favorecía. Por otro lado, Caillen, careciendo de armas, arrojaba piedras que encontraba a su paso contra la bestia.

—Lo tengo a tiro —gritó Dahlia, situando su flecha en el arco.

Se tomó un segundo para concentrarse, sabiendo que no podía errar el tiro. Acariciando la comisura de sus labios con los dedos que tensaban la cuerda, disparó con rapidez a la vez que expulsaba el aire que había contenido en su pecho. El tiro fue certero y la punta se clavó en la encía superior del lobo, que aulló al notar el acero atravesando su piel. Con movimientos bruscos de cabeza, la bestia intentaba sacudirse la flecha al mismo tiempo que Gallagher y Dahlia seguían disparando. Rodeado por los cinco, el lobo de Vánagandr se

sintió acorralado, observando cómo habían cambiado las tornas. Aquella bestia gigante, sintiéndose amenazada, dio un paso hacia atrás. Aquel gesto no pasó desapercibido para Declan, que al ver que el lobo retrocedía se acercó intimidante con la espada.

—Le estamos ahuyentando —dijo Caillen al ver cómo había cambiado la actitud del animal.

Mientras Dahlia y Gallagher seguían disparando, con más fallos que aciertos, una saeta del joven rozó uno de los ojos de la bestia; aquello realizó un corte en el párpado de esta, haciendo que volviera a aullar a causa del dolor. Finalmente, el lobo, girándose sobre sus pasos, abandonó el intento de atraparlos y huyó por el camino entre los árboles.

La angustia y el cansancio se habían apoderado de todos, que contemplaban cómo el bosque volvía a quedarse en calma tras el ataque. Recuperando el aire, se miraron unos a otros. Desde la salida de Inverey, llevaban horas sin tomarse un respiro.

—Esto no ha sido una buena idea —dijo Eliana situándose junto a Declan y Caillen.

—No había otra opción —añadió Dahlia llegando hasta ellos—. Si hubiéramos atravesado el valle, los soldados nos habrían alcanzado.

—Yo no sé qué hubiera preferido —dijo Caillen frotándose el cuello.

—Está claro que atraéis los problemas —intervino Gallagher.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Eliana al verle, pues la aparición del lobo había dejado su identidad en incógnita.

—Mi nombre es Alec, estaba en la posada de Inverey. He venido a ayudar —respondió este en tono sincero.

Dahlia se giró hacia el joven al ver que daba otro nombre, y no aquel por el que ella lo había conocido. Eliana le observó frunciendo el ceño, y volvió a mirar a Dahlia.

—¿Podemos confiar en él? —preguntó la princesa.

—No sabría qué decir —respondió esta, insegura, mientras miraba al joven—. Pero debemos irnos, hemos perdido demasiado tiempo.

A pesar de la intriga que despertaba Alec en el interior de Dahlia, esta no podía permitirse desviar su mente de aquello que se les había encomendado. Buscando con la mirada a su alrededor, llevó sus dedos a los labios y silbó para llamar a su caballo. Durante el enfrentamiento en aquella zona, los cuatro caballos habían huido de la bestia, pero el relinchar y el trote podían sentirse cerca.

—Buscaré a Grane —dijo Eliana, caminando entre la zona rocosa. Hacía escasos minutos había visto cómo su caballo se adentraba por esa zona del bosque.

Dahlia, a la espera de que Alsvid llegara hasta ella al oír su llamada, se acercó a Gallagher, que se dirigía a buscar su caballo.

—¿Por qué has dicho que te llamabas Alec? —preguntó la joven —. Escuché cómo te llamaban Gallagher.

—Es mi apellido, suelen llamarme así —respondió el chico—. Pero cuando quiero que confíen en mí, me presento por mi nombre.

Aquello dejó pensativa a la joven elfa, que caminaba junto a él.

—En cuanto salgamos de este bosque, lo primero será hacerme con un arma —dijo Caillen subiendo una de las laderas, mientras con la mirada buscaba a Seire—. Me niego a defenderme otra vez tirando piedras.

Aquel comentario divirtió a Declan, que sonrió.

—Me parece un buen plan —añadió este—. ¿Dónde está Eliana? —preguntó.

El joven miró a su alrededor en busca de la princesa, pero no había rastro alguno de ella. Consciente de que estaba bajo su vigilancia, Declan avanzó por el terreno en su busca, pero no pareció verla por ningún lado. Fue entonces cuando un grito ahogado, no muy lejos de donde se encontraba, les alertó.

No quería mirar, se mantenía sentada en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol y apretando los puños sobre la tierra. No lo había visto, no le había dado tiempo a reaccionar. En cuestión de segundos, Eliana había tropezado, perdido el equilibrio y caído sobre el costado al suelo, con el terrible infortunio de quedarse atrapada en una trampa. No había visto la arandela de metal rodeada de aquellos dientes puntiagudos y oculta bajo la densidad de las hojas que había sobre el terreno embarrado del bosque, pero al notar cómo mordía la

carne de su muslo y rajaba la falda del vestido, sintió el golpe seco y la humedad de la sangre cubriendo su pierna. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, mientras apretaba los dientes, intentando desviar su atención del dolor mordaz que palpitaba en su piel. El grito que emanó de su boca por el tormento que estaba sintiendo llamó la atención de los demás, que aparecieron y contemplaron la escena. Se acercaban en su dirección, cuando, de repente, una flecha de plumas negras cruzó ante ellos y, pasando a escasos milímetros del rostro de la joven, se clavó en el tronco. Aquello hizo que Eliana contuviera la respiración, podía percibir cómo su cuerpo perdía fuerzas y se aflojaba, teniendo la sensación de que se desmayaría de un momento a otro. El resto, asustados, siguieron con la mirada la procedencia de la flecha. Un joven con casaca marrón y un pañuelo verde atado al cuello que cubría parte de su rostro se acercaba hacia ellos y, al ver lo que sucedía, bajó el arco.

—¡Mierda! —exclamó este.

Eliana recuperó la respiración cuando vio cómo Caillen se acercaba a ella corriendo. La joven, que al sentir el roce del viento cuando la flecha pasó junto a su rostro sintió detenerse los latidos de su corazón, olvidó el dolor punzante que experimentaba en el muslo. Volviendo en sí, llevó su mano a la herida, manchando esta de sangre.

—¡Caillen! —exclamó.

La voz de Eliana se sentía temblorosa y agitada sin poder apartar la mirada del joven que se acercaba a ellos. El dolor fue sustituido por ira, al contemplar frente a ella al que había intentado matarla. Por ello, ella sacó la daga de su bota para lanzarla, pero Caillen, al ver las intenciones de su prima, se acercó a ella y agachándose susurró:

—Baja la daga —dijo este—. A ver, déjame que vea la herida.

—Casi me mata, casi me mata —repetía Eliana, apretando los dientes—. Lo llevaré al castillo y le condenaré.

Declan, que se había acercado junto a Caillen, examinaba la trampa, y a su vez Dahlia y Alec se interpusieron entre ellos y el recién llegado.

—No harás nada, porque no debe saber quién eres —dijo Caillen, que, quitándole la daga, rajó el lateral de la falda de Eliana.

—Está atascada —comentó Declan estudiando la trampa—. Deberíamos preguntarle, no conozco el mecanismo y podríamos

empeorar la herida.

Eliana gritó al sentir cómo forzaban la apertura de la trampa, tapándose la boca para ahogar su grito. Notaba cómo una gota de sangre se deslizaba sobre su rodilla, la cual comenzaba a entumecerse.

—¿Es muy grave? —preguntó la joven sin querer mirar.

—Si todo sale bien, solo tendré que darte puntos y necesitarás reposo —contestó Caillen.

Declan se había juntado con Dahlia y Alec, que observaban cómo el joven se acercaba a ellos. Bajándose el pañuelo que ocultaba su rostro, dejó ver la corta y perfilada barba que cubría una mandíbula marcada.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? —preguntó extrañado.

Acostumbrado a cazar en las profundidades del bosque Trebell, sabía que nadie rondaba por allí, por ello lo que menos se esperaba era encontrar a un grupo de jóvenes merodeando por aquel lugar.

—¿Podrías ayudarnos con la trampa? Supongo que es tuya —dijo Declan acercándose a él.

—Sí, así es, oí un grito y pensé que ya habían caído —respondió.

—Y tanto que ha caído, pero seguramente no lo que esperabas —añadió Alec junto a ellos. Pero el joven se calló al ver cómo Dahlia le miraba.

—Necesitamos sacar a nuestra amiga de ahí —continuó Declan.

—Por supuesto, enseguida.

—Gracias —agradeció el soldado.

—Nathan, me llamo Nathan Ashtharson —se presentó el joven.

Este se acercó con premura hasta donde se encontraban Eliana y Caillen.

—Lo siento —se disculpó, mientras contemplaba la herida—. Solo será un momento.

Sacando un cuchillo que llevaba sujeto al cinturón, el joven introdujo la punta en uno de los cierres laterales y comenzó a darle

vueltas. Mientras el resto contemplaban el trabajo de Nathan, Dahlia y Alec, que volvían de recoger los caballos, se fueron acercando hacia ellos.

—Cuando salgamos de aquí, te irás —dijo Dahlia mirando a Alec.

—He venido a ayudar —repitió el joven.

—No creo que un cazador sea lo que necesitemos —aclaró esta.

—Quizá sí que me necesitáis por lo que sé —respondió Alec mirando a la joven.

—Has tenido suerte de que no ha cerrado del todo —dijo Nathan mientras terminaba de girar una de las tuercas del cierre.

—Qué afortunada soy, tampoco me ha dado la flecha —añadió Eliana sin mirarle.

Nathan no respondió, siguió concentrado en soltar la pierna de la joven.

—Necesitaré algo puntiagudo para hacer palanca a la vez que yo giro el otro cierre —comentó el joven mirándolos.

Caillen le tendió la daga de Eliana. Nathan la cogió sin prestarle atención, introdujo el arma bajo la arandela y con su cuchillo siguió dando vueltas al cierre, consciente de que con dos giros más la pierna estaría suelta. Miró a Caillen y, con un gesto de cabeza, le indicó que sujetase a la joven.

—Te dolerá —añadió Nathan.

Eliana cerró los ojos y esperó. En cuestión de segundos, sintió cómo la piel se desgarraba al sacar aquellos dientes afilados de su carne. Un extraño hormigueo se extendió por su pierna, mientras sentía cómo se adormecía. Apretando los ojos, la joven, percatándose de cada movimiento que hacían a su alrededor, apreció cómo pequeñas luces brillantes se formaban en la oscuridad y, perdiendo las fuerzas, se desmayó.

—Le haré un torniquete para que no pierda más sangre —dijo Nathan rasgando una de las partes del vestido de la joven, que había quedado dañado tras el impacto con la trampa.

Declan, al ver cómo Eliana perdía el conocimiento, se abalanzó sobre ella para sostenerla, evitando así que se golpeara contra el suelo.

—¿Tienes algo para que vuelva en sí? —preguntó el soldado mirando a Caillen, que contemplaba cómo Nathan anudaba con fuerza el retal alrededor de la herida, que no paraba de sangrar.

—Creo que en este momento es mejor que permanezca inconsciente —respondió el joven.

—Deberíamos sacarla de aquí —intervino Dahlia—. Necesitará curación y este lugar es el menos apropiado.

—Os ofrezco mi casa —añadió Nathan—. Se encuentra a las afueras. Es una distancia corta a caballo.

Declan miró a Caillen, y este a Dahlia, que consciente de que sus planes habían vuelto a dar un giro asintió, pues sabía que ahora lo importante era que Eliana se recuperara. Declan cogió a la joven en brazos, mientras el resto se acercaban a los caballos. Caillen subió a Seire y con cuidado sujetó a Eliana cuando Declan la sentó de lado sobre el lomo del caballo. Cubriendo a la joven con su capa y sosteniéndola entre sus brazos, agarró las riendas del animal e incitó a Seire para que se moviera dando un golpe seco en su costado, siguiendo a Alsvid y Grane. Una vez que Nathan montó sobre su caballo, que aguardaba no muy lejos de allí, cabalgaron hacia su hogar.

Como el joven les había afirmado, su casa se encontraba a escasos kilómetros de la zona, a las afueras del bosque Trebell; donde los árboles comenzaban a dispersarse y un amplio campo se extendía a su alrededor se hallaba una cabaña. Era de gran tamaño, construida en piedra y madera. Adherido a uno de los laterales, tenía un amplio porche rodeado por un gran muro de piedra, que formaba un cuadrilátero perfecto, que en su interior albergaba una herrería. Estaba claro que aquel espacio era utilizado como taller, pues en las dos únicas paredes que poseía el porche podían apreciarse la fragua, un yunque, ganchos y estantes colgados de la pared donde había depositadas herramientas, como pinzas, martillos, mazas, punzones,

cepillos, moldes, tenazas, zarpas; había un despliegue de amplias variedades en cuanto a utensilios de herrería. Al otro lado de la cabaña, se alzaba un pequeño establo, con el espacio suficiente para dos caballos. El joven indicó que los amarrasen a los postes que tenían cercanos, donde podían acceder sin problema a un bebedero y comedero.

—Iré entrando para preparar el dormitorio —dijo el joven adelantándose, mientras el resto descendían y amarraban a los caballos.

Caillen esperó hasta que Declan hubo atado las riendas de Grane a uno de los postes. Tal y como habían hecho previamente en el bosque, con cuidado Caillen tendió a Eliana en los brazos de Declan. Una vez que el soldado tenía a la joven bien sujeta, Caillen descendió y dejó a Seire junto a los demás caballos. Ambos se dirigieron al interior de la vivienda, seguidos por Alec y Dahlia. Pero cuando doblaron la esquina, Dahlia agarró a Alec de la casaca negra y tirando de él lo empujó contra la fachada, presionando con una mano su pecho, mientras con la otra agarraba una de sus flechas a modo de cuchillo y apuntaba al cuello.

—Esto va siendo ya una costumbre —susurró el joven al sentir la punta afilada sobre la yugular.

—¿Por qué has venido? ¿Qué es eso que sabes? ¿Y por qué me espiabas anoche desde la calle? —preguntó Dahlia apretando los dientes, mientras ejercía más presión.

—Si me matas, no te lo podré decir —respondió este.

Dahlia aflojó la flecha y esperó a que Alec continuase.

—Ya te dije que he venido a ayudar.

—Eso solo responde a una de mis preguntas —insistió la joven—. Sigo esperando.

Alec miró los ojos de la joven y, tras dudar durante unos segundos, algo que Dahlia intuyó, decidió proseguir.

—Antes de que huyerais de la posada, escuché lo que decían aquellos que os buscaban, o, mejor, que buscaban a tu amiguita —respondió con la sonrisa torcida.

—¿Te han pagado para seguirnos? —preguntó Dahlia mientras se

acercaba amenazante y volvía a aumentar la presión de su flecha.

—Esa no estaba entre las preguntas iniciales —respondió Alec esbozando una sonrisa.

—De verdad, mi paciencia se agota —dijo la joven mirándole con rabia a los ojos.

Alec contempló sus ojos verdes, intentando averiguar qué pasaba por la mente de aquella joven que le fascinaba. Desde que le había estado siguiendo, había comprobado lo impulsiva y tenaz que era, algo que le había deslumbrado. Fijó su mirada en los labios rosados y carnosos de la joven, y aquello llamó la atención de Dahlia. Al percibir la mirada del joven sobre su boca, sintió cómo un nudo se formaba en su estómago, y extrañada por aquella sensación, Dahlia se relajó intentando deshacerse de esos nervios inoportunos que se estaban apoderando de ella. Fue entonces cuando Alec, consciente de que la elfa había bajado la guardia, apartó los brazos de esta y, pegándolos a su costado, la giró. Manteniéndola presa, rodeó ambos brazos y cintura con uno de sus brazos, mientras con el otro sostenía la flecha que le había quitado apuntando al lado izquierdo de la joven. Alec bajó la cabeza y acercó sus labios al oído de esta. Mientras Dahlia, sintiéndose presa, tal y como había ocurrido en su encuentro en el callejón, intentaba zafarse de él.

—No me han pagado —susurró este—. Te repito que vengo a ayudar y, viendo cómo bajas la guardia, me necesitas.

—¡Suéltame! —pidió Dahlia intentando no llamar la atención.

—No voy a hacerte daño, pero he de decirte que este juego es tentador —dijo este.

Dahlia podía notar la respiración del joven y cómo se tensaba su cuerpo.

—¿Por qué me expiabas anoche? —volvió a preguntar ella.

Alec tardó unos segundos en responder.

—Cuando llegue el momento, te lo diré —respondió.

Dahlia notó cómo liberaba su cuerpo y sintió el roce de Alec al retirarse tras ellas. Sin girarse, la joven observó de reojo cómo él se dirigía al interior.

Entretanto, Declan había tendido a Eliana con cuidado sobre la cama, donde permanecía completamente inmóvil, mientras Caillen extraía de su alforja lo necesario para poder atenderla. Él aflojaba con delicadeza el nudo que oprimía la herida, siendo visible la sangre seca que manchaba la piel de la joven, a lo que Nathan, simultáneamente y con ayuda de trapos viejos, oprimía los orificios donde volvía a brotar el flujo de la sangre. El pulso de la joven cada vez se sentía más débil, reflejado en su palidez. Llevando el dorso de su mano a la frente de su prima, el joven druida notó que la calentura aún no había subido a pesar de ver cómo se formaban las gotas de sudor en su rostro. Queriendo retener la pérdida de sangre, examinó rápidamente la herida, debía actuar con ligereza, pues presentía que la situación podría complicarse.

—Tendré que limpiarle la herida y coserla —dijo el joven—. Prepararé un brebaje de láudano y opio por si se despierta —continuó, mientras con una mano tendía una aguja—. Necesito que encendáis el fuego y desinfectéis esto.

Nathan cogió la aguja y salió del dormitorio, mientras Declan permanecía junto a Caillen para cooperar en todo aquello que el joven aprendiz necesitara. Tendiéndole un frasco a este, humedeció un paño con alcohol, para comenzar a desinfectar la herida, contemplando desde más cerca los seis orificios que la trampa había hecho a Eliana en el muslo; parecía que la joven hubiera recibido el mordisco de un animal salvaje. Con movimientos lentos, pasó el paño con suavidad. En ese momento, Eliana sintió el frío sobre su pierna y el resquemor del alcohol al contacto con su piel. Abriendo los ojos con dificultad, mojados a causa de las lágrimas por aquel tormento, la joven se asustó y desorientada intentó incorporarse, pero las manos de Declan sujetaron sus hombros para que no se moviera.

—¿Dónde estamos? —preguntó, respirando con dificultad y buscando con la mirada a Caillen.

—Aquí tienes la aguja —dijo Nathan irrumpiendo en la habitación.

Eliana intentó contemplar al joven fijándose en las facciones de su rostro,

en sus ojos verdes, en su nariz puntiaguda y en su cabello rubio oscuro, pero enseguida su imagen se tornó borrosa, parpadeando varias veces, procurando recuperar la visibilidad, no pudo evitar quejarse al percibir el ardor desprendido de los cortes.

—Si no necesitáis mi ayuda, prepararé el salón para que paséis la noche —comunicó este.

—No, no hará falta. Nos iremos enseguida. Caillen me curará la herida y seguiremos nuestro camino, ¿verdad? —preguntó la princesa apretando los dientes, resistiendo el dolor mientras con desesperación miraba a su primo, que se encontraba centrado en la herida.

—No quisiéramos molestar, pero quizá una noche no sea suficiente. Necesitaríamos que Eliana se recuperase lo máximo posible —añadió Declan.

—Por supuesto —respondió Nathan.

—Ni hablar —añadió Eliana—. ¿Qué estáis haciendo?

—Intento curarte, pero si sigues replicando lo dejo —respondió Caillen apartándose de la cama—. Declan, ¿puedes verter agua hirviendo en ese tarro? Eliana debe beberse el brebaje antes de que pueda coserla.

Resignada, la joven se quedó inmóvil. Volvió a gritar al notar la presión sobre la zona herida; perdiendo la sensibilidad de esta, advirtió cómo sus fuerzas se desvanecían. La adrenalina que había sentido al despertarse en aquella habitación se estaba esfumando de su cuerpo. A medida que sentía el dolor palpitante sobre su pierna, cerrando los ojos, intentó evadir su mente, cuando de repente una extraña sensación la invadió creyendo que algo le faltaba. Abrió los ojos y, viendo que aún llevaba puesta la bota de su pierna derecha, movió el pie, tratando de sentir la daga que guardaba en su interior; sin embargo, comprobó que no estaba. Entonces recordó que la había sacado en el bosque.

—¿Dónde está mi daga? —preguntó alarmada.

—Se la di a Nathan porque la necesitaba —respondió Caillen, preparando todo lo necesario para la intervención.

—Ten —dijo este.

El joven sacó la daga que había guardado junto a su cuchillo en el cinturón. En el momento en que Caillen le tendió el arma cuando este se la había pedido, no le prestó ningún tipo de atención, puesto que las circunstancias de liberar la pierna de Eliana requerían de urgencia, pero al volver a cogerla y entregársela a la joven, Nathan sujetó el arma entre las manos y contempló la hoja y el pequeño escudo que

había grabado en la empuñadura.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó el joven.

—Es mía, dámela —ordenó ella tendiendo su mano.

—Esta daga la he hecho yo y no puede ser tuya porque fue un encargo por petición real —añadió Nathan.

Caillen levantó la mirada al escuchar sus palabras, y contempló a Dahlia y Alec, que se habían acercado a la entrada de la habitación. Todos mantuvieron el silencio mientras la mirada de Nathan viajaba de la daga hacia el rostro de Eliana, que con el semblante serio contemplaba al joven pensando qué responder.

—Ya tengo el brebaje —interrumpió Declan, llevando el tarro hasta la mesilla junto a la cama.

—¿Por qué la tienes tú? —volvió a preguntar Nathan.

—La gané en una apuesta —mintió—. Supongo que la robarían. Pero ahora es mía, así que dámela.

El tono exigente de Eliana y su respuesta hicieron que Nathan dudase. Aun así, a pesar de que desconfiaba, le entregó la daga a la joven y abandonó la habitación junto al resto, a excepción de Declan, por petición de Caillen, pues necesitaría su ayuda para poder trabajar mejor.

—¿Veis por qué nos tenemos que ir de aquí? Me curarás y nos iremos, es una orden —dijo la joven.

—Ahora no estás para dar órdenes, te curaré y te callarás —respondió Caillen tendiéndole el brebaje.

Eliana, sin rechistar, cogió el tarro y, acercando el borde a los labios, tomó un sorbo, sintió la amargura del líquido al rozarlos. Conteniendo la respiración, la joven bebió de un trago el brebaje intentando sobrellevar el insoportable sabor de este. Mientras Caillen, listo para la intervención, esperaba que aquello que había preparado hiciese efecto y sumergiese a la joven princesa en un profundo sueño.

14

Caillen tardó varias horas en curar la herida de Eliana, se tomó su tiempo en las puntadas que daba para cerrar los orificios. Había desinfectado la herida, comenzando a notar que el borde de cada agujero causado por los dientes de la trampa comenzaba a amoratarse. Tras limpiar la sangre y deshacerse de los trapos sucios, con ayuda de Declan y Nathan cambiaron las sábanas y vendaron la pierna de Eliana; la princesa se encontraba descansando en la cama, aún bajo el efecto del brebaje que le había administrado.

Estaban derrotados. Tanto Dahlia como Caillen tenían la sensación de que todo había ocurrido muy deprisa desde que ella había llegado a Glenn, pero sabían que la batalla que estaban destinados a luchar era contrarreloj. Repartidos por el salón de la cabaña, habían tomado asiento en los sillones y camastros que Nathan había dispuesto alrededor de la sala. Pese a que la dimensión de la cabaña era considerable, lo que englobaba el hogar era modesto. El interior se componía de un amplio salón con una mesa y cuatro sillas colocadas en el centro, en la pared situada frente a la entrada se encontraba una gran chimenea de piedra grisácea por la que emanaban las llamas del fuego que calentaba la estancia, en ella, sobre la repisa superior, colgaban los utensilios de cocina con los que Nathan solía preparar unos suculentos manjares. Al lado izquierdo había una estrecha puerta de madera de abeto que daba paso al único dormitorio del hogar, y junto a esta un alto aparador. En el lado derecho había construido un altillo, al cual se accedía por una estrecha escalera. Nathan lo utilizaba como almacén, aunque en las circunstancias en las que se encontraba, lo había acondicionado para que él pudiera dormir mientras sus huéspedes se alojaban en su hogar.

Sobre el fuego había una vieja cazuela de hierro calentándose con lo que sería la cena de esa noche. Caillen abrió la puerta del dormitorio y contempló a Eliana, que aún dormía. El joven entornó la puerta con delicadeza para evitar así molestar a su prima, y al salir pudo ver a Dahlia, sentada en una silla con la mirada perdida sobre la mesa, por lo que llamó su atención con un ruidoso carraspeo. La joven elfa, al alzar la mirada, vio cómo le hacía un gesto con la cabeza indicándole que salieran. Esta se levantó y le siguió. Mientras, Alec permanecía sentado en uno de los camastros, trasteando con su ballesta, que le estaba dando problemas.

—Eliana necesitará varios días de recuperación —dijo Caillen mirando a Dahlia.

La joven chasqueó la lengua y, rascándose el cuello, apartó la mirada de él. Contempló el terreno que se extendía a su alrededor, sabiendo que su objetivo se estaba retrasando.

—No podemos quedarnos aquí mucho tiempo —añadió ella volviendo a fijar su mirada sobre él.

—Pero ella no podrá mover la pierna en un día. No hago magia —contestó el joven desesperado—. Estaba claro que esto no entraba en nuestros planes, pero debemos esperar.

—Caillen, si espero, quizá cuando llegue a mi hogar ya sea tarde. ¿Sabes lo que supondría eso? —preguntó Dahlia con el rostro serio—. Puede que la triqueta apareciera en Glenn, pero la primera amenaza fue hacia Cryturean.

—¿Qué crees? Si pudiera hacer algo, lo haría, pero ya he hecho todo lo que sé. La he curado, ahora solo el tiempo determinará su recuperación.

Caillen miró molesto a la joven y, en ese momento, observó cómo Declan salía de la cabaña y se dirigía hacia ellos con rostro relajado.

—Puede que el destino nos haya hecho un favor —dijo llegando hasta ellos. Ambos le miraron incrédulos, teniendo en cuenta la situación en la que se encontraban y la discusión previa que habían mantenido antes de que él apareciera—. Entiendo el accidente inoportuno de Eliana, pero necesitábamos armas y da la casualidad de que Nathan puede proporcionárnoslas.

—Podríamos aprovechar mientras Eliana se recupera para entrenar —sugirió Caillen.

—¿Y crees que ella se querrá quedar? Ya has escuchado sus quejas —añadió Dahlia—. Y yo estoy de acuerdo.

—No está en condiciones de opinar. Está molesta por lo ocurrido, pero ahora mismo no puede andar ni cabalgar —afirmó Caillen.

—A Nathan no le supone un problema que nos quedemos unos días —comentó Declan.

Dahlia bufó y se apartó de ellos, alejándose de la casa. Enojada, caminó campo abierto sin rumbo. A sus espaldas dejaba la cabaña lindante con los primeros árboles del bosque Trebell. El sol comenzaba a ocultarse tras las colinas que veía en el horizonte, no muy lejos de

donde se encontraba. Contempló la extensión verde que se iba oscureciendo por la falta de luz y, repasando en su mente el recorrido que habían realizado desde que salieron de Inverey, si su sentido orientativo no le fallaba, aquel cerro que tenía frente a ella era lo único que le separaba de las tierras de Cryturean.

∞

Habían pasado dos noches desde que abandonaron la fortaleza. Belenus no quiso huir a pesar de saber que el rey le pediría explicaciones. El anciano druida prefirió esperar en su estudio, aguardando su castigo. La alarma había saltado al comprobar que la princesa no se encontraba en sus aposentos, al igual que había llamado la atención la ausencia de Declan franqueando la entrada. Belenus permaneció entre las sombras mientras se procedía con la búsqueda, había escuchado los pasos de soldados recorriendo los pasillos, el registro de cada rincón del castillo e incluso cómo desmantelaban los aposentos de Caillen en busca de alguna pista, pero aquello duró solo la primera noche. Belenus había permanecido en su estudio, esperando, consciente de que de un momento a otro el rey iría a buscarle, pero ahora había caído la noche, y el anciano druida se encontraba sentado en una silla, iluminado por la tenue luz del candil y con sus ojos azul aguamarina fijos en la puerta cuando esta se abrió.

El rostro del anciano no fingió sorpresa al no ver al rey bajo el marco de la puerta. La mirada seria de Freya se encontró con los ojos de Belenus, que permanecía inalterable en la silla. En el silencio de la estancia, se escucharon los pasos de la mujer al entrar, firmes y lentos, mientras estudiaba todo lo que había a su alrededor.

—Al rey le gustaría veros —dijo Freya sin mirar a Belenus.

—¿Y os manda a vos para avisarme? —preguntó extrañado.

—Me ofrecí voluntaria —respondió esta—. Mi marido piensa que vos habéis hecho que nuestra querida Eliana abandone la fortaleza. Y no puedo evitar estar desolada al ver cómo este pequeño incidente causa tal mal entre vosotros.

Las palabras de la mujer no coincidían con lo que sus ojos reflejaban, pues Belenus sabía lo que en verdad escondían. El anciano se levantó y pasó junto a ella. Una vez en la puerta, se paró al ver que Freya seguía contemplando lo que había en el interior de la estancia.

—¿Deseáis algo de mi estudio? —preguntó el anciano.

—No, en absoluto. Solo me fascina la de bártulos extraños que tenéis —respondió esta con una sonrisa.

Ambos caminaron por el largo pasillo, seguidos por dos soldados que escoltaban a Freya. Las antorchas iluminaban sus pasos hasta que llegaron a las grandes puertas del salón, estas permanecían abiertas y la luz procedente de las velas colocadas en los altos candelabros de forja eran ahora las que alumbraban la estancia. Sentado en el trono, se encontraba Gared, mesando su barba, con la mirada fija en el suelo de la sala. Se veía agotado, perdido. Aquella imagen trajo a la mente de Belenus el recuerdo de la pérdida de la reina Effie y los días posteriores en los que el rey deambulaba ausente por el castillo.

—Querido —llamó Freya acercándose a él.

La mujer se situó tras el trono y masajeó los hombros de Gared, mientras este forzaba una triste sonrisa.

—Me extraña que aún sigas aquí —dijo el rey mirando al druida.

—Un druida nunca abandona a su señor —respondió este.

—No sería la primera vez —añadió Gared.

Belenus no respondió. Sabía por qué el rey decía esas palabras, sabía perfectamente a lo que se refería, pues él abandonó las tierras de Undrell, donde sirvió previamente antes que en Glenn.

—No sé con certeza si ayudasteis o no a Eliana y Caillen a salir de la fortaleza. Aunque algo me dice que así fue.

—Ya le dije, majestad, que yo solo cumplo con lo que está escrito —respondió Belenus—. Y no podéis luchar contra eso.

En ese preciso instante, el capitán Breogan irrumpió en el salón junto con varios de sus soldados, ataviados con las armaduras y las espadas guardadas en sus vainas sujetas a sus cinturones. Tras realizar una reverencia el capitán se situó junto al druida.

—Majestad, ya está todo preparado —informó este.

Gared asintió y cambió su postura en el trono, irguiéndose, apoyó su espalda en el respaldo en una posición más recta.

—Que la mitad de los hombres protejan la fortaleza y el resto que peinen los alrededores de Glenn. Mi hija no ha podido llegar muy

lejos. Y, por último, poned a dos de vuestros hombres ante las puertas del estudio de Belenus, quedará bajo vigilancia, con el único propósito de ayudar si en algún momento se requiere de ello.

Breogan asintió y con pesar indicó con un gesto de cabeza a dos de sus soldados que agarraran al anciano para sacarle de la sala.

—Un momento —dijo Gared, deteniendo así a los soldados—. ¿Dónde está el libro?

El rey miró a Belenus esperando una respuesta.

—¿Para qué lo queréis si no creéis en sus palabras? —preguntó el anciano.

—Para destruirlo con mis propias manos, tal y como debí de hacer —respondió este.

—No está en el castillo, el libro sigue su propio destino —añadió el anciano.

Girándose, abandonó la sala escoltado por los dos soldados que agarraban los brazos del hombre con cuidado, pues ninguno de los dos quería hacer daño al anciano. Mientras, el rey contemplaba cómo Belenus desaparecía por la gran puerta, dejándole sumido en una mayor frustración.

15

Caillen permanecía sentado en una silla con el libro abierto entre sus manos, releyendo aquella historia que no había sacado de su mente. A pesar del cansancio, tras dar varias vueltas en el lecho, no había conseguido conciliar el sueño, por lo que, intranquilo, encendió una vela y se sentó. Se sumergió entre las páginas desgastadas de aquel manuscrito, absorbiendo ininterrumpidamente cada palabra de su maestro Belenus, llamando su atención cada vez más y más. Aunque el relato estaba bastante detallado, le resultaba incompleto, tenía la sensación de que el anciano había omitido cierta información, como si una parte de la historia no pudiese ser contada. Pasó la yema de sus dedos acariciando la encuadernación, resaltando las costuras aflojadas, preguntándose si sería posible que hubieran arrancado alguna página.

Cerró el libro y suspiró. Recostándose en la silla, frotó su mentón sin quitar el ojo al mapa que había dibujado. Apoyó sus codos sobre la mesa, colocó la cabeza entre sus manos y repasó todo lo sucedido mentalmente: la triqueta sobre Glenn, la llegada de Dahlia, la existencia de Kodran y el hallazgo de saber que su padre había participado en una batalla en la que ahora él se veía implicado.

Escuchó un movimiento que provenía del dormitorio y, levantándose, se acercó hasta la puerta para comprobar si Eliana se había despertado, así podría cerciorarse del estado de ella y a la vez hablarle acerca del libro. Habían dejado la puerta entreabierta, por si la joven despertaba. Con cuidado, Caillen entró y observó que su prima aún dormía. Dejando el libro sobre la mesilla, acercó sus manos a la pierna de la joven, que permanecía descubierta entre las mantas; con cuidado retiró el vendaje, dejando ver un trozo de lino impregnado en una pasta blanquecina que había aplicado para ayudar a la cicatrización. Al levantar la tela, apreció pequeños restos de sangre seca. Notó la temperatura tibia de la pasta y, girándose a la mesilla donde había dejado el libro, dejó esta vez el retal de lino y cogió en su lugar un cuenco de madera que estaba depositado allí cubierto por un paño húmedo. Con cuidado, salió del dormitorio, dejó el cuenco cerca de la chimenea y, con ayuda de la vela que tenía encendida, prendió el fuego. Vertió el contenido en un pequeño caldero y lo colgó sobre las llamas, mientras con movimientos lentos y circulares movía la pasta con una cuchara de palo.

—¿Aún sigue durmiendo? —preguntó Dahlia, apoyada sobre su codo en el lecho.

Caillen asintió en silencio, centrando su atención en el caldero. La joven no le había dirigido la palabra desde la discusión que habían mantenido horas antes en el exterior de la cabaña. Se negaba a aceptar la espera que implicaba permanecer varios días allí. Por un momento, tras debatir con Caillen y Declan cuál era la mejor solución, Dahlia había sufrido un arrebato decidiendo marcharse sola de vuelta a Callander, pero aquello podía suponer una decepción para su padre, que esperaba la llegada de los tres, pues tal y como estaba escrito en el mensaje, Kodran no descansaría hasta haber destruido a los hijos de los reinos.

—¿Necesitas ayuda? —volvió a preguntar la joven, al ver que Caillen se ponía en pie, mientras con la mirada seguía sus pasos.

—Solo voy a cambiarle el emplasto —respondió adentrándose en la habitación.

Dahlia, sin hacer ruido, para no despertar a los demás, se levantó y se acercó a la puerta apoyando su hombro sobre el marco. Observó cómo Caillen, con ayuda de la cuchara de palo con la que había removido la pasta, extendía sobre un trozo de lino limpio el ungüento que había preparado. Una vez que estuvo listo, lo colocó sobre la pierna de Eliana, donde podían verse las cruces hechas con hilo sobre su piel. Al tacto caliente del emplasto, la joven se quejó y, despacio y con pesadumbre, abrió los ojos. Le costó acostumbrarse a la poca luz del dormitorio, la ligera iluminación procedente de la vela que Caillen había portado de un lado a otro iluminaba ahora su rostro.

—¿Aún seguimos aquí? —preguntó Eliana con la voz pastosa a causa del brebaje que había ingerido.

—Eso mismo me pregunto yo —añadió Dahlia desde la puerta.

Caillen miró molesto a la joven, quien calló al ver su reacción.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Caillen a Eliana, mientras con cuidado doblaba la pierna de esta para poder rodearla con la venda.

—Cansada —respondió.

—¿Y la pierna? ¿Te duele? —preguntó examinando la zona.

—Siento tirantez en la piel y dolor al roce —añadió al sentir cómo la venda oprimía la pierna.

—Intentaré no ajustarla demasiado —dijo Caillen, mientras

delicadamente envolvía la herida.

Continuó con la tarea en silencio bajo la atenta mirada de Eliana y Dahlia, que observaban cómo el joven cubría la herida con delicadeza. No habían estado a solas desde el hallazgo del libro, cuando habían descubierto que se les había adjudicado revivir una batalla que ellos no habían luchado. Y ahora que la luz del día aparecía en un nuevo amanecer, pensaban que se añadía otro día más a su aventura.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Eliana—. Mi accidente retrasa nuestros planes.

—Precisamente de eso quería hablar —dijo Dahlia—. Cuanto más retrasemos la llegada a Callander, mi hogar tiene más peligro de desaparecer.

—Ya te dije que no podíamos viajar con Eliana así —añadió Caillen—. Además, si tu clan estuviera en guerra y las tierras de Cryturean fueran invadidas, ¿no se habrían puesto en contacto contigo?

—¿Enviándome un alcedino? —preguntó Dahlia dubitativa.

—He vuelto a leer el libro y toda la historia de Kodran ocupa unas treinta páginas. El resto cuenta otros hechos y leyendas —dijo Caillen, mientras cogía el libro, que había depositado sobre la mesa—, pero tengo la sensación de que falta algo, como si Belenus se hubiera olvidado algún detalle.

—Puede que no se olvidara —añadió Eliana—. Cuando mi padre se enteró de la existencia del libro, no estuvo de acuerdo, ni él ni Rowan querían que conociéramos esta historia. Al contrario que mi madre, quizá por eso Belenus no escribió todo lo que sabía.

—O puede que arrancara las páginas —comentó el aprendiz mostrando la encuadernación—. Si te fijas detalladamente, algunas costuras están saltadas, puede que Belenus arrancara parte de él.

—No entiendo el por qué ocultaros algo que pertenece a la historia de los reinos. Aún vive gente que combatió en esa guerra —dijo Dahlia—. Os hubierais enterado de cualquier manera.

—No, si te prohíben la salida del castillo y nunca se mencionan historias pasadas, no tienes por qué enterarte de nada —mencionó la princesa.

En ese momento, el sonido de algo metálico golpeando el suelo llamó su atención. Dahlia, que había permanecido durante toda la conversación apoyada en la puerta, se giró comprobando que Alec había tirado una pequeña taza que tenía cerca al levantarse de su camastro. El joven, desperezándose, miró a Dahlia extrañado mientras estiraba sus brazos y bostezaba. Nathan asomó la cabeza desde el altillo y comenzó a descender por la estrecha escalera de madera, mientras Declan se levantaba de su lecho. La joven elfa observó a los tres varones sabiendo que no podrían seguir con la conversación iniciada.

—Ya están despiertos —avisó Dahlia esta vez mirando a Caillen y Eliana.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Nathan, pues, a pesar de haber sido un accidente, sentía remordimientos por la situación en que se encontraba Eliana.

—Está despierta —fue lo único que contestó.

—Me gustaría beber un poco de agua —dijo Eliana a Caillen, mientras apoyando sus manos sobre el mullido colchón se impulsaba para incorporarse y apoyar la espalda en el estrecho cabecero.

—Enseguida te traeré agua y algo de comer. Si sientes que la pierna se entumece, te ayudaré a hacer algunos movimientos, que, aunque puedan resultar un poco molestos al principio, te ayudarán a recuperar la movilidad poco a poco —respondió el joven druida dándole el libro y dispuesto a abandonar la habitación para coger lo que su prima le había pedido.

Caillen no estaba acostumbrado a ejercer de curandero, lo máximo a lo que había llegado era a crear remedios que Belenus le había enseñado a hacer, lociones a base de flores y plantas, brebajes con diferentes hierbas, pero en pocas ocasiones había ayudado al anciano a realizar algún tipo de operación ordenada explícitamente por el rey o el capitán Breogan para ayudar a alguno de los miembros del castillo. Por lo general, los habitantes de Glenn solían acudir al curandero de la ciudad. Pero ahora debía adaptarse y, consciente de que de los seis que se encontraban allí él era el único con los conocimientos necesarios, sabía que debía asumir ese papel. En el momento en que el joven abandonó el dormitorio, Dahlia ocupó su lugar, se acercó a la cama y tomó asiento en el borde de esta.

—¿A qué información crees que se refiere? —preguntó Dahlia

bajando la voz.

—Puede que sea a cómo transcurrió la batalla —respondió Eliana pasando las hojas—. En ningún momento supimos con exactitud cómo fue.

—Probablemente, tu padre reuniría a los señores de Daonean, tal y como el mío hizo con los clanes de Cryturean.

—Recorrerse las tierras de Daonean pidiendo ayuda a cada ciudad y aldea supondría semanas de retraso a nuestra llegada —añadió Eliana—. Siento como si finalmente fuera una batalla en la que solo estuviéramos Kodran y nosotros tres.

—¿Una batalla? —preguntó Alec, que se encontraba en la puerta, pero rápidamente añadió—: Mi intención no era escuchar.

Se disculpó al ver cómo Dahlia le miraba. El joven, intentando evadir la mirada de ella, dio un paso para entrar en el dormitorio, pero Dahlia se puso en pie y enseguida se dirigió hacia él; agarrándole de la manga de la camisa, le obligó a abandonar la estancia. Caillen tuvo que detenerse al ver que ambos salían sin mirar, pues peligraban la jarra y el vaso con agua que el joven portaba para Eliana.

Nathan se había situado junto al fuego y comenzó a preparar un caldo acompañado con trozos de pan para sus huéspedes, este se mantenía apartado moviendo el contenido de la olla; mientras, Declan había decidido dar un rodeo por la cabaña con la excusa de que necesitaba aire fresco, aunque en realidad lo que pretendía el joven soldado era asegurarse de que estuvieran a salvo, quería prevenir otra persecución como la de Inverey.

—¿No habías dicho que querías ayudar? —preguntó Dahlia a Alec cruzándose de brazos—. Pues en eso necesitamos ayuda.

—¿Y contra quién pretendéis luchar? —preguntó este.

—Contra Kodran —respondió la joven.

—¿Kodran? ¿El heredero de Undrell? —preguntó Nathan, que había escuchado la conversación.

Dahlia asintió.

—Creí que le habían dado por muerto tras la batalla —añadió Nathan mientras seguía con su tarea sirviendo los platos.

—Al parecer no murió, y su intención es atacar Cryturean —aclaró Dahlia—. ¿Conoces la historia?

Aquella pregunta llegó hasta los oídos de Caillen y Eliana, que se mantenían en el interior del dormitorio, mientras la joven princesa tomaba un sorbo del vaso que Caillen le había traído, miró a su primo indicándole que guardara silencio, pues estaba interesada en saber qué es lo que Nathan conocía de la historia.

—Creo que todo el mundo la conoce, la conquista de los tres reinos movió a personas de todas las tierras. Y, como consecuencia de ello, Undrell quedó en ruinas —contó Nathan dejando varios platos sobre la mesa—. Según mi padre, ataron a Kodran a las rocas de Kunnart hasta que murió.

—¿Estáis seguros de querer luchar contra alguien que parece inmortal? —preguntó Alec.

—¿Tu padre te contó algo más? —preguntó Eliana a gritos desde el interior del dormitorio.

Nathan miró la puerta y se acercó hasta ella, quedando bajo el marco. Miró a la joven, que permanecía atenta con el vaso entre las manos. Caillen, sentado al lado de esta, también le miraba.

—Yo era muy pequeño, apenas tenía cuatro años —comenzó Nathan. Todos prestaron atención al joven, incluso Declan, que en ese momento entraba a la cabaña—, pero aún recuerdo el revuelo que causó todo aquello. Por suerte, la guerra no llegó hasta aquí, creo que por eso mi padre decidió montar la herrería cercana al bosque. No era un herrero cualquiera, hacía armas especiales y yo heredé el oficio.

»Por eso cuando hubo rumores de batalla empezaron a llegar encargos, mi padre, mi hermano, mi hermana y mi madre no daban abasto, y cuando finalmente el ataque se volvió inmediato mi padre luchó contra Kodran y sus seguidores. Decía que nunca había visto luchar a diferentes razas tan compenetradas. Y aquella noche fue la más larga de su vida, vio derramar sangre, perdió a amigos, por eso después de haber arrebatado tantas vidas, desterraron a Kodran al mar.

La historia de Nathan que estaba relatando era la misma que habían leído, hasta que en ese momento el joven dijo una frase que llamó su atención.

—Creo que ninguno de los tres ejércitos que lucharon contra el

reino de Dorchas ha vuelto a lidiar con algo así.

—Creí que solo lucharon los ejércitos de Daonean y Cryturean —comentó Eliana confundida.

—Darian, el jefe del clan Callander, convocó al resto de los clanes de Cryturean para la batalla. Lo mismo hicieron el rey Gared y el príncipe Rowan de Glenn, pidieron ayuda a todos los señores de las tierras de Daonean. Pero, según mi padre, tenían el temor de que habitantes de sus reinos estuvieran del lado de Kodran, por lo que la reina Effie reunió a la tribu de valquirias que habitaba tras las montañas.

En ese instante, un nudo se formó en el pecho de Eliana, sintió cómo se paraba su respiración al escuchar el nombre de su madre. Aquello no formaba parte de la historia, ella no conocía nada sobre valquirias, no sabía dónde se encontraban esas montañas. Caillen observó el rostro de la joven, que permanecía con la mirada fija en la nada, atisbó cómo en sus ojos el brillo de las lágrimas hacía su aparición con peligro de derrumbarse y caer por sus mejillas. Con cuidado, el joven acercó su mano y agarró con fuerza la de Eliana.

—¿Conoces a mi padre? —preguntó Dahlia. La joven no podía ver la reacción de Eliana, pero aquella pregunta le dio un respiro al sentir que Nathan le prestaba su atención—. Soy la hija de Darian.

Nathan asintió, pues a pesar de que la joven mantenía ocultas sus orejas y el tatuaje de su nuca, sabía que no pertenecía al reino de Daonean.

—Mi padre realizó varios encargos para tu clan, aunque ese arco no es de nuestra cosecha —dijo el joven señalando el arco que reposaba sobre el lecho donde había pasado la noche Dahlia.

—Lo sé, lo hice yo —respondió esta.

—¿Por qué iría la reina Effie a buscar a las valquirias? —preguntó de pronto Caillen.

El joven sabía que Eliana quería formular esa pregunta, pero ahora mismo era incapaz de hablar.

—Porque formó parte de su tribu antes de ser reina, las valquirias siempre contaron con mi familia para fabricar sus armas.

—Ahí tienes lo que faltaba de la historia —dijo Eliana con la voz

quebrada conteniendo las lágrimas.

La joven, con el rostro serio y la mirada perdida, se llevó el vaso a los labios, intentando ocultar su tristeza.

16

Prefería quedarse sola. Por eso Eliana había pedido a Caillen que abandonara la habitación y dijese a los demás que necesitaba descansar. Ahora entendía a lo que su primo se refería con que algo faltaba en la historia, ahora comprendía las palabras de Belenus sobre su madre. Siempre le había encantado escuchar historias pasadas sobre ella, adoraba escuchar a su padre relatando recuerdos que hacían que Effie estuviera más presente y le acercaran más a ella. Pero no entendía por qué le habían ocultado su pasado. Si la joven sentía un vacío por la falta de una madre, aquello lo había acrecentado y acentuado aún más. No podía evitar pensar qué habría pasado si su madre estuviera allí, si no hubiera muerto a causa de una infección. Se imaginó junto a ella, con aquel vestido granate con ribetes dorados, con la corona trenzada y su hermosa sonrisa tal y como estaba retratada en los aposentos del rey. Se preguntó si ambas hubieran viajado tras las montañas, si hubiera podido conocer su pasado, conociendo a su tribu de valquirias. No sabía nada de ellas, entre sus libros nunca había leído nada. Se preguntó si su padre tendría algo que ver, sabiendo que él le había ocultado las raíces de su madre. Por eso, ahora ponía en duda la historia que él le había contado de cómo se conocieron, cómo Effie había llegado hasta el corazón de Gared, el heredero de Glenn. Siempre le gustó esa historia.

—Estaba junto con tu tío Rowan en el bosque. —Su padre siempre empezaba por esa parte—. Tu abuelo, el rey Derick, y tu abuela, la reina Serina, se divertían poniéndonos retos constantemente, les gustaba ver cómo tu tío y yo trabajábamos juntos por demostrarles que éramos capaces de todo. Aquel día el desafío fue conseguir nuestros propios caballos, tu abuelo siempre contaba la historia de cómo consiguió a Scair. Y quería que nosotros adquiriéramos y domásemos a nuestros propios caballos. Así que allí estábamos los dos, escondidos tras los arbustos, en silencio, observando cómo una manada pastaba en un claro del bosque. Debíamos esperar a que uno de ellos se alejase del grupo lo suficiente para poder acercarnos a él y ofrecerle una manzana como ofrenda.

»Tu tío se había encargado de preparar un saco lleno de ellas, no quería perder. —Gared soltaba una carcajada en esta parte de la historia y Eliana no podía evitar imitarle—. Pasaron horas, hasta que por fin vimos un semental negro precioso. Sabía que aquel sería mi caballo. Saqué una manzana del saco y, despacio y con cuidado, comencé a acercarme hasta él, pero alguien se me adelantó, tuve que detenerme al ver cómo Effie se acercaba con soltura hasta el caballo,

con aquel vestido blanco y el cabello oscuro adornado con pequeñas trenzas, no tenía miedo. Vi cómo con decisión se acercó al semental y, haciendo una pequeña reverencia, le tendió la mano, ofreciéndole azúcar. Pude ver cómo en cuestión de segundos tu madre estaba acariciando la crin del corcel.

Aquella vez, Eliana no sonrió al recordar esa historia. A pesar de que aquel simple relato estaba lleno de recuerdos, en ese preciso momento no lo sentía así. Con la mirada perdida observando a través del cristal de la ventana, la joven se quedó pensando en qué otros secretos le habrían ocultado.

∞

—Bien, ¿cómo pensáis enfrentaros a él? —preguntó Alec, tomando asiento, mientras sujetaba su ballesta y la revisaba.

—Los clanes de Cryturean se están preparando para la batalla —respondió Dahlia—. Nosotros debemos reunirnos con ellos.

—Nos hubiera gustado poder reclutar más miembros —añadió Declan—, pero, dadas las circunstancias, parece que iremos solos.

—¿Por qué debéis luchar? —preguntó Nathan.

Dahlia miró a Caillen, pues a pesar de que habían hablado sobre Kodran, aún no le habían explicado ni quiénes eran ni las circunstancias de su viaje.

—Hace días llegó una amenaza a Callander, sobre el ataque de Kodran a las tierras de Cryturean, solo quieren ayudar a mi clan a defender nuestras tierras —respondió finalmente Dahlia.

Alec, que seguía con la mirada fija en su ballesta intentando arreglar la nuez de esta, sonrió levemente, procurando esconder aquel gesto mientras daba vueltas a la pieza circular que actuaba a modo de disparador. Pero Dahlia detectó el gesto del joven y le miró sesgadamente.

—Bueno, yo le dije a Declan que no sería una molestia suministraros armas —añadió Nathan—. Cualquier cosa que necesitéis.

—¿Podrías echarle un vistazo a esto? —preguntó Alec mostrándole la ballesta.

Nathan se acercó y cogió el arma. Detenidamente, observó cada parte de su mecanismo: la caja de la nuez, la nuez, el canal; tensó la cuerda, probó la llave y simuló la recarga de una saeta y su disparo. Realizando todos esos ejercicios, comprobó que las piezas del mecanismo se habían aflojado, perdiendo así firmeza. Alec explicó al joven la persecución del lobo, intuyendo aquello como la razón por la que la ballesta hubiera sufrido algún daño, ya que nunca había tenido que recargar y disparar con tanta rapidez. Tras preguntarle a Nathan si podría arreglarla, este asintió; sería fácil de reparar, pues bastaba con ajustar las piezas para que estas no volvieran a soltarse, pero con el tiempo volvería a darle problemas. Por ello, Nathan se acercó hasta el aparador del salón; girando la llave de la parte inferior y abriendo las puertas, extrajo de su interior una ballesta completamente nueva. Era muy oscura, perfectamente lijada, nada que ver con la de Alec, que podía apreciarse la rusticidad del arma; esta presentaba un acabado fino y delicado. Le tendió el arma a Alec, que asombrado comprobó la ligereza y la suavidad al tacto, todo lo contrario que la anterior. El joven verificó el mecanismo, cerciorándose de la facilidad y la rapidez con las que podía maniobrar.

—Tenía una como la tuya —dijo Nathan—. Pero tardaba demasiado en recargar, así que haciendo unos cambios gané rapidez.

Alec asintió, mientras sus ojos marrones recorrían cada detalle de la ballesta.

—¿Caillen? —llamó en ese instante Eliana desde el interior de la habitación.

El joven, que había permanecido apoyado junto a la puerta atendiendo a las conversaciones, abrió y asomó la cabeza. Al observar dentro de la habitación, vio a Eliana intentando levantarse de la cama, aunque el intento fracasó al apoyar la pierna herida en el suelo, sintiendo cómo el peso de su cuerpo se cargaba sobre ella y hacía que esta temblara, e incapaz de mantenerse en pie tuvo que volver a sentarse.

—Pero ¿qué haces? —preguntó incrédulo Caillen acercándose a ella—. Si haces algún movimiento brusco, pueden saltar los puntos.

Este ayudó a Eliana a volver a tumbarse, levantando sus piernas y estirándolas sobre la cama.

—Tenemos que irnos ya —dijo ella mirándole—. Si me ayudáis hasta montar en Grane, luego solo será cabalgar de vuelta a Glenn,

debo hablar con mi padre.

—Eli, no podemos volver a Glenn, ya escuchaste a Belenus, debemos ir a Callander con Dahlia. Ahora intenta descansar.

—Caillen, necesito hablar con mi padre, tiene que aclararme todo —insistió Eliana.

La voz alterada de Eliana llegó hasta el salón. Declan se acercó a la habitación seguido por Dahlia.

—¿Qué ocurre? —preguntó el soldado.

—Declan, partiremos de vuelta a Glenn —ordenó Eliana.

—¿Cómo? —Dahlia, alarmada, miró a la joven sin comprender este repentino cambio—. ¿Y qué pasa con Kodran? Tenemos una misión.

—Lo sé, lo siento. Una vez que haya hablado con mi padre, partiremos a Callander.

—Eso no tiene ningún sentido —interrumpió Caillen a su prima—. Eli, por favor, cálmate.

Caillen agarró sus manos, y notó que estaban frías y húmedas. Estudiando el rostro de la joven, pudo observar su repentina palidez y las primeras gotas de sudor que aparecían en su frente; llevando el dorso de la mano hasta ella, comprobó que tenía fiebre.

—No irás a ningún lado, debes descansar —concluyó su primo—. Traedme agua fría —pidió sin dejar de mirar a Eliana.

—Tengo que volver a Glenn de inmediato. Caillen, no puedes obligarme, es una orden —dijo la joven enfurecida, pero la voz de Eliana perdía fuerza por momentos y sentía cómo se desvanecía—. Tengo que saber más.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Nathan acercándose a la puerta.

Pero Dahlia, que permanecía en medio interponiéndose en su paso, respondió:

—Quiere volver a Glenn.

—Eso no sería una buena idea —comentó Alec sin levantar la vista del arma que tenía entre sus manos—. Sería un suicidio.

Dahlia, frunciendo el ceño, miró al joven, y esta, cruzándose de brazos, se acercó hasta él. Estaba cansada de los misterios e incógnitas de Alec. Desde que había llegado junto a ellos, lo único que el joven había dicho era que quería ayudar, que sabía algo que les ayudaría, pero se había guardado el secreto sin articular palabra al respecto.

—Mi paciencia se agota, así que di de una vez qué es lo que sabes —dijo Dahlia alzando un poco la voz.

Declan, que había entrado en el cuarto llevándole el cuenco con agua a Caillen, salió y contempló la escena junto a Nathan.

—Lo único que has dicho es que venías a ayudar, pues será mejor que vayas hablando —continuó la elfa cada vez más enfadada.

Alec dejó la ballesta sobre la mesa y se puso en pie.

—No podéis volver, porque sé que Eliana es la princesa de Glenn, al igual que sé que no es el rey quien mandó su búsqueda. Escuché a los soldados que os perseguían en Inverey que Freya no quería con vida a la princesa. Creo que le hizo un favor al abandonar Glenn.

—¿Estás seguro de lo que oíste? —preguntó Declan con el rostro serio.

—¿La princesa? —preguntó Nathan alarmado—. ¿Casi mato a la princesa?

—Podrías haber cobrado varias monedas si lo hubieras conseguido —respondió Alec.

Ante el comentario del joven, Dahlia cogió su arco y, tensando la cuerda, apuntó con la flecha a Alec. Este suspiró y levantó los brazos lentamente.

—¡¿Cuántas veces tendré que repetir que vengo para ayudar?! —volvió a decir este—. No vengo a matarla, ni a matarte a ti ni a matar a nadie. Pensé que os gustaría saber que no era la guardia real la que os buscaba, o al menos no la que sirve al rey. También escuché que buscaban a un soldado, que debes de ser tú —dijo mirando a Declan—. Y un aprendiz, que será Caillen.

El joven, que en ese preciso momento salió al salón cerrando la puerta del dormitorio, pues Eliana había conseguido dormirse y no quería volver a alterarla, escuchó las palabras de Alec y preguntó desconcertado:

—¿Cómo has dicho? ¿Eliana corre peligro?

—¿Por qué querría Freya deshacerse de ella? —preguntó Declan.

Caillen se encogió de hombros.

—¿Por qué culpar a Cryturean de un ataque falso? —añadió Dahlia—. Creo que sus intenciones están claras.

Entretanto, Nathan frotaba su frente sin comprender lo que estaba ocurriendo, pues no esperaba verse involucrado en una situación tan complicada.

—Y si tu intención es ayudar, ¿por qué nos lo dices ahora? —preguntó Declan a Alec desconfiado.

—Supuse que no queríais que desvelara vuestra identidad delante de Nathan. Nunca se sabe cuándo alguien puede ser de confianza.

Dahlia bufó ante el comentario del joven mientras seguía apuntando con la flecha. Manteniendo el arco en alto y sin apartar la vista de Alec, se dirigió a Declan:

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Si lo que dice Alec es cierto, el rey puede correr peligro —respondió Declan—. Nada de esto tiene sentido.

—Si Eliana se entera, insistirá en volver —dijo Caillen—. Y si Freya mandó buscarla, debemos mantenerla a salvo.

Eliana no volvió a despertarse durante el resto del día, algo que Caillen agradeció. Sabía la actitud que adoptaría al enterarse de que Freya había ordenado su búsqueda y captura, con el fin de deshacerse de ella. Durante la tarde, habían pensado cuál era la mejor solución ante otro nuevo impedimento en su misión. Bajo la calidez del fuego que envolvía la estancia, habían tomado asiento para debatir las decisiones que Dahlia y Caillen iban tomando sobre la marcha. Tras horas y horas polemizando sobre cuál era la mejor solución, se encontraban igual que al principio, sentados a la mesa, dando vueltas a aquella pasta espesa y grumosa a base de patata y col, mientras observaban cómo otra noche caía sobre ellos.

Las caricias del viento golpeaban los tablones de madera, mientras el susurro de la brisa se introducía entre las rendijas. Ahora todos dormían plácidamente, excepto Nathan. El joven, con los brazos colocados bajo su nuca, contemplaba el techo de su hogar, tumbado sobre su camastro, dándole vueltas al hecho de haber herido a la princesa. Sin poder conciliar el sueño, se giró sobre el colchón de paja y, colocándose de lado, agarró el borde de la manta, llevándola hasta cubrir sus hombros. Cerró los ojos, forzándolos en un intento de que el cansancio y el sueño llegaran a él, pero a pesar de que solo habían pasado minutos, sentía que llevaba horas en aquel bucle de insomnio.

Harto, se incorporó y, sentándose sobre la cama, apoyó los brazos sobre sus rodillas, mientras desde el altillo, tras la estrecha baranda de madera, contemplaba cómo el resto descansaban en sus lechos. Aun sabiendo que la lluvia no tardaría en llegar hasta su hogar, se levantó y, con cuidado para no despertar al resto, bajó la escalera, con la intención de salir al porche. Se encontraba junto a la puerta de la entrada para abrirla, cuando un golpe seco procedente de la habitación llamó su atención. La puerta permanecía cerrada, con cautela pasó entre los camastros de Alec y Declan, la respiración fuerte de ambos indicaba que estaban sumidos en un profundo sueño, ajenos a los movimientos de Nathan. Cuando llegó a la puerta, giró el pomo con cuidado y la tenue luz de una vela llegó hasta sus ojos. Eliana permanecía ladeada en la cama, intentando coger algo del suelo, pero al ver que la puerta se abría esta se incorporó.

—No quería despertar a nadie —se disculpó y volvió a girarse.

—Espera —susurró el joven, y acercándose hasta ella, se agachó y cogió el libro del suelo—. Ten.

—Gracias.

—De nada, alteza —respondió este.

—¿Te lo han dicho? —preguntó desconcertada.

—Creyeron que era lo mejor, aquí no hace falta que ocultéis vuestra identidad. Ahora entiendo que esté en vuestro poder —añadió el joven señalando la daga que reposaba en la mesilla.

Eliana asintió, consciente de que ya sabía la verdad. Sin mirarle, dejó el libro junto a su daga, mientras Nathan abandonaba el dormitorio en silencio, pero esta antes de que el joven saliese por la puerta le retuvo.

—¿Cuál es su historia? —preguntó Eliana, acariciando levemente el arma—. Me lo debes.

Nathan miró sorprendido ante la insinuación de que él estuviese en deuda con ella, por un simple accidente. Pero algo en el tono en el que había realizado la pregunta llamó su atención, una mezcla entre anhelo y desesperación. Este suspiró y, volviendo sobre sus pasos, se acercó a la cama.

—¿Qué queréis saber? Simplemente, me encargaron que la hiciera.

—Fue un regalo por mi dieciocho cumpleaños, mi padre dijo que esto me acercaría más a mi madre, pero nunca supe por qué y, al parecer, de todas las personas que conozco, tú eres el único que está dispuesto a hablar de ello.

Nathan vio el brillo que la luz de la llama reflejaba en sus grandes ojos oscuros. Acercándose, este asintió y miró el borde de la cama. Eliana, al percibir las intenciones de él, con un leve gesto, le dio permiso para tomar asiento.

—Esta fue una de las primeras dagas que hice. Mi padre, que durante toda su vida se había dedicado a la herrería, había ganado fama en los reinos por sus armas. Eran diferentes al resto y, por tanto, las consideraban especiales —explicó Nathan y, cogiendo la daga, continuó—: Hace unos dos años, un hombre vino aquí, con restos de una espada, y me pidió que forjase una daga, por petición real. En cuanto vi los trozos de acero hechos añicos, supe que se trataba de una espada forjada con fuego fatuo.

—¿Fuego fatuo? —preguntó Eliana, pues no sabía lo que era.

—Son pequeñas bolas de fuego azul que flotan en el aire, suelen encontrarse en las profundidades del bosque Trebell, son difíciles de atrapar, pero magníficas para forjar una espada. —Nathan acercó la hoja de la daga hasta la luz de la vela y girándola levemente un brillo azul quedó reflejado—. ¿Lo veis?

Eliana asintió, observando el destello azulino sobre el frío acero.

—Un arma forjada con fuego fatuo es mucho más resistente, por eso las valquirias siempre nos han encargado sus espadas —aclaró él—. Cuando terminé el trabajo, supe que la espada había pertenecido a la reina, tras comprobar las grabaciones que había en la empuñadura.

La joven permaneció en silencio, con la mirada perdida. Daba la impresión de que no había prestado atención a las últimas palabras de Nathan, pero en el fondo lo que verdaderamente ocurría en su interior era el intento de asimilar aquello que le era desconocido.

—No sabía que mi madre había sido una valquiria —confesó finalmente.

Una lágrima cayó lentamente por la mejilla de Eliana. Nathan, al ver su reacción, posó su mano sobre la de ella, que permanecía sobre las mantas. Al notar la caricia y al sentir la humedad de la pequeña gota sobre su piel, la joven retiró la mano y limpió la lágrima.

—Gracias por contármelo —respondió ella. Su tono había cambiado completamente—. Puedes devolverme la daga.

—Lo siento, no quería —se disculpó Nathan, al ver que aquello le había afectado—. Pensé que sabríais que vuestra madre…, todo el mundo…

—Pues no, alguien se ocupó de borrar esa parte de la vida de mi madre cuando yo nací. Si no te importa, me gustaría descansar.

Eliana permaneció inmóvil con la mirada baja, esperando que Nathan abandonara la habitación. Sentía como si él hubiera invadido su intimidad; y el enfado al saber que alguien al que acababa de conocer sabía más sobre su madre que ella misma había hecho que la joven, mostrando su lado orgulloso, cambiara de actitud, con el único fin de estar sola, pues no quería que viera cómo se derrumbaba.

Él la miró durante unos segundos y, finalmente asintiendo, suspiró, se levantó en silencio y se dirigió hacia la puerta, pero un instante antes de salir se detuvo.

—Que descanséis —dijo mirándola.

No obtuvo respuesta. Eliana se acercó a la vela que descansaba en la mesilla, la sopló y apagó la luz, dejando la habitación en completa

oscuridad.

Nathan cerró la puerta. Apoyando la espalda contra esta, dudó durante unos segundos sobre qué debía hacer; la decepción y el anhelo que había visto en Eliana le habían desconcertado, pero finalmente decidió salir.

Con el cielo cubierto de estrellas, las gotas del aguacero mojaban la hierba y la madera. Se acercó al porche, donde alojaba sus herramientas, y, abriendo un arcón, sacó unas telas desgastadas que estaban enrolladas y anudadas con un trozo de cuerda, las colocó sobre la vieja mesa de trabajo y, al deshacer el nudo y desplegarlas, aparecieron restos de la hoja de una espada. Apoyando sus manos sobre la mesa, miró al horizonte, mientras en su mente tenía lugar una disputa entre sus pensamientos. Finalmente, cubrió los restos de la espada y, cogiendo un par de jaulas pequeñas en forma de rombo con largas cadenas a sus extremos, salió de la estancia para dirigirse hacia el establo.

∞

Belenus percibió el olor a humedad que entraba por el ventanuco del estudio. Con la mesa abarrotada de pergaminos y libros, el anciano druida rebuscaba entre ellos, había revisado una y otra vez cada documento redactado; ayudado por un candil de latón, con una vela incrustada, en la cual se apreciaba cómo la cera caía a lo largo dejando un rastro de gotas solidificadas, indicando así el largo periodo de tiempo que había transcurrido desde que se prendió.

Desde que el rey le había confinado en su estudio, algo que no le había sorprendido, el anciano se había planteado la forma de ayudar a Eliana, Caillen y Dahlia en su cometido. Con la sabiduría y el conocimiento que él poseía, sabía con exactitud que solo ellos podrían tomar las decisiones para acabar con la amenaza que Kodran suponía. Pero en su interior podía percibir que algo no iba bien. Siempre supo que aquella batalla, la cual estaban destinados a luchar, llegaría. Al igual que sabía que debían ser los tres unidos los que guiarían a los reinos hasta alcanzar la gloria. Tomando la triqueta como el inicio de donde se desencadenaría todo, a la espera de la llegada de Dahlia con el mensaje, el anciano había decidido indagar más. Agarrando el pequeño saco de fibras de yute que guardaba bajo llave, había extraído las runas de su interior; pequeñas piezas de serbal con los símbolos tallados. Junto con el saco había sacado un frasco de cristal en cuyo interior guardaba cenizas de muérdago, cortado en el último solsticio de invierno, aumentando así el poder místico de la planta.

Despejando la mesa auxiliar, colocó cinco velas marcando cada punta de un pentágono y las encendió, seguidamente, con cuidado, introdujo su mano en el interior del tarro y atrapó aquel polvo grisáceo extrayéndolo. Con pulso firme, delineó la unión entre las velas, acentuando más la figura pentagonal que formaba. Dejando el frasco a un lado, el anciano agarró entre sus manos las runas y, con los ojos cerrados, murmuró aquellas palabras que le desvelarían más información sobre el destino. Alzándolas al aire, las veinticuatro piezas cayeron sobre las cenizas esparciéndose sobre la mesa. Contemplando el resultado, se fijó en las tres runas que habían quedado bocarriba, las tres respuestas que el destino le brindaba. Belenus acercó su rostro para leerlas y, con la mirada inquietante, interpretó su significado. Ante él tenía a Othila, una línea entrecruzada para delimitar un espacio; significaba un vínculo de sangre y anunciaba una separación. Junto a esta se encontraba Perth, aquel símbolo representaba lo inesperado, un secreto oculto que sería revelado. Y, por último, Nauthis; dos líneas cruzadas en forma de cruz ligeramente inclinada que indicaba dolor.

Anonadado ante el resultado del ritual, confuso por la extrañeza del significado que se planteaba ante él. Había vaciado cada estante y armario del estudio, en busca de respuestas, con la esperanza de hallar alguna anotación errónea y, repasando cada acontecimiento sucedido a lo largo de los últimos años, se dio cuenta de aquello que había hecho cambiar el transcurso de la historia.

Dejando el candil sobre la mesa, Belenus se dirigió a la salida con la intención de abandonar con premura la estancia, pero al abrir la puerta las desmesuradas espadas con armadura de los dos soldados que franqueaban la entrada se giraron ante él, impidiéndole el paso.

—Debo hablar con el rey —indicó el anciano, esperando que se apartaran.

—Tenemos órdenes de no dejarte salir —explicó uno de ellos—. Vuelve dentro.

El tono grosero que el soldado empleó incomodó al hombre, que persistiendo se mantuvo firme bajo el marco de la puerta.

—Puesto que no me dejáis marchar, pido que su majestad venga a verme.

Las carcajadas de ambos soldados resonaron en el silencioso pasillo, notando la tosquedad e insolencia. Belenus, observando

detenidamente el torso de sus armaduras, pudo darse cuenta de que no eran soldados de la guardia real aquellos que le tenían retenido, sino de la guardia personal de Freya.

El ruido del acero al golpear la superficie de madera sacó a Caillen del trance en el que se encontraba. Tras disfrutar de las gachas que habían preparado como desayuno, había decidido poner orden entre sus pertenencias, comprobando las cantidades de provisiones que le quedaban. Pero la vibración sobre la mesa, al caer el peso de las espadas, le había sobresaltado, haciendo que el tarro de cristal que portaba en la mano temblara hasta casi caer al suelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó observando a Declan, pues era él quien había provocado el estruendo.

—Necesitas aprender —respondió este—. Puedes elegir cuál prefieres usar.

Declan señaló las diversas espadas que reposaban sobre la superficie. Caillen, a pesar de saber que debía practicar si quería enfrentarse en la batalla, miró al joven con resignación. En aquel momento, lo que menos deseaba era entrenar con una espada.

—No aceptaré un no como respuesta, es necesario —añadió Declan al ver la expresión de su rostro.

Finalmente, Caillen asintió y, desganado, cogió la espada más cercana a él. Levantándose de la silla y seguido de Declan, ambos se dirigieron a la puerta, que Alec había dejado abierta al salir al porche para tomar el aire; él permanecía con las manos apoyadas en la valla, mientras contemplaba el paisaje de su alrededor. Al sentir el ruido de Caillen y Declan al salir, se giró observando que ambos portaban una espada en la mano.

—¿Se avecina un duelo? —preguntó divertido.

—Digamos que yo veo una derrota clara —respondió Caillen, que, prácticamente, arrastraba el arma sin gana alguna.

—Deberías mejorar tu actitud —dijo Declan—. Primero comprobaremos tu manera de atacar.

El soldado tomó posición, dejó caer el peso de su cuerpo sobre la pierna trasera, mientras, con la espada sujeta firmemente, se mantenía erguido a la espera para bloquear el ataque. Por su parte, Caillen trató de imitar su postura, salvo que él dejó caer su peso sobre la pierna delantera. Con aquella posición, en la que la pierna izquierda era la

que permanecía delante, presionó el pie y giró la punta, haciendo que el barro se moviera bajo sus pies. Miró fijamente a Declan, el cual se mantenía impasible, a la espera de que el joven se abalanzara sobre él, observando con detenimiento cada movimiento y acción que el aprendiz realizaba. Este respiró hondo y, cuando estuvo decidido, atacó; levantando todo el peso del arma por encima de sus hombros, agarró la empuñadura con fuerza y se dirigió hacia el soldado. Los aceros de ambas armas se golpeaban en el aire. Declan torció el gesto y asintió ante la demostración de voluntad e ímpetu en el ataque de Caillen. Dándose la espalda, ambos volvieron a recuperar su posición, esperando que el aprendiz comenzara otra vez su ataque. Situando sus piernas a la misma altura, pero algo más separadas, intentó probar algo diferente y sorprender al soldado, que le estudiaba con la mirada. Sintiendo la tensión en sus rodillas, esperó a estar preparado para echar a correr hacia Declan, cuando apenas le quedaban escasos centímetros para llegar hasta él. Caillen giró su cuerpo agachándose en un intento de pillar desprevenido a su adversario y golpear su cintura derribando al joven, pero no esperaba que Declan detectara sus intenciones y llevara una rodilla al suelo, quedando a la misma altura, haciendo que sus espadas chocaran con tanta fuerza que ambas salieron disparadas y cayeron a escasos metros de ellos. Aprovechando aquel momento, el soldado agarró la muñeca de Caillen y lo derribó, colocó una rodilla sobre el barro y la otra aprisionando el brazo del joven aprendiz, que, tendido en el suelo, sentía la presión de la fuerte mano de Declan oprimiendo su pecho.

—¡Maldita sea! —se quejó el joven cerrando los ojos por la frustración.

Los aplausos de Alec llamaron su atención. Este permanecía atento al duelo junto a Nathan, que, apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados, observaba el entrenamiento.

—Hacía mucho que no veía un espectáculo así —dijo Alec dando un codazo a Nathan en signo de complicidad.

—La próxima vez intenta dar el giro mientras elevas la espada —aconsejó Nathan.

—Ha estado muy bien —añadió Declan ofreciendo su mano para ayudarle a levantarse—. Siendo la primera vez que manejas una espada, puedes estar satisfecho.

Caillen se levantó y sacudió sus pantalones manchados por el barro. Con el rostro disconforme por lo sucedido, cogió su espada del

suelo y sacudió sus brazos, eliminando la tensión que sentía en ellos. Finalmente, alejándose, volvió a recuperar su primera posición y, adelantando su pierna izquierda, exclamó:

—¡Otra vez! Repetimos —dijo mirando al frente, mientras Declan asentía y cogía su arma.

Volvieron a realizar el cruce de espadas, esta vez con varios movimientos seguidos, Caillen consiguió mantenerse en pie, sintiendo con más firmeza y seguridad la forma en que sostenía la empuñadura. Bajo la atenta mirada de Alec y Nathan, no paraba de asestar golpes, uno tras otro, pero ellos no eran los únicos que observaban el combate; Dahlia, desde el interior, contemplaba a través del cristal cada movimiento que realizaban, percatándose de los gestos que el joven druida realizaba con la mano que tenía libre. Estudiando el juego de muñeca que este hacía con la espada, percibió que repetía los mismos movimientos con la otra mano. Entonces golpeó con la mano el cristal, llamando la atención de Alec y Nathan, este último asomó su cabeza por la puerta para escuchar lo que Dahlia quería decirle.

—Necesita algo que pueda manejar con las dos manos, quizá tengas algo que pueda servirle —dijo la joven.

Nathan se quedó pensando y, sabiendo justo a lo que Dahlia se refería, fue hasta su zona de trabajo. Mientras tanto, Caillen y Declan mantenían el combate, jugando con el movimiento de pies, que les permitía bloquear cada ataque, mientras el acero de ambas espadas dibujaba surcos en el aire. Intentando no mostrar su cansancio, por el peso del arma que sostenía en su brazo, el joven aprendiz mantenía su posición sin someterse a la presión que Declan ejercía cada vez que avanzaba en un nuevo asalto.

—Esperad —interrumpió Nathan acercándose a ellos—. Quizá prefieras utilizar esto.

Deteniéndose ante Caillen, le tendió un báculo de madera rubescente finamente tallado, adornado con unas enredaderas metálicas protegiendo la pieza. Nathan, apoyando el báculo en el suelo, agarró la parte de arriba, que poseía una forma peculiar imitando un rosal de espinas. Y, desvelando que se trataba de la guarda de una empuñadura, desenvainó del interior una cimitarra, similar a una espada, con un tamaño inferior; era un arma refinada, fina y ligera. Caillen la sostuvo en su mano, observando el filo brillante y agarrando con fuerza aquella empuñadura en forma de rosal, encontrándose perfectamente cómodo con ella.

—Es preciosa —dijo el joven, observando el arma e introduciéndola de nuevo en el bastón.

—Creo que, siendo un druida, no deberías tener solo una espada —añadió Nathan.

—De momento, soy solo un aprendiz —le corrigió, mientras observaba un hueco que quedaba en el tallado de la empuñadura.

—Eh, Declan, si yo fuera tú, ahora sí vigilaría bien mi espalda — gritó Alec jocoso, apoyándose en la valla de madera.

—Espero que te sea más útil —dijo Nathan—. Dahlia pensó que te vendría bien algo que pudieras manejar con las dos manos —añadió, señalando con la cabeza hacia la ventana de la casa, desde donde Dahlia seguía observando.

—Gracias —respondió Caillen, volviendo a coger su posición y mirando a Declan.

—¿Listo? —preguntó este, a lo que el aprendiz asintió.

Sintiendo el tacto del báculo en sus manos, con fuerza agarró con la mano derecha la parte de arriba; situando su mano izquierda en el medio del arma, con suavidad balanceó este para tantear el movimiento y esperó. Esta vez prefería ser él el que recibiera el ataque. Con la mirada fija en Declan, observó cómo este, agarrando con fuerza la empuñadura de su espada, intuyó el plan de Caillen. Acercándose a él, dio un paso tanteando la dirección que tomar, decidiéndose finalmente por atacar hacia su lado izquierdo, pero el bastón bloqueó la espada, con una fuerza y sequedad que extrañó a Declan, pues tuvo la sensación de perder fuerza en su mano al notar la vibración en el choque de ambas armas. El soldado volvió a agarrar la empuñadura con firmeza y giró su cuerpo para atacar esta vez por el lado derecho, pero Caillen repitiendo la acción volvió a bloquearle y con rapidez golpeó la espalda de Declan con el báculo, haciendo que este cayera de rodillas. El aprendiz, desenvainando la cimitarra, colocó el filo del arma en el cuello del soldado.

—¡Vaya! —exclamó Declan respirando agitadamente por el esfuerzo—. Eso ha estado muy bien.

Esta vez fue Caillen quien tendió la mano para ayudarle a levantarse, utilizando aquel gesto como finalización del combate. Mirando con detenimiento a su oponente, sintió la satisfacción al haberse enfrentado de aquella manera que le había sorprendido a él

mismo.

—Creo que puedes ser mejor en la batalla de lo que crees —elogió Declan.

Los aplausos volvieron a llamar su atención, ambos mostraron una leve sonrisa ante las ovaciones de Alec y Nathan por el espectáculo. Regresando al interior de la casa, Declan se frotó la nuca observando el báculo que Caillen portaba entre sus manos, pensando en el dominio que el joven aprendiz podría llegar a poseer.

19

Lentamente pasaba el cepillo por cada mechón ondulado de su larga melena rubia, sentada frente al espejo en aquel tocador de madera, adornado con pequeñas rosas talladas bañadas en oro. Freya observaba a través del reflejo cómo su marido, con la mirada cansada, se quitaba la casaca verde de terciopelo y, quedándose únicamente con una fina camisa de lino, tomaba asiento al borde de la cama. La estancia había permanecido en silencio durante todo ese instante, como si el tiempo se hubiese detenido, viendo cómo Freya analizaba cada gesto que hacía el rey, comprobando que aquella noche Gared no articularía palabra alguna.

Con cuidado, dejó el cepillo sobre la superficie y, girando su cuerpo en el asiento, ladeó la melena, que caía con gracia sobre su fina bata *beige*. Con los hombros caídos y las manos sobre su regazo, la mirada del rey permanecía en un cuadro situado frente a él. El retrato de la reina Effie y Gared el día de su boda colgaba de la pared. Freya levantó la mirada dirigiéndola al cuadro, cuando, de repente, un escalofrío recorrió cada parte del cuerpo de la mujer, desde las puntas de sus dedos hasta el último cabello de su hermosa melena, sintiendo como si aquella simple pieza de pintura al temple la observara. Apartó sus ojos con rapidez, prefiriendo mirar su propio retrato de bodas, colgado a escasos metros del anterior, separado por un estrecho tapiz con un bosque y caballos bordados en tonos ocres.

—Querido, ¿te encuentras bien? —preguntó—. Te noto preocupado.

Durante todo el día, el rey había ido de un lado a otro sin informarle de nada, y eso le causaba frustración. Acostumbrada a controlar todo aquello que pasaba a su alrededor, Freya sentía que algo se le escapaba. Al ver que Gared no respondía, se levantó con encanto y delicadeza, se quitó la bata, dejándola en el respaldo de la silla, y se acercó hasta la cama. Recogiendo el bajo de su camisón, que le cubría hasta los tobillos, posó sus rodillas y subió al colchón de plumas. Situándose tras su marido, comenzó a masajear sus hombros.

—Necesitas relajarte —dijo mientras con las yemas de los dedos destensaba los músculos—. Creo que la situación con Belenus te está superando.

—He intentado ignorarlo, pero quizá debería hablar con él —murmuró finalmente Gared.

—¿Crees que eso es lo mejor? Mis hombres me han informado que sigue enfrascado en sus ritos. Debiste pedirle que abandonara el castillo.

—Es la única persona que podría decirme dónde están mi hija y mi sobrino —confesó—. No es tan fácil.

—¿Tu sobrino? —preguntó Freya sorprendida, mostrando desconcierto en su rostro.

Gared giró la cabeza y contempló la verde mirada de su mujer, se puso en pie y cubrió su rostro con las manos pasándolas por su cabello. Mirando al techo, suspiró; mientras Freya, que permanecía sobre la cama, miraba expectante. Desde el fallecimiento de su hermano y su mujer, no había vuelto a mencionar la identidad de Caillen con nadie. Tal y como le habían pedido.

—Mi hermano Rowan tuvo un hijo —comenzó.

Con detalle le contó la historia, cómo Caillen había perdido a su madre, y cómo Rowan lo único que quería era que su hijo estuviera protegido. Por ello el secreto había permanecido oculto entre los muros del castillo, donde solo las personas necesarias sabían que Caillen no era solo un simple aprendiz. Fue entonces cuando enlazó aquello con la historia que Belenus había escrito, las palabras que habían provocado la preocupación que ahora sentía. Ya que nunca llegó a creer que su hija algún día tuviera que enfrentarse contra alguien al que consideraban muerto.

—Me cuesta asimilar toda la información, pero ¿no es extraño? Si lo que dice Belenus fuese cierto, ¿por qué ha esperado tanto tiempo? Si Kodran quería venganza, ¿por qué esperar?

Freya se había ido acercando poco a poco a Gared, que se había mantenido de pie durante toda la historia.

—Por eso pensé que lo que narraba en el libro eran simples conjeturas. Pero ahora no sé dónde está mi hija, ni siquiera sé si corre peligro. Y el ataque de Cryturean a nuestras tierras cada vez está más cerca.

Freya se acercó hasta él y, acariciando sus brazos, subió sus manos hasta rodearle el cuello con un brazo, mientras con la mano jugueteaba con uno de los cordones deshechos que colgaban del cuello de la camisa.

—Lo mejor será que descanses. Quizá una infusión te siente bien.

Posó sus labios sobre los de su marido, con un beso corto y delicado, pero cuando se retiró comprobó que el semblante serio de él no había cambiado; separándose, ladeó su cabeza esperando que dijera algo.

—Lo siento, debo hablar con Belenus —dijo finalmente.

Cruzándose de brazos, observó cómo Gared le dio la espalda y abandonó la habitación. Frunciendo el ceño, el rostro de Freya se tornó preocupado, y agarrando la bata que había dejado en el respaldo de la silla, también abandonó el dormitorio.

∞

Los restos de la cena descansaban sobre la mesa. Sentada en una silla, Dahlia limpiaba con cera y con ayuda de un trapo gris la punta de sus flechas, absorta en sus pensamientos, repasándolas una y otra vez, con cuidado, como si estuviera limpiando una pieza frágil de cristal. Alec había tomado asiento al otro lado del salón, con la ballesta entre sus manos, trasteaba disimuladamente mientras observaba a la joven. Con sus ojos oscuros contempló con detalle los mechones pelirrojos que se cruzaban entre sí en la larga trenza que caía sobre el hombro de Dahlia, la finura de su rostro y las largas pestañas que ocultaban su mirada. Entonces un recuerdo llegó hasta su mente y aquella voz le transportó a otro lugar.

—¿Podré confiar en ti? —preguntó.

—Sí —respondió Alec firmemente.

—Ella es tu salvoconducto —añadió la voz.

—Lo sé —respondió el joven.

—Alec, ¿me oyes?

La voz de Nathan le sacó de sus pensamientos y volviendo en sí le miró.

—¿Qué habías dicho? —preguntó desconcertado dejando la ballesta sobre la mesa.

—¿Que si con estas saetas tendrás suficiente? —volvió a preguntar depositando varias envueltas en un trapo junto al arma.

—Sí, tranquilo. Cuando las use, espero poder recuperarlas —respondió con una sonrisa.

—Está bien, recogeré la mesa —dijo Nathan cogiendo varios platos.

—Espera, te ayudo —se ofreció Caillen, que salía del dormitorio portando un plato y una taza.

—¿Cómo está Eliana? —preguntó Dahlia—. ¿Crees que podríamos hablar los tres un momento?

—Yo ayudaré a recoger —dijo Declan, quien había salido tras él.

Caillen le tendió los platos, y junto con Dahlia entraron en la habitación. Esta entornó la puerta.

—Creo que debemos hablar —manifestó mirándolos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eliana colocando su postura para situarse más erguida.

Desde la conversación con Nathan, la joven había permanecido callada y ajena a las actividades que el resto habían estado realizando. Caillen le había mostrado su nueva adquisición, enseñándole el báculo, a lo que su prima había respondido con una sonrisa y palabras bonitas. Pero, en realidad, su mente estaba en otro lado.

—Estamos a mitad de camino, en medio día podría entrar en las tierras de Cryturean; si parto al alba, en dos días llegaría a Callander.

—¿Y nosotros? —preguntó Eliana sin entender—. Viniste a buscarnos, se supone que debemos viajar contigo.

Dahlia miró a Caillen, y este retiró la mirada.

—Sé lo que dijo vuestro druida —respondió Dahlia—, pero creo que las cosas han cambiado.

—Está bien, viajaremos contigo —dijo firmemente—. He guardado reposo varios días y creo que puedo mantenerme en pie, podré cabalgar.

Sin poder evitarlo, Eliana retiró las mantas que cubrían sus piernas y se sentó en el borde del colchón; agarrando este con ambas manos, se impulsó poniéndose en pie. Pero sintió cómo la pierna le fallaba, el temblor a causa del peso que estaba cargando sobre ella

hizo que cayera. La joven apoyó sus manos sobre el muro de piedra y mantuvo el equilibro apoyando solo su pierna sana.

—No digas tonterías —dijo Caillen, acercándose y ayudándola a sentarse—. Aun cabalgando, te molestaría la pierna.

—¿Y ahora qué? Kodran no esperará, ¿lucharéis sin mí? No lo comprendo.

—Quizá Kodran no sea nuestra única amenaza —respondió Caillen.

Había intentado evitar esta conversación con Eliana, pero Dahlia había tomado una decisión y, consciente de que el tiempo iba en su contra y solo habían encontrado impedimento, no tuvo otra opción.

—No nos buscaban para volver al castillo —confesó Caillen—. Los soldados de Freya tenían orden de capturarte y acabar contigo.

Los ojos de la joven se agrandaron ante las palabras de su primo, que continuó:

—Alec escuchó lo que decían, y por eso quiso ayudar.

—¿Freya quiere matarme? —preguntó desconcertada. La mujer de su padre no era de su agrado y tampoco confiaba en ella, pero jamás se imaginó algo así—. Entonces, si eso es cierto, mi padre corre peligro.

Notaba cómo se formaba un nudo en su estómago, los nervios y la preocupación se estaban apoderando de ella con una sensación nauseabunda.

—¿Qué hemos hecho?

—Eli, quizá haya sido lo mejor, puede que Belenus solo intentase salvarte alejándote del castillo. Quién sabe si Freya te hubiera matado de haber seguido allí —dijo Caillen sentado junto a su prima.

Este le agarró la mano para intentar tranquilizarla.

—Por eso debo ir sola a Callander. En cuanto llegue, mandaré un alcedino para informaros de la situación —añadió Dahlia.

Eliana asintió absorta, preocupada por la seguridad de su padre y el giro de los acontecimientos. Dejando a un lado los pensamientos que durante el último día habían rondado su cabeza, tomó el control.

Consciente de que debían avanzar, recordó las palabras de Belenus: «Sabréis qué hacer en cada momento».

—Puede que sea el momento de trazar otro plan —opinó.

∞

Las llamas consumían lentamente la leña del hogar, el calor y la luz producidos por el fuego llegaban hasta el rostro de Gared. Apesadumbrado con el brazo apoyado en la repisa de la chimenea, contemplaba la danza de la lumbre mientras pequeñas chispas ardientes brincaban de un lado a otro entre la estructura de piedra.

—¿Me habéis llamado?

La voz de Belenus a su espalda hizo que el rey se girara. Con un gesto de cabeza ordenó a los soldados que habían escoltado al druida que abandonaran la sala, y así hicieron, dejando a los dos hombres solos. Gared se acercó y tomó asiento en su trono; mientras el anciano, con las manos situadas a la espalda, esperaba su respuesta. Se examinaron en silencio bajo la penumbra, solo eran visibles sus siluetas, alumbradas por el fuego, ajenos a lo que las columnas escondían en el gran salón.

—Estoy harto de estos juegos. Belenus, necesito saber dónde está mi hija —dijo el hombre—. No puedo mandar a mi guardia en su busca si los necesito protegiendo la ciudad ante el ataque de Cryturean.

—Os negáis a aceptar la verdad. En su momento, os confesé lo que el destino les deparaba. Quizá en vez de preocuparos en buscar a la princesa, deberíais pensar en ayudarla.

—¿Cómo quieres que crea esa historia? Belenus, vi cómo destruíamos a Kodran, fui testigo de su derrota. Presencié cómo un hombre acabado era atado a las rocas, cómo las olas rompían contra su cuerpo sabiendo que aquel era su final —dijo Gared con rostro severo.

—Y también me acogiste cuando abandoné Undrell tras la batalla —afirmó el druida—. Pero ahora las cosas han cambiado.

—Hace veintiún años llegué ante las puertas de su hogar, le ofrecí mi lealtad, y prometí guiaros a vos y a su familia —dijo el anciano acercándose al rey—. Comuniqué el motivo de mi huida de Undrell al contemplar el plan de Silje, majestad, vi con mis propios ojos a Kodran.

Gared observaba a Belenus recordando el día de su llegada. La tormenta de aquella noche, el fuerte viento golpeando las puertas y ventanas del castillo, y cómo el druida, encapuchado y agotado por el largo viaje, pedía audiencia urgente con el rey y su hermano.

—Si os di el libro es porque las runas hablaron. Kodran ya luchó y perdió, ahora solo quedáis vivos Darian y vos. Quiere volver a intentarlo y sabe que la manera de venceros no es acabar con vosotros ni con los reinos, sino matar a vuestros hijos, pues es lo más preciado que tenéis.

—Entonces, has mandado a mi hija a la muerte —acusó el rey levantándose.

—No, están destinados a vencer —respondió el druida—. O eso creía…

—¿De qué estás hablando?

—Cada año he preguntado a las runas, esperando que me indicaran el momento. El día de vuestra boda fue la primera señal después de mucho tiempo. Pero ahora las runas han cambiado y han hablado de nuevo. Hay secretos, engaños, separación y dolor. Si dejé que la princesa y Caillen abandonaran Glenn no fue solo por que debían ir a Cryturean, también tenían que alejarse del peligro que hay entre los muros.

—¿Peligro? —Jocoso, el rey se acercó a Belenus—. Si mantuve esta historia oculta fue para que Eliana y Caillen permanecieran protegidos dentro de la fortaleza. Toda la guardia velaba por su seguridad. Y ahora sabe Dios dónde están. Si mi hermano o mi mujer estuvieran aquí…

—Si la difunta reina Effie estuviera aquí, habría preparado a la princesa para este día. No le hubiera ocultado su legado —interrumpió el anciano en tono recriminatorio.

—¡No te permito que hables sobre Effie! Era mi elección mantener a Eliana al margen de esto —vociferó el rey.

Su rostro permanecía muy cerca del de Belenus, la ira que transmitía con su mirada penetraba con intensidad en los ojos del druida, que, sin arrepentimiento en sus palabras, permanecía con actitud impasible. La respiración fuerte de Gared podía escucharse en el amplio salón, mientras Belenus podía percibir la esencia que emanaba del aliento del rey.

—Las runas han hablado —dijo el druida sosegado.

—Luché una vez contra Kodran. Si lo que quiere es venganza, que venga a por mí. Pero ni mi hija ni mi sobrino estarán involucrados en esto. Díselo a tus runas.

Gared retó por última vez a Belenus con la mirada antes de dejarle solo en el centro de la sala, inmóvil, escuchando sus fuertes pisadas alejarse en la distancia. El druida suspiró preocupado, ante la actitud enfurecida del rey, la negación ante lo que ocurría cada vez era más visible.

—Mi deber es salvarlos —murmuró el anciano, abandonando la sala y digiriéndose a su estudio.

∞

—Solo necesito apoyarme —dijo Eliana sujetándose al brazo de Caillen mientras salían del dormitorio.

Ayudó a su prima hasta llegar al salón, donde tomó asiento en una silla, facilitándole la comodidad para poder reunirse con el resto; mientras, Dahlia había abandonado la cabaña en busca de Declan, Alec y Nathan, quienes permanecían en el exterior revisando las armas que el herrero tenía en su taller. Tras la conversación que habían mantenido en la habitación, debían idear la forma de enfrentar los recientes inconvenientes. En escasos minutos, todos se reunieron en la sala, Nathan cerró la puerta y se apoyó en la pared. El joven, con el rostro manchado a causa del trabajo, limpió sus manos con un trapo y miró a Eliana, que, a pesar del dolor insistente de la pierna, mantenía su postura rígida y un semblante serio.

—Nuestro plan era reunir voluntarios en la lucha contra Kodran —comenzó—. Al parecer, no será posible, sé que os habéis visto involucrados en esto y no puedo exigiros que nos ayudéis. —Esta vez la joven se dirigió a Alec y Nathan—. Pero estamos solos, no tenemos

mucho tiempo y no sé a quién más recurrir.

—¿No os habéis preguntado por qué Kodran quiere luchar contra vosotros? —preguntó Nathan—. ¿Por qué no vengarse de los que intentaron destruirle?

—No lo sabemos —respondió Eliana—. Esta es toda la información que tenemos.

La joven colocó el libro que sujetaba entre sus manos en el centro de la mesa, Alec lo cogió y comenzó a hojearlo. Entretanto, Dahlia les relataba el mensaje que dio la alerta en Callander, aquel que inició su viaje, explicándoles las indicaciones de su padre, a lo que Nathan y Alec escuchaban atentos.

—¿Y si están jugando con vosotros? —volvió a preguntar Nathan —. Habéis abandonado las tierras de Glenn, pero ¿con qué propósito? Ni siquiera conocéis cómo es la situación en Cryturean.

—Por ello partiré al alba —respondió Dahlia—. Debo ayudar a mi clan.

—Nuestro druida nos dijo que debíamos viajar a Callander para luchar —añadió Eliana—, pero las cosas han cambiado. Sabiendo que Freya quiere mi muerte, no puedo permitirme abandonar Glenn, debo volver y avisar a mi padre.

—No tienes por qué ser tú —comentó Caillen, que había permanecido en silencio durante toda la conversación—. Aún no estás en condiciones de viajar. Además, aquí estás a salvo.

Eliana miró a su primo, conociendo las intenciones del joven y lo que estaba a punto de proponer, idea con la que no empatizaba demasiado.

—Debo hacerlo yo, ¿qué clase de reina seré si no enfrento mis propios problemas?

—No serás ninguna reina si los soldados de Freya te atrapan —interrumpió Declan—. Caillen tiene razón, aquí estás segura.

Eliana le miró, después miró a su primo y finalmente asintió. A pesar de no estar de acuerdo con el rumbo que estaban tomando, no tenía otra opción. Debía delegar en ellos.

—Sé entrar en el castillo sin ser visto —dijo Caillen.

—Está bien —respondió la princesa.

—Entonces, ¿cuál es vuestro plan? —preguntó Nathan.

—Mañana Dahlia partirá a Callander y yo hacia Glenn —respondió Caillen.

—Te acompañaré —dijo Alec mirando a Dahlia—. Podrías necesitar mi ayuda.

—Ya he viajado sola antes, no necesito compañía —añadió esta.

—Dahlia —dijo Eliana—, te vendrá bien.

La joven elfa no respondió y, cruzándose de brazos, se recostó en la silla.

—Yo iré con Caillen —añadió Declan—. Tampoco deberías viajar solo.

—Perfecto —respondió Eliana—. Nathan y yo permaneceremos aquí a la espera de noticias. Ahora será mejor que descansemos.

La princesa se levantó apoyando su peso sobre la mesa, Caillen la agarró del brazo para ayudarla.

—Podrían ser muchos días —dijo el joven en voz baja.

—Estaré bien, no quiero torturarme más. Si no hubiera sido por mi accidente, ya estaríamos cerca de Callander. Debo aceptar que aún necesito reposo —respondió ella.

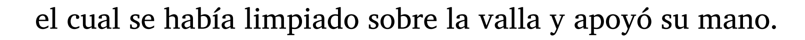
Volvió a acompañarla hasta la habitación. Mientras, en el salón, Dahlia organizaba sus pertenencias, bajo la mirada de Alec, quien guardaba en su carcaj las saetas.

—Nos detendremos solo lo necesario —dijo Dahlia, consciente de que el joven cazador la observaba disimuladamente.

—Viajo bajo tus órdenes —respondió este.

—Nathan, me gustaría hablar contigo —pidió Declan indicándole que saliera.

El joven, que había permanecido junto a la puerta, salió tras el soldado, con la luz del farol que colgaba en el porche iluminando sus rostros. Declan cerró la puerta tras ellos. Nathan depositó el trapo con


el cual se había limpiado sobre la valla y apoyó su mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó al soldado.

—Quizá todo te haya sorprendido, siento que hemos trastornado tu rutina e invadido tu hogar.

—No voy a negarte que estoy acostumbrado a estar solo, pero os ayudaré en todo lo que sea necesario, tal y como hizo mi familia.

—He jurado proteger a la princesa y es mi deber —respondió este—. ¿Puedo estar tranquilo dejándote esta responsabilidad?

—¿Tienes otra opción? —preguntó Nathan.

—Caillen no puede viajar solo y sé que puedo confiar en ti.

Nathan asintió, mientras Declan dio una palmada en su hombro en señal de agradecimiento, dejándole solo. El joven herrero desvió la mirada hacia el cristal de la ventana, desde el cual podía ver el interior. Apoyándose contra la valla, contempló la puerta abierta del dormitorio, vislumbraba parte de la figura de Eliana sentada sobre la cama hablando con Caillen.

—Espero que hagas entrar en razón a mi padre —dijo la princesa mientras retiraba las mantas para volver a tumbarse.

—Lo intentaré. Si consigo llegar hasta él y abrirle los ojos, viajaremos hacia Callander para luchar —respondió Caillen—. Tú intenta descansar estos días. Dejaré remedios para el dolor e instrucciones a Nathan.

Eliana suspiró invadida por la impotencia, no solo de su inmovilidad que le impedía estar donde debía, sino también el desconocimiento y frustración de tener que permanecer prostrada en aquella cama, la cual le estaba resultando una cárcel. Pensar en los días que debería mantenerse entre esas cuatro paredes, junto a Nathan, le causaba más enojo, pues a pesar de ser un desconocido sentía que él conocía más de su pasado que ella misma, y sabía que la pesadumbre que padecía en su interior ante el engaño que había vivido atormentaría su estancia mientras esperaba.

—Siento dejarte aquí —dijo Caillen.

—Estaré bien, de verdad. Tú procura llegar hasta mi padre.

—En cuanto pueda, volveré o te enviaré noticias —continuó el joven—. Aclararé esta situación.

Por primera vez, Eliana notó cómo le temblaba la voz, podía ver que su primo estaba intranquilo con su partida.

—Caillen —interrumpió Eliana—, todo saldrá bien, y espero que cuando despierte mañana ya no estéis aquí. No podemos perder más tiempo.

21

Se ajustó la capa al cuello, cobijándose del frío de la mañana. Aún no había salido el sol, pero en el horizonte, tras aquella arboleda en la distancia, podían apreciarse finos trazos dibujados en el cielo que darían paso a su luz. Dahlia agarraba las riendas de Alsvid esperando a Alec, que seguía cargando sus pertenencias a lomos de su caballo. Ninguno había conseguido descansar lo suficiente, a pesar de que les esperaba un largo viaje, y aburridos de dar vueltas en sus respectivos lechos, decidieron levantarse y partir. Declan y Caillen habían seguido sus pasos y ya tenían todo preparado para iniciar su marcha. El joven aprendiz se acercó a la puerta del dormitorio y con cuidado la entreabrió comprobando que su prima aún dormía. Sin querer molestar, volvió a cerrarla y, agarrando el báculo que Nathan le había regalado, salió, donde el resto esperaban.

—¿Lleváis todo lo necesario? —preguntó Nathan desde la puerta.

—Sí —respondió Declan—. Recordad, quien llegue antes debe enviar noticias.

Todos asintieron y, con el intercambio de miradas, se despidieron los unos de los otros. Pero antes de acercarse a Seire, Caillen se detuvo y girándose miró a Nathan, que permanecía de brazos cruzados.

—Por favor, cuida de Eliana —dijo el aprendiz reflexivo—. Puede ser difícil, pero sé paciente.

Nathan asintió como respuesta, y Caillen, sintiendo cómo mitigaba levemente su preocupación, agarró las riendas de su yegua y, colocando el pie en el estribo, subió a ella.

Dahlia y Alec montaron a lomos de sus caballos, y los espolearon dando la señal de echar al galope. Dirigiéndose hacia el oeste, la elfa y el cazador cabalgaron con ligereza cubiertos bajo sus capas. Con brillo en sus ojos, Dahlia contemplaba el horizonte, sabiendo que tras la barrera de encinas se extendían las tierras de su hogar y solo las horas del día los separaban de Cryturean. La emoción y deseo de volver junto a su familia invadía el interior de la joven, a pesar de preguntarse cuál sería la situación en la que se encontraría su clan, anhelaba sus raíces y no podía obviar el pequeño nudo formado en su estómago causado por el temor de haberlo perdido todo.

El frío se iba desvaneciendo con el paso del tiempo, sustituido por los cálidos rayos de sol que manchaban de matices amarillos la hierba

verde. Con Alec cabalgando a su lado, ambos montaban sus caballos en silencio, solo era perceptible la brisa y el silbido del viento que azotaba sus rostros. Desde que se habían despertado, apenas habían conversado; incómoda por la situación de tener que ser acompañada, Dahlia se había limitado a decir lo justo y necesario para preparar su partida. Por su parte, el cazador, consciente de los pensamientos de la joven, no insistió demasiado y sin molestarla había acomodado las alforjas ciñéndose a obedecer.

—Tras esos árboles se encuentra Cryturean.

—Aún nos quedan varias leguas por recorrer —dijo Alec observando la lejanía de la arboleda.

—Cabalgaremos hasta la frontera, después pararemos allí —respondió Dahlia.

—Son bastantes horas de viaje —afirmó Alec mirándola—. ¿Estás segura?

Dahlia asintió y azuzó a Alsvid, que, obedeciendo a su dueña, aumentó la velocidad. Apurando al máximo el ritmo de su fiel corcel, sabía que podía recorrer la distancia que tenía marcada sin problema. Alec imitó el gesto de la joven manteniéndose a su altura, para cabalgar en paralelo. Sabiendo que en alguna parte del trayecto deberían reducir el ritmo, aprovecharían la llanura del terreno a su favor.

∞

Los golpes del exterior hicieron que abriera los ojos. Desconcertada, Eliana se desperezó mientras contemplaba por la ventana del dormitorio cómo el sol se alzaba en el cielo. Aliviada por ahorrarse las despedidas, retiró las mantas que cubrían su cuerpo y se incorporó. Cogiendo la jarra metálica que reposaba en la mesilla, bebió un sorbo de agua. Con cuidado, volvió a depositarla y, apoyando su mano en la cama, se impulsó para ponerse de pie. A pesar de saber que debía permanecer en reposo, se negaba a pasar horas muertas sobre aquel colchón, por lo que con delicadeza y vigilando cada paso que daba caminó cargando el peso sobre su pierna sana hasta la ventana.

Los golpes que le habían despertado no cesaban, con intriga pegó su rostro al cristal y con sus dedos se agarró a los travesaños de madera para conseguir estabilidad. Desde el interior podía observar a Nathan. El joven herrero se encontraba de espaldas a la fachada. Con

un delantal de cuero marrón cubriendo su torso y cintura, martilleaba con fuerza el acero. Sin ver con exactitud aquello en lo que trabajaba, Eliana podía apreciar las chispas que se desprendían tras cada golpe. Intentando llegar al salón, recorrió con cuidado la distancia que había entre la ventana y la puerta, apoyándose en la pared. Ahora que Caillen no estaba tras ella controlando cada movimiento, la joven pretendía adelantar la movilidad de su pierna. Se paró al llegar al cerco para descansar y tras unos segundos retomó su marcha hasta la silla que había localizado como objetivo. Al tomar asiento, Nathan abrió la puerta de la cabaña. Con el rostro y el delantal manchados, el joven se sorprendió al encontrarla allí sentada.

—Debería descansar —dijo deshaciendo el nudo del mandil que lo mantenía sujeto a su cintura—. No creo que Caillen aprobara que anduviera de un lado a otro.

—No ha sido una larga distancia, debo ejercitar la pierna si quiero recuperarme pronto —argumentó Eliana—. ¿Se fueron hace mucho?

—Sí, no querían molestarla, tal y como hablamos se fueron al alba —respondió Nathan—. Declan se llevó su caballo para el viaje.

Eliana asintió al saber que Grane viajaría con el soldado, pues conociendo la naturaleza del caballo estaría mejor con él que encerrado en el establo de la cabaña.

—Enseguida prepararé el almuerzo, debe de estar hambrienta. Y Caillen dejó una pomada para la cicatrización que debe aplicarla antes de dormir.

Con las manos cruzadas sobre la mesa, Eliana observaba incómoda los movimientos de Nathan mientras este preparaba el fuego para cocinar. Mientras él iba de un lado a otro, obviando la presencia de la joven. En silencio, abrió el armario del salón sacando de él un paquete envuelto por un trapo con un cordel anudado a su alrededor; depositándolo ante la princesa, deshizo el nudo y desenvolvió el envoltorio, mostrando el pan que guardaba en su interior. Después volvió al armario, de la parte inferior sacó un par de platos y un cuchillo, y situándolos junto al pan comenzó a cortar varias rebanadas que fue colocando sobre ellos.

—Prepararé la carne.

Eliana asintió contemplándole. Acercándose al fuego, agarró el atizador y avivó las llamas, después situó una cazuela colgándola del

gancho que tenía amarrado a la chimenea. Abriendo una caja de madera, extrajo varios trozos de carne que habían permanecido inmersos en agua y sal, con el fin de conservar las piezas y evitar que se pudrieran en varios días. El leve humo que emanaba de la cacerola desprendía el aroma del asado. Con ayuda de una cuchara de palo removió el contenido, mientras contemplaba cómo la carne soltaba el jugo producido por su sazón.

—Enseguida le serviré vino, alteza —comentó dejando la cuchara a un lado.

—Por favor, tutéame —dijo, sintiéndose cada vez más incómoda —. Sé que es un incordio tenerme a tu cargo, y por ello espero ayudarte. Puedes llamarme Eliana.

Nathan sirvió, con ayuda de una jarra, vino en un vaso que había situado frente a ella, y tras mirarla mostró una cordial sonrisa, a lo que Eliana respondió con el mismo gesto. Podía figurarse lo que pensaba, sin pretenderlo ella había perturbado su tranquilidad, irrumpiendo en su hogar y, sabiendo el inconveniente que aquello suponía, procuraría incomodar lo menos posible.

—Supongo que tendrás mucho trabajo —dijo Eliana iniciando una conversación, mientras Nathan servía la carne que había cocinado en los platos.

—Declan me pidió un encargo, se necesitan armas para una batalla —respondió, colocando la comida en la mesa y tomando asiento.

—Gracias —agradeció la joven al coger el plato. En silencio, se llevó un trozo de carne a la boca, saboreando el jugoso bocado—. Está exquisito.

—No es de mis mejores platos —confesó Nathan bebiendo un sorbo de vino—. Supongo que estarás acostumbrada a disfrutar de mejor comida.

Eliana sonrió tímidamente, siguió disfrutando del plato en silencio. Irritada, al ver que Nathan se encontraba inmerso, con la mirada fija en el almuerzo. La joven aclaró su garganta con la bebida de su copa.

—Siento si he sido algo arisca durante estos días contigo —se disculpó—. Nos has ayudado con tu hospitalidad, y saber que tú conocías más sobre mi madre que yo me molestó. Lo siento de verdad.

—No te preocupes, llevo mucho tiempo solo y vuestra compañía me ha venido bien.

—¿Qué fue de tu familia? —preguntó Eliana intrigada.

—Solo quedo yo —respondió—. Vivía con mis padres y mis dos hermanos. Cuando mi padre volvió de la batalla contra Kodran, enseñó a mi hermano Hans el negocio de la herrería. Como yo aún era muy pequeño, me encargaba del cuidado de las tierras con mi madre y mi hermana mayor, Idrell. Creo que son los recuerdos más felices que tengo.

Eliana le contemplaba mientras narraba su historia, imaginando cómo era Nathan de niño y lo diferente que debió de haber sido la cabaña cuando su familia vivía allí.

—Después mi hermano se fue a Glenn, su intención era montar en la ciudad una herrería. Como dije, mi familia se encargaba de hacer armas especiales, Hans vio allí un negocio y se llevó a mi hermana para ayudarle. Yo me quedé aquí aprendiendo el oficio hasta que mis padres fallecieron. Cuando intenté ponerme en contacto con mis hermanos, llegó una misiva y supe que también habían muerto a causa de unas fiebres.

La joven seguía escuchando, intentando disimular la tristeza que sentía al oír la historia, pero a pesar de la vida que Nathan había tenido, el joven no parecía afligido por su pérdida, sentía que no le había quedado más remedio que afrontarlo.

—¿Y por qué no te fuiste? Podrías haber continuado con la herrería de tu hermano, en Glenn tendrías más clientes, estarías más cerca de la civilización, formarías una familia.

—No, eso no es para mí. Mi padre quería que siguiera aquí, tengo clientes en todas partes, y solo en este lugar puedo fabricar las armas tal y como empezó mi padre. Es difícil abandonar tu hogar.

—Debe de ser complicado permanecer solo tanto tiempo —añadió Eliana—. Aunque no lo creas, en ocasiones, yo me he sentido así. Si no fuera por la compañía de Caillen, vivir en un castillo rodeada de cientos de personas no te asegura estar siempre acompañada.

—Yo me he acostumbrado —respondió Nathan. El joven se levantó y retiró el plato—. Centrándome en mi trabajo, el tiempo es más llevadero.

—¿Y cómo te localizan tus clientes? Desde que estoy aquí, no he visto a ninguno —preguntó Eliana.

—Cuando necesitan de mis servicios, vienen aquí o soy yo el que se desplaza a los lugares, aunque últimamente todo está muy tranquilo. Antes Idrell viajaba con mi padre por los pueblos mostrando las diferentes armas, en busca de clientes, mi hermana era capaz de vender cualquier cosa que cayera en sus manos.

Nathan sonrió al recordar a su hermana.

—¿Las valquirias suelen venir?

Eliana desvió la mirada al realizar la pregunta con timidez.

—No, suelo ser yo quien les lleva las espadas, rara vez abandonan las montañas —respondió.

—¿Cómo es su hogar? —volvió a preguntar la joven.

—Solo conozco la entrada, no permiten cruzar la frontera.

—Quizá algún día pueda acompañarte, aunque no pueda entrar —dijo anhelando conocer más sobre el antiguo hogar de su madre.

Nathan contempló el rostro de la joven y observó su amarga sonrisa. Eliana suspiró, la idea de poder viajar se perdía en la lejanía, cuando la realidad invadía su mente. Consciente de que la amenaza de Kodran era su prioridad, prefería no pensar que aquel viaje quizá nunca podría llegar a realizarse.

Aproximándose al valle Unae, Caillen y Declan se dirigían hacia el norte, atravesando las tierras de Daonean. Cabalgaban a través de la densa explanada de hierba dorada, el polvo del camino se elevaba bajo los cascos de Seire y Grane. Puesto que no querían adentrarse en el bosque Trebell, debido a la mala experiencia con el lobo, Nathan les había dado indicaciones para seguir otra ruta, un rumbo más seguro y rápido hasta Glenn. Aminorando el paso para no agotar a los caballos, Declan adecuó el ritmo de Grane al de Seire, situándose junto a Caillen.

—No has dicho nada en todo el trayecto —dijo Declan rompiendo el silencio.

—Siento no ser el mejor compañero de viaje —añadió con una tímida sonrisa—. Creo que necesitaba pensar.

Caillen acarició la crin de su yegua con sensibilidad, sintiendo la suavidad del pelaje canela de Seire.

—No suelo montar mucho a caballo, pero cuando estoy con Seire me transmite tranquilidad —añadió—. No puedo decir lo mismo de él.

El joven señaló con la cabeza al corcel negro. Declan palmeó a Grane, que relinchó como respuesta.

—Es un buen caballo —añadió el joven—. Lástima que no salga lo suficiente.

—Si fuera por Eliana, Grane hubiera recorrido cada parte de Daonean —respondió jocoso.

Declan rio ante el comentario mirando a Caillen, aunque su sonrisa se borró al ver el rostro del joven, que mostraba una sonrisa amarga mirando al horizonte. El soldado pensó en cómo había sido la vida de ambos tras los muros del castillo, pues sabía que el poder no te aseguraba tener libertad.

Desde que había llegado a la ciudad de Glenn, Declan apenas se había relacionado con sus habitantes, las únicas indicaciones que había tenido provenían directamente de Freya. Al comunicarle que estaría al cargo de la protección de la princesa, el soldado se limitó a asentir y escuchar cada directriz. Ahora que viajaba junto a Caillen, se percataba de que apenas había conversado con él hasta que se vieron

involucrados en esta extraña misión, por lo que el soldado, en un intento de acercamiento, preguntó:

—¿Por qué tanta restricción?

Caillen pensó la respuesta, a pesar de que sabía cuál era.

—Diría que por protección —respondió finalmente encogiendo los hombros en señal de conformidad.

Durante su infancia, junto a Eliana, había encontrado el entretenimiento tras los altos muros. Él, al contrario que la princesa, podía acercarse al pueblo para realizar los recados que Belenus le mandaba y, aunque en varias ocasiones tuvo la tentación de cruzar aquella gran puerta de madera que daba al exterior o atravesar el bosque de abetos tras la laguna, nunca lo hizo; pero Eliana no corrió la misma suerte, la joven permanecía estrictamente protegida desde que nació, aunque siempre le gustó escabullirse entre los recovecos del castillo.

Declan asintió y volvió a reinar el silencio al comprobar que Caillen no pretendía dar más información. Contemplando la visibilidad de las verdes montañas que rodeaban el valle, el soldado continuó cabalgando dejando que el sonido de las aves que cruzaban los cielos y el murmullo de las hojas bailando al son del viento los acompañasen.

∞

Dahlia observaba el vaivén de las hojas causado por la brisa del crespúsculo. Los colores rojizos se filtraban entre las copas de los árboles; mientras Alec, sentado sobre la hierba con la espalda apoyada contra el tronco de una encina, jugueteaba con la broza que había a su alrededor. La joven elfa se acercó a Alsvid, que permanecía pastando no muy lejos de donde se hallaban; con suavidad, acarició el lomo del caballo.

—¿Cómo estás, amigo? —le murmuró al oído.

Alsvid cabeceó a su dueña, que sonrió como respuesta, y siguió acariciándole, cuando inquietantemente el sonido de unas pisadas aplastando la hojarasca del suelo llamó su atención. El caballo de Alec se acercaba a la joven con la cabeza inclinada en busca de cariño y caricias. Ante aquel gesto, Dahlia se volvió y colocó su mano en su frente, para que el corcel sintiese la calidez y el tacto de su piel, mientras con la otra mano acariciaba la crin de este. Con un leve

movimiento, el caballo situó su cabeza en el hombro de Dahlia emitiendo un leve sonido de satisfacción en señal de aceptación.

—Alsvid, creo que tienes competencia —dijo divertida, al ver cómo Alsvid relinchaba y seguía pastando, a lo que añadió—: Con la edad, la envidia desaparece. —Esta vez mirando al caballo de Alec.

La joven cogió del suelo un pedazo de hierbazal y lo acercó a su hocico, el animal lo aceptó con agrado. Mientras Dahlia comprobaba aquello que había intuido, al vislumbrar sus dientes, pudo ver que el caballo se hallaba en plena juventud.

—¿Intentas robármelo? —preguntó Alec, quien había contemplado a Dahlia desde la distancia.

—Él ha sido quien ha venido a mí —aclaró.

El cazador se levantó y sacudió sus pantalones mientras se acercaba a la joven.

—Tendré una conversación seria con él —dijo jocoso mirando a su caballo—. ¿Pasaremos aquí la noche?

Dahlia miró al cielo y, tras contemplar el territorio que había a su alrededor, negó. A pesar de haberse introducido en la arboleda y encontrarse en los límites de Cryturean, prefería adentrarse un poco más.

—Sigamos avanzando, no muy lejos encontraremos refugio —respondió.

Alec asintió y, tras palmear a su caballo, agarró sus riendas; mientras la joven hacía lo mismo con Alsvid, y, colocando el pie en el estribo, cogía impulso y subía a su lomo.

—No me has dicho cómo se llama —dijo Dahlia situándose a su lado.

—No lo has preguntado —respondió Alec.

Dahlia le miró y, elevando los ojos, los puso en blanco, ignorando su comentario; sin responderle, se estiró sentada en la silla de montar hasta alcanzar la cabeza del corcel, que acarició en gesto de consolación. Después espoleó el lomo de Alsvid e inició el trayecto.

—Se llama Díleas.

A un ritmo más moderado, se adentraron en el bosque, sorteando las irregularidades del terreno, causadas por las raíces de los árboles y por pequeños montículos formados en el pasto. Alec miraba a su alrededor cerciorándose, bajo aquella paz, del cambio que estaba sufriendo el entorno. La vegetación tornaba sus colores aumentando su brillo e intensidad, las hojas duras cambiaban su tonalidad verde oscuro por un matiz esmeralda. La presencia de otras especies se intercalaba entre las encinas que predominaban en aquel territorio. Fue entonces cuando el joven distinguió entre las sombras cómo un alto y grueso tronco se alzaba ante ellos. La frondosidad de sus hojas se perdía entre las copas del resto de los árboles, mientras la anchura de sus ramas crecía esquivando la vegetación que se encontraba en el entorno. Los ojos del cazador se agrandaron al apreciar pequeñas cabañas construidas sobre la ramificación. Dahlia vio la expresión en su rostro y no pudo evitar sonreír.

—El roble de Englar —dijo la joven observando la grandeza que se elevaba frente a ellos.

—Nunca había visto un árbol así —murmuró Alec observándolo detenidamente—. ¿Quién vive aquí?

—Nadie, será nuestro refugio durante la noche —respondió Dahlia desmontando de Alsvid.

Alec bajó de Díleas imitándola, soltando las riendas, ambos dejaron que los caballos anduvieran con plena libertad por la zona.

—Aquí vivía la familia de mi madre, un clan de elfos silvestres.

—De ahí tu pelo —añadió Alec, a lo que Dahlia asintió—. ¿Qué pasó?

—Se trasladaron a Callander uniendo ambos clanes. Aun así, en ocasiones me gusta venir aquí.

Alec se acercó a una de las grandes raíces que sobresalían de la tierra y, posando su mano, comprobó con asombro la humedad al tacto de la corteza áspera.

—¡Está mojado!

—Las raíces que no vemos llegan hasta el lago Gunneil, detrás de esa arboleda —dijo Dahlia señalando la dirección—. Dentro de las tierras de Cryturean, es de los árboles con mayor longitud en sus ramas y raíces.

—¡Vaya! —exclamó el joven mientras seguía acariciando la madera.

—Acomódate donde quieras.

Con ligereza, Dahlia subió a una de las raíces; caminando sobre ella, llegó hasta el tronco.

—No sabría por dónde subir.

—Busca donde agarrarte —respondió la joven divertida.

Alrededor del árbol caían grisáceas lianas que se enrollaban en torno al tronco del roble; agarrando una de ellas, se impulsó y escaló sin dificultad. El tiempo había deteriorado las pequeñas viviendas y la cubierta con la que se habían construido quedaba bajo las hojas y enredaderas. Subiéndose a la primera rama, quedando a varios pies de altura, Dahlia depositó su arco y alforja sobre la fachada de una de las cabañas. Desabrochando su capa, la acomodó a modo de manta, pues la noche empezaba a ser fría.

—¿No entramos? —preguntó Alec, asomando su cabeza por uno de los huecos que ejercían como ventana.

—No, es mejor así, estaremos más alerta.

El joven pasó junto a ella, quien le observó sin desviar la mirada, mientras buscaba un sitio donde colocarse. Finalmente, tomó asiento frente a ella apoyando su espalda en una ramificación, se cruzó de brazos buscando una posición cómoda para descansar, haciendo que la tela de sus ropas produjera un ruido al roce con el revestimiento del árbol. Dahlia, que había cerrado los ojos tras comprobar que Alec se sentaba, los entreabrió al percibir el molesto sonido. Aclaró su garganta y se acurrucó en un intento de hacerle saber que le estaba molestando, a lo que el joven quedó quieto y cerró los ojos. Pero la dureza de la corteza se clavaba en su espalda, causándole la incomodidad en la posición en la que se encontraba y, estirando su casaca quitando las arrugas que se habían formado, ladeó su cuerpo apoyando la cabeza en su hombro.

Ambos se sumieron en el murmullo de la noche, el sonido de los caballos al rumiar había cesado. El susurro del viento llegaba a los oídos de Dahlia, relajando a la joven, adaptando el ritmo de su respiración a la armonía del ambiente, intentando evadirse para conciliar el sueño, dejando siempre una parte de su sentido auditivo alerta. Aguzando el oído, pudo percibir el latido de Alec, la

palpitación lenta que se mezclaba con los suspiros de la brisa. Abrió los ojos, observando entre la tela de la capa que ocultaba parte de su rostro para guarecerse del frío, y contempló al cazador, que descansaba transmitiendo tranquilidad. Era la primera vez que se encontraba en aquel lugar que tanto significaba para ella acompañada. Aquel árbol había visto crecer a parte de su clan, a un fragmento de sus orígenes; por lo que, en cierta manera, se sentía vinculado a él, tal y como los elfos silvestres se ligaban a la naturaleza. Y sabiendo que el roble de Englar era sagrado, se sorprendió al sentirse cómoda junto a Alec en aquel lugar.

Con un simple gesto había ordenado que les dejaran a solas. Los soldados, obedientes, cerraron la puerta del gran salón al abandonar la estancia; mientras el rey, ajeno a los movimientos que ocurrían a su alrededor, apoyado en la repisa de la chimenea, observaba las finas llamas anaranjadas que desprendían el calor sobre su rostro. Hipnotizado, Gared permanecía en silencio. Entretanto, Freya, situada en el centro de la sala, observaba a su marido, perfectamente recta. Ajustó la tela de la falda de su vestido, palpando los bolsillos para quitar cualquier arruga molesta y con sus manos juntas en el regazo se mantuvo a la espera. El fuego crepitante envolvía el ambiente junto a su calidez, que tornaba acogedora la fría estancia con la ardiente luz que emitía. Freya comenzó a caminar lentamente; el sonido de la suela de sus ligeros zapatos al golpear la piedra del suelo, junto con el roce del bajo de su vestido *beige* con bordados en oro, no perturbó la tranquilidad de la sala. Mientras la mujer, con semblante indiferente, se acercaba hasta el trono, con un ligero juego de dedos, acarició con sus yemas desde el reposabrazos, subiendo lentamente por la madera maciza, repasando cada forma tallada y cada decoración pintada hasta llegar al respaldo, donde, girándose y dando la espalda a su marido, apoyó ambas manos.

—Debo confesaros que estoy preocupada —dijo Freya rompiendo el silencio—. Querido, estás ausente y el pueblo lo percibe.

Gared levantó la mirada y girándose contempló a su mujer, pudo observar la delicadeza con que sus cabellos caían en cascada, bajo aquel semirrecogido adornado con un prendedor, el cual poseía piedras de jade verde incrustadas en él, combinadas con la gargantilla que lucía en su cuello. Con suavidad y delicadeza, el rey posó su mano en el cuello de su mujer y acarició su nuca levemente.

—Si supieran que Eliana no está, que su princesa ha desaparecido, entenderían mi estado —respondió cabizbajo.

—No ha desaparecido —añadió Freya, girándose y mirando a los ojos de su marido—. He intentado mantenerme al margen, ya lo sabes, pero tu hija ha ido hacia el enemigo. No sabemos nada de ella ni de Caillen. ¿Y si permanecen presos por algún clan de Cryturean? Para ellos sería una ventaja en su ataque.

—¿Y tu soldado? Murray debía protegerla.

Freya retiró la mirada rápidamente y volvió a girarse

manteniéndose en silencio, esperó, sintiendo la cercanía de Gared, y sin desviar la mirada podía apreciar cómo el rostro del hombre cambiaba mostrando extrañeza y preocupación en su expresión.

—¿Ocurre algo? —preguntó el rey, agarrando los brazos de su mujer.

—No quería decírtelo, pensé que ayudaba, pero… mandé a unos soldados en su búsqueda, con la intención de encontrarlos, pero por lo que han podido informarme, a estas alturas, Declan puede estar muerto —dijo manifestando aflicción.

—¡¿Qué hiciste?! —volvió a preguntar Gared desconcertado.

Freya se refugió entre los brazos del rey fingiendo desolación. Apoyando el mentón sobre la cabeza de su mujer, Gared se mantuvo callado mientras ella con suspiros negaba repetidamente.

—Lo siento, creí que debía ayudar —murmuró.

Separándola de él, observó su rostro mientras la mantenía sujeta.

—Belenus piensa que alejó a mi hija y a Caillen de los peligros del castillo —dijo Gared.

—Ese anciano ha estado jugando con nosotros, y ha mandado a tu hija junto al enemigo. Querido —Freya llevó su mano hasta la mejilla de él y acarició su poblada barba—, sé la importancia de un druida para un rey —musitó jugueteando con su índice pasando por la mandíbula—. Conozco el vínculo que se crea. Él está aquí para guiarte, pero claramente te ha guiado mal. —Con sensualidad se alzó y, llevando sus labios al oído de Gared, susurró—: Pero creo que es hora de poner todo en su lugar.

Gared sintió el aliento de su mujer, aquel murmullo le erizó la piel. Notando la humedad de sus labios rozando el lóbulo de su oreja, Freya posó un suave beso bajo la oreja y recorrió lentamente el cuello del hombre, mientras este cerraba los ojos disfrutando del ardor de su mujer, hallado bajo la cobertura de sus brazos que empezaban a rodearle. Instintivamente, bajó su mano, acariciando el costado de Freya, mientras ella se entretenía enredando en su cabello, Gared aprisionó su cuerpo entre él y el respaldo del trono, y con lujuria esta vez fue él quien besó a Freya, que con semblante impasible sentía el roce de su boca sobre su piel y las joyas que adornaban su cuello. Notando la humedad de sus labios en su garganta y el tacto de sus besos, se cansó de fingir y, llevando su mano al bolsillo de su falda,

mientras con la otra seguía masajeando la nuca del rey, extrajo un dedo manchado en ceniza carmesí que recatadamente y con disimulo esparció por la comisura de sus labios, dejando un leve rastro rojizo sobre su piel y, con cuidado de no cerrar su boca, ágilmente separó la cabeza de su marido y con rapidez posó sus labios sobre los de él. Con brusquedad y delirio, pudo sentir el ímpetu de Gared en aquel beso que fue deshaciéndose al igual que la ceniza se desvanecía junto a la saliva y, percatándose de la efectividad, experimentó el peso del hombre sobre su cuerpo. Cómo la intensidad se iba poco a poco, y la fuerza y estabilidad desaparecían, y, con los ojos abiertos a escasa distancia de los del rey, comprobó que se había derrumbado. Apartando el peso corpulento de ella y con un sosiego escalofriante, Freya extrajo de su otro bolsillo un pequeño frasco de vidrio ambarino y, quitando el corcho que ejercía de tapón, bebió su líquido mientras el cuerpo de Gared caía desplomado al suelo.

∞

El cielo se encontraba despejado, cubriendo el valle de Unae, aquella llanura verdosa entre pardas montañas. Habían hallado un pequeño rincón junto a unas rocas que les permitiría refugiarse y pasar la noche.

Declan se había encargado de encender el fuego mientras Caillen acomodaba sus pertenencias para dormir. Calmaron el rugido de sus estómagos con porciones de pan y queso, y tras caer rendidos no tuvieron dificultad para descansar.

Pero, ahora en plena madrugada, Caillen observaba las últimas ascuas que terminaban de arder en la hoguera y, amoldando su capa, frotó sus manos para entrar en calor. Aunque la noche no era helada, el lugar en el que se encontraban apenas les escudaba del viento que atravesaba la llanura entre las dos montañas. Había apoyado su espalda en el lomo de Seire, que descansaba recostada sobre la hierba. Entretanto, Declan permanecía tumbado junto al fuego cubierto bajo su capa. La calma del entorno era imperturbable en aquel momento, en el que el joven aprendiz respiraba tranquilidad; echando su cabeza hacia atrás, contempló los puntos luminosos que moteaban la inmensidad añil de la noche.

—Deberías descansar —dijo Declan con voz ronca mientras girando su cuerpo se tumbaba bocarriba.

—Creí que dormías —contestó Caillen observando al soldado.

—Solo tenía los ojos cerrados, en terreno desconocido es mejor estar alerta. Pero tú —añadió colocando sus brazos bajo la cabeza a modo de almohada— deberías descansar.

—Ya he dormido suficiente.

Caillen exhaló un suspiro de alivio ajeno a la mirada de Declan, que de reojo observaba al joven. Se sentía extraño, desde que habían partido de Glenn, no se había tomado un momento para apreciar lo que iba encontrando a su alrededor. Y ahora en aquella llanura abierta, sintiendo el aire fresco y contemplando la oscuridad, se sentía abrumado.

—¿No te da miedo la incertidumbre? —preguntó de repente rompiendo el silencio.

—¿A qué te refieres? —dijo Declan incorporándose.

—El temor a lo desconocido, por ejemplo, ¿qué pasará cuando nos enfrentemos a Kodran? —respondió.

—No. Es algo que hay que afrontar y aceptar, la vida está llena de dudas e imprevistos. ¿Tú sí tienes miedo?

—Es extraño —confesó Caillen. Por primera vez el joven sentía que se abría a alguien que no era Eliana—. No me da miedo Kodran, ni la batalla, siento pavor al pensar en lo que no sé, el desasosiego que puedes sentir al abrir una puerta que durante muchos años ha permanecido cerrada y no saber qué te puedes encontrar.

Ante las palabras del joven, Declan se incorporó y apoyó su peso sobre el codo. Con detenimiento, contempló su rostro y cómo los ojos de Caillen permanecían fijos en el cielo.

—Supongo que no le encontrarás sentido —dijo el joven finalmente.

—Todos tenemos secretos y un pasado. Si a lo que te refieres es a enfrentarte a ellos, a veces es más fácil de lo que crees —respondió Declan.

—¿Cuál es tu pasado?

—Me crie en una granja en Elder y a los trece años me reclutaron como soldado. —La respuesta concisa de Declan hizo que Caillen le mirase—. El resto ya lo conoces, llegué a Glenn y me pusieron al

servicio de la princesa.

—¿Y tu familia?

—Se quedaron allí, yo no tuve opción. Freya abandonó el pueblo y se llevó a la guardia con ellos. Debí de desconfiar en el momento en que la persona encargada de unas tierras decide abandonarlas dejando a sus habitantes desamparados. Pero en aquel momento parecía coherente; el señor de Elder había fallecido y habíamos sufrido un ataque, la aldea podía vivir de la ganadería mientras la señora del lugar viajaba a la capital —dijo el soldado con sorna—. Dejó la administración de Elder a sus aldeanos.

Ambos volvieron a sumirse en el silencio durante unos segundos, observando el campo que se extendía ante ellos siendo más visible el entorno.

—¿Por qué ocultar que eres el hijo del príncipe Rowan? —preguntó Declan, que desde que se había enterado se cuestionaba aquello constantemente—. Si puedo preguntarlo.

—Ya lo has hecho —respondió Caillen—. ¿Quién te lo dijo?

—El día que Eliana fue a la cripta, cuando apareció Dahlia, yo estaba allí e inevitablemente escuché la conversación. Tranquilo, no se lo he contado a nadie, ni lo haré.

Caillen asintió e inclinándose agarró el báculo que había permanecido junto a él en el suelo, lo colocó sobre su regazo y acarició la empuñadura de la cimitarra oculta.

—Siempre me han criado bajo ese secreto, por protección quizá, aunque pienso que es por mi madre. No sería digna de un príncipe y era más fácil ocultarlo. Pero cuando mi padre falleció, me encerré tanto en el secreto que no fui capaz de buscar respuestas y pedí a mi tío que nadie perturbara su recuerdo.

—¿Y si el miedo impide que halles la verdad?

—No sé. ¿Sabes? No siempre fue así. Cuando él vivía, estaba pendiente de mí, preocupándose, y, cuando crecí, supo que me convertiría en druida y que Belenus sería mi mentor. Desde pequeño, he tenido facilidad para aprender y entender los vínculos, en aquel momento parecía que no había secretos.

—Quizá tu madre era una druida —sugirió el soldado.

—Alguna vez lo he pensado, una entendida en hierbas y ritos…, y pensar que he podido heredarlo de ella. Puede parecer absurdo, pero sería encontrarle un sentido a quién soy.

—En absoluto, creo que todo el mundo está destinado a algo, y está claro cuál es el tuyo —añadió Declan firmemente.

—¿Cuál?

—Coger ese bastón, y acabar con Kodran y sus seguidores.

Caillen sonrió y apretó con fuerza la parte central. Rodeando con sus manos la madera, sintiendo las vetas talladas en la pieza, volvió a recostarse sobre el lomo de Seire, mientras el tono añil del cielo se borraba dando paso al rojizo del amanecer.

24

El sonido de Alsvid rascando la tierra con el casco delantero, en busca de un lugar donde echarse, sobresaltó a Dahlia, que desorientada por el repentino despertar miró a su alrededor y pudo ver cómo Alec aún dormía plácidamente. La joven, desperezándose, retiró su capa que había utilizado como manta y, levantándose, la anudó a su cuello.

Alcanzando su alforja, extrajo de ella un envoltorio, del cual sacó una rebanada de pan de centeno, pues sentía el vacío en su estómago y necesitaba calmarlo. Sentándose, dejó colgar sus piernas de la rama en la que se encontraba, y observó a Alsvid y Díleas. La relación de ambos caballos se había forjado, el corcel joven seguía al adulto como si esperase su aceptación, y moviéndose bajo sus indicaciones, Dahlia pudo percibir prudencia y admiración en Díleas, situación que le hizo sonreír.

—Buenos días —dijo Alec, estirando su espalda y poniéndose en pie—. Que aproveche —añadió al ver la comida entre las manos de la joven.

—Gracias, hay más en la bolsa —señaló con un gesto de cabeza.

—No te preocupes, tengo mi parte en mi alforja.

Alec caminó con cuidado hasta el tronco central, pues, a pesar de que aquella noche había subido sin dificultad, ahora con la claridad del día se percataba de la altura en la que se encontraba, y, con temor de perder el equilibrio y caer, se agarró firmemente a una liana y comenzó a descender apoyando sus pies con fuerza sobre la corteza del árbol.

—Es la primera vez que duermo en un árbol —gritó mientras bajaba—. Y he de decir que ha estado bien la experiencia.

—¿No has echado de menos el lecho de la cabaña? —preguntó Dahlia mientras balanceaba sus piernas con diversión al contemplar la lentitud con la que el cazador daba cada paso.

—Estaba sobrevalorado —respondió Alec siguiéndole el juego.

Al comprobar que sus botas pisaban la tierra firme, se sintió aliviado. El joven siempre había sentido respeto por las alturas, y la anoche anterior, en un intento de sorprender a Dahlia, había subido

sin temor, ignorando, gracias a la oscuridad, la elevada altura de las ramas. Pero cuando se había despertado la sensación de inestabilidad y la posibilidad de caer le habían llenado de inseguridades que prefería no mostrar. Por ello decidió bajar y tomar el almuerzo junto a su caballo.

—¿Cuánto queda hasta Callander? —preguntó.

—Aún nos quedan un par de noches —respondió Dahlia levantándose—, así que no deberíamos demorarnos más.

Cogiendo el carcaj que había dejado junto a su arco, pasó el asa por su cabeza y, colgándolo de su hombro, cruzó la cinta por su pecho ajustando la hebilla. La joven elfa volvió a agacharse, cuando un crujido extraño llegó hasta sus oídos. Alguien se acercaba, podía percibir las pisadas fuertes sobre el pasto, no muy lejanas.

—¡Mierda! —maldijo. Rápidamente cogió su arco, cargó una flecha y se ocultó velozmente tras la fachada de la cabaña.

Alec miró en su dirección sin entender por qué se colocaba en guardia.

—¿Qué ocurre? —preguntó desconcertado.

—¡Chico!

Aquella voz le hizo palidecer. Blasfemando para sus adentros, Alec cambió el rostro y, girándose lentamente, mostró una sonrisa de sorpresa en su rostro. Sus ojos se fijaron en los dos hombres corpulentos que aparecieron entre los árboles, que con los brazos abiertos se acercaban a él, pensando que se había deshecho de sus compañeros. Condenado, pensó cómo reaccionar.

—Gallagher, Gallagher. —La voz grave de aquel hombre barbudo retumbó en los oídos del joven, mientras suplicaba que Dahlia no hiciera nada.

—Otto, te veo bien. Lo mismo digo de ti, Breien, ¿te has cortado el pelo? —preguntó acercándose con disimulo a Díleas, pues tenía sujeta a su silla la ballesta.

—¿Dónde está tu amiguita? —preguntó Breien con voz ronca.

El hombre de melena oscura mesó su mentón.

—Aún os hacía en Inverey, sobrellevando esas largas noches de cerveza —respondió Alec—. ¿Qué hacéis aquí?

—Vamos, chico, no juegues con nosotros. Sabes bien que estamos buscando a la elfa.

El tono amenazante de Breien alertó a Dahlia, que escuchaba atentamente.

—Creo recordar que la perdimos, yo estoy aquí solo —añadió señalando con sus brazos al vacío de su alrededor, haciendo ver que no había nadie más.

—¿Y el caballo? Te vi salir de Inverey y él no iba contigo —dijo Otto señalando a Alsvid.

El joven permanecía con los brazos estirados a escasos metros de Díleas. Cuando antes de que pudiese responder, sintió la brisa y el roce de una flecha que cruzó bajo su antebrazo rajando la tela de su casaca, clavándose finalmente en el muslo de Otto, que emitió un grito de dolor. Tanto Alsvid como Díleas comenzaron a alterarse y golpear la hierba, entre relinchos, ante el caos que se iba generando.

—Estúpida —musitó Alec.

Aprovechando el despiste y la confusión de la situación, agarró su ballesta.

—Si tanto me queréis, aquí estoy —dijo Dahlia saliendo de su escondite.

Con el arco cargado, la joven lanzó otra flecha, esta vez acertando en el hombro de Otto, que agonizaba por la tortura.

Cayendo de rodillas, el hombre rompió el astil y partió la flecha, dejando la punta incrustada en su interior. Entretanto, Breien, sin apartar la vista de la joven, desenvainaba su espada. Dahlia, con agilidad, dio un salto hasta el tronco y descendió con rapidez hasta llegar al suelo.

—Acertando en sus cabezas, hubieras acabado con ellos —manifestó Alec, que con celeridad cargó su ballesta.

—No sería tan emocionante —respondió Dahlia, que sin mirarle disparó una flecha, pero esta vez el impacto fue contra él, que sorprendido al sentir el roce de la flecha agujereando nuevamente su

ropa miró a la joven, que no le prestaba atención. Pero su asombro fue aún mayor al comprobar que la flecha se había incrustado entre la corteza de una de las raíces, enganchando así parte de su casaca—. Dame un segundo, después te prestaré atención —añadió la elfa.

Volvió la vista hacia los dos hombres, mientras se disponía a recargar su arco, algo que le resultó imposible al recibir el ataque de la espada de Breien. Sin apenas tiempo de reacción, la joven agarró su arma con las dos manos, bloqueando con el cuerpo del arco la hoja de acero. Resistiendo, apretaba con fuerza, cargando toda su energía sobre sus brazos. En pleno forcejeo, y aprovechando su agilidad, propinó un puntapié, que golpeó el estómago del hombre, haciendo así que perdiera el equilibro. En aquel descuido, la joven empujó con vigor su arco, impulsando a su rival y su arma hacia atrás. Mientras tanto, Otto, sin apenas energía para mantenerse rígido, sujetaba su espada con el brazo sano, se abalanzó sobre Dahlia, quien se agachó al sentir la cercanía del cuerpo robusto del varón y girando sobre sus talones alargó su pierna obstaculizando los pies de Otto, que cayó al suelo. La joven con rapidez se alzó y sin demora disparó con su arco, atravesando su pecho.

—Uno menos —murmuró volviéndose para enfrentar finalmente a Breien—. Tu turno.

—Pienso arrancarte ese pelo de fuego —dijo el hombre amenazante mientras observaba con ojos sanguinarios a la joven—. No te hará falta.

Con las piernas abiertas a la altura de sus hombros, flexionó las rodillas sin apartar la mirada. Dahlia se mantuvo tranquila con el arco horizontal, colocado paralelamente con el suelo. Esperó, pues sabía que, en el momento en que su gesto fuera hacia el carcaj con la intención de recargar una flecha, él se abalanzaría sobre ella y podría alcanzarla, pues la distancia entre los dos no era muy amplia. El cuerpo inmóvil de Otto permanecía en el suelo mientras la sangre brotaba de su pecho. Breien no titubeó en ningún momento a pesar de la pérdida de su compañero. El cazador seguía con su objetivo fijo, pues lo único que deseaba era atrapar a Dahlia.

—Pongámosle fin a esto, estoy harto de perseguirte.

Breien atacó elevando su espada, mientras Dahlia agarraba una flecha que no pudo llegar a cargar, pues el acero chocó contra ella haciendo que esta cayera al suelo. Esquivando el ataque, se apartó, pero sin tiempo de reacción, el hombre desarmó a la joven. Perdiendo estabilidad, Dahlia, en cuestión de escasos segundos, se vio en el suelo, hincándose el carcaj en su espalda. Intentó alcanzar su arma, pero las piernas de Breien la aprisionaban mientras este se colocaba sobre ella dificultándole la movilidad.

—Solo sufrirás un poco —murmuró el hombre.

Colocó la punta de su espada entre la clavícula de la joven, que sentía la leve presión sobre su piel, pisándole uno de sus brazos, impidiendo así que pudiera alcanzar el arco. Breien cargó su peso sobre la empuñadura aumentando un poco más la presión sobre Dahlia, que sin temor rodeó con la mano que tenía liberada el acero, apretando en un intento de separar el extremo punzante de ella. Puso total resistencia, comenzando a notar cómo el brazo le temblaba y el filo del acero rasgaba su piel; sin abrir la mano, percibió en el interior de su puño la caricia de la sangre que caía entre los pliegues de sus dedos cuando el chasquido metálico de la ballesta retumbó en sus oídos y una saeta atravesó la sien de su agresor. El impacto fue seco y el cuerpo se desmoronó sobre la tierra. Recuperando la respiración, Dahlia rodó en el suelo y levantándose cogió su arco. Al ver que Alec se acercaba a ella, el joven había rajado parte de sus ropas, que ahora permanecían clavadas en la corteza del árbol. Dahlia cargó una flecha y sin miramientos le apuntó.

—¡Te acabo de salvar la vida! —exclamó el joven, atónito.

—¿Para qué? ¿Para venderme? ¿Para cobrar tú el oro por mi cabeza? —Dahlia permanecía inamovible observándole con ira—. Te creí, dejé que nos ayudaras, ¿y para qué? Tu intención siempre ha sido venderme.

—No es lo que piensas —respondió Alec, dando un paso hacia ella, mientras la joven retrocedía—. Además, si no fuera por tu estupidez, no te habrían visto.

—¿Mi estupidez? Seguro que hubieras preferido que me quedase callada, te habrías deshecho de ellos y te llevarías todas las ganancias —vociferó Dahlia.

—¡Lo hubiera resuelto sin muertes! Esto no tendría que haber acabado así. —La frustración de Alec hizo que pasara sus manos por su cabello contemplando los cuerpos inertes de sus compañeros.

—Me mentiste, nos mentiste a todos —le acusó la joven, apuntándole.

—Baja el arco, por favor —dijo Alec, bajando el tono de su voz y acercándose más a ella.

—No —respondió firmemente. Sentía cómo su respiración y el latido de su corazón se aceleraban con rapidez.

—Dahlia, bájalo.

Ambos se miraron fijamente retándose, tentando a la suerte. Alec levantó su mano y agarró el cuerpo del arco, dejando reposar el astil y la punta de la flecha sobre su brazo, consciente de que, si Dahlia soltaba, el impacto iría contra su pecho. Pero con resistencia, lentamente hizo que la elfa aflojase y bajara el arma. Agarrando su muñeca y desarmándola, se situó frente a frente, y le habló en voz baja y suave:

—No te mentí.

Notaba el tacto de su mano rodeando su muñeca, formándose una presión en el pecho de la joven, que sin apartar sus ojos verdes de los de Alec, intentó controlar el ritmo apresurado que estaban llevando sus latidos, pues sabía que él podría sentir su pulso. Dahlia tragó saliva contemplando cómo él bajaba su mirada a sus labios y, nerviosa al sentir la sequedad de su boca, retiró de manera brusca su muñeca; y, guardando la flecha en su carcaj, se colgó el arco a la espalda y, girándose, se dirigió a Alsvid.

—Me voy a Callander —dijo la joven, impulsándose y subiendo a su caballo.

Sin darle opción de reacción, Dahlia espoleó el lomo de Alsvid y echó al galope.

—¡Maldita sea! —maldijo Alec pateando el suelo.

Y dejando los cuerpos inertes tendidos en la tierra, montó en Díleas y cabalgó tras ella.

∞

Tan solo habían conversado durante las comidas, el resto del tiempo Nathan permanecía fuera de la cabaña, trabajando en la herrería. Mientras, Eliana se mantenía en el interior, observando con detalle cada rincón. Ahora podía apreciar la calidez y el entorno hogareños. A pesar de la humildad del hogar, no podía compararse con la frialdad y soledad del castillo.

Había pasado de estar postrada en la cama a mantenerse sentada en una silla durante todo el día. No podía obviar la tentación de husmear que le invadía cada vez que recorría la estancia con la mirada. La fascinación de saber qué cosas podría esconder, pero cada vez que se planteaba abrir un cajón o una puerta, desechaba la idea y se mantenía correctamente sentada con las manos sobre su regazo. Fue entonces cuando estudió su vestimenta, cogiendo el tejido de la falda del vestido entre sus manos, comprobando que estaba hecho un desastre. No solo por la suciedad, sino por la tela raída en la que se había convertido la falda.

Levantándose con cuidado, se dirigió al dormitorio; había tenido una idea que calmaría su sed de curiosidad. Buscó entre los montones de ropa alguna prenda vieja que hubiese pertenecido a la hermana de Nathan, examinó las prendas que se encontraban en el interior, sin encontrar nada femenino, cogió unos pantalones de cuero pardo y una casaca de lana en crudo. La joven dejó las prendas sobre la cama y tomó asiento. Se desabrochó el cinturón marrón y lo dejó sobre el colchón, después desabotonó la parte superior de su vestido; retirándola, la depositó junto al cinturón. Poniéndose en pie, deshizo el nudo que mantenía atada la falda a su cintura y dejó que cayera al suelo, quedándose solo con su ropa interior de lino. Se la quitó con rapidez, pues tenía el temor de que Nathan pudiese entrar y verla en aquella situación. Comprobando que la vestimenta le quedaba holgada, cogió su cinturón y ajustó las ropas a su cuerpo, impidiendo así que se movieran.

Desde cualquier lugar alrededor de la cabaña, podía percibirse el estruendo de las piezas de metal chocando unas contra otras. Eliana, con lentitud, se apoyó en la valla y caminó hasta la parte trasera donde se encontraba el taller.

Al doblar la esquina de la vivienda, vio a Nathan trabajando con unas grandes tenazas en las manos. Agarraba una pieza de hierro que daba vueltas frente a la fragua, del carbón emanaba humo al mismo tiempo que el fragmento metálico iba cambiando de color y se volvía de un tono anaranjado intenso con reflejos blanquecinos. Aquello indicaba la temperatura perfecta, por lo que Nathan con cuidado llevó

la pieza hasta el yunque y, volteándolo con las tenazas, comenzó a golpear el metal con el martillo.

Eliana permanecía absorta observando cómo trabajaba, resultándole hipnotizadora la manera en que las chispas saltaban del pedazo ardiente. El herrero no se percató de la presencia de la joven, hasta que se giró para introducir la pieza en un barril de agua. Como reacción al cambio de temperatura, comenzó a emanar una nube de humo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó desconcertado—. ¿Qué llevas puesto?

Eliana se ruborizó al sentir la mirada de Nathan sobre ella, pensando en que quizá había sido un error. No tuvo en cuenta el hecho de que tendría que haberlo consultado antes con él.

—Espero que no te importe, necesitaba quitarme estas ropas. Ten, puedes quemarlas si quieres —respondió la joven. Al ver que él no respondía, continuó—: No he encontrado otra cosa que ponerme.

—Está bien, no te preocupes. Puedes coger lo que necesites —añadió dejando las herramientas sobre una mesa—. Dámelo, lo echaré al fuego.

Eliana se acercó y le tendió la ropa, quedándose con el camisón.

—Si es posible, esto me gustaría lavarlo —dijo apretando la prenda contra ella.

—Puedo lavarlo yo. No estás acostumbrada a lavar ropa, ¿o sí? —preguntó Nathan levantando una ceja ante la disposición de la joven.

Aquello le molestó y levantando el mentón apretó con fuerza el tejido entre sus manos.

—Que sea la princesa de Glenn no te convierte en mi sirviente. Aunque no lo creas, sé valerme por mí misma y no necesito que me laves la ropa.

—Hay un barreño con agua limpia junto al establo.

Eliana asintió como agradecimiento y se retiró sin decir nada, acelerando el paso a pesar de la molestia en la herida, pero su soberbia le impedía mostrarse débil ante él. Sintió alivio al llegar al establo, apenas había recorrido una corta distancia, pero sentía que

había forzado demasiado la pierna.

Exhausta, tomó asiento en un pequeño taburete que había junto al barreño, tocó el agua fría y clara con los dedos. Sin pensarlo, dejó el camisón en el suelo e introdujo ambas manos y, cogiendo agua, lavó su rostro, deshizo la trenza en la cual había recogido su cabello y lo humedeció, se recostó contra la bala de heno que tenía tras ella. Respiró profundamente, se sintió aliviada y menos mugrienta.

Después de tomarse ese momento para lavarse, recogió la ropa y la metió en el barreño. Era la primera vez que lavaba algo, pero lo había visto hacer en el castillo cuando se escabullía por las cocinas y le resultaba insultante que Nathan pensara que no sería capaz de hacer algo tan sencillo. Por lo que con ímpetu la joven frotó cada parte del tejido, hasta que finalmente lo retorció escurriendo así el agua. Siendo observada por Nathan, que se había acercado para disculparse, pero no se había atrevido a decirle nada, solo pudo observar cómo el cabello mojado caía sobre el rostro de la joven. Fue entonces cuando percibió cómo llevaba su mano a la zona del muslo donde tenía la herida, y el joven, sabiendo que eso había sido un esfuerzo para ella, se acercó.

—Trae, yo la tenderé para que seque —dijo alargando su mano.

—Sé cómo colgar la ropa —respondió molesta.

—No lo dudo, pero no deberías pasar más tiempo de pie.

Eliana miró la mano de Nathan y, consciente de que tenía razón, le tendió el camisón. El joven zarandeó la prenda, dejando caer así las últimas gotas, y la colgó en una cuerda que tenía anudada entre dos árboles.

—Deberías entrar, la tarde se está volviendo fría y podrías enfermar —dijo Nathan girándose hacia ella—. Puedes apoyarte en mí, si quieres.

—Estaré bien, no quiero ser una molestia —respondió la joven levantándose.

—No deberías forzar…

—He dicho que estaré bien —volvió a responder rotundamente y comenzó a caminar.

—Si todo ha ido bien, Caillen y Declan deberían llegar esta noche

a Glenn, quizá puedas volver antes de lo que crees —dijo Nathan.

—Espero que sea así.

La sombra de una mujer esbelta, pero a su vez rígida, se reflejaba en el muro de piedra debido a la luz de las antorchas, atravesando el largo pasillo de la fortaleza. Freya encabezaba el conjunto de soldados que en formación caminaba tras ella, formando dos filas paralelas y bajo un silencio opresivo. Recorrieron el castillo hasta la gran entrada, cruzándose con varios miembros del servicio, que al verla agachaban la cabeza, caminando con la mirada fija en el suelo sin intercambiar palabra alguna.

La escolta que aguardaba su llegada abrió las puertas que mostraron el exterior. Habían sonado las cornetas alarmando al pueblo, que, revolucionado ante la señal de peligro, correteaba por las calles bajo la penumbra, obstaculizándose el paso los unos a los otros. En medio del caos, la guardia había organizado a la multitud concentrándola en el centro de la ciudad a la entrada del castillo. Tras una pared de escudos creada por los soldados de Freya, interponiéndose entre ella y sus súbditos, permanecía subida en la escalinata, que le permitía una amplia visión del entorno. Era una noche cerrada, donde la única iluminación que revelaba los rostros de los allí presentes eran las antorchas portadas por los guardias y los faroles colgados de las fachadas. El pueblo de Glenn enmudeció al ver la presencia de la reina, y no la del rey, como acostumbraban.

—Mi querido pueblo —dijo la mujer alzando la voz—, nos han desafiado.

El murmullo comenzó a sonar entre el gentío que se agolpaba fuera, y empezaron a ver intercambios de miradas desconcertantes.

—La princesa Eliana ha sido secuestrada por el clan Callander —añadió firmemente.

Aquello provocó gritos de horror, las voces aumentaron, y los signos de preocupación y desconcierto quedaron reflejados en sus caras.

—Nuestro rey, ante tal acontecimiento, ha caído enfermo, y por ello, como reina de Glenn, es mi responsabilidad tomar el mando. Os pido que no os alteréis, mis hombres han ido al rescate de la princesa. A pesar de la amenaza que ha caído sobre nosotros, os ruego que sigáis con vuestros quehaceres, la guardia protegerá la ciudad.

Con la orden de Freya, los soldados se dispersaron, indicando al

pueblo que volvieran a sus casas. Girándose, sin poder evitar mostrar su sonrisa conspiradora, volvió al interior del castillo. No había tenido problemas en deshacerse de Gared. Tras rendirse a sus pies, los soldados habían cargado con el cuerpo del rey encerrándolo en una de las mazmorras, impidiendo el paso a todo aquel ajeno a su guardia personal. Con la orden de únicamente alimentarlo, pues Freya sabía que aún no debía deshacerse de él. Tenía que seguir con su cometido, había estado esperando el momento oportuno, había ido paso a paso. Ahora, tras abrir la puerta del gran salón, caminaba con firmeza sobre el suelo de piedra, contemplando con aquellos ojos verdes rebosantes de dominio el que debía ser su lugar. Con las manos apoyadas en los reposabrazos, tomó asiento, irguiéndose. Al fin sentada en el trono, podía hacer y deshacer sin nadie a su espalda.

∞

Caillen se negó a pasar otra noche fuera, se habían adentrado en el bosque de abetos y apenas les separaba una gran distancia de la laguna Feren. El joven solo deseaba poder concluir su viaje y llegar hasta su tío. Al acercarse a las inmediaciones, dejaron los caballos junto a los árboles, pues Declan sugirió que deberían continuar a pie, evitando así llamar más la atención.

Anduvieron sigilosamente, caminando sobre el terreno escarpado, sorteando los arbustos del sendero. La oscuridad, que solo mostraba las siluetas de la vegetación entre las sombras, se convirtió en su aliada. Notando la humedad en el ambiente y la fresca brisa, a causa de la cercanía de la laguna, siguieron adelante. Adaptando sus ojos a la escasa iluminación, llegaron hasta el linde del bosque, allí donde los árboles se dispersaban a lo largo de la orilla.

Agazapados tras los setos, Declan y Caillen estudiaron el terreno. Los alrededores del castillo se encontraban en calma, el fuego de las antorchas iluminaba desde las almenas dibujando las figuras de los guardias que vigilaban la ciudad.

—Allí está la entrada —indicó Caillen señalando el saliente del muro que ocultaba la puerta a los pasadizos.

—¿Quién conoce esa entrada? —preguntó Declan.

—La familia y el capitán de la guardia por seguridad.

—Entonces, Freya puede saber de su existencia —aclaró Declan con precaución.

—¿Sugieres que nos presentemos sin más ante las puertas de Glenn? —preguntó Caillen confuso.

—No…, es solo que está todo demasiado tranquilo.

El rostro de Declan mostraba la inquietud, mientras con su mirada seguía los movimientos de los soldados en las alturas del castillo.

—Debemos arriesgarnos, no podemos perder más tiempo —concluyó Caillen, que comenzó a andar despacio—. Si la única información que sabemos es que Freya quiere acabar con Eliana, las cosas no deben de ir muy bien.

Declan asintió y, adelantando al joven, caminó por delante, colocando su mano en la empuñadura de su espada. Avanzaron prudentemente con todos sus sentidos alerta. Inspeccionando cada movimiento que los soldados realizaban en las alturas de la muralla, anduvieron sigilosamente, hasta que sus espaldas notaron la dura piedra áspera. Pegados a las rocas, siguieron la pared, apreciando las irregularidades al tacto en el recorrido que los llevaba hasta la puerta. Al llegar, Declan se detuvo al comprobar que no había cerradura alguna o manillar que les permitiera abrirla. Se giró y miró a Caillen, que con un leve gesto le indicó que se apartara. Apenas podía verse, pero guio su mano repasando las tachuelas negras que adornaban la madera, con la yema de los dedos llegó hasta la que estaba más suelta y con cuidado la quitó, dejando un hueco a la vista en el cual podía verse la cabeza de una llave. Extrayéndola de su interior, volvió a colocar la tachuela, y esta vez deslizó hacia arriba una lámina de metal que había clavada en la madera, y Declan, que permanecía junto al aprendiz, pudo apreciar cómo se hacía visible una cerradura, donde Caillen introdujo la llave que portaba en la mano.

—Es una forma de mantenerlo en secreto —dijo el joven.

Al girar la llave, el chasquido de la cerradura sonó en su entorno, y este, ejerciendo presión, empujó haciendo que la puerta se abriera.

Una bocanada de aire salió del pasadizo en sombras acariciando sus rostros, con la sensación en sus cuerpos de que, de un momento a otro, se abalanzarían sobre ellos. Entraron con precaución en el alargado y estrecho pasillo, observando cómo el vaho emanaba al respirar a causa del frío. Caillen alcanzó una antorcha que había insertada en un soporte fijado en la pared e inclinándose cogió la pequeña lámpara de aceite que alumbraba sus pies, metió la punta de la antorcha en un recipiente, sumergiendo el trapo que rodeaba la

madera en este, empapándolo en brea, la viscosidad que rodeó el trozo de tela hizo que goteara al extraerlo del recipiente.

—Cierra la puerta y vuelve a colocar la llave en el hueco —susurró Caillen tendiéndosela.

Declan cerró la puerta con cuidado y después introdujo la llave en el pequeño hueco que había en el lado interno de la hoja, mientras el aprendiz acercaba la antorcha a la pequeña llama que salía de la lámpara de aceite, haciendo así que el residuo que había impregnado el tejido comenzara a prender—. Debemos recorrer el pasadizo, hasta llegar a las escaleras que nos llevarán al dormitorio del rey.

—No perdamos tiempo —respondió el soldado.

La estrechez del espacio hizo que caminaran uno detrás de otro. El anaranjado fulgor que desprendía la llama en forma de halo iluminaba el trayecto, apreciando las telarañas que se habían formado en las desproporciones de la pared de piedra áspera, pero, aun con ayuda de la luz, no podían divisar el recorrido que les quedaba. Aquello sorprendió a Declan, pues le asombraba apreciar la facilidad y ligereza con que Caillen seguía el camino.

Entretanto, tras la larga distancia, sombría y gélida, detrás de los muros laberínticos, Freya, acomodada en el trono, golpeaba repetidas veces con las uñas la madera del reposabrazos, mientras sus ojos fijos en la gran puerta esperaban. Había ordenado a sus soldados traer a Belenus ante ella, no se fiaba del viejo druida, pues sabía sus intenciones.

—Mi señora —el soldado, titubeante, caminó hasta el centro de la sala—, el druida no se encuentra en su estudio.

Freya clavó las uñas en la madera al escuchar aquellas palabras, mientras no apartaba la mirada de su portavoz. El hombre, cabizbajo, al saber que aquello defraudaría a su reina, se mantuvo en silencio. Inmóvil y sin atreverse a levantar la mirada, escuchó los fuertes pasos que se acercaban hasta él, y cuando se percató de que Freya pasaba por su lado abandonando la sala, este erguido la siguió.

—Cerrad todas las puertas. Que nadie entre ni salga del castillo —ordenó ella.

∞

La humedad se filtraba a través de las piedras, el pequeño

ventanuco rectangular bloqueado por barrotes aumentaba la sensación de frialdad en el ambiente, y en una esquina acurrucado en las sombras se encontraba el rey. Sin apenas fuerzas, había apoyado todo su peso contra el muro y, sentado sobre el suelo de tierra, se mantenía con los ojos cerrados. A sus oídos llegaban las voces de los soldados que en ese momento hacían su guardia, los murmullos y risas. Pero Gared, demasiado débil, era incapaz de entender lo que decían. Atormentado por la situación en la que se hallaba, se castigaba a sí mismo con la poca consciencia que tenía. Y por ello, sumido en sus pensamientos, no prestó atención al alboroto que se formó tras los travesaños de hierro que le mantenían preso en aquella mazmorra. No tuvo fuerzas ni de abrir los ojos al escuchar la cerradura chirriante a causa de la oxidación, ni tampoco al percibir aquella vieja voz que se acercaba a él.

—Majestad, majestad —dijo Belenus llamándole—, ¿qué os ha hecho?

Con rapidez, el anciano extrajo de su túnica un pequeño frasco de cristal con un líquido en su interior azafranado. Descorchando el pequeño tapón, acercó el bote a los orificios de la nariz del rey, aquel aroma extraño y fuerte subió por las fosas nasales, llevando la esencia amarga y seca hasta sus lagrimales, haciendo que estos se humedecieran por el efecto. Belenus, que mantenía la cabeza de Gared erguida agarrándole de su barbilla, se percató de pequeñas motas de polvo grisáceas posadas en la espesura de su barba. Extrañado, no le hizo falta estudiar aquella sustancia, pues solo con observarle sabía que había sido envenenado.

—Debo sacaros de aquí.

—Me advertiste y no confié en ti. Necesito que encuentres a Eliana y a Caillen, no creo que Freya vaya solo contra mí.

—Primero os sacaré de aquí, debo daros un remedio para eliminar el veneno. Apoyaos en mí.

Con la limitada fuerza que Belenus poseía a causa de su edad, introdujo su brazo por debajo del de Gared para ayudar a levantarle. Este, con cuidado y tambaleándose por la falta de equilibrio, consiguió ponerse en pie, percatándose de la tranquilidad en la que se había sumido la gélida estancia.

—¿Y los soldados? —preguntó el rey, fatigoso.

—Su esposa no es la única que sabe usar las hierbas —respondió

el anciano—. Vamos, debemos salir de aquí. Buscaré al capitán Breogan, nuestros hombres deben detener a los de Freya.

—No está aquí —respondió Gared—. Mandé al ejército de Glenn a Callander en busca de mi hija.

Belenus se detuvo y, mirando a su rey, aquel al que había jurado guiar y seguir, se percató de lo que decían sus ojos, transmitiendo en su mirada pavor e incertidumbre, pues estaban solos.

Dahlia no quería detenerse, su intención era seguir galopando hasta Callander, apenas les quedaban cuatro leguas para llegar. Y su deseo de reunirse con su clan le invadía por dentro, desde que habían entrado en las tierras de Cryturean, todo había estado relativamente calmado, sin contar con el pequeño incidente con los cazadores, pero sabía que tanto Alsvid como Díleas necesitaban parar unas horas.

Por ello, al atardecer, la joven detuvo a su caballo junto al lago Gunneil. Ambos necesitaban refrescarse, e ignorando la presencia de Alec, se acercó a la orilla, bajó la mirada a sus manos, comprobando la suciedad de estas, mezcla del barro y de la sangre ahora seca producida por la pelea. Sumergiéndolas, notó el frescor y, frotando la una contra la otra, pudo apreciar cómo la mugre se desvanecía bajo el agua. Entretanto, el joven cazador, apeándose de Díleas, quitó la carga que el caballo llevaba sobre su lomo y la depositó en el suelo. Observando disimuladamente la espalda y la larga melena rojiza enmarañada de Dahlia, que sin importarle el movimiento que Alec hacía a sus espaldas, se levantó, y tomando asiento junto al tronco de un árbol, en silencio, observó la caída del sol y cómo el claro de luna manchaba con ayuda de las estrellas las aguas negras del lago, dando la sensación de que un trozo de cielo se había desprendido incrustándose en la tierra, rodeado de los árboles que dibujaban su contorno.

Ahora era Alec el que se encontraba junto a la orilla de espaldas a la joven. Se quitó su casaca, rajada a causa de los impactos de las flechas, y, quedándose solo en una fina camisa blanca, observó los agujeros que esta también poseía. Chasqueando la lengua, se deshizo también de la prenda, quedando con el torso desnudo. Dahlia desvió la mirada al comprobar cómo el joven lavaba sus brazos bronceados y las gotas de agua descendían por su musculatura. Sintiendo una mezcla de incomodidad y de nerviosismo en su interior, la joven decidió levantarse y prestar su atención a Alsvid, que pastaba no muy lejos de ella. Comenzó a acariciar la crin del caballo, mientras podía percibir los sonidos del agua al caer, la respiración y los latidos de Alec, el roce al colocarse ropa limpia que había sacado de su alforja y finalmente los pasos que se dirigían hacia ella.

—¿Estás lista para continuar? —preguntó el joven ásperamente.

Ella asintió sin responder y agarró las riendas de Alsvid. Alec la observó y finalmente imitó su gesto, y ajustando la silla de Díleas

montó sobre él.

—No te mentí —añadió Alec, aprovechando la atención de Dahlia mientras esperaba para partir—. Solo quería ayudar, en breve te lo podré explicar todo.

La joven le miró a los ojos, confusa ante sus palabras, observando que los ojos negros del cazador parecían sinceros.

∞

La estrechez del túnel se bifurcaba en otros dos caminos estrechos. Caillen, sin pensarlo, tomó el camino de la derecha, seguido por Declan. El angosto pasillo desencadenaba en una ascendente escalera irregular de piedra, la cual comenzaron a subir. A pesar de estar acostumbrado a recorrer aquel pasadizo en silencio, le era extraño, la sensación de aquella tranquilidad sepulcral solo se perturbaba por el crepitar de la antorcha.

Caillen caminaba con un temor en forma de nudo oprimiendo la boca de su estómago, pues la impresión de intranquilidad y peligro cada vez era más fuerte. Y aquel presentimiento se acrecentó al llegar a la puerta de arco escarzano. Posó su mano en la madera tallada y deslucida por el paso del tiempo, tendió la antorcha a Declan para que la sujetara y acercó su oído con intención de escuchar al otro lado. Sin percibir movimiento alguno, llevó su dedo índice hasta sus labios, indicando silencio al soldado y, con cuidado y quitándole la antorcha, metió esta en el cubo con agua que descansaba junto a la puerta.

Apenas pudieron divisar el humo que desprendió la llama al extinguirse, por la falta de claridad. Con cuidado, Caillen levantó el cierre de hierro y lentamente abrió la puerta. Retiró el tapiz que cubría la entrada, comprobando que la habitación estaba iluminada por la luz de las velas y la lumbre. Extrañado al no encontrar a nadie en la estancia, pues se hallaban en plena noche, dejó caer el tapiz y Declan cerró la puerta tras él. Caillen observó a su alrededor, comprobando que el servicio ya había pasado por allí por la calidez de la estancia; mientras, el soldado, acercándose a la entrada, se aseguraba de vigilarla.

—¿Esperamos? —preguntó Declan en voz baja, sin apartar la mirada de la puerta.

—Deberían de estar en el cuarto —respondió Caillen paseando por la habitación—. Quizá sea mejor esperar en el pasadizo. —Siguió caminando, cuando notó la presencia de un aroma—. ¿Hueles eso?

Declan negó y observó al aprendiz, que guiado por su olfato se acercaba hasta el tocador de madera. Observó los objetos que descansaban sobre él: varios utensilios de aseo, un cepillo, pequeños botes de cristal y un recipiente ambarino descorchado. Con cuidado, cogió el pequeño recipiente y acercando su nariz apreció el aroma, aquella mezcla de azúcar tostada y de resina le resultaba familiar. Caillen miró en su interior y observó la combinación de hierbas aplastadas revueltas con arilos rojizos troceados. Volvió a acercar la nariz al borde del recipiente e inhaló la fragancia.

—Oigo pasos —dijo Declan alarmado.

—Volvamos al pasadizo. —El tono grave de Caillen no pasó desapercibido para Declan, que siguió al joven. Esperó mientras este retiraba el tapiz y cogía una vela del dormitorio—. Ten, para encender la antorcha.

Ambos regresaron al pasadizo. El soldado cogió la antorcha y la encendió, mientras Caillen apesadumbrado apoyaba su espalda contra la fría pared.

—Le está envenenando —murmuró.

—¿Qué había en el recipiente? —preguntó Declan.

—Tejo negro…, era una pequeña dosis. No creo que Freya esté preparando su suicidio, está envenenando al rey.

—¿Cómo es posible?

—Quizá lo haya robado del maestro, pero, aun así, utilizarlo en pequeñas cantidades es tener un sabio manejo de algo que puede ser mortal.

—¿El rey puede estar muerto? —preguntó Declan sobresaltado.

—No lo sé —respondió Caillen desconcertado—. Con la dosis exacta puedes ir debilitando a una persona durante mucho tiempo; provoca desvanecimientos, pérdida de fuerza. Debo hablar con Belenus, es el único que conocerá si hay algún antídoto.

—Tenemos que detener a Freya y encontrar al rey. ¿Crees que puedes llegar hasta Belenus? Debo encontrar al capitán Breogan y hablar con la guardia de Glenn.

Caillen asintió con la mirada perdida mientras por su cabeza

cruzaba la imagen de Eliana. Él mejor que nadie sabía lo desolada que quedaría su prima si también perdía a su padre. Y se torturaría a sí misma al culparse de no haber estado junto a él.

—Caillen, debemos irnos —dijo Declan llamando su atención.

Volvieron a descender las escaleras, esta vez a mayor velocidad, pues no había tiempo que perder. Debían actuar con rapidez y, tanto si el rey seguía con vida como si no, debían detener a Freya.

∞

—Insinuó que habían secuestrado a Eliana, que Callander los tenía recluidos —dijo el rey mientras recorría los pasillos junto a Belenus.

Con lentitud y cerciorándose de no ser vistos, abandonaron las mazmorras. Debían llegar hasta el estudio del anciano, pues tenía que suministrarle un antídoto al rey antes de que estuviera más débil.

—Majestad, la princesa está a salvo. Callander son aliados, no debéis preocuparos por ella, ahora debemos llegar hasta mi estudio y abandonar el castillo.

Siguieron el camino, se detuvieron antes de torcer la esquina, refugiándose tras un saliente. Belenus apoyó al rey contra el muro, mientras él se aseguraba de que estaba despejado. La ausencia de soldados le había alertado, consciente de que Freya sabría de su desaparición de un momento a otro. Agarrando una vez más el brazo del rey, el anciano cargó su peso y retomó el camino, sin sorprenderse, cuando en mitad del recorrido, las fuertes pisadas y el chocar metálico de las armaduras se oyeron a sus espaldas. Sin pretender detenerse, siguió hacia delante, hasta que la figura de Freya junto con varios soldados bloquearon el pasillo.

—Freya —dijo Gared con la voz quebrada—, acaba ya con esto. ¿Qué es lo que quieres?

—Creo que te equivocas de pregunta —respondió la mujer con sorna—. Debí de deshacerme de ti hace mucho tiempo. —Esta vez Freya se dirigió a Belenus.

Acercándose a él, con el mentón alzado, observó al anciano retándole con la mirada.

—¿Por qué hacéis esto? Nuestro rey os dio techo, un hogar. —La

voz de Belenus resonaba en el pasillo—. Le habéis traicionado.

Las carcajadas de Freya erizaron la piel de ambos hombres, mientras ella sonreía.

—Tú, anciano, ¿hablas de traición? Me advirtieron y, aun así, creí que me seríais útil, traicionasteis a Undrell, traicionasteis a vuestro antiguo señor.

—Mi señor había muerto y en Undrell ya no había sitio para mí —explicó Belenus—. ¿Queréis Glenn? ¿Queréis el poder del reino? Dejadnos marchar.

Freya chasqueó la lengua, suspiró y finalmente negó.

—Devolved al rey a las mazmorras y llevad al viejo a su estudio. Debo mantener una conversación privada con él.

Con brusquedad, los soldados agarraron a Gared y a Belenus, llevando a cada hombre en una dirección opuesta. Mientras, Freya seguía al anciano druida a escasa distancia dirigiéndose a su estudio. Cuando un soldado se acercó y le susurró algo al oído, le miró sesgadamente y, mostrando seriedad en su rostro, asintió ante el mensaje de su fiel recluta. Finalizando así la conversación, la mujer siguió hasta el estudio del druida. La información que había recibido no era del todo desafortunada, sus planes habían dado un giro, pero no del todo desencaminado. Pues enterarse de la presencia de Seire y Grane en los límites del bosque solo podía significar que alguien estaba en el castillo.

Los soldados se detuvieron ante la puerta y esperaron a que Belenus la abriera. Echándose a un lado, dejaron que su reina siguiera al anciano cruzando el umbral.

—No os mováis de aquí —ordenó Freya cerrando la puerta.

Belenus se mantuvo junto a su mesa. Entretanto, Freya, con las manos juntas en su regazo, observaba fijamente al anciano.

—Sabía que las runas no mentían —dijo el anciano—. ¿Es una distracción de Kodran en su ataque?

—Quizá, o puede que este sea su ataque —respondió Freya.

—Hice bien alejándolos del castillo, ellos podrán poner fin a esta batalla.

—Oh, ¿eso creéis? —La sonrisa de Freya hizo que Belenus torciera el gesto—. Pensáis que sois buenos cuidando a los hijos de los reinos, pero quizá no me tuvisteis en cuenta. Si piensas que tu querida princesita podrá hacer algo, te equivocas. —Freya dio un paso acercándose al anciano, quien se mantuvo inmóvil ante la actitud amenazante de la mujer—. Nuestra querida Eliana se encontrará bajo el barro, tal y como acabaréis todos vosotros.

Estaba teniendo una pesadilla. Enrollada entre las sábanas, Eliana se encontraba inquieta, con la respiración agitada a causa de la angustia que sufría. En su mente veía la imagen de su padre, subido a las almenas del castillo, justo en el borde. Las punteras de sus zapatos sobresalían del muro de piedra, con apenas un paso caería al vacío. Ella gritaba su nombre, pero él no la escuchaba. Intentaba acercarse a él, pero algo o alguien le impedía moverse. Unas frías manos rodeaban sus brazos y una risa estremecedora acarició su oído. Eliana se despertó sobresaltada, empapada en sudor. Sentía la humedad en las palmas de sus manos, apoyadas sobre el colchón. Mirando a su alrededor, la joven calmó el ritmo acelerado de sus latidos, alargó su brazo hasta la mesita de noche, donde reposaba una jarra con agua y, suspirando, bebió un sorbo para tratar de tranquilizar sus nervios, y volvió a cerrar los ojos llevándose una mano al pecho con intención de volver a acostarse, pero un estruendo proveniente del salón, como si una pieza metálica chocase contra el suelo, llamó su atención.

—¿Nathan? —preguntó la joven.

Al no obtener respuesta, Eliana se levantó, agarró la daga que reposaba en la mesita y se acercó a la puerta, dudó si abrirla o no, pero finalmente decidió hacerlo. Lentamente y con cuidado, giró el manillar. Le costó adaptar su visión a la oscuridad de la estancia, por lo que insistió.

—¿Nathan? —volvió a preguntar.

—¡Chsss! —respondió el joven.

Eliana siguió el sonido, encontrándose con Nathan junto a la puerta, que, agachado tras esta, empuñaba el acero en su mano izquierda, pues al luchar con espada era más hábil con esta.

Confusa, le miró extrañada; él, llevando su dedo índice a la boca, le indicó que se mantuviera en silencio. Después, con un leve gesto de cabeza, señaló la ventana. Pegando su cuerpo a la pared, Eliana vio a través del cristal varias figuras moviéndose en el exterior. Nerviosa, se aferró a su daga, que la sostuvo en alto. A su vez, ojeando a su alrededor, alcanzó a coger con la otra mano el atizador que colgaba del muro de la chimenea para utilizarlo como defensa.

Colocándose en posición, ambos apuntaban hacia la puerta que aún permanecía cerrada. Cuando poco a poco el pomo comenzó a

girar, Eliana mantuvo la respiración como reflejo causado por los nervios. La puerta se abrió, la escasa luz del exterior iluminó la figura del hombre que lucía armadura. Nathan atacó al soldado por la espalda, a lo que este sintiendo la presencia del joven se giró, bloqueando son su espada la agresión. El cruce del acero fue aumentando su velocidad, mientras ambos luchaban moviéndose por el salón.

Eliana, desde su posición, contemplaba el combate, cuando percibió la entrada de dos soldados más. Intentando desviar la atención del dolor que sentía en su pierna, la joven, elevando el atizador, arremetió contra uno de los soldados que se dirigían hacia Nathan, mientras este, ajeno a los recién llegados, clavaba el filo de su espada en el muslo de su contrincante, a la par que Eliana trataba de eludir los golpes de su rival.

El tercer soldado, consciente de cuál era su objetivo, intentó atacar a la princesa, con la mala fortuna de toparse con el cuerpo de Nathan, que empujó al corpulento hombre contra la mesa. Aquello desestabilizó a Eliana, haciendo que perdiese el equilibrio y se tambalease hasta sentir cómo el acero rasgaba la manga de su camisa. Aliviada de que hubiera fallado, volvió a bloquear la espada con el atizador mientras con la otra mano alcanzaba el costado de su agresor y clavaba sin miramientos la punta de su daga.

El grito ahogado del soldado atravesó sus oídos, la sangre comenzó a brotar mientras Eliana extraía el arma. Con el temblor invadiendo todo su cuerpo, observó cómo aquel hombre caía de rodillas, con sus ojos fijos en ella. Un nudo se había formado en su garganta y, retirándose hacia atrás, como si temiera que su opresor la alcanzase, dejó que cayera al suelo.

Horrorizada, soltó el atizador y se agarró al respaldo de una silla, pues sentía que podía desvanecerse al perder sus fuerzas. Pero el sonido de cristales rompiéndose a sus espaldas hizo que se girase, contemplando la imagen.

Nathan había empujado al tercer soldado contra la ventana, que al choque con la armadura había fragmentado el cristal. Pero su anterior oponente, al cual había herido en la pierna, se abalanzó sobre él agarrándole por la espalda. El joven, intentando zafarse, se sintió acorralado por ambos soldados, a lo que Eliana, situada en el lado opuesto del salón, que aún mantenía su daga en la mano, situó las yemas de los dedos en la fina punta del acero, y, fijando su mirada en el soldado que alzaba su espada para atacar a Nathan, giró su muñeca

y lanzó la daga contra él, clavándola en su garganta.

Aquello paralizó los movimientos de todos, que miraron a Eliana. En ese momento Nathan, aprovechando el descuido del último soldado, que le agarraba por los hombros, le propinó un codazo y finalmente clavó su espada en el estómago.

Los dos se miraron en silencio, mientras los cuerpos inertes yacían a su alrededor. La sangre recorría los tablones, manchando el suelo de la estancia. El destrozo del salón les rodeaba, trozos de cristales, muebles desplazados, caídos por toda la cabaña.

—Alec tenía razón —dijo finalmente Eliana, intentando desviar la mirada de aquellos hombres—. Son soldados de Freya —afirmó.

—Esperemos que sean los únicos —respondió Nathan abriendo la puerta. El joven se asomó al porche y observó a su alrededor para cerciorarse de que no había nadie más en el exterior—. Será mejor que me deshaga de los cuerpos antes de que amanezca.

—Te ayudaré. Al fin y al cabo, esto es culpa mía.

Nathan miró a la princesa, su rostro compungido, esforzándose por ser fuerte. Sabía que la joven necesitaba sentarse y tranquilizarse, pero sería incapaz y se obcecaría en ayudarle, por lo que, asintiendo, abrió la puerta de par en par.

—Traeré la carreta, lo mejor será llevarlos al bosque. Espérame.

Eliana asintió y observó cómo Nathan desaparecía en el exterior. Situada de pie en el centro del cuarto, levantó la mirada al techo; sintiendo cómo las piernas comenzaban a temblarle, apoyó sus manos para mantenerse estable y, mordiéndose el labio, contuvo las ganas de derrumbarse. El incidente no podía desviarla de su preocupación, aún no había recibido noticias de Caillen, no sabía lo que estaba ocurriendo en Glenn.

∞

—¿Crees que puede haber alguien? —preguntó Declan, situado a la espalda de Caillen, que negó como respuesta.

—Dudo de que Freya sienta devoción por la realeza de Glenn.

Caillen levantó el cerrojo y empujó la puerta. Una corriente fría salió del interior. Ambos esperaron, debían asegurarse antes de entrar

de que no habría nadie. Con cuidado y empuñando sus respectivas armas, accedieron a la cripta.

Caminaron entre los sepulcros. Sumidos en el silencio, contemplaban las figuras de mármol que petrificadas vigilaban su hogar. Cuando Caillen pasó junto a la tumba de su padre, inevitablemente se detuvo. El joven posó su mano en el frío mármol, mientras Declan, quien no se había percatado de la demora del aprendiz, se situó junto a la puerta.

—Creo que está despejado —aseguró intentando percibir algún sonido del pasillo exterior. Al no obtener respuesta, el soldado se giró y contempló a Caillen.

El joven suspiró ante la imagen esculpida de Rowan y colocó su mano sobre las suyas, que entrelazadas sujetaban la talla de su espada. Deseando que él estuviera allí, cerró los ojos y habló con él, pidiéndole que allá donde él estuviera le ayudara. Volvió a abrir los ojos y los fijó en sus propios dedos, que, por casualidad o destino, estaban alineados perfectamente con los de su padre. Se fijó en la empuñadura de la espada, y luego llevó su mirada hasta el báculo.

—¿Caillen? —llamó Declan, sin querer acercarse, pues sabía que necesitaba intimidad.

—Voy —respondió sin apartar la mirada del sepulcro.

Fue entonces cuando sus ojos se desviaron un instante por el brillo de la piedra. Aquella piedra morada en forma de lágrima, con vetas blancas que tantas veces había visto, siempre le llamó la atención; había leído las propiedades de la piedra de charoita, pues esta otorgaba protección, guiando a aquel que la poseyera. Volvió a fijarse en la forma, y algo llamó aún más su atención, le resultaba familiar. Y, mirando la empuñadura del bastón, comprobó que aquel hueco en forma de lágrima, la forma en que las ramas de espinas se cruzaban, dejaba el espacio perfecto para la piedra.

–Un momento —pidió.

Caillen desenvainó la cimitarra de su báculo y con la punta desincrustó la piedra. En cualquier otra circunstancia no lo habría hecho, pero en aquel momento sabía que la necesitaba, al igual que estaba seguro de que su padre estaría de acuerdo.

Con cuidado, colocó la piedra en el agujero, encajando perfectamente, como si Nathan hubiera realizado aquel hueco

destinado para ella.

Llegó hasta Declan, que estaba preparado para abrir la puerta. Lentamente abrió la hoja y salió al pasillo, que, iluminado por las antorchas, se encontraba en calma.

—Iré en busca del capitán Breogan, y llegaremos hasta el rey. Tú debes encontrar a Belenus. Nos reuniremos en la puerta del pasadizo junto al lago.

—¿Y si nos pasa algo a alguno de los dos? —preguntó Caillen intranquilo.

—Si cuando llegues yo no estoy, busca a Seire y cabalga de vuelta a la cabaña. Significará que necesitaremos ayuda de fuera para salvar Glenn —respondió Declan.

Caillen asintió y sin atrasarlo más caminó por el largo pasillo, dejando a Declan continuar por una bifurcación que le llevaría hasta la zona de entrenamiento en el exterior. Ahora que el joven aprendiz caminaba solo, asegurándose de no cruzarse con nadie, se sentía un extraño entre aquellas paredes que habían sido su hogar. Se sorprendió ante la tranquilidad, ningún tipo de vigilancia, ningún ruido indicándole que alguien anduviera cerca. Torció a la derecha y se detuvo, al final del recorrido situado a mano izquierda se encontraba el estudio de Belenus. Cerciorándose de que ningún soldado custodiara la puerta, caminó apretando con fuerza el báculo hasta llegar a ella, y con cuidado la abrió. No le hizo falta entrar, no necesitó que sus ojos se adaptaran a la escasa luz de la estancia, su mirada quedó petrificada, horrorizada al contemplar el cuerpo de su maestro echado sobre la mesa. Con premura, Caillen se acercó a él.

—¿Maestro? Maestro, ¿qué os ha pasado?

—Muchacho —respondió el anciano sin apenas fuerzas mientras un hilo de sangre salía de su boca—, ten cuidado. Ella te encontrará…

Caillen apoyó el báculo sobre la mesa y con delicadeza incorporó a su maestro. Al levantarlo y ayudarlo a apoyar su espalda en el respaldo de la silla, comprobó que el anciano tenía un puñal clavado a la altura de los pulmones.

—Se pondrá bien…, por favor, no me deje —suplicó el joven, mientras con manos temblorosas cogía un trapo y presionaba la herida —. Solo dígame lo que tengo que hacer, por favor, Belenus.

—Muchacho, ten cuidado.

—No, Belenus, no, por favor, solo dígame —pidió con voz temblorosa—. Dígame qué puedo hacer.

Sin poder evitar la agitación de sus manos, siguió presionando la herida, mientras con la mirada buscaba a su alrededor. Pero el intento del anciano por responder solo hizo que tosiera bruscamente, expulsando la sangre que estaba invadiendo sus pulmones. Caillen cerró los ojos, oprimiendo las lágrimas que amenazaban con caer. Dejó de apretar la herida con sus manos manchadas de sangre y, con la ayuda de un pañuelo, limpió la boca del que durante tantos años había sido su mentor.

Cogió la capa que descansaba sobre una silla y cubrió el cuerpo inerte del anciano. La rabia y desconsuelo por la pérdida hicieron que Caillen apretara los dientes con vigor, golpeando la mesa a causa del enojo. El temblor hizo que el bote que descansaba sobre la mesa vibrara llamando su atención. Era el tarro de tejo negro, pero estaba lleno. Extrañado al pensar que Freya habría usado las dosis que el maestro tenía para envenenar al rey, contempló el frasco con detenimiento, cuando un sonido a su espalda le sobresaltó.

En la puerta, un soldado había desenvainado su espada y se preparaba para atacarle, se abalanzó sobre Caillen, quien estuvo a punto de no poder bloquear el golpe, notó cómo perdía la fuerza con la que se aferraba al báculo, pues el agarre era muy flojo. El soldado levantó la espada, sujetando la empuñadura sobre su cabeza, y con potencia volvió a intentar otro ataque, aquel gesto le dio a Caillen el tiempo necesario para corregir su postura y asegurar su estabilidad con el bastón, sosteniéndolo con más firmeza. El choque entre ambos provocó un sonido estrepitoso, haciendo que el báculo comenzara a palpitar. Sorprendido ante aquella reacción, pudo percibir una leve aureola alrededor de su arma.

Mientras, el soldado, incansable al ver el despiste del joven, le golpeó con el puño el rostro, haciendo que Caillen perdiera el equilibro y cayera de rodillas al suelo. Su oponente volvió a levantar el acero al ver que el muchacho se encontraba en desventaja, pero al bajar la espada para clavarla sobre la cabeza del aprendiz notó un limpio pinchazo que hizo que se paralizara. La hoja de la cimitarra de Caillen había perforado la armadura y la piel del estómago del soldado, que dejó caer su arma al permanecer inmóvil. La espada golpeó el suelo y Caillen sintió cómo al caer el filo de la hoja rozaba el brazo.

Agotado, apoyó su espalda contra la pata de la mesa, mientras contemplaba el cuerpo inerte del soldado y con una mano tapaba el corte que la espada le había provocado. Jadeando, a causa de la alteración, colocó sus manos sobre sus rodillas, intentando tranquilizarse. Sabía que debía reponerse, por lo que, aferrándose a las pocas fuerzas que le quedaban, se levantó y, girándose hacia su maestro, agarró el tarro de tejo negro que tenía junto a él.

—No le defraudaré —dijo Caillen, sosteniendo el frasco con fuerza.

Comenzó a sacar los utensilios necesarios, pues debía preparar un antídoto para el rey.

Fuera de la cabaña reinaba el silencio, una calma vacía, ni el murmullo del viento silbando entre las ramas, ni las herramientas que permanecían colgadas en el taller, inmóviles, emitían sonido alguno. El cuerpo pesado del último soldado cayó sobre la carreta haciendo que tambaleara. Ni siquiera aquello perturbó la tranquilidad del ambiente.

Habían portado los cadáveres entre los dos, sin decir ni una palabra. Amontonados sobre los tablones de madera astillada, descansaban los partidarios de Freya. Eliana se giró dando la espalda, evitando contemplar el desenlace en el que había concluido el incidente. Contemplando el rastro de sangre que recorría el camino desde la entrada hasta el lateral de la vivienda, se acercó al taller de Nathan y, agarrando un cubo de agua, comenzó a verterlo sobre ella. El fluido rubescente recorrió los tablones de madera, finalizando en el suelo de tierra humedeciéndola.

—Si se seca, permanecerá la mancha —dijo Eliana sin mirar a Nathan.

—Puedes quedarte aquí —respondió el joven contemplando la espalda de la princesa—. Puedo encargarme de esto.

—No, iré contigo. Con mi ayuda acabarás antes —aseguró la joven dejando el cubo a un lado. No quería confesar que, en aquel momento, se sentía aterrada, y la idea de quedarse sola en la cabaña le horrorizaba aún más.

Nathan echó un par de palas en la carreta y, tras asegurar las riendas que sujetaban a su caballo a esta y ajustar su arco al pecho, subió. Mientras, Eliana hacía lo mismo por el otro lado.

—Ten. —Nathan tendió un pequeño quinqué de hojalata a la joven, que sujetándolo del asa lo alzó para iluminarles el camino.

Moviendo las riendas, indicó al caballo que echara a andar. A paso lento, la carreta se alejaba de la cabaña en dirección al bosque Trebell. El traqueteo de las ruedas sobre la tierra aumentaba con las pequeñas piedras que obstaculizaban el camino. Con la mano sobre su regazo, Eliana apretaba el tejido de la ropa entre sus dedos mientras contemplaba el cielo estrellado. Nathan abrió y cerró la boca varias veces, sin saber qué decir. Podía sentir la tensión y la incomodidad de Eliana. A pesar de que para él también era la primera vez en matar a

alguien, acostumbrado a la caza y alguna que otra disputa, no se sentía perturbado, pero podía notar que la joven princesa se estaba martirizando. Desvió la mirada y contempló cómo apretaba el puño arrugando la tela de sus pantalones y, en un intento de controlar su respiración y los latidos de su corazón, pudo apreciar cómo con el leve movimiento de sus labios contaba lentamente para tranquilizarse.

A ambos lados del camino, las oscuras siluetas de los altos árboles dibujaban las sombras que manchaban de negro el azul intenso del cielo. El recorrido era corto, por lo que Eliana se sorprendió cuando Nathan detuvo la carreta en el límite a la entrada del bosque.

—¿Por qué paras? —preguntó desconcertada—. ¿Pretendes dejarlos aquí?

—No podemos entrar con la carreta, el terreno es irregular. Tendremos que dar tres viajes —aclaró Nathan bajando del carro.

Desatando las riendas que amarraban el caballo al listón de madera, le guio hasta la parte trasera. Después, agarrando con ambas manos los tobillos de uno de los soldados, tiró de él con facilidad, y con un impulso colocó el cuerpo sobre el lomo del corcel. Todo esto bajo la atenta mirada de Eliana, que le observaba como si acabase de colocar un saco de harina sobre el caballo.

—Tranquila, no nos adentraremos demasiado. Asegúrate de que la luz no se apague.

La joven, que permanecía con el quinqué en alto, asintió y comenzó a andar tras él. Enseguida, se encontraron rodeados de árboles. Cada dos pasos tenían que alzar bien los pies, sorteando las raíces y montículos que había en el suelo con cuidado de no tropezar, pues la única luz que penetraba en el bosque era la del candil. Podía apreciarse un murmullo, que antes era inexistente. Desde que habían cruzado la línea donde comenzaba el bosque, se escuchaba el viento, los susurros que arrastraba llegando hasta sus oídos daba la sensación de que estos le hablaban. Y entonces recordó la vez que se adentraron en el bosque. El mismo día que conocieron a Nathan, y el momento en que se encontraron con el lobo de Vánagandr. En aquel instante, todas las historias sobre el bosque Trebell pasaron por la mente de la joven, preguntándose qué más sería real, con qué clase de criatura se podrían cruzar. Pues no estaba preparada, y menos aún después de lo que había pasado aquella noche. Comenzaba a experimentar una sensación extraña, cómo la oscuridad la envolvía, cómo se cernía sobre ella, y sentía que aquel candil encendido que alumbraba el camino se iba

haciendo cada vez más pequeño y la luz de la luna, esa que debería iluminar este bosque sombrío, era obstaculizada por las copas de los árboles. Entonces Eliana comenzó a sentir las gotas de sudor caer por su frente, cómo su pulso iba acelerándose, se estaba mareando.

—Eliana, ¿estás bien?

Durante un instante, su visión se había nublado. Parpadeó un par de veces y enfocando encontró el rostro de Nathan, que le miraba preocupado. Ya no sostenía el quinqué, ahora era él quien lo mantenía en alto, iluminando su cara, mientras con la otra mano sujetaba el brazo de la joven.

—Por un momento, pensé que ibas a desmayarte —aseguró con el ceño fruncido.

La joven negó y, recuperando la compostura, aliviada al percibir que el malestar se iba desvaneciendo, respiró hondo.

—Estoy bien —consiguió decir.

Nathan dudó y estudió el rostro de Eliana. Finalmente, al comprobar que el rubor volvía a sus mejillas, asintió y, tendiéndole el quinqué de nuevo, se giró.

—Los enterraremos aquí. No debemos adentrarnos más —dijo el herrero dejando el cuerpo sobre la tierra—. Traeremos a los otros.

Eliana caminó junto a Nathan en silencio. Tardaron bastante tiempo en trasladar los cuerpos de los soldados. Una vez con los cadáveres depositados sobre la tierra, el joven tendió una pala a la princesa y ambos empezaron a cavar. Con vigor incrustó la punta, sintiendo que no ejercía la presión suficiente y, al ver cómo Nathan con facilidad excavaba y amontonaba tierra a un lado, pisó con fuerza, haciendo que el hierro se hundiese aún más en la tierra y, presionando, agarrando con viveza el mango extrajo un puñado de tierra que echó al montón que Nathan había comenzado. Junto a la tenue luz del quinqué siguieron cavando en silencio; debían hacer la fosa lo suficiente profunda para poder enterrar los tres cuerpos. Eliana seguía inmersa en su tarea, sintiendo cómo los brazos comenzaban a cargarse, a causa del brío con el que la joven estaba ahondando en la tierra, cuando un crujido no muy lejos de ellos alertó a Nathan, que, deteniéndose, agarró la pala.

—Apaga la luz —exigió en un susurro mientras se acercaba a ella.

La joven, desconcertada, le miró, pero, al ver el rostro serio y alarmado, apagó el quinqué y, agarrando la pala, se quedó quieta.

—Ven.

Agarrando su brazo, tiró de ella y, pegando su espalda al tronco de un árbol, rodeó el cuerpo de Eliana con la pala y, colocándole un dedo en la boca, le indicó que se mantuviera en silencio. Paralizada, no solo por la presión de los brazos de Nathan rodeándola, sino por la situación, pues los crujidos que el joven herrero había escuchado previamente fueron acercándose más a ellos y haciéndose más notables. Fuertes y pesadas pisadas que arrastraban la tierra se aproximaban a ellos. Mirando de soslayo, intentando ver algo, Eliana vislumbró una alta figura, desgarbada, oscura; arrastraba los brazos, que sobrepasaban sus rodillas voluminosas. La silueta, con anchos y cortos colmillos que sobresalían de la mandíbula inferior, emitió un gañido. Intentando mantener la calma, la joven notó un leve olor a azufre, que poco a poco se hacía más intenso invadiendo sus fosas nasales. Aguantando las náuseas que aquello le producía, se movió inquieta al sentir la presencia de aquel ser que tenía tan cerca y que cada vez se acercaba más. Nathan, al percatarse del movimiento de la joven, pegó sus labios al oído de esta.

—¡Chsss! —le susurró tranquilizador el joven al oído—. No te muevas.

Eliana asintió levemente y se quedó quieta.

El sonido de cristales rotos tras una zancada les dio a entender que el quinqué se había roto. El arrastre de la tierra y hojas dio paso a fuertes golpes secos, jadeos, mezclados con una fuerte respiración. Otro golpe violento seguido de un crujido, algo desgarrándose, gotas esporádicas contra el suelo. La joven apretó los ojos, intentando evadirse de aquellos sonidos tan desagradables que describían lo que estaba sucediendo. Un gruñido y un mordisco, el ser que se encontraba tras su escondite devoraba con ansia los cuerpos. Evadiéndose de una imagen que cada vez se formaba más clara en su mente, abrió los ojos elevando la mirada al cielo, cuando unos puntos de luz azul, parpadeantes, descendían de entre las copas de los árboles. Mientras, el sonido desagradable de aquella criatura que devoraba sin piedad a los soldados seguía resonando en sus oídos. Eliana se fijó en las luminiscencias que se movían con saltos entre las ramas. Llegando hasta ellos, notó que una de las bolas quedó flotando frente a su rostro, pudiendo apreciar las llamas azul cobalto que bailaban alrededor de un fuego blanquecino casi incoloro. Durante

unos segundos, sintió que aquel ser esférico la observaba, la estudiaba y, sin acercarse más, se retiró dirigiéndose hacia donde estaba antes la criatura, el otro ser habitante del bosque que se había deleitado con su manjar tan inesperado.

La fragancia a azufre se desvanecía y el sonido del arrastre de los pies indicaba que se alejaba. Eliana sintió cómo Nathan relajó el cuerpo, y quitándose aquella presión de encima notó que volvía a respirar. Con cautela, ambos se asomaron para contemplar el lugar, el montículo de arena ya no estaba, los trozos del quinqué se encontraban esparcidos junto a una sustancia viscosa y extraña procedente de lo que antes habían sido los soldados que Eliana evitó mirar. Contemplando la profundidad del bosque, la lejanía de los árboles, vislumbró el punto de luz que parecía seguir a aquel ser que había arrasado con los cuerpos.

—Será mejor que nos vayamos —indicó Nathan dando la vuelta.

—¿Qué era eso? —preguntó la joven con un fino hilo de voz.

—Un turiaid —respondió Nathan.

—¿Un qué?

—Una raza de trol, la única que habita en el bosque, el resto de las razas se asentaron más allá de los reinos.

—Se los ha comido —añadió Eliana con rechazo en la voz—. Nunca había leído sobre los turi…

—Turiaid —concluyó el joven—. Son carroñeros, rastrean el olor de los cadáveres, por eso no quería adentrarme más en el bosque. Es raro ver uno cerca de los límites, pero tampoco puedes fiarte, se venden al mejor postor.

Eliana caminó tras él en silencio mientras se dirigían hacia la carreta.

—¿Y la luz? —volvió a preguntar la joven, que, a pesar de haber leído sus libros en la sala de lectura, encerrada entre los muros del castillo, cada vez tenía más claro que desconocía el mundo en el que vivía.

—Fuego fatuo, te hablé de él, ¿recuerdas? —dijo Nathan.

Esta vez la miró, y Eliana asintió.

—Tenía la sensación de que me observaba.

—Es un engaño, son entes del bosque, estando cerca un turiaid te aseguro que, si hubieras seguido la luz, te habría llevado hasta él. Me costó práctica aprender a cazarlos y no acabar en las garras de alguna criatura.

Aliviada de ver la carreta al fondo, a las afueras del bosque, la joven princesa caminó tras él rogando no encontrarse con más incidentes, pues aquella noche había sido interminable. Percatándose de la duración de la oscuridad y sabiendo que había arrebatado tiempo de luz, apreció el aviso, pues aquello solo anunciaba el cambio a los reinos, pues llegó el momento en que los días se acortaban y las noches se alargaban, y aquello solo podía significar que se adentraban en la mitad más oscura del año.

∞

Cubierta por una leve bruma, que daba paso al amanecer, se alzaba su hogar. Rodeada de abedules blancos, entre las ramas y raíces grises se entrelazaba la grandiosa construcción de las viviendas escalonadas, techadas por cúpulas, conectadas por estrechos puentes colgantes. La ciudad era un brillo entre el tono esmeralda de la vegetación. El sonido del agua proveniente de las cascadas envolvía el ambiente y, a pesar de ese murmullo, el entorno se encontraba vacío. Bajo un silencio que le erizó la piel.

—Callander —murmuró Dahlia.

Con Alsvid y Díleas detenidos, observaron lo que parecía una ciudad espectral.

La joven elfa, incitando a su caballo, palmeó su lomo para que echara a andar, con paso lento. Seguida por Alec, miraba a su alrededor en busca de un rostro conocido, aguzó el oído, aunque sin éxito alguno, pues la quietud del lugar era absorbente. Con el corazón en un puño, pues era la primera vez que había pasado tanto tiempo lejos de casa, Dahlia contemplaba su alrededor, el paisaje idílico que comenzaba a brillar bajo los rayos de la luz del sol. El joven cazador, que no había dicho nada en el trayecto del viaje desde el lago Gunneil, observaba a Dahlia, pudiendo notar la inquietud de la elfa, que repetidas veces miraba su entorno. Se encaminaron hacia la edificación central siguiendo el camino surcado en la hierba. Al llegar a un arco de piedra, cubierto de raíces blancas que ejercía como entrada a una escalinata que comunicaba con un puente, Dahlia se

detuvo y, descendiendo de Alsvid, se dirigió a cruzarlo. Alec imitó a la joven, dejando a Díleas junto al corcel blanco, cuando al pasar bajo el arco se detuvo, observando una inscripción que había grabada en la piedra.

—*Barn äv traerner* —murmuró Dahlia, que al ver al joven parado bajo el arco había retrocedido.

—¿Qué significa? —preguntó Alec observando a la joven, que seguía con la mirada fija en la inscripción.

—Hijos de los árboles. —Podía apreciar el afecto que Dahlia sentía en aquellas palabras—. Es nuestro origen.

Finalmente, echó a andar dejando a Alec detrás, que murmuró:

—*Barn äv traerner.*

Tras subir la pequeña escalinata, cruzaron el blanco puente de madera. La ciudad seguía en silencio, cubierta por el susurro de las corrientes que viajaban por el río bajo la edificación. Se adentraron en el edificio central, traspasando los arcos ojivales que ejercían de puertas, conectando la gran estancia con el exterior, dejando así pasar la luz que complementaba la iluminación con los rayos que se filtraban entre las rendijas de la cúpula. Los pasos de ambos hicieron eco en aquel amplio patio interior que, junto al chapoteo de la fuente central y los latidos de Dahlia, le impedían concentrarse para escuchar. Deteniéndose esperó y aguzando el oído para concentrarse, con celeridad se giró hacia un hueco en la pared lateral, donde podían apreciarse los primeros escalones de una escalerilla de cuarzo blanco. Estaba escuchando unos pasos que descendían veloces. La elfa no apartaba la mirada sin pestañear. Alec, ajeno a aquellos pasos, contemplaba la preciosa fuente y con la mirada seguía las hendiduras que salían de debajo de aquella piedra cilíndrica; y recorriendo el suelo del patio, el agua viajaba por esas fisuras, como si fueran finos hilos brillantes.

—Madre —dijo Dahlia esperanzada.

Alec se giró y examinó la imagen esbelta de una mujer con el pelo largo y rojizo, parecía un manto de seda que caía por sus hombros, con finos rasgos que marcaban su tez pálida y los grandes ojos verdes oscuros que observaban a su hija. Moviéndose con finura y delicadeza, como si fuera una pluma, se acercó hasta Dahlia y le tendió los brazos.

—Dahlia, hija mía, has regresado.

Ambas mujeres se fundieron en un tierno abrazo, mientras el cazador las observaba en silencio.

—¿Dónde está padre? —preguntó Dahlia con premura—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Aún no ha regresado, pero tranquila, Kodran no llegó a invadir Cryturean —respondió su madre, que con dulzura retiró un mechón de pelo del rostro de su hija colocándolo detrás de su oreja—. Me alegro de que estés bien.

Alec había oído hablar de la belleza de Eyra, la mujer de Darian, pero al tenerla enfrente supo de dónde había heredado Dahlia aquella belleza tan hipnotizadora. Entonces sintió cómo sus ojos se cruzaban con los de la mujer.

—Acompañadme, os explicaré todo —ordenó Eyra.

Volviendo sus pasos, los tres se encaminaron hacia el piso superior.

29

Ajustó el trozo de lino que había enrollado alrededor de su brazo para cubrir el corte producido por la espada, ahora ya apenas sangraba, pero podía sentir el escozor en la herida. Caillen abrió la puerta del pasadizo, la luz del sol le cegaba, por lo que tuvo que llevarse la mano a los ojos para así poder evitar los rayos y conseguir vislumbrar el espacio. Contemplando a su alrededor, intentó divisar a Declan, pero no fue así. Entonces se apoyó en el muro, junto a la entrada, para mantener la puerta entreabierta y aguardar paciente la llegada del joven soldado.

Se mantuvo a la espera, mientras volvía a ajustar la venda del brazo al sentir que se aflojaba. Con el rostro cansado, se frotó la nunca, sin poder quitarse de la mente la imagen de su maestro tendido sobre la mesa del estudio. Le había supuesto un gran esfuerzo abandonarlo allí. Tampoco había tenido unos minutos para asimilar la pérdida, pero la adrenalina del momento había ejercido como bloqueo en su mente, y la necesidad de terminar con todo lo que estaba ocurriendo en Glenn le impedía dedicarle ese instante de armonía, de sosiego, que necesitaba.

Asomó su rostro para vigilar el camino que recorría el muro del castillo, a la espera de vislumbrar la llegada de Declan, pero todo parecía en calma. Alzó la vista hacia las almenas, comprobando que no había ningún guardia que vigilase la fortaleza en aquel lateral. Aquello extrañó a Caillen y recordó las palabras del soldado: «Si cuando llegues yo no estoy, busca a Seire y cabalga de vuelta a la cabaña. Significará que necesitaremos ayuda de fuera para salvar Glenn», había ordenado.

Girándose, esta vez en dirección hacia la arboleda, se preguntó si Seire o Grane andarían cerca. Dudando sobre qué hacer, alternó la mirada en ambas direcciones.

—Vamos, Declan —susurró el joven, impaciente.

Hecho un manojo de nervios, finalmente siguió sus instintos y, resoplando, se aferró con fuerza a su báculo, decidiendo ir en su busca. Asegurándose de no llamar la atención, recorrió el muro del castillo arrimándose a él, pues, a pesar de no haber visto ningún guardia en las almenas, temía ser descubierto y, sabiendo que Declan estaría en desacuerdo con su decisión, no quiso darle más vueltas, pues en la mente de Caillen mancharse de Glenn, dejándole allí, no

era una opción. Doblando la esquina del muro, pudo ver los campos de entrenamiento, también desiertos. Cada vez le extrañaba más aquella sensación que le invadía, contemplando aquel lugar deshabitado.

De repente, escuchó pisadas lejanas que caminaban en su dirección. Vacilante, dudó durante un instante y, finalmente acercándose a una de las estructuras de madera donde descansaban los escudos y armaduras, se agachó ocultándose tras ella. Por una pequeña rendija, creada por dos tablones de madera, Caillen vio unos pies que andaban con premura. Subió la vista y se alivió al ver a Declan con el rostro serio dirigiéndose hacia él. Fue entonces cuando el joven aprendiz fue a desvelar su posición, cuando el soldado se desplomó en el suelo, tras recibir un golpe en la espalda. Caillen, con la respiración agitada, volvió a ocultarse y observó cómo dos soldados, agarrando cada uno de un brazo a Declan, se lo llevaban a rastras por el patio.

—Mierda —susurró Caillen paralizado, percatándose de que ahora se encontraba solo.

∞

Era una sala alargada y blanca, con altas columnas en los laterales, recubiertas de raíces blancas. Grandes arcos ejercían de ventanales, dejando paso a la brisa y la luz del exterior. Una imagen colorida en la que los rayos anaranjados del sol bañaban el verde esmeralda de los prados y de las inmediaciones de la ciudad. Dos sillas de madera blanca, con altos respaldos presidían la sala; en cada lateral tres sillas del mismo material, pero de menor tamaño, permanecían a la espera de ser ocupadas. Eyra tomó asiento en una de las sillas principales. Mientras, Dahlia y Alec se mantuvieron de pie, colocados en el centro de la U.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dahlia insistente.

—Tu padre y el consejo viajaron por las tierras de Cryturean en busca de Kodran. Han reunido a los clanes y estamos a la espera de su llegada —respondió Eyra, transmitiendo sosiego en su voz.

—Pero ¿y la seguridad de Callander? Padre dijo que corríamos peligro, mi viaje a Glenn.

—Cuando tu padre te mandó a Glenn para avisar del ataque, él reunió a los clanes —interrumpió Eyra a su hija, al ver el desconcierto en su rostro—. Tras viajar por las tierras y comprobar los mensajes de

amenaza, llegaron a la conclusión de que eran erróneos.

—Pero no puede ser, los alcedinos… solo envían los mensajes transmitidos por nosotros —aclaró Dahlia.

—Quisieron llegar al fondo del asunto y recorrieron las tierras de Cryturean en busca de una amenaza —continuó su madre.

—¿Y nadie pudo avisarme? He viajado, he corrido peligro —interrumpió la joven.

—No sabía dónde te había llevado tu viaje. —La grave voz de Darian sonó a sus espaldas.

Dahlia y Alec se giraron al contemplar la esbelta figura de Darian de Callander en la puerta de la sala, acompañado por varios elfos. El rostro marcado por sus finos rasgos, con su larga melena blanquecina y los ojos azul pálido como el hielo posados en ellos.

—Padre…

—Me alegro de que estés en casa —añadió su padre, extendiendo los brazos para recibir a su hija.

∞

Apenas podía ver, su visión era borrosa y los párpados le pesaban. Sentía cómo era arrastrado, tirando de él hasta que en un instante su rostro tocó la arenilla que cubría las losas de piedra del suelo. En un intento de levantarse, apoyó las palmas de las manos y abrió los ojos, pero fue inútil, volvió a sentir una presión en sus hombros que con fuerza le impedía moverse. El ruido metálico llegó hasta sus oídos, pero era incapaz de ver lo que ocurría a su alrededor. Percibió cómo le despojaban de su espada al quitarle el cinturón de cuero. Tratando de averiguar dónde se hallaba, Declan movió su cabeza, buscando un punto que le sirviera como referencia. Mientras, seguía escuchando movimiento a su alrededor. Fue entonces cuando vislumbró los barrotes, en ese instante supo que se encontraba en las mazmorras.

—¡Sujétalo! —ordenó una voz en tono desagradable.

El mentón de Declan golpeó con brusquedad contra al suelo, al sentir la pisada de una bota sobre su espalda. Fueron escasos segundos los que los soldados tardaron en cogerlo de los brazos y alzarlo. Con las carentes fuerzas que tenía, intentó zafarse de su agarre, resultando inútil, pues lo único que consiguió el soldado fue recibir un puñetazo

en el estómago que le cortó la respiración. Encorvado, a causa del dolor, no pudo evitar que los guardias le amarrasen con fuerza de las muñecas, con ayuda de los grilletes, dejando su cuerpo en el aire, donde apenas podía rozar el suelo con la punta de las botas.

—Tendrás que rendirle cuentas a tu reina —dijo otra vez el soldado en tono jocoso.

—¿Qué reina? —preguntó Declan desafiante, mirando a ambos guardias.

El más fornido de los dos golpeó la mandíbula de Declan, que notó el líquido caliente invadiendo su boca. El sabor a hierro que desprendía su sangre hizo que escupiera. Con ira en los ojos, el soldado levantó la mirada retadora hacia los guardias, que divertidos le observaban.

—Solo eres un mísero traidor —dijo uno de ellos escupiendo a Declan en el rostro—. Estoy deseando que Freya termine contigo para que seas juzgado.

—Yo no he traicionado a la corona, vosotros no podréis decir lo mismo —aseguró el joven.

El guardia le propinó otro golpe en el abdomen, cuando unos pasos a su espalda le hicieron retirarse, Declan, con el ceño fruncido y apretando la mandíbula, intentando eludir el dolor, levantó la cabeza mirando hacia la entrada de la celda. Freya, con el rostro altivo y una sonrisa fría, observaba al que había sido su soldado, seguida de un escolta. Con las finas manos, cruzadas sobre su regazo y la espalda erguida, se acercó hasta él. Posó su dedo índice en el mentón y, chasqueando la lengua, giró su rostro de un lado a otro en el que comenzaban ya a ser visibles las magulladuras y moratones en su rostro.

—Creo que te subestimé —dijo finalmente Freya suspirando—. Quién diría que el joven Murray nos traería tanto dolor de cabeza.

—Matasteis a mi antiguo señor y ahora conspiráis contra el trono de Glenn —musitó él.

—El trono de Glenn es mío —sentenció Freya—. Yo me he ganado la ciudad, los señores de Daonean rendirán cuentas ante mí y he de confesarte que no seré muy benevolente con aquellos que no sean mis partidarios.

—Habréis matado al rey, pero mientras la princesa siga viva, nunca os pertenecerá el trono.

Freya liberó una carcajada, que sus guardias continuaron riendo al unísono. Su rostro se volvió serio y, mostrando rabia en sus ojos, asestó una bofetada a Declan.

—Esa cría estará ahora pudriéndose en la tierra —respondió dándole la espalda.

Pero el semblante serio de la mujer cambió y girándose le enfrentó, curvó una fría sonrisa y examinándole preguntó:

—¿O ha venido contigo? Tú no has viajado solo, querido Murray. ¿Quién cabalgó contigo?

Declan miró a Freya sin responder.

—Contesta —ordenó uno de los guardias golpeándole la espalda.

—Mientras la princesa siga viva, nunca os pertenecerá el trono —repitió.

—Estúpido, te situaré en primera fila para que veas Glenn arder —condenó Freya—. Que sepa qué es lo que le espera mientras permanezca en mi castillo —ordenó a sus soldados.

Los guardias asintieron, mientras ella se retiraba. Antes de abandonar la celda, Freya se giró, observando cómo uno tras otro atizaban a golpes el cuerpo de Declan, que permanecía colgado sin oponer resistencia. Finalmente, Freya se dirigió al guardia que ejercía de escolta, que había llegado junto con ella.

—Dudo de que la princesita esté en la ciudad, buscad al chico. Seguro que quiso hacerle una visita a nuestro maestro.

El escolta asintió ante sus órdenes y se puso en camino, mientras Freya cerraba la celda.

∞

Darian apretaba entre sus manos las de su hija observándole el rostro. Había sido un viaje muy largo y, a pesar de que el día en que mandó a su hija dándole instrucciones de su misión sabía los peligros a los que la exponía, siempre estuvo seguro de que ella estaba destinada a esa tarea.

—Debemos hablar —dijo Darian dándole un último apretón—. Sentémonos.

Uno a uno fueron entrando a la sala, Darian tomó asiento junto a su esposa, mientras en el resto de las sillas los jefes de los clanes de Cryturean se acomodaban. Primero tomaron asiento dos elfos grises, de los clanes Kleder y Lunder. Después los dos elfos silvestres de los clanes Irengal y Dredal, tras saludar a Eyra, también se sentaron en sus sillas correspondientes. Finalmente, los últimos en entrar fueron los elfos dorados jefes de los clanes Arbyen y Carlhen. Con rostros serios y ojos brillantes, pasaron junto a Alec, mientras uno de ellos, Ciaran de Arbyen, se detuvo ante Dahlia.

—Es un placer volver a verte, Dahlia —dijo con voz aterciopelada, mostrando una dulce sonrisa.

—Lo mismo digo, Ciaran —respondió la joven forzando el gesto para sonreír.

Alec miró al elfo, de pelo rubio, rasgos finamente marcados y ojos dorados, mientras este tomaba asiento y su atención pasaba de Dahlia a sus padres, que esperaban para empezar aquella repentina reunión.

—Kodran ha jugado con nosotros —comenzó Darian. Todos asintieron, de acuerdo con sus palabras—. Los mensajes que los alcedinos repartieron por nuestras tierras eran un engaño. Recorrimos las tierras de Cryturean en busca de Kodran o alguno de sus seguidores, sin éxito alguno.

—¿Y si tienen ayuda? ¿Y si Kodran ha hecho sus movimientos desde el interior de cada reino? —preguntó Dahlia—. Glenn creía que Callander invadiría la ciudad, nos tomaron como enemigos.

—Lo sé. El capitán Breogan llegó ayer al alba en busca de la princesa y un aprendiz. Supongo que tanto ella como él estarán a salvo, ¿no es así? —preguntó Darian.

Dahlia asintió en silencio, percatándose del tono de la pregunta en la voz de su padre y la omisión de los nombres.

—Disculpad, señor —intervino Alec—. Pero si la guardia de Glenn está aquí, ¿quién se encuentra ahora mismo en el castillo?

—Los soldados de Freya retienen el castillo. —La respuesta de Breogan sonó a la espalda de Alec, que se giró—. ¿Cómo está la princesa?

—A salvo —respondió Dahlia—. Pero…

La joven elfa no pudo terminar la frase al percatarse de lo que ocurría: si la guardia de Glenn, aquella que luchaba por el bien de la ciudad y de la familia real, se encontraba lejos del castillo, Caillen y Declan corrían peligro.

—Padre —murmuró la joven.

—Si os he reunido aquí es para informaros de que debemos preparar a nuestros clanes, lo más probable es que debamos partir —ordenó Darian poniéndose en pie—. No nos demoremos más.

Notaba cómo las gotas caían por su frente, la mezcla de sudor y de sangre invadía sus fosas nasales, impidiéndole respirar con normalidad, la presión en el pecho le oprimía de tal manera que paralizaba su movimiento. Apenas podía alzar la cabeza, la pesadez y el cansancio habían podido con él. Desorientado, intentaba mantenerse despierto, luchaba contra sí mismo a pesar de que le era inviable abrir los ojos e intentar concentrarse. No podía permitirse perder la consciencia, debía averiguar y percatarse de todo lo que pasaba a su alrededor. Pero, pese a todo, lo único que tenía en su mente eran los golpes, las advertencias y la decepción al ver en lo que se había convertido el honor.

Entretanto, Caillen, oculto tras la puerta de la cripta, esperaba a que todo se quedara en silencio. Había escuchado el ajetreo en los muros internos del castillo. Sabía que solo debía recorrer el pasillo hasta llegar a las mazmorras, donde suponía que habían llevado a Declan. Se imaginó la reacción que tendría el soldado al ver que había desobedecido su orden, pero Caillen no estaba dispuesto a perder a nadie más ese día. Asomó su cabeza y, comprobando que tenía vía libre, con cuidado y siempre agarrando con fuerza su báculo, se dirigió hacia la puerta de hierro tras la cual se encontraba el camino hacia las mazmorras. Comprobando que la habían dejado entreabierta, intentando que la estridencia de las bisagras no alertara de su presencia a los guardias, abrió la hoja de la puerta muy lentamente. Las antorchas iluminaban el estrecho pasillo que daba a la sala donde se hallaban las celdas. Caminó por él hasta llegar al final, donde tuvo que girar a la izquierda.

Al doblar la esquina, una amplia estancia cuadrangular albergaba las diferentes celdas, donde se encerraban a los prisioneros. Caillen contuvo la respiración y colocó el báculo protegiendo su pecho al ver a un soldado sentado de espaldas a él, junto a una de las celdas. Lentamente, el joven aprendiz se acercó a él, comprobando finalmente que el hombre estaba dormido.

—¿Declan? —llamó en susurros, pero no obtuvo respuesta.

Caillen se acercó a las dos primeras puertas. Al examinarlas, comprobó que estaban vacías, pero al llegar a la tercera le vio. Colgado de los brazos en el centro de la sala, con las rodillas apoyadas sobre las frías losas, amarrado por dos largas cadenas, estaba Declan cabizbajo.

—Declan —volvió a llamar el joven, pero este no respondió.

Intentó abrir la puerta que permanecía cerrada, tiró de los barrotes de hierro, sin éxito alguno, se fijó en el guardia y en el manojo de llaves que portaba amarrado al cinturón. Con cuidado se acercó a él, pero cuando sus manos estaban a escasa distancia de las llaves, el hombre abrió los ojos, encontrándose con la oscura mirada de Caillen. Acto seguido, el joven aprendiz se retiró alertado, mientras el soldado, sobresaltado, se puso en guardia y desenvainó su espada. Caillen, en contra de su voluntad, levantó el báculo agarrándolo con firmeza con las dos manos, a pesar de que el joven no quería otro enfrentamiento, se preparó, listo para bloquear el ataque.

El hombre, mostrando sus dientes, con un semblante fiero, se abalanzó sobre él, pero el aprendiz se echó a un lado, esquivando a su oponente y haciendo que este perdiera el equilibrio. Aprovechando aquella situación, en la que el guardia parecía desorientado y poco avispado, Caillen le atizó en la nuca; con aquel golpe certero, el cuerpo corpulento del hombre cayó inconsciente. El joven se agachó y acercándose comprobó que aún respiraba, así que con rapidez cogió el manojo de llaves del cinturón. Las manos le temblaban. Fue una a una probando las llaves en la cerradura hasta dar con la correcta; cuando esta le permitió el giro, el chasquido de la puerta le indicó que se había abierto y sin demorarse más entró en la celda.

—Declan, estoy aquí —dijo Caillen acercándose al joven.

El aprendiz levantó el rostro del soldado, que, inconsciente, no respondía a las palabras de Caillen.

—Declan, voy a soltarte —continuó, mientras dejando caer el báculo a sus pies revisaba el manojo de llaves, en busca de la que abriría los grilletes.

Sus manos volvieron a temblar. Mientras repasaba cada una de las llaves, sus ojos viajaban del puñado de estas hacia el rostro de Declan, que seguía sin moverse, manchado de sangre y amoratado por los golpes que le habían propinado.

—Declan, ¿me oyes? —volvió a preguntar. Tragó saliva al notar el nudo que se formaba en su garganta a causa de los nervios—. Voy a soltarte, ¿me oyes?

El soldado frunció el ceño, a lo que Caillen, con urgencia, agarrando la llave más pequeña, la que debía corresponder a la cerradura de los grilletes, la introdujo con dificultad, pues estaba un

tanto oxidada. Primero soltó una mano y después la otra. Declan cayó de rodillas al suelo. Entretanto, Caillen, rodeando con su brazo el cuerpo del soldado para mantener su peso, buscó en la celda, hasta hallar, no muy lejos, en un lateral, un cubo con agua. Acercándose con dificultad hasta allí, apoyó la espalda de Declan contra la pared y, mojando un trapo sucio en el interior del cubo, comenzó a humedecer el rostro del soldado.

—Vamos, Declan, necesito que despiertes —exigió Caillen palmeando su rostro—. No me hagas esto.

Exhalando, el joven aprendiz examinó a Declan, en busca de alguna herida, por la cual permaneciera inconsciente, pero salvo las magulladuras visibles, y la sangre de la nariz y la del labio, no parecía tener más heridas externas. Volvió a humedecer el paño y mojó su frente. Estudió su rostro y comprobó que junto a la sangre en la comisura tenía restos de una sustancia granular de color ocre. Con el dedo índice retiró un poco del labio y, tras desmenuzarlo con la yema de los dedos, olfateó la sustancia arenosa.

—Escopolamina —susurró Caillen—. Mierda, Declan, ¡despierta! ¡Necesito que despiertes!

Ante su inquietud e impaciencia, cogió el cubo de agua y, sin miramientos, lo vertió sobre la cabeza del joven empapando su cabello y rostro. Aquello surtió efecto, haciendo que Declan pestañeara, intentando situarse.

—Bien. Declan, ¿me oyes?

—¿Caillen? —preguntó con voz cansada y desorientada—. ¿Qué-qué haces aquí? Me han…, te esta…

—Salvarte —respondió el joven, interrumpiéndole—. ¿Puedes recordar cuánto tiempo hace que te han dado esto? —preguntó mostrándole los dedos manchados.

Declan parpadeó un par de veces intentando visualizar el rostro de Caillen, que en aquel momento veía borroso. Con la respiración lenta y sin apenas fuerzas, notaba las manos del joven aprendiz alrededor de sus brazos, que levemente le zarandeaban para despejarle.

—Necesito saber cuánto tiempo hace —repitió Caillen impaciente.

El soldado fue a abrir la boca para responder, pero no fue su voz

la que Caillen escuchó contestando a su pregunta.

—Calculo que en poco tiempo estará bien, solo un poco adormilado.

Caillen, alarmado, se puso en pie y, cogiendo el báculo, se colocó delante del cuerpo de Declan, mientras observaba a Freya en la puerta de la celda junto a dos soldados.

—Me has hecho esperar demasiado —dijo en tono quejicoso, mostrando un puchero.

Freya entró en la celda y caminó por ella mientras Caillen seguía sus pasos vigilando cada movimiento que ella daba, al igual que prestaba atención a la presencia de los guardias que permanecían inmóviles en la entrada, pues temía que de un momento a otro se arrojaran sobre él.

—¿Dónde está el rey? —preguntó pretendiendo transmitir solidez en su voz.

—¿No te has fijado? Tu tío es nuestro otro huésped aquí abajo.

Los ojos de Caillen miraron sorprendidos, mientras Freya sonreía con arrogancia.

—Querido, en un matrimonio no hay secretos, y la misma sorpresa me llevé yo cuando supe que eras el hijo del príncipe Rowan. —Freya se llevó el dedo índice a la boca y, presionando su larga uña entre los dientes, rio—. Tanto secretismo entre estos muros, ¿y para qué?

—Mi padre hizo jurar a las personas de confianza que no revelarían el secreto —respondió Caillen.

—Pues siento decirte que tu tío lo ha hecho. Nunca subestimes las artimañas de una mujer —añadió guiñándole un ojo—. Pero he de aplaudir tu temperamento y actitud, permanecer en las sombras, siendo el simple aprendiz de un viejo que prefirió morir.

Un nudo comenzó a crecer en la garganta y en el pecho de Caillen, no solo por la mención de su padre, sino por el recuerdo de la reciente pérdida de Belenus.

—Matasteis a mi maestro —acusó el joven con rabia—. E incluso fuisteis capaz de robarle, para envenenar al rey. ¿Cómo os hicisteis con las plantas?

—Corrección, casi me suplicó que le matara. Algo que ver con la energía y sus locuras de druida ancestral sobre el destino —añadió Freya moviendo la mano, como si con aquel gesto quisiera quitarle importancia al asunto—. Pero, querido, nosotros jugamos con el destino.

La respiración de Caillen se aceleró al ver cómo Freya se acercaba a él y con firmeza apretó sus manos alrededor del báculo.

—Me pregunto si ese viejo sabía en realidad que no eras un druida ancestral. Claro que sí, seguro —murmuró para sí Freya, mientras observaba los ojos de desconcierto del joven. Al ver el gesto de este aferrándose a su arma, sonrió—. ¿De dónde has sacado eso?

Caillen no respondió.

—Puedes aferrarte a él todo lo que quieras, pero no sabrás usarlo.

—Pero puede que esto sí —respondió Caillen desenvainando la cimitarra de su interior.

Aquello alertó a los soldados, que, desenfundando sus espadas para proteger a su señora, dieron un paso al frente. Pero Freya estiró el brazo, ordenando que suspendieran el ataque y guardaran sus armas.

—Oh, qué inesperado, un arma dentro de otra, factor sorpresa —añadió con sarcasmo—. Te plantearé dos opciones: la primera es que te quedes aquí junto al traidor de Murray y seas nuestro huésped; la segunda, es que me acompañes y hablemos tranquilamente.

—Yo no tengo nada que hablar con personas como tú. Aquí la única traidora al trono eres tú —declaró Caillen.

Freya suspiró encogiéndose de hombros.

—Es tu elección. Cuando estés preparado para salir, solo avísanos. Quizá te venga bien este tiempo para pensar. ¿Por qué ocultar tu existencia al resto de los reinos? En mi opinión, es un plan estúpido del querido Rowan.

Se giró en dirección a la salida, bajo la atenta mirada de Caillen, que con la respiración agitada tenía la cimitarra en alto, mientras uno de los guardias se acercó para agarrar el manojo de llaves. Pero antes de abandonar la celda, Freya se detuvo y, volviendo a mirar fijamente a los ojos del joven aprendiz, dijo:

—Ah, y respondiendo a tu pregunta anterior, tengo mi propio arsenal de plantas, eso debería agradecérselo a tu madre.

Aquello cayó sobre Caillen como un jarro de agua fría. El joven observó cómo la mujer se alejaba mientras algo se movía en su interior. El corazón le latía con celeridad, sintiendo una sensación de mareo en su cabeza. Mil preguntas rondaban su mente, pues no se esperaba aquellas palabras de Freya. La mención de su madre, la duda ante la actitud de su padre, su desprecio, la muerte de su maestro. Dejó caer la cimitarra al suelo junto al báculo y, llevándose las manos al rostro, lo frotó intentando aclarar sus ideas. Quizá todo era un truco de Freya, una artimaña para distraerle, para nublarle la mente y no dejarle reaccionar, pero ¿y si existía una posibilidad de que algo de lo que ella había dicho fuera cierto? ¿Significaría que su madre podría estar viva?, ¿y quién sería su madre?

La sala permanecía en silencio, los jefes habían abandonado la estancia, dejando a Darian y Eyra, junto a su hija, Alec y el capitán Breogan a solas. El jefe del clan Callander observaba por uno de los arcos, contemplando el exterior con semblante sereno, acompañando el vuelo de las aves con su mirada. Suspiró, mientras el resto permanecían a la espera de sus palabras.

—Los hechos no han transcurrido como esperábamos —dijo finalmente—. Nuestro propósito era que los tres llegaseis aquí.

—Unos guardias nos siguieron y tuvimos que desviar nuestro camino —añadió Dahlia—. No tuvimos elección.

—Al menos, sabemos que la princesa y Caillen están a salvo —manifestó Breogan.

—Caillen viajó a Glenn junto a Declan, fueron en busca del rey —agregó Alec mirando al suelo—. Pude escuchar cómo los soldados buscaban a Eliana, tenían órdenes de matarla.

—Pensábamos que el rey corría peligro y, dado que Eliana no podía viajar, decidimos que lo mejor era que Caillen y Declan viajaran hasta Glenn para alertar al rey —concluyó Dahlia.

—Entonces, ¿con quién está la princesa? —preguntó alarmado Breogan.

—Con un amigo —respondió Alec—. Está segura y a salvo.

—Padre —dijo Dahlia dando un paso hacia él—, me mandasteis en su busca, descubrimos la historia. ¿Por qué Kodran no ha atacado aún?

—Porque para él todo esto es un juego. ¿La ciudad de Glenn está desprotegida? —preguntó Darian mirando a Breogan.

—Mantuve una patrulla en el bosque para que estuvieran al tanto de los movimientos del castillo, pero las órdenes del rey fueron que toda la guardia de Glenn viajara en busca de la princesa.

—Enviaréis a uno de vuestros hombres para avisarles —organizó Darian.

Breogan asintió y abandonó la sala con celeridad, pues no podía

perder tiempo.

—Deberíamos avisar a Eliana, tiene que reunirse con nosotros —añadió Dahlia—. Alec, ¿cabalgarías hasta la cabaña? No quiero irme.

—Alec no puede irse —interrumpió su padre, haciendo que Dahlia le mirara—. Debo hablar con él.

El joven asintió y, observando el gesto del jefe del clan, dio un paso acercándose a él, mientras el resto de los presentes permanecían atentos.

—Conoces las tierras de Dorchas, perteneces al pueblo de Undrell, dime, Alec, ¿Kodran seguía en sus tierras cuando te fuiste?

Dahlia miró sorprendida a Alec. El joven, sintiendo la mirada esmeralda de la elfa sobre su rostro, con semblante serio, no apartó sus ojos de Darian.

—Dahlia, manda un alcedino a la princesa Eliana, pídele que se reúna con nosotros. Pero no menciones que su guardia está aquí. Quién sabe lo que estaría dispuesta a hacer si sabe que el rey está sin protección.

La joven asintió ante las órdenes de su padre sin apartar la mirada de Alec, que permanecía callado. Abandonó la sala en silencio, con una extraña sensación en el pecho. Dejando al joven cazador junto a sus padres, Dahlia bajó el primer peldaño de las escaleras, sin poder apartar de su mente el desconcierto que sentía ante las palabras de su padre y, sin poder resistirse, se detuvo y, apoyando una mano en la pared, agudizó su sentido auditivo y escuchó atentamente.

∞

Nathan terminaba de recoger los últimos cristales que habían quedado esparcidos por el suelo, entretanto Eliana se había encargado de ordenar el mobiliario, que tras el incidente de la noche anterior se había desordenado. Colocó por último la silla, donde finalmente la joven tomó asiento, sostuvo su cabeza entre sus manos, mientras presionaba sus sienes, que habían empezado a dolerle.

—Quizá sería mejor que descansaras —sugirió Nathan, retirando los sacos donde había guardado los despojos—. Ha sido una noche muy larga.

—No entiendo cómo han llegado hasta aquí —dijo Eliana

negando—. Nos aseguramos de despistarlos al adentrarnos en el bosque.

—Seguirían vuestro rastro; esperemos que fueran los únicos.

Eliana asintió y suspiró, observó a su alrededor recordando el desastre y el temor que escaso tiempo atrás había transcurrido en aquella sala e inevitablemente sus ojos viajaron hasta Nathan, que en ese momento le daba la espalda, mientras el joven revisaba la estructura de la ventana.

—Siento haberte causado problemas. Si no fuera por mí, no habría ocurrido esto, ni hubieras tenido que ir al bosque, ni encontrarte con ese-ese —Eliana comenzó a ponerse nerviosa y su voz vibró de rabia— ese turiaid.

—Tranquila, tranquila —interrumpió Nathan acercándose a ella; la joven había empezado a hacer aspavientos con las manos—. Estoy acostumbrado a cruzarme con «ellos».

—Pero no a matar a gente en tu hogar y después tener que enterrarlos —dijo Eliana fríamente.

—Y supongo que tú tampoco —añadió él. Soltó las manos de la joven y tomó asiento junto a ella—. Esto ha sido tan nuevo para mí como para ti. He combatido, pero nunca he matado a un hombre. Hasta esta noche.

—Lo siento, de verdad.

El murmullo con el que Eliana respondió dio paso al brillo en sus ojos, la joven jugueteaba con sus manos, intentando oprimir el llanto que se estaba formando en su interior y que no quería dejar salir.

—Siempre pensé que una princesa debía saber defenderse, pero nunca creí que tuviera que llegar a hacerlo —confesó sin apartar la mirada de sus manos.

—Lo has hecho muy bien, no imaginé que tendrías tanta puntería —añadió el joven mostrando una leve sonrisa.

—De pequeña me gustaba observar cómo la guardia entrenaba y cómo Caillen empezó a estar ocupado como aprendiz, bajaba a las cocinas y probaba suerte lanzando cuchillos contra tablones.

Nathan miró sorprendido a la joven, pues nunca pensó que

aquello estuviera entre las actividades de una princesa.

—Pues tu entrenamiento ha servido de mucho esta noche —confesó—. Has sido muy valiente.

Eliana mostró una sonrisa débil y asintió tímidamente, sin apartar su mirada de sus manos entrelazadas. Entretanto, Nathan, observando la actitud en aquel momento frágil de la princesa, supuso lo que estaría sintiendo.

—Descansa —dijo finalmente el joven levantándose—. Pondré agua a hervir y prepararé algo de comer. Nos vendrá bien a los dos.

—Gracias —respondió ella imitándole— por todo.

Nathan asintió y se dirigió al fuego, mientras Eliana caminaba hasta el dormitorio. La joven abrió la puerta, pero antes de entrar se detuvo, y girándose preguntó:

—¿Crees que ellos estarán bien?

—Espero que sí —fue lo único que respondió Nathan, pues el joven no quería pensar en la situación en que se encontrarían los demás. Solo deseaba que todos estuvieran bien.

∞

Dahlia bajó las escaleras, pues sentía que ya había escuchado suficiente. Con rapidez descendió hasta el patio interior, dirigiéndose a la torre más alta de la ciudad, aquella que ejercía tanto de vigía como de hogar para los alcedinos. Cruzó la sala, pasando junto a la fuente, causante del único sonido que en aquellos momentos inundaba el ambiente. Al otro lado se encontraba la escalera de caracol que ascendía hacia la torre. Caminando sumida en sus pensamientos, con la mirada fija en los pequeños baldosines heptagonales, no se percató de que no estaba sola, hasta que su cuerpo chocó con el torso firme de Ciaran. Dahlia sintió cómo las manos del elfo agarraban sus brazos para frenarla.

—Diría que estás perdiendo facultades —sonrió él torciendo la sonrisa.

—Tengo la mente en otra parte. ¿Qué haces aquí? —preguntó Dahlia, al ver que Ciaran se encontraba en el acceso a la torre.

—He enviado un alcedino a mi clan para que se reúnan aquí

conmigo, tal y como ordenó Darian.

Dahlia asintió recordando las órdenes de su padre.

—Veo que has hecho nuevas amistades —comentó el elfo, al ver que ella permanecía en silencio.

—Solo por obligación —respondió ella secamente sin darle más importancia, y recordando que debía enviar el mensaje a Eliana se abrió paso—. Debo mandar un alcedino con urgencia.

—Espera.

La voz de Ciaran hizo que la joven se detuviera. Al girarse, se encontró aquellos ojos dorados, que concentrados estudiaban su rostro. Dahlia conocía aquella mirada a la perfección. A pesar de ser de clanes distintos, ambos en su niñez habían pasado mucho tiempo juntos y podían percibir aquello que pasaba por la mente del otro, por lo que ella apartó la mirada con rapidez.

—¿Qué te ocurre, Dahlia? —preguntó Ciaran intrigado—. ¿Es por algo con el ataque de Kodran?

La joven, al ver que las cuestiones que él le preguntaba iban encaminadas en dirección contraria a lo que verdaderamente en aquel momento ocupaba su mente, asintió, intentando parecer lo más segura posible.

—Sí, es todo muy confuso.

—Tranquila, organizaremos nuestras tropas. Darian sabrá cómo actuar al respecto.

Dahlia asintió nuevamente.

—Debo irme —añadió finalmente. Y, volviéndose, comenzó a subir las escaleras, dejando a Ciaran al pie de los escalones, que observaba cómo la joven se marchaba.

En escaso tiempo, llegó hasta la parte más alta, el final de la escalera desencadenaba en una pequeña sala redonda en forma de jaula abovedada; a aquella estancia la llamaban el nido. La estructura estaba formada por hexágonos donde los alcedinos habían creado sus nidos alternos con huecos de forma semejante, pero de mayor tamaño, que ejercían de entrada y salida de las aves, así como de puntos de vigilancia. Dahlia observó las aves de colores que permanecían

descansando en su refugio, cuando al percibir los pasos de la joven una de ellas abrió los ojos y después desplegando sus alas voló, posándose en un atril que se encontraba en el centro de la sala. Al cual la elfa se acercó. Agarrando un pequeño pergamino y la pluma que había depositado junto a él, escribió el mensaje que debía enviar a Eliana. Cuando hubo terminado, enrolló el trozo de papel. La pequeña ave azulada alzó una de las patas y agarró el pergamino. Después Dahlia, extendiendo la mano y dejando que este se posara en su palma, acarició el suave plumaje del pecho, miró sus esféricos ojos negros para comunicarse con él.

—No te detengas —le susurró Dahlia.

En respuesta, el alcedino pio y, alzando el vuelo, abandonó la torre bajo la atenta mirada de Dahlia, que con preocupación se acercó hasta el hueco por donde el alcedino había abandonado la sala y, una vez que vio cómo la pequeña ave azulada se perdía en el horizonte, descendió las escaleras más relajada. Pero antes de llegar al patio donde finalizaban las escaleras, sintió cómo su cuerpo se tensaba, estaba escuchando sus latidos, su respiración.

—Cada vez me sorprende más tu forma de ayudar —dijo Dahlia llegando al umbral.

Alec salió de entre las sombras, el sonido del agua se mezclaba esta vez con los latidos del joven. Dahlia pudo notar que estaba nervioso.

—Supongo que no me enorgullezco de mi origen —respondió.

—Eso no es una excusa para mentir —acusó Dahlia—. ¿Ya te han pagado tus servicios?

Aquella pregunta confirmó lo que Alec suponía, la joven se había quedado escuchando a escondidas la conversación que él había mantenido con su padre.

—Podrías haberme dicho que mi padre te mandó seguirme, asegurarte de que yo regresaba a Callander era tu vía para poder escapar de aquí, ¡y te pagarían por ello! —exclamó sarcásticamente la joven.

—¿Y confesarte que era un prisionero? —preguntó Alec irónicamente—. No me gusta alardear de mi reputación.

—¿De la reputación de un ladrón?, ¿un asesino?, ¿un espía?

—Solo quería irme de allí, no es fácil salir de Undrell, y menos aún del reino de Dorchas, pero cuando no tienes familia y quieres ganarte la vida, haces lo que haga falta. Ofrecían buenas cantidades por la caza de razas en Undrell, así que salí con los cazadores, la primera presa eras tú. Pero nunca me interesó cazar a nadie. Cuando entramos en Cryturean, elfos de tu clan me capturaron y me trajeron ante tu padre, quien me encerró durante varios días. Le conté la verdad y le dije que el grupo al que pertenecía tenía la orden de capturarte.

Dahlia escuchaba atentamente las palabras de Alec mientras se fijaba en él. El ritmo de sus latidos disminuía; en cambio, los de la joven iban en aumento.

—Entonces comenzaron los mensajes del ataque inminente de Kodran, y tu padre debía enviarte en busca de Eliana y Caillen —continuó el joven mientras miraba a los ojos de Dahlia—. Vino a mi celda a buscarme y me dijo que, si quería la libertad, debía asegurarme de que los cazadores no te atraparían.

—No hace falta que sigas —le interrumpió la joven—. He escuchado más que suficiente.

Dahlia le apartó para continuar su camino, pero Alec la detuvo.

—Dahlia, espera. Por favor, solo quiero explicarte la verdad.

—¿Qué verdad? ¿Que mi padre te mandó protegerme, cuando en realidad lo que tú tenías que hacer era capturarme? —añadió incrédula y sonrió con socarronería—. Vamos, Alec.

—Supongo que solo quería darte ese tiempo, aunque estaba seguro de que, si conseguíamos dar contigo, acabarías con nosotros. Y así fue.

—Podrías haberte ido en cuanto te soltó, tenías la oportunidad de desaparecer —dijo sin comprender.

—Creo que algo hizo que cambiara de opinión, que me quedara junto a ti y ver que por una vez podía hacer algo bueno, formar parte de algo —respondió Alec cabizbajo—. De verdad, Dahlia, quería ayudar. Quiero ayudar.

—¿A qué? ¿A vender a tu pueblo?

Dahlia, escéptica, negó. Cansada de escuchar más explicaciones,

se giró y avanzó por el patio. Pero Alec fue tras ella y, alcanzándola, agarró su mano, haciendo que se detuviera junto a la fuente.

—Dorchas no es mi hogar, nací en una pequeña aldea de Daonean. Pero la familia con la que vivía me vendió y acabé allí. No ha sido un camino fácil, pero al menos ahora sé que hay una razón —explicó.

—El oro te permitirá esa libertad que tanto has ansiado —respondió Dahlia.

—No lo he aceptado, no lo quiero. He ofrecido mis servicios a tu padre y me ha permitido combatir junto a tu clan y poder quedarme.

Dahlia le miró a los ojos, mientras él sostenía su mirada. Ambos se observaron en silencio cuando Alec soltó la muñeca de la joven y subió la mano hasta su rostro, mientras ella permanecía inmóvil. Un escalofrío recorrió su piel al sentir el frío de los dedos acariciando su cuello. Bajo un caos de pensamientos que recorría su mente, notó cómo su respiración comenzaba a acelerarse y, contemplando los ojos oscuros del joven, intentando ver a través de ellos, sintió cómo el nudo que tenía en el pecho, a causa de los nervios, se iba desvaneciendo. Los ojos de Alec viajaron desde aquella mirada esmeralda hasta los carnosos labios de Dahlia, quien al ser consciente del acercamiento hizo el intento de retirarse, pero el movimiento fue impedido cuando la mano del joven, que aún permanecía en su cuello, la acercó hacia él y sin pensarlo posó sus labios en los de ella. El roce de ambos fue suave, envolviéndoles en una calidez que nunca habían sentido. Con ímpetu, Alec aproximó más su cuerpo al de Dahlia, en busca de la cercanía que necesitaba en aquel momento, aumentando así la intensidad del beso. Al separarse, se quedaron a escasa distancia, conscientes de la alteración que sentían en ese instante. Pero Dahlia, notando los brazos de Alec alrededor de su cintura, sintiendo aquella cercanía tan íntima, se retiró.

—¿Piensas que con un beso olvido todo? —preguntó molesta.

—No, en absoluto —respondió él, dando un paso hacia ella, acortando la distancia—. Solo quiero demostrarte lo que siento. Te lo contaré todo. En cuanto Eliana llegue, hablaremos de Dorchas, de Kodran, de todo.

Alec volvió a coger la mano de Dahlia, mientras esta, observando el rostro del joven, pudo percibir sinceridad. Escuchó sus latidos sosegados y comprobó la tranquilidad de su respiración, sintió,


esperando no equivocarse, que en aquel momento el joven decía la verdad.

Sentado en el suelo, con las rodillas flexionadas, Caillen permanecía con la mirada fija en el báculo, que en aquel momento estaba junto a sus pies. Su encuentro con Freya le había perturbado de tal manera que había bloqueado su mente y, fijando sus ojos en aquella piedra violácea que brillaba, repetía las mismas preguntas en su cabeza una y otra vez, aquellas mismas cuestiones que durante toda su vida había querido saber, pero que, por miedo a preguntar o por el simple hecho de saber que no hallaría respuesta, había olvidado en un pequeño rincón de su mente.

A su lado, Declan permanecía inconsciente. Caillen había perdido la noción del tiempo real que había pasado desde que se habían quedado solos, pero sabía que había sido el suficiente y el soldado apenas había manifestado alguna mejora hasta que, parpadeando lentamente, hizo un amago de incorporarse. El joven aprendiz se percató del movimiento y, girándose, le agarró del brazo para ayudarle a levantarse.

—Es mejor que te sientes —le indicó, mientras Declan apoyaba su espalda contra la pared.

—Mi cabeza —murmuró llevando sus manos hacia esta—. ¿Qué ha pasado?

Intentaba recordar, pero su mente se había nublado en el momento en que Caillen había llegado a la celda, después no recordaba nada.

—¿Qué haces aquí? —Aquella pregunta le costó demasiado pronunciarla, sentía la boca seca.

—No iba a dejarte solo. Espera un momento —respondió Caillen, y levantándose se acercó hasta la puerta de la celda.

Fuera, el guardia permanecía sentado en un pequeño taburete de madera, jugueteando con la punta de un cuchillo con el que previamente había cortado un trozo de pan y ahora limpiaba la podredumbre de sus uñas. Agarrando los barrotes, observando al hombre distraído, Caillen pasó su mirada por las puertas de las otras celdas que tenía al alcance rememorando las palabras de Freya.

—Tu tío es nuestro otro huésped aquí abajo —le había dicho.

Caillen se preguntó en cuál de esas celdas estaría. Su impulso hubiera sido gritar su nombre, saber cómo se encontraba, pero sabía que si lo hacía llamaría la atención de los guardias, y con ello podía incitar a que fueran castigados, por lo que, desechando aquella idea de su mente, volvió su mirada hacia el robusto guardia y comenzó a carraspear con el fin de llamar su atención. El hombre, sin mover la cabeza, miró de soslayo en la dirección donde se encontraba Caillen.

—Necesitamos agua —pidió el joven.

—Aquí no estamos para serviros —respondió con voz grave y seca.

—Solo pido un poco de agua —repitió Caillen controlando el temblor de su voz, pues estaba dispuesto a que se la dieran.

Con desgana y contrayendo los labios, el hombre se levantó del taburete quejándose, como si aquel simple movimiento le hubiera costado mucho esfuerzo y, agarrando el plato de metal que había depositado junto a él, lo cogió; después agarró una jarra y, colocándola sobre el plato, junto a los mendrugos de pan y los restos de carne deshilachada, se acercó a la celda. La jarra se la entregó en la mano al joven entre los barrotes, mientras que el plato lo arrastró por debajo de la ranura de la puerta. Caillen se agachó con rapidez al ver el movimiento del hombre, pues quería impedir que la patada que propinara al plato derramara su contenido.

—Esa es vuestra comida de hoy —añadió el hombre sin mirarle—. Y no molestes más.

Caillen se levantó y, acercándose a Declan, le tendió la jarra. El soldado, con un leve movimiento de cabeza, se lo agradeció. Necesitaba humedecer sus labios, pues sentía tanto la lengua como la parte interna de la boca completamente secas. Bebió un sorbo y después le devolvió la jarra a Caillen, que negó.

—Bébelo, tú lo necesitas más que yo. Freya te ha dado unas hierbas para sedarte y necesitas estar hidratado —respondió, mientras se acercaba a él para sentarse a su lado y cogía un mendrugo—. Yo estaré bien con esto.

—No tenías que haber vuelto por mí —dijo Declan—. Deberías…

—¿Debería haberte dejado aquí? —preguntó Caillen molesto por la falta de gratitud de Declan—. Sé que este no era el plan, pero no podía cabalgar durante días en busca de ayuda, sin saber si tú y el rey

estabais muertos.

—Tampoco ha mejorado mucho la cosa, ahora los dos estamos encerrados —respondió Declan suspirando.

—Bueno, es cierto, pero al menos sabemos dónde está el rey —añadió Caillen sin mirarle—. Freya me dijo que permanecía aquí abajo, supongo que estará en otra celda.

Declan le miró, la mención de Freya le había recordado el momento que había vivido con ella mientras estaba encadenado.

—Te estaba buscando —musitó el soldado—. ¿Qué quería de ti?

—Nada, supongo que jugar con nosotros, llenarme la cabeza de mentiras. Quiere hablar conmigo a solas —añadió Caillen, el joven seguía jugueteando con el trozo de pan—. Solo quiere manipularnos.

Con rabia lanzó el mendrugo sobre el plato y, llevándose las manos a la cara, oprimió un grito que llevaba mucho tiempo intentando salir.

—Tienes razón, ahora estamos aquí encerrados y Eliana no tiene ni idea de lo que está pasando —concluyó.

Declan le contempló, no podía permitir que en aquel momento se derrumbara. Ambos necesitaban estar bien e idear la manera de salir de allí y, sabiendo que había sido desconsiderado, le dio un golpe con el codo en el brazo para llamar su atención.

—Gracias por no marcharte —confesó—. Probablemente, si no hubieras venido, estaría muerto.

Caillen le miró y asintió.

—¿Conseguiste dar con tu maestro? —preguntó el soldado.

—Sí, lo encontré en su estudio, está muerto. —Sintió cómo un nudo se formaba en su garganta, una bola que descendía al pecho oprimiéndole e impidiéndole respirar. Apretó los dientes y, cogiendo una bocanada de aire, continuó—: Freya le mató.

—Lo siento.

—Ahora no podemos permitir que Freya acabe con nadie más —respondió—. Debemos encontrar la forma de salir de aquí e informar a Eliana.

∞

La luz del crepúsculo se filtró por el cristal de la ventana. Eliana permanecía tumbada en la cama, había dormido durante todo el día, a pesar de que en el momento en que su cuerpo tocó el colchón, su mente giraba una y otra vez en un bucle de sucesos, hasta que al fin cayó en un sueño profundo. Ahora tenía la sensación de que todo lo que había pasado había sido un sueño. Desperezándose, se levantó y cogió la ropa que había dejado a los pies de la cama. Podía escuchar ruido en el salón, por lo que, sin demorarse más, untó un poco del ungüento que Caillen había dejado para la cicatrización de su herida, que ya empezaba a picarle, y después se vistió.

—¿Por qué no me has despertado? —preguntó la joven saliendo de la habitación ajustándose el cinturón.

Nathan permanecía sentado en una silla, limpiando la empuñadura de una espada. Eliana observó el despliegue de armas que había sobre la mesa. Se acercó hasta ellas y pasó sus dedos por el frío acero de una de las hojas.

—Pensé que debías descansar —respondió el joven, poniéndose en pie y dejando la espada que tenía en su mano sobre la mesa—. Debes de tener hambre.

Nathan se dirigió hacia la chimenea, que permanecía apagada con algunos restos de lumbre, pues al regresar al amanecer había encendido el fuego y ya se había extinguido. Colgando del gancho se encontraba la cazuela con restos de un guiso en su interior, y colocando un trozo de yesca hizo que prendiera y dejó que la comida se calentara mientras avivaba el fuego.

—¿Cuándo las has hecho? —preguntó la princesa sin apartar la mirada de las espadas.

—Algunas ya las tenía casi terminadas, otras las he hecho durante estos días. Declan me encargó que las hiciera, por si hacían falta llegado el momento.

—Gracias —añadió la joven observando la finura de las empuñaduras—. En cuanto pueda, te las pagaré.

—No te preocupes. ¿Te encuentras mejor?

Eliana asintió mientras se acercaba y cogía un plato.

—Yo me serviré —añadió la joven acercándose al fuego. Con cuidado, destapó la olla y, cogiendo una cuchara de madera, removió su interior. El aroma a carne estofada y patata emanó de su interior, y las primeras hileras de humo empezaban a salir a causa de la alta temperatura que estaba cogiendo. Se sirvió en un plato y después, ayudándose de un trapo para no quemarse, retiró la cazuela del fuego.

—¿Tú has descansado? —preguntó tomando asiento. Nathan apartó varias espadas, dejando hueco para que Eliana pudiera dejar su plato—. Gracias.

—Sí, he dormido un poco, tampoco estaba muy cansado. ¿Tú estás mejor?

—Supongo. —Permaneció un rato en silencio, bajo la mirada de Nathan—. Me siento inútil —confesó—. Siento que todos están haciendo algo y yo estoy aquí. No te ofendas, pero empiezo a sentir esto como una prisión.

—No me ofendo —sonrió levemente—. Pero han sido las circunstancias, quizá seas la única esperanza de Glenn.

Eliana no respondió y tomó una cuchara del guiso, mientras observaba cómo Nathan envolvía las espadas en trapos y las anudaba con cordel. Sus últimas palabras le habían hecho estremecerse, no podía pensar que su pueblo estuviera en peligro. No quería pensarlo. Recordó las palabras de Belenus, la certeza que tenía al decir que ella sabría qué hacer en cada momento, el propósito de una misión, enmendar un error del pasado, luchar una guerra que no era suya. Cada uno de los pensamientos viajaba de un lado a otro en su mente y, en silencio, en lo más profundo de su ser, se preguntó qué habría hecho su madre, mientras daba vueltas a los restos de patatas que quedaban en el plato.

—No quiero que luchen en mi nombre —dijo finalmente—. Si mi pueblo está en peligro, yo encabezaré la lucha, pero no quiero seguir en un segundo plano sin saber qué es lo que está pasando realmente.

Nathan miró a la joven, sus ojos mostraban un brillo especial, transmitían decisión, valentía, y supo que el miedo que había experimentado cuando volvieron del bosque había desaparecido. Abrió la boca para responder, cuando unos golpes en la madera que tapiaba la ventana llamaron su atención. Ambos miraron en la dirección del sonido. El joven se dirigió a la puerta, seguido por Eliana. Al asomarse al porche, posada en el alféizar se encontraba una

pequeña ave azulada, con un pergamino agarrado entre sus uñas.

—Trae un mensaje —dijo Nathan acercándose a él.

El alcedino voló y, pasando junto a su hombro, se acercó hasta Eliana, la joven extendió la mano y el papel enrollado cayó sobre ella. Después observó cómo el pájaro se alejaba volando. Intercambió una mirada con Nathan antes de abrir el mensaje. Inquieta, intentando que los dedos no le temblaran, desenrolló el pergamino y en silencio leyó atentamente.

—Dahlia requiere mi presencia. Debo ir a Callander.

—Debo partir cuanto antes —dijo la joven, entrando en la vivienda—. Sé que te he pedido demasiado, pero ¿podrías prestarme el caballo? Te lo recompensaré.

—Iré contigo. Prometí que os ayudaría.

Eliana miró a Nathan, comprobando que lo decía totalmente en serio.

—Gracias, de verdad.

—Creo que ya me lo has agradecido demasiadas veces. Prepara las cosas, saldremos al alba —indicó el herrero, digiriéndose a terminar su tarea con las espadas.

Eliana asintió y, con un ánimo diferente a causa del mensaje que había recibido, se encaminó hacia el dormitorio. Apenas tenía pertenencias en la estancia, pero observando los objetos que reposaban sobre la mesilla, se encontraban su daga, el ungüento de Caillen para la cura de su herida y el libro. Aquel libro que lo había desencadenado todo, que contaba el inicio de una guerra inacabada, lo que trató como una simple leyenda, una historia del pasado, se acabó convirtiendo en real como el aire que respiraba. Se había convertido en su presente, en una batalla que debía poner fin, pues, por mucho que hubiera huido de Glenn encaminándose en la misión en la que estaban involucrados, sentía que esto no era el final, sino solamente el principio.

Al cabo de un rato, Nathan había empaquetado lo necesario. Como ambos debían compartir el caballo, no podían llevar mucho equipaje, e ir con la carreta solo retrasaría su viaje. En la alforja había guardado la comida; al ser una partida tan repentina, no podía llevar las armas que le había prometido a Declan, por lo que cogiendo uno de los envoltorios, que en su interior llevaba tres espadas, lo colocó en la mesa junto a la alforja, después agarró otro paquete de la misma longitud, pero de menor grosor, miró en dirección hacia el dormitorio y lo posó sobre una silla. En ese preciso instante, Eliana salía de la habitación portando una bolsa de tela que el joven le había prestado para guardar sus enseres.

—Solo tengo esto —dijo la joven colocándolo junto al resto de las cosas—. ¿No llevábamos más armas?

—El caballo no soportaría más peso, yo llevaré mi arco y espada, y espero que tú puedas llevar esto. —Cohibido por la reacción que tendría Eliana, le tendió una espada envuelta en un trapo.

Sin comprender, la joven lo cogió, acarició la tela y, apoyando su peso sobre la madera de la mesa, deshizo los nudos que la ataban. Al desenvolverlo, sus ojos se agrandaron y sintió una punzada en el pecho, pues ante ella tenía una réplica exacta de la daga, pero esta vez en forma de espada. Sus dedos fueron hasta la empuñadura y acariciaron cada detalle, los dibujos trenzados en oro, la guarda de bronce. La cogió con su mano y al inclinarla pudo ver el reflejo azul en el acero: era una espada ligera, perfecta para su manejo; y sin saber qué decir, miró a Nathan con ojos vidriosos.

—Aún tenía restos de la espada de tu madre, pensé que te gustaría tener otra arma aparte de la daga.

Eliana, afligida, aspiró con la nariz, evitando que las lágrimas resbalaran por su mejilla, rehuyendo del llanto que quería frenar. Una mezcla de conmoción y de melancolía invadió su pecho. Consciente de la mirada del herrero, limpió sus ojos y volvió a examinar la espada.

—Es perfecta —musitó—. ¿Cuándo?

—La noche que hablamos sobre tu madre pude ver lo disgustada que estabas, te aferrabas tanto a la daga como a un bien tan preciado que supuse que, aunque fueran restos, podía hacer que tuvieras algo más.

—Gracias, de verdad.

Si no hubiera sido por la mesa que se interponía entre ellos, Eliana le habría abrazado. Aquel detalle que había tenido con ella le resultó muy especial y personal, y esta vez con un brillo en los ojos que denotaba felicidad movió la espada en el aire.

∞

Al amanecer, Dahlia se encontraba en el balcón de su dormitorio, un amplio espacio con muebles de abedul blanco, con enredaderas que decoraban las paredes circulares de la estancia. Apenas había podido dormir, con la inquietud que le rondaba, no solo por el beso con Alec, que no había vuelto a hablar con él, sino también por la incertidumbre de si Eliana habría recibido el mensaje. Su noche había consistido en dar vueltas en su cama y, una vez hastiada de permanecer tumbada, se había levantado, se había vestido y, apoyándose en el alféizar del

balcón, había contemplado la calma en Callander.

Pero sus dudas se marchitaron cuando a lo lejos, en el horizonte, percibió el vuelo del alcedino, que se dirigía hacia la torre. Satisfecha, salió de su dormitorio y bajó las escaleras trotando en busca de sus padres. Al llegar al patio interior, se frenó al escuchar unos ruidos tras ella y girándose se encontró con Alec, apoyado en una columna, de brazos cruzados.

—Por un momento, creí que bajabas así tan rápido por mí —dijo el joven torciendo la sonrisa.

—El alcedino ha vuelto, Eliana ya tiene el mensaje —respondió ella, y volvió a girarse.

—Dahlia, espera —llamó.

La joven se detuvo y suspiró. No tardó en sentir la presencia de Alec a su espalda, podía notar su respiración y cómo con un leve movimiento de su mano acarició su brazo, subiendo hasta el hombro. Finalmente, Dahlia se giró y se encontró los ojos negros de Alec, mirando fijamente los suyos.

—No puedes evitarme —añadió.

—No te estoy evitando —respondió.

—Te marchaste después de besarte, huiste de mí.

—¿Y qué esperabas que hiciera? Tenía que asimilar todo. —Por un momento, Dahlia mostró lo nerviosa que se sentía, algo que nunca había hecho, y aquello le enfureció—. No puedes pretender arreglarlo todo con un beso, Alec; por mucho que mi padre estuviera de tu parte, me engañaste.

—¿Acaso me hubieras creído? Vamos, Dahlia, te he seguido. No confías en nadie; desde que partiste hasta Glenn, no hablaste con una sola persona, ni siquiera cuando pasaste la noche en Inverey.

—Tenía una misión —se defendió.

—Y yo también. —Alec bufó y se cruzó de brazos—. De verdad siento que nos conociéramos en estas circunstancias, pero no me arrepiento de ello.

Dahlia le miró, sintiendo cómo su enfado se iba deshaciendo.

—Probablemente, no nos habríamos conocido si no hubiera sido por estas circunstancias —añadió.

Alec asintió y dio un paso acercándose más a ella, su mano acarició suavemente su mejilla, el roce hizo que la joven elfa cerrase los ojos, sintiendo aún más su acercamiento. Ambos rostros se encontraban a escasos centímetros, notando su respiración.

—Dahlia.

La voz de Ciaran rompió el momento y Dahlia se separó de Alec. Al volverse, se encontró al elfo observando a ambos. Alec no pudo evitar mirarle con fastidio por su interrupción.

—Ciaran, ¿qué ocurre? —preguntó Dahlia, sintiéndose acalorada.

—Te busca tu padre —respondió—. Creo que a los dos.

La joven asintió y se encaminó en dirección al salón para reunirse con su padre, seguida de Alec, que en ningún momento intercambió palabra alguna con Ciaran.

Subieron las escaleras y al cruzar la puerta se encontraron con Darian y Eyre, enfrascados en una airada conversación con Breogan.

—Mi prioridad ahora mismo es mantener a la princesa a salvo. Sin respuesta de mis soldados, y sin saber qué es lo que está ocurriendo en Glenn, su alteza es lo primordial.

—No estoy discutiendo la importancia de Eliana en este asunto —añadió Darian—. Pero hasta que no llegue a nuestras tierras no sabremos qué decisión tomará.

—Dahlia, hija, te estábamos esperando —dijo Eyre al ver a su hija y Alec en el umbral de la puerta.

—El alcedino ha vuelto, Eliana tiene el mensaje —informó la joven acercándose a sus padres.

—Excelente, esperaremos su llegada —aclaró Darian—. Sé que vuestro trabajo es velar por el pueblo de Glenn —volvió su atención a Breogan—, pero, como comprenderás, es Eliana la que debe decidir qué hacer. Dudo de que cuando llegue permita que partamos sin su ayuda.

—Eliana no hará eso —intervino Dahlia—. Ella desea luchar por

Glenn, su druida nos explicó el cometido.

—No dudo de la valentía de la princesa, os recuerdo que la he visto crecer. Pero el rey —dijo Breogan.

—Tú mismo dijiste que no estaba en sus cabales, os mandó aquí quedándose desprotegido —interrumpió Eyra mirando con compasión al capitán, que, consciente de que la mujer tenía razón, no tuvo más opción que asentir.

—Eliana llegará en tres días, entonces decidirá qué hacer —dijo Dahlia.

∞

Con la luz del alba habían ensillado el caballo, habían cargado las provisiones y, sin mirar atrás, cabalgaron hacia las tierras de Cryturean. Agarrada a la cintura de Nathan, Eliana galopaba sobre el corcel. Intentaba obviar la molestia de la herida, pues tantas horas a horcajadas, con la pierna doblada, hacía que sintiera la tirantez de la piel. Pero no se permitía pensar en ello, debía mantener su mente fría y concentrarse en lo que se encontrarían cuando llegaran a Callander. El escueto mensaje de Dahlia no le había dado información de lo que estaba ocurriendo, aun así, había sido claro y conciso. Debían llegar cuanto antes, y el hecho de poder abandonar la cabaña, de sentirse útil había cambiado el ánimo de la joven. A pesar de que le hubiera gustado obtener noticias de Caillen, y lo sucedido en Glenn, supuso que aquello era mejor que nada. A la mayor velocidad que podían, atravesaban los árboles, el galope de los cascos golpeaba la tierra dejando las huellas a su paso y bajo aquel paisaje hermoso, donde los rayos del sol iluminaban el verde de los árboles, solo rezaba por que cuando llegaran a Callander se esclareciera la situación.

Cuatro líneas quedaban dibujadas en el suelo, cuatro rayos de luz que se filtraban por el ventanuco de la celda. La única forma de ventilación permanecía en lo alto del muro. Ambos seguían en la misma posición que el día anterior, apenas habían dormido algo durante la noche, y solo Caillen se había levantado. Cuando el soldado pasó por debajo de la puerta su única comida del día, volvieron a comer migajas de pan, pero esta vez habían cambiado los trozos de carne por queso.

—Como sigamos así, no tendremos fuerzas cuando salgamos de aquí —dijo Declan llevándose un trozo de queso a la boca.

—Si es que salimos —suspiró Caillen.

—Pensemos que sí, no podemos hundirnos —añadió el soldado mientras estiraba las piernas, pues las sentía entumecidas—. Quizá, lo primero sería averiguar en cuál de esas celdas está el rey.

—¿Y cómo lo hacemos? Ni siquiera cuando hacen el cambio de guardia dejan esto sin vigilancia.

Ambos miraron hacia la puerta, entre los barrotes podían ver al soldado, que en ese momento hacía la guardia, sentado, con la cabeza echada hacia atrás, parecía dormir plácidamente. Se quedaron unos segundos observándole, hasta que intercambiaron miradas, conscientes de que habían pensado lo mismo. Caillen, puesto que Declan aún seguía algo débil, fue el que se levantó. Con sigilo fue dando varios pasos hasta llegar a la puerta. Desde ahí podía escuchar los ronquidos que salían de la boca del soldado, que mantenía abierta, incluso podía ver indicios de saliva en la comisura del labio, con peligro de caer en su barba. El joven dio unos golpes a la espera de que este reaccionara, pero no fue así.

—¿Hola? ¿Me oye?

El guardia siguió sin inmutarse, sumido en su profundo sueño. Caillen intentó ver la celda que tenía enfrente, podía ver el cuadrado de luz, pero el resto permanecía en penumbra y apenas tenía la visibilidad suficiente de las dos celdas que tenía al lado izquierdo. Bajando la voz, acercó su rostro a los barrotes.

—Majestad, ¿me oye? Soy Caillen. Majestad, ¿está aquí? —Esperó, pero al cabo de unos segundos repitió—: Majestad, soy

Caillen, ¿puede oírme?

—¿Caillen?

La voz del rey llegó hasta los oídos del joven, que se aferró con mayor fuerza a los barrotes, como si con aquel gesto pudiera escuchar más alta su voz.

—Majestad, ¿cómo se encuentra?

El joven esperó una respuesta que no obtuvo, giró su cabeza para mirar a Declan y encogió sus hombros mientras negaba, haciéndole entender que no conseguía nada. Suspiró y se quedó allí, con la mirada en el suelo. Cuando escuchó que algo se arrastraba, el ruido provenía de una de las celdas laterales, Caillen se movió, acercándose así hacia el último barrote, intentando ganar visibilidad. Primero vio una mano en la parte baja de la puerta, agarrándose para tomar impulso. Después pudo ver el rostro de Gared, sentado en el suelo apoyando la espalda contra el muro junto a la puerta. Completamente demacrado, tenía dos surcos oscuros bajo los ojos, el pelo y la barba desaliñados, parecía haber envejecido durante el tiempo que habían pasado fuera de Glenn.

—Majestad, ¿cómo estáis?

—Caillen, ¿qué haces… aquí? ¿Eliana está ahí… contigo?

La fatiga apenas le dejaba hablar, aquellas eran las primeras palabras que decía desde que le habían vuelto a encerrar.

—Eliana no está aquí. Yo estoy con Declan, vinimos a rescatarle.

El rey asintió con pesadez cerrando sus ojos, la respiración de Gared era pausada, y Caillen sintió que algo se formaba en su interior al ver el estado en el que se encontraba el rey. Le asaltaba la preocupación.

—Majestad, no se duerma, hábleme —pidió Caillen—. ¿Qué le han dado?

—Tranquilo —respondió. Tras cada palabra Gared respiraba profundo—. Belenus vendrá. ¿Ha ido con Eliana?

Los ojos de Caillen se humedecieron y agradeció que en aquel momento nadie fuera consciente de ello, la mención de su maestro le produjo una punzada en el pecho, pero, llevando su mano al bolsillo

de su casaca, palpó el pequeño frasco de antídoto. Lo había olvidado al encontrar a Declan prisionero. Limpiándose los ojos, se acercó más a la puerta.

—Majestad, escúcheme, por favor, debe beber agua y echar estas gotas. —Con el frasco agarrado en la mano—. Majestad, por favor, míreme. ¿Me escucha? Esto es un antídoto, me lo dio Belenus, por favor, debe tomarlo.

Tenía que encontrar la manera de dárselo, por lo que, acuclillándose, lo único que se le ocurrió fue hacer que el bote rodase hasta la celda del rey. Declan, que había permanecido sentado al fondo, atento a Caillen, se incorporó al ver lo que el joven hacía.

—Majestad, voy a dárselo, necesito que lo coja —dijo sin apartar la vista del guardia que se había movido en su taburete—. Recuerde, eche las gotas en el agua.

Rogando por que Gared le hubiera escuchado y él no fallara el tiro, dejó caer el pequeño frasco impulsándolo en la dirección hasta la puerta del rey. El antídoto rodó sobre el suelo de piedra; el cristal ambarino giraba sobre sí mismo, rotando por encima de los baldosines, siendo uno de estos, justo un baldosín roto, el que provocó el choque y detuvo la trayectoria del frasco, quedando a escasa distancia de su destino.

—Maldita sea —dijo Caillen golpeando uno de los barrotes.

En aquel momento, vio que el guardia abría los ojos y rápidamente se puso en pie.

—Tú, ¿qué haces? —dijo levantándose con tono desagradable.

Caillen se mantuvo en silencio, a la espera de saber si había visto el frasco que estaba en el suelo.

—Te he hecho una pregunta, ¿acaso eres sordo?

El guardia se acercó hasta la celda de Caillen, mientras este intentaba visualizar el frasco, sin que él lo notase.

—Agua —respondió el aprendiz—. Necesito agua.

—Ya tenéis vuestra ración de comida; si no tenéis más, es vuestro problema —espetó—. Y aléjate de aquí.

El soldado golpeó con su espalda el hierro de los barrotes haciendo que Caillen se retirara.

—Si no estás dispuesto a hablar con Freya, no vuelvas a acercarte a la puerta —dijo el soldado finalmente volviendo hacia su sitio.

Caillen le observó y, cuando este se giró, sus ojos fueron directamente hacia el frasco, pero ya no estaba.

∞

Habían parado al mediodía, el caballo necesitaba descansar y ellos comer. Después, durante las horas de la tarde, habían continuado cabalgando, pues querían demorarse lo menos posible en llegar. Pero ahora la luz anaranjada del atardecer comenzaba a cubrir los cielos, que pronto se tornarían azul oscuro, y puesto que seguir el camino era complicado sin luz, no tenían otra opción que parar. Muy a su pesar, Eliana tuvo que ceder a la idea de detenerse. Nathan, que había aminorado el paso del caballo, se mantuvo a ese ritmo hasta encontrar el lugar idóneo para pasar la noche. Finalmente, se detuvo, pues si seguían cabalgando llegarían a un claro quedando demasiado expuestos, por lo que, vislumbrando un par de árboles muy juntos de grandes raíces, pensó que aquel sería un buen sitio para guarecerse.

—¿Necesitas ayuda para bajar? —preguntó el joven, pues sabía que la pierna le estaba molestando.

Eliana asintió y, una vez que Nathan descendió, le tendió los brazos. La joven los agarró y, pasando la pierna por encima del lomo del caballo, de un salto bajó al suelo.

—Gracias, me vendrá bien estirar las piernas —dijo frotándose el muslo con la mano, después estiró su cuerpo agarrotado del viaje, aunque no quisiera, necesitaba aquella parada. Frotó sus brazos bajo la capa para calentarse y contempló el vaho al respirar—. No me había fijado en el cambio del bosque.

Nathan siguió la mirada de la joven, que contemplaba las copas de los árboles a su alrededor y supo a lo que se refería. Estaba comparándolo con la oscuridad del bosque Trebell; en cambio, las arboledas de Cryturean eran diferentes, las tonalidades de verdes brillaban, y Eliana nunca había visto nada igual. El joven contempló su rostro maravillado, y se percató de que la princesa estaba pasando frío.

—Encenderé el fuego —informó—. Quédate junto al caballo, iré

en busca de palos para la lumbre.

—No —dijo rápidamente—. Te ayudaré, yo buscaré por ese lado.

—Está bien, no nos alejaremos mucho.

La leve brisa acariciaba su rostro mientras caminaba entre arbustos y troncos. En ningún momento perdió de vista el caballo de Nathan, pues era su punto de referencia para no perderse. Pasó su mano por las hojas que tornaban su color verdoso en azul por el cambio de luz y, a pesar del frío, se sintió liberada. Agachándose, recogió varias ramas que encontró en el suelo, y volvió sobre sus pasos hasta el lugar donde pasarían la noche. No había señal de Nathan en aquel momento, por lo que, dejando el conjunto de ramas en el suelo, se acercó al caballo y acarició su pelaje. Pensó en Grane, aquel corcel no podía compararse con su caballo negro, este parecía más dócil. Pasó sus dedos por la crin marrón haciendo que emitiera un ruido de agradecimiento. Eliana sonrió y siguió tocando el pelaje del caballo.

—Creo que con esto será suficiente —dijo Nathan a sus espaldas, dejando restos de corteza junto al montón de Eliana.

El joven se agachó y comenzó a escarbar en la tierra, creando el hueco suficiente para hacer una pequeña fogata.

—Dame esas ramas —indicó señalándolas con la cabeza.

Eliana obedeció y se las acercó. Entonces vio que las colocaba en paralelo, imitando la forma de una pirámide, por lo que, queriendo ser útil, la joven se arrodilló junto a él y le ayudó a colocar el resto. Una vez que Nathan se aseguró de tener la estructura, sacó dos trozos de pedernal de su bolsillo y los golpeó hasta que las chispas producidas por la fricción saltaron y se pusieron en contacto con la madera seca. Después, inclinándose sobre la diminuta llama, sopló suavemente hasta que el fuego empezó a avivarse.

—Quédate justo aquí, entrarás en calor enseguida —dijo él levantándose. Se acercó al caballo y, desabrochando la hebilla, le despojó de la silla de montar y dejó lo que llevaban como equipaje en el suelo. Cogió una manta que tenía enrollada y se la dio a Eliana—. Ten.

—Gracias.

Desenrollándola, cubrió sus piernas con ella, pues en aquel momento junto con las manos eran las partes de su cuerpo que tenía

más destempladas. Después ajustó la capa a su cuello para asegurarse de que tenía todas las partes cubiertas.

—¿Tú no tendrás frío? —preguntó al ver que Nathan permanecía junto a la fogata sin manta.

—Estaré bien. Además, esto abriga suficiente —respondió agarrando el gambesón acolchado en tono marrón que llevaba.

Eliana finalmente se movió, acercándose hasta el tronco de un árbol y apoyando su espalda, rodeó las piernas con sus brazos cobijándose bajo la manta, mirando los trozos visibles de cielo que había entre las copas de los árboles. Suspiró, sabía que el cielo era el mismo que veía desde la ventana de su dormitorio en el castillo de Glenn, pero aquel, en ese preciso momento, pareció diferente.

—¿Es la primera vez que estás en las tierras de Cryturean? —quiso saber mirando a Nathan.

—No —negó—. Vine una vez cuando era pequeño, acompañé a mi padre y a mi hermana, pero nunca he estado en Callander.

—Entonces, será la primera vez para los dos. —Eliana volvió a mirar el cielo—. Es extraño cómo unas tierras pueden cambiar tanto de un reino a otro, y nunca imaginé acampar una noche en un bosque de Cryturean.

—Yo no imaginé acampar con la princesa de Glenn.

Eliana sonrió ante el comentario de Nathan, que le devolvió la sonrisa, y un pequeño escalofrío le recorrió la espalda. Ella tampoco se hubiera imaginado pasar tanto tiempo a solas con un herrero, pero eso no se lo dijo, prefirió guardárselo para ella.

—¿Qué crees que nos encontraremos al llegar?

—Pensé que, a estas alturas, nos habríamos cruzado con alguien. En su momento, Dahlia explicó que la amenaza de Kodran hacia Cryturean era inminente. Si ha habido una batalla, desde luego ha sido lejos de aquí —respondió el joven avivando el fuego.

Aquellas palabras en parte tranquilizaron a la joven, a pesar de que su mente en realidad estaba en su hogar. Ambos se sumieron en el más profundo silencio hasta que finalmente el cansancio pudo con Eliana, sumiéndola en un sueño de estrellas, de susurros entre abedules y de una oscuridad añil.

35

A la mañana siguiente, la luz del horizonte anunciaba el comienzo de un nuevo día. El leve humo de la fogata apenas era perceptible, y el frío del ambiente los mantuvo despiertos, mientras volvían a cargar el equipaje, al ensillar el caballo y galopar de nuevo hacia Callander. Aún les quedaban dos días hasta llegar a su destino, hasta saber qué estaba ocurriendo en el hogar de Dahlia, que, en aquellos momentos, se mantenía a la espera de su llegada. Los clanes de Cryturean comenzaban a reunirse y, poco a poco, los grupos de elfos llegaban hasta las inmediaciones de Callander.

La guardia de Glenn se mantenía a la espera de la información sobre su ciudad, pues el capitán Breogan había mandado a dos de sus hombres en busca de respuestas, y si todo salía bien, tanto Eliana como las noticias de la situación de Glenn llegarían en el mismo momento. Al partir de la ciudad, Breogan había dejado una patrulla en el bosque, por ello los soldados se dirigían en busca de respuestas, pues desde entonces no habían sabido nada más de ellos y la incertidumbre que envolvía el castillo tenía a todos en vilo, puesto que las murallas de Glenn escondían lo que verdaderamente estaba ocurriendo dentro.

Freya había tomado el control. Apenas se permitía la entrada y salida de la ciudad, pues bajo la amenaza de que si en algún momento algún ciudadano abandonaba Glenn se exponían ante peligro, pues se había corrido la voz de que los clanes de Cryturean, aquellos seres llamados elfos, pretendían invadir sus tierras, aunque esos rumores no habían llegado a las mazmorras, donde Caillen y Declan permanecían recluidos a la espera de poder elaborar un plan que les sacara de allí.

Durante esos días, Caillen no había vuelto a hablar con el rey. Supuso o esperó que finalmente hubiera podido coger el antídoto, y confiaba en que estuviera administrando las gotas junto al agua que bebía, pues si en algún momento lograban salir de allí, necesitarían tener las fuerzas suficientes, ya que no sería fácil escabullirse de la vigilancia de Freya, que, desde su primera visita, no había vuelto a pisar las mazmorras. Caillen se preguntaba, una y otra vez, si en algún momento insistiría en hablar con él, pero pasados los días pensó que era una trampa, un simple despiste para jugar con su mente. Pues ¿qué podría querer decirle? Y, a su vez, se preguntaba qué estaría haciendo Eliana, si permanecería a la espera en la cabaña, y si a Dahlia y Alec les habría ido bien.

Aquella era la última noche de espera, pensó Dahlia subida a la rama de un árbol. Los nervios le invadían, algo extraño en ella, pues siempre había estado segura de todo, pero pensar que aquellos mensajes que llegaron avisando de un ataque inminente, ahora, después de tanto tiempo, se habían esfumado en el aire y que nadie supiera a ciencia cierta qué es lo que sucedería producía en ella un estado de inquietud que jamás había sentido. Observaba el balanceo de las hojas, el vaivén de las ramas en el horizonte; esperaba que, bajo aquella luna, Eliana estuviera cerca, pasando la noche, y al día siguiente escuchar el galope de un caballo acercándose.

Las hojas de aquel roble la envolvían como si de un manto se tratase, era el único roble que había crecido en Callander, pues el resto de la arboleda se componía de abedules, pero, aun así, se había mimetizado tanto con su entorno que las raíces y corteza se habían vuelto blanquecinas. Le gustaba aquella sensación y siempre pensó que era por sus orígenes, pues su lema, «Ser hijos de los árboles», hacía que la acercaran más ellos, y en aquel momento, a pesar de la inquietud, estar sentada en aquella rama estabilizaba sus sentimientos de alguna manera, haciendo que respirara con calma. Estaba sumida tanto en sí misma que el crujir de una rama bajo ella la sobresaltó; rápidamente, miró hacia el suelo y, pese a la oscuridad, pudo distinguir a Alec que miraba en su dirección. La joven se levantó, dio un salto y bajó posando sus botas firmemente sobre la hojarasca.

—Por un momento, creí que me tocaría subir a mí —comentó Alec con media sonrisa.

—Creo que tu experiencia subiendo a árboles ha sido suficiente —añadió ella, recordando la noche que tuvieron que pasar en el roble de Englar.

—A mi favor, diré que no parecen tan altos en la oscuridad —se defendió mientras acariciaba el tronco. Esperó que Dahlia dijera algo, pero al ver que la joven se mantenía callada mirando al suelo, continuó—: ¿No podías dormir?

—La llegada de Eliana me tiene inquieta, ya tendré tiempo de dormir en otro momento, ¿y tú?

—Lo mismo, te vi salir y pensé que preferías tener compañía —respondió. Ante tal respuesta, Dahlia levantó una ceja—. O, más bien, yo quería compañía —rectificó.

—Bueno, ahora mismo Callander no es que sea el lugar idóneo para buscar la soledad, con los soldados y clanes acampando en las inmediaciones, compañía no te falta —añadió comenzando a andar.

—No soy de hacer nuevos amigos, suelo aferrarme a lo conocido —agregó alcanzándola—. Además, creo que tenemos algo pendiente.

Dahlia se detuvo y, girándose, miró al joven.

—Alec…

—Desde que el elfo rubio ese nos interrumpió, has vuelto a rehuirme —la interrumpió.

—Ciaran —añadió—. Se llama Ciaran.

—Nunca he sido bueno con los nombres —dijo con burla.

Dahlia resopló y volvió a girarse, pero Alec la agarró del brazo deteniéndola.

—Vale, vale, espera. Te estoy hablando en serio. —El tono de voz parecía suplicante—. Si no era por Ciaran, era por tu padre, o te escabullías por algún rincón desconocido. Si quieres que te deje, dímelo, pero sabré que mientes porque tus ojos dicen lo contrario.

Dahlia abrió la boca para responder, pero tras dudar volvió a cerrarla e intentó ocultar la sonrisa que amagaba con salir, pues notaba que Alec estaba derribando todas sus barreras.

—¿Y qué quieres? —preguntó finalmente.

El joven estudió su mirada, aquellos grandes ojos verdes, aquella mirada esmeralda que era capaz de transportarle a los bosques de Cryturean. Llevó su mano hasta alcanzar su mejilla sonrosada y con suavidad retiró un mechón de pelo de aquel cabello rojizo que tanto había admirado mientras la perseguía. Lo colocó detrás de su oreja puntiaguda, acariciando finalmente el pico de esta. Aquello hizo que Dahlia bajase la cabeza, pero él, llevando esta vez su mano a la barbilla de la joven, alzó su mentón para que le mirase y, observando aquellos labios carnosos y rosados, se acercó y posó los suyos sobre ellos besándola.

—Quiero esto —dijo con voz ronca separándose un poco, a una escasa distancia que podían sentir cómo sus respiraciones se mezclaban—, ¿y tú?

Dahlia le miró. Contemplando sus ojos oscuros clavados completamente en ella, sentía su respiración agitada y los latidos de su corazón acelerados, pasó sus dedos por la barbilla del joven, acariciando la cicatriz que tenía bajo la comisura del labio, después su mano descendió por el cuello de este y, respirando profundamente, con ímpetu, le agarró de la nuca atrayéndole hacia ella, atrapando sus labios, fundiéndose en un beso vigoroso, pasional. La respiración se volvió un jadeo rítmico, por la excitación del momento; y Alec, anhelando la cercanía de Dahlia, apretaba su cintura, acercándola más a su cuerpo. Un escalofrío recorría el cuerpo de la joven. Al sentir los dedos del cazador sobre el tatuaje de su nuca, Alec retiró un mechón de su pelo dejando visible aquella marca en forma de árbol, posó sus labios sobre ella, haciendo que un cosquilleo en el interior de Dahlia acompañara cada caricia que Alec le ofrecía. Las manos de él viajaron por su cintura, descendieron por el muslo, que agarró con firmeza, pudiendo así elevar su pierna; de un impulso, la joven elfa rodeó la cintura del cazador, y este, mientras seguían enredados entre besos, caminó en busca de un apoyo, hasta chocar contra el tronco de un árbol. Dahlia, atrapada entre este y el cuerpo sólido de Alec, cerró sus ojos de placer al sentir esta vez el roce de los labios de él en su cuello.

Entretanto, percibía el jugueteo de manos bajo su ropa, ella se aferró a sus hombros mientras sentía que su pasión la recorría entera. El ardor de cada movimiento envolvía a ambos, que ajenos a lo que ocurría a su alrededor se fundían recreándose entre besos y caricias. Sus cuerpos se movían con nervio, con una potencia tan natural como el vaivén de las hojas, como si la brisa acompañara cada vibración que emitían, y Alec sintió que los dedos de Dahlia apretaban su carne, mientras él se hundía en ella.

∞

—Eliana, despierta.

Las manos de Nathan zarandearon levemente el hombro de la joven, que dormitaba envuelta en una manta sobre la hierba. Adormilada, Eliana abrió los ojos y bostezó, estirando sus brazos mientras se incorporaba mirando a su alrededor.

—Creo que ya me he acostumbrado a dormir en el suelo —dijo la joven poniéndose en pie, sacudiéndose restos de hojas y barro de su ropa—. ¿Es tarde?

—No, apenas ha amanecido hace poco. Te hubiera despertado al alba, pero pensé que necesitabas descansar.

Eliana asintió ante la consideración del joven, pues a pesar de la premura en llegar a Callander, era la única noche de las que había pasado en el bosque que había conseguido dormir sin sobresaltarse. Pues el resto de las noches, con cada sonido que percibía, abría los ojos en busca de su procedencia.

—¿Cuándo crees que llegaremos? —preguntó, mientras se abrochaba el cinturón donde llevaba colgada la espada.

—Debemos cruzar esa arboleda, tras ella se encuentra Callander —respondió Nathan señalando una frondosidad que les separaba de su destino.

Sin querer perder más tiempo, ensillaron el caballo. Primero subió Nathan, y después Eliana, colocando el pie en el estribo y agarrando la mano que el joven le tendió, se impulsó y se colocó tras él. Golpeando levemente el lomo del corcel, le indicó que echara a galopar, con un ritmo moderado, pues el camino que se había creado entre el hueco de los árboles se componía de curvas muy cerradas y había riesgo de caerse. Una vez que pasaron esa zona y se acercaron más a la arboleda, el trayecto se iba haciendo más accesible. Por ello, al vislumbrar Nathan la llanura del terreno, espoleó al caballo con mayor ímpetu para aumentar su velocidad. Agarrada a él, Eliana buscaba la estabilidad, mientras la rapidez del animal hacía que su cuerpo se balanceara sobre él.

∞

El pecho de Alec subía y bajaba al ritmo de su respiración sosegada. Apoyada sobre él, Dahlia escuchaba los latidos de su corazón, mientras él dormitaba. Habían pasado la noche al aire libre, juntos. La joven había conseguido descansar durante un tiempo, pero con los primeros rayos de luz no pudo evitar despertarse, y desde entonces había permanecido quieta, escuchando la respiración del cazador, plácidamente. Nada había perturbado su tranquilidad, hasta que un sonido se intercaló entre las pulsaciones del joven, un galope a lo lejos se aproximaba entre los árboles. Dahlia, apresurándose, se puso en pie y miró en la dirección de donde provenía. Aquello hizo que Alec se despertara alarmado.

—¿Qué ocurre?

—Oigo un caballo —respondió la joven aguzando el oído.

—¿Crees que son ellos? —volvió a preguntar Alec situándose junto a ella.

Dahlia le indicó que se mantuviera en silencio, necesitaba concentrarse en escuchar atentamente el galope, las fuertes pisadas de aquel caballo. Cada vez estaban más cerca.

—Avisa a mi padre —ordenó la joven—. Están a menos de media legua.

Alec asintió y, corriendo, se dirigió en busca de Darian, mientras Dahlia salía en busca de Eliana. Atravesando los árboles, llegó hasta la entrada de Callander, a la espera de su llegada. Por ello, cuando entre las sombras de los abedules vislumbró la silueta de Nathan y Eliana aproximándose a ella, no pudo evitar sonreír. A su vez, maravillada por el esplendor de la ciudad, Eliana contempló la edificación blanca, los árboles que componían el lugar. Nathan detuvo el caballo junto a Dahlia, que, con rapidez, ayudó a bajar a Eliana y sin pensarlo la abrazó.

—Habéis llegado —dijo la joven.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella desconcertada—. ¿No estábamos en guerra?

Nathan descendió del caballo y contempló a lo que Eliana se refería. En las inmediaciones de la edificación, se amontonaban grupos de clanes, había pequeñas carpas con banderines, restos de fogatas, agrupaciones practicando con las espadas. Ambos observaron con detenimiento hasta que Eliana se detuvo. No muy lejos, en una pica clavada en la tierra junto a una carpa, ondeaba una bandera. Su corazón empezó a latir con celeridad y, al reconocer el escudo bordado sobre la tela dorada, se llevó una mano al pecho, y con ojos suplicantes miró a Dahlia.

—¿Qué hace aquí la guardia de Glenn?

—Ven, será mejor que entremos —respondió guiándola hacia el arco.

Dahlia les dirigió y acompañó hasta la sala central. Al abrir la puerta, se encontraron con Alec, Darian y Eyre. El primero se acercó a saludarlos, mientras los padres de Dahlia se levantaban de sus sillas para darles la bienvenida.

—Eliana, es un placer tenerte en Callander —saludó Darian.

—Eres la viva imagen de Effie —añadió Eyre—. Por favor, sentaos.

Eliana agradeció las palabras con un simple gesto de cabeza, pues no entendía lo que ocurría. Siguiéndoles, todos tomaron asiento, mientras la joven princesa, con las manos en su regazo, apretaba sus dedos para dominar su nerviosismo.

—Necesito que me digáis por qué la guardia de Glenn se encuentra aquí —pidió la joven.

—Hemos mandado llamar al capitán Breogan —dijo Eyre en tono tranquilizador.

—¿Breogan está aquí? ¿Y mi padre? —preguntó levantándose.

—Por favor, Eliana, será mejor que te sientes —indicó Darian, sin moverse de su silla.

La joven obedeció y volvió a sentarse, intercambió una mirada con Dahlia, y esta le indicó que se calmara.

—Vuestra guardia se encuentra aquí por un error —comenzó Darian—. O, siendo correctos, un engaño. Vuestro padre mandó a su capitán que viajaran a nuestras tierras a rescataros, cuando es evidente que no habéis estado aquí.

—¿Entonces? —interrumpió Eliana.

—Creemos que Freya incitó a tu padre para que la guardia real abandonara Glenn y dejar solo a sus soldados en la ciudad —respondió Dahlia.

—¿Y el ataque de Kodran? —preguntó Nathan.

—Quizá haya sido otra artimaña, recorrimos las tierras de Cryturean y no ha habido amenaza alguna —respondió Darian.

Eliana no apartaba la vista del suelo, notaba cómo le faltaba la respiración.

—Pero ¿qué pasa con mi padre? Con Caillen, Dahlia —dijo alteradamente mirando a la joven—. Caillen y Declan están allí, viajaron a Glenn. ¿Qué pasa con mi pueblo?

—Tranquila, hemos reunido a los clanes —respondió.

En ese momento, la puerta se abrió y Breogan entró en la sala. Al ver a Eliana, los ojos se le agrandaron y haciendo una reverencia se dirigió a ella.

—Alteza, me alegro de que estéis bien.

—Breogan, ¿qué está sucediendo en Glenn? —preguntó ella desesperanzada.

—Acabo de recibir las noticias que estábamos esperando, mis soldados no han visto movimientos extraños fuera de la muralla. Al parecer, han aumentado la vigilancia dentro del castillo y en el bosque encontraron junto a la laguna a su caballo, alteza, y una yegua que también os pertenece. Les han traído con ellos.

—Grane y Seire —murmuró—, ¿han visto a Caillen?

El capitán negó.

—Nada de esto tiene sentido. Usted mandó a Dahlia a Glenn, mandó que nos buscara —explicó Eliana mirando a Darian—. El mensaje decía que Kodran atacaría. —La joven se puso en pie—. Éramos nosotros los que debíamos luchar, abandoné mi pueblo, mi hogar, ¿por qué?, ¿por una venganza inexistente? ¡Y ahora no sabemos nada de Caillen!

—Recuerda que vuestro maestro os dijo que debíais hacerlo —respondió Dahlia.

—La amenaza de Kodran es real —añadió Darian—. O, al menos, en cierta parte. Vuestro maestro os dijo la verdad, debíais abandonar Glenn. Quizá Kodran no ataque Cryturean, al menos no ahora, y todo eso solo ha sido una distracción cuando su objetivo ha sido Glenn.

—Pero, entonces, si Freya y Kodran están allí, ¡puede haber ocurrido algo terrible! —exclamó Eliana mientras volvía a tomar asiento.

Nathan se percató de que la joven estaba palideciendo.

—No estamos seguros de que Kodran esté en Glenn —añadió Eyre.

Eliana miró sin comprender a la elfa, que enseguida desvió su mirada hacia Alec.

—Durante el tiempo que he vivido en Undrell, Kodran nunca dio las órdenes directamente. Al menos no a mí, ni al grupo de cazadores con los que trabajaba.

—¿Que trabajabas? —preguntó Eliana—. ¿Nos engañaste?

—No. Tiene una explicación —respondió Dahlia rápidamente—, ¿verdad?

Alec miró a la joven y asintió.

—No eres bien recibido si no has nacido allí. Al menos en Undrell, si no naces o creces allí, estás perdido. Por eso quería escapar, la única forma de salir de aquellas tierras es unirte al grupo de caza de razas. Nos llamaron al castillo para comunicarnos quién sería nuestro objetivo. Allí la figura de Kodran siempre está presente, como si tras el destierro hubiera vuelto entre las sombras, pero él nunca comunica las órdenes, lo hace Silje, su hermana. Es la que nos dijo que Dahlia sería nuestro objetivo. —Alec miró a la joven, y luego volvió su mirada hacia Eliana y Nathan—. Por ello nos adentramos en las tierras de Cryturean, solo esperaba encontrar el momento oportuno para huir y empezar en otro lugar. Pero el clan Callander nos atacó, el resto de los cazadores consiguieron escapar, pero a mí me atraparon.

»En ningún momento pensé hacer daño a Dahlia, el encargo era llevarla a Undrell, pero Darian vino a verme, le conté lo que había pasado y me propuso un trato, mi libertad y oro por asegurarme de que Dahlia volviera a casa. Así que acepté. —Alec suspiró y continuó—: No fue difícil volver a dar con los cazadores, y comenzamos a seguir a Dahlia. Conseguimos alcanzarla cerca de las tierras de Glenn, donde ella me disparó y yo tuve que hacer lo mismo; si no, los cazadores hubieran dudado de mí. Pero erré el disparo, o al menos esa fue mi intención —añadió al recordar el corte que la punta de la saeta había hecho en el hombro de la joven—. Decidimos quedarnos en Glenn, para esperar, pero antes de adentrarnos en el pueblo encontré a Alsvid, sabía que volverías a por él y tenía que asegurarme el encontrarte. Después coincidimos en la posada y llegó la guardia de Freya en vuestra busca, y eso alertó también a los cazadores. Por eso os seguí para avisaros. Y el resto de la historia ya la sabéis.

—Nos alertaste de la guardia —dijo Nathan—. Consiguieron llegar a la cabaña, pero pudimos defendernos.

Eliana permanecía en silencio.

—¿Por qué no contaste lo de los cazadores? —preguntó Dahlia, pues la joven a pesar de conocer parte de la historia aún tenía preguntas.

—Bueno, esa era otra parte del trato —añadió Alec, mirando a

Darian—. Una vez que me asegurara de que Dahlia volvía, tenía que ver si podía sacar algún tipo de información de ellos, Breien y Otto —mencionó refiriéndose a los cazadores—. Llevaban muchísimo tiempo trabajando bajo las órdenes de Kodran y Silje; si hubiera indagado un poco más, quizá habría descubierto algo sobre los ataques. Pero eso no salió como esperaba.

Alec miró sesgadamente a Dahlia, recordando el incidente con sus compañeros, donde la joven acabó con la vida de los cazadores.

—Por eso aquello no tenía que haber acabado así —susurró ella—. Querías sacar más información.

—¿Y por qué ahora debemos confiar en ti? —interrumpió Eliana—. Hasta ahora lo único que he oído es que has actuado por tu propio interés.

—¿Y acaso eso no es lo que nos mueve a todos? ¿O no es tu propio interés salvar las tierras de Glenn? Yo solo quería tener una vida mejor, pero al ver que puedo ayudaros, que puedo ser útil, he decidido quedarme.

—No es momento de juzgar a nadie —intervino Darian—, debemos trazar un plan. Uniremos nuestras tropas e iremos todos hacia Glenn, y acabaremos con los planes de Freya y Kodran.

—Al final, no estaba equivocada. Ha movido sus hilos para que sea cierto, Callander caerá sobre Glenn —añadió Eliana.

—No hay otra opción —respondió Eyra—. Si quieres salvar a tu pueblo, debemos atacar.

Todos permanecieron en silencio en aquella sala. Absortos en la amenaza inminente, pues no sabían adónde los llevaría cada movimiento que dieran en este juego de azar.

Tuvo que abandonar la sala, pues a pesar de los grandes arcos que ejercían como ventana, sentía que le faltaba el aire y, disculpándose, se ausentó. Breogan se ofreció para acompañar a Eliana, pero ella, indicándole que estaría bien, prefirió quedarse sola. Tras bajar las escaleras corriendo, se detuvo en la fuente central. Sentía que la ropa le apretaba, que le impedía respirar, una sensación de ahogo constante le bloqueaba el pecho. Agachándose, se sentó en el pequeño borde de piedra, llevándose una mano al pecho, intentando dominar su angustia, cerró los ojos y respiró hondo. Concentró su atención en el sonido del agua, un leve murmullo apenas imperceptible, una melodía sigilosa, y entonces escuchó en su mente:

Recuesta tu cabeza

y te cantaré una canción de cuna,

de vuelta a los años

en la gloria de Glenn.

Y te cantaré hasta que te duermas,

y te cantaré mañana.

Te bendigo con tu destino,

por el camino que debes seguir.

Escuchó la voz de su madre, o al menos la voz que ella le había puesto en su mente. Imaginó el roce de sus manos acariciando su pelo y aquella canción que desde pequeña le había acompañado, que tanto la calmaba. Y en aquel momento las palabras de Belenus se entrelazaron en su mente.

—Ella tenía constancia de que este día llegaría —le había dicho el anciano antes de abandonar Glenn.

Tanto él como su madre sabían que algún día el destino le plantearía aquella situación, y ambos estaban seguros de que obraría de forma correcta. Por ello, pese a sentirse insegura e impotente, debía aferrarse al recuerdo, a la valentía de su madre, a lo que ella supo que un día Eliana lograría hacer.

—¿Estás bien?

La pregunta de Nathan hizo que la joven levantase la mirada y con gesto firme asintiera.

—Volvamos dentro —respondió poniéndose en pie.

Regresó a la sala, donde el resto aún la esperaban. Darian y Eyra conversaban con Breogan, mientras Dahlia, junto a uno de los arcos, contemplaba el exterior y desde aquella altura vislumbraba los alrededores de la edificación, donde los clanes esperaban.

—¿En qué piensas? —preguntó Alec a su espalda.

—En que espero que todo salga bien —respondió la joven sin girarse.

—Puede que les superemos en número, y eso sería una ventaja para nosotros —añadió el joven, que dando un paso se situó junto a ella y observó a la milicia asentados, esperando órdenes.

—Quién sabe quién más puede estar con Freya. ¿Tú la conoces?

Alec negó.

—No, mi contacto en las tierras de Undrell no va más allá de lo que se vive en las calles.

—Ella dijo que nosotros éramos el enemigo, que Callander tenía intención de atacar Glenn. —Dahlia suspiró—. En su juego lo ha conseguido.

—Pero, por una buena razón, no vamos a masacrar la ciudad, la liberaremos. Acabaremos con ella y sus soldados —añadió el joven, posando su mano en el brazo de Dahlia en un intento de reconfortarla.

—¿Y eso encaja en tu plan de libertad? —preguntó mirándole por primera vez.

—Puede ser, me he unido porque he querido. El hecho de poder tomar mis propias decisiones ya es mi libertad —respondió sonriendo.

—Tú elegiste unirte a los cazadores.

—No tenía otra elección, o te unes a ellos o mueres. Sabía que de esa manera me dejarían elegir. No soy partidario de lo que hacen en Undrell, hay esclavitud, miseria. Creen que es una ciudad sin ley, pero La Torre es quien gobierna.

—¿La Torre?

—Así llaman al castillo donde Silje y Kodran viven, por la alta torre que hay entre las ruinas de la fortaleza y su coliseo de entretenimiento.

Dahlia asintió. Recordando el libro que Eliana les había leído, hablaba de las barbaridades que Kodran realizaba sobre la arena para contentar a sus súbditos. La joven miró a Alec en silencio, que mantenía la mirada perdida en el exterior. Al notar sus ojos sobre él, este ladeó la cabeza y sonrió. Ella no pudo evitar devolverle una sonrisa compasiva, pues pensó en todo lo que habría tenido que pasar, y pese al poco tiempo que habían pasado juntos, la forma en que ella se sentía hacia él había cambiado. Y ambos lo sabían.

—¿Sabes? Cuando me encargaron secuestrarte, no pensé que serías así —dijo.

—¿Qué querían de mí?

—No lo sé, solo te dicen qué hacer, sin explicaciones —respondió. Intercambió una mirada con ella.

En aquel momento, los pasos de Eliana entrando a la sala, seguida de Nathan, hicieron que todos se giraran. La joven, con rostro arrepentido, se acercó hasta ellos, bajo la atenta mirada del resto de los presentes.

—Siento cómo reaccioné —se disculpó sinceramente—. Sé que soy la más interesada en esta situación. Al fin y al cabo, Glenn es mi hogar y agradezco de verdad vuestra ayuda.

—Estamos juntos en esto desde un principio —intervino Dahlia agarrando la mano de la princesa—. No lo olvides.

—Yo no me esperaba todo esto cuando me mandaron seguirte —añadió Alec torciendo la sonrisa—, pero he decidido ayudar hasta el final.

—Ni yo tampoco estaba involucrado, pero si estoy aquí será porque el destino lo quiere así —agregó Nathan sonriendo a Eliana en señal de apoyo.

La joven agradeció el gesto de todos, pues sabía en la difícil posición en que se encontraban. Volviéndose, dirigió su atención a Breogan, Darian y Eyre, que permanecían a la espera, y, volviendo a su silla, Eliana se sentó, seguida por el resto.

—¿Qué es lo que habéis planeado durante mi ausencia? —preguntó.

—Tanto los clanes de Cryturean como vuestros soldados están listos para partir. Solo esperan nuestra orden —respondió Darian—. No sabemos qué es lo que ocurre en Glenn, ni cuáles son las intenciones de Freya o Kodran.

—No podéis dejar desprotegido vuestro hogar —añadió Eliana.

—No lo haremos —intervino Eyre—. Me quedaré junto con otros miembros de clanes protegiendo las tierras de Cryturean. Ya está todo

organizado.

—Breogan, hablasteis de una patrulla en las afueras de Glenn. —Esta vez la joven miró al capitán de su guardia.

—Así es, alteza, permanecen escondidos junto a la laguna.

—Como princesa, es mi responsabilidad proteger Glenn. No quiero que mi pueblo sufra, no quiero que se vean involucrados en una batalla en la que solo son víctimas —dijo Eliana mirando a todos—. No quiero que se derrame sangre.

—Comprenderás que, si los soldados de Freya nos atacan, no podemos quedarnos parados —terció Darian—. Debemos protegernos.

—Y yo debo proteger a mi pueblo.

—Pero en una guerra no puedes controlar lo que sucede —interfirió Alec—. Es imprevisible.

—Pero sí puedes anticiparte. Podemos sacarlos de la fortaleza, la patrulla que se encuentra junto al lago los protegerá, al menos podemos intentarlo —indicó la joven decidida—. Quizá Nathan y Alec puedan cabalgar conmigo hasta Glenn.

—¿Cabalgar otra vez sola? Desprotegida —cuestionó Breogan, su tono mostraba el desacuerdo—. No puedo permitirlo.

—Breogan, agradezco vuestra preocupación, pero sé protegerme a mí misma. Además, confío tanto en Nathan como en Alec, y sé que me ayudarán.

—Freya mandó capturarte, no creo que sea buena idea que te adentres en Glenn —intervino Nathan, que en todo momento había permanecido callado.

—Tiene razón. En cuanto te vean, pueden avisarla —añadió Dahlia.

—Pues iré con cuidado, el pueblo de Glenn solo obedecerá si yo misma les comunico la amenaza, si no, no podré impedir que salgan perjudicados.

En el fondo, todos sabían que Eliana estaba en lo cierto, la otra opción sería mandar a la guardia real a evacuar la ciudad, pero los soldados de Freya no tardarían en darse cuenta. Por lo que, tras las

severas palabras de la princesa, no tuvieron elección y aceptaron seguir su plan.

Una vez finalizada la asamblea, abandonaron la sala. Darian comunicaría las instrucciones a los clanes, mientras Breogan haría lo mismo con la guardia de Glenn. Entretanto, Eliana había pedido a Nathan y Alec preparar lo indispensable, pues su intención era partir esa misma noche. Desde el puente, observaba a ambos apartando las pertenencias para después cargarlas sobre los caballos. Cabalgarían con Grane, Seire y Díleas, pues si cada uno llevaba un caballo podrían alcanzar más velocidad. En aquel momento, mientras Eliana se veía al frente de una batalla inminente contra su hogar, Dahlia se acercó a ella.

—¿Cómo te encuentras?

—Perdida —respondió apretando los labios—, pero es lo que debemos hacer.

—Me refería a tu pierna —añadió Dahlia señalando el muslo de la joven—. Aunque entiendo cómo debes de estar.

—¿No te da la sensación de que estamos dentro de un círculo? —preguntó Eliana sin responder al estado de su herida—. Nos fuimos de Glenn para defender nuestras tierras y volvemos a Glenn con ese mismo cometido. Si no me hubiera ido…

—Probablemente, Freya habría acabado contigo, quizá vuestro maestro lo que os dio fue tiempo, lo suficiente para alejaros, para poder invertir el plan de Freya.

—Ya, pero salvar una vida a costa de cuántas…

—No sabes si solo hubiera sido tu vida. —Dahlia colocó una mano sobre el hombro de Eliana en un intento de reconfortarla—. Puede que nada de esto tenga sentido, pero desde que llegué a Callander no he podido parar de darle vueltas. Nosotros somos los hijos de aquellos que derrotaron a Kodran. Si el plan de Kodran es acabar con sus enemigos y nosotros siguiéramos vivos, nunca podría hacerse con nuestras tierras. En cambio, sin herederos…

—No habría reinos y quedarían a su merced —completó Eliana—. Si yo muero, Caillen puede reclamar el trono de Glenn. Mi tío dejó el escrito.

—Por eso peligramos los tres.

—¿Y si Caillen y Declan han muerto? —preguntó Eliana—. ¿Y si ya se ha quitado del medio una de las piezas?

—Ven conmigo. —Dahlia agarró del brazo a la joven tirando de ella.

La elfa caminó con paso decidido de vuelta a la edificación del clan Callander seguida por Eliana. Atravesaron el patio abriéndose paso entre elfos cargados de flechas y arcos. Al llegar a la escalera, subieron con premura hacia el nido. Y Eliana no pudo contener el asombro en su rostro al llegar al final, observando aquella especie de jaula, donde los alcedinos dormitaban. Mirando a su alrededor las pequeñas aves, en su mayoría en tonalidades azules y naranjas, eran como puntos de color brillantes, iluminados por los rayos de luz que penetraban por los huecos de la estructura.

—Enviaremos un mensaje a Caillen, como yo te lo envié a ti —dijo Dahlia, acercándose al centro y cogiendo un trozo de pergamino.

—¿Cómo le encontrarán? —preguntó la princesa, fascinada por el lugar.

En ese momento, una de las aves desplegó sus alas y se posó junto a ella. Eliana permanecía detrás de la joven, maravillada por el animal.

—Verá su rostro a través de mis ojos —respondió.

—Dahlia, ¿y si no puede recibirlo? —El tono sombrío cubrió su voz.

—Entonces, sabremos la respuesta —contestó mirándola—. Ahora mismo esta es nuestra opción más rápida.

Eliana asintió confiando en lo que Dahlia decía y, con la esperanza de que aquel mensaje fuera entregado, la elfa enrolló el pergamino, dejando que el alcedino se colocara sobre su dedo, y, como si de una rama se tratase, le tendió el trozo de papel y, acariciando sus plumas, situó los ojos de la pequeña ave a la altura de los suyos, y en su mente repasó cada facción del rostro de Caillen, de tal manera que él pudiera verlo reflejado en sus pupilas.

—Bien, pequeño, ¿serás mis ojos en este viaje?

El alcedino pio y echó a volar. Con rapidez, ambas se acercaron a la ventana y observaron el vuelo del ave entre las copas de los árboles.

—Si al alba regresa sin el mensaje, habrá sido entregado —explicó Dahlia.

Sintiendo en su interior el nudo de nervios que se formaba en ambas, a causa de la incertidumbre, solo podían esperar. Permanecieron en silencio, contemplando el horizonte, la forma de las nubes grisáceas, el cielo encapotado.

La monotonía de los días caía sobre ellos como una gran losa, sentían el peso del agotamiento, a pesar de que Declan había ido recuperando fuerzas. Su alimentación escasa les daba la energía suficiente para permanecer conscientes en aquella celda sombría. Caillen, hastiado de quedarse sentado, recorrió en línea recta la distancia que había de un muro a otro, hasta que finalmente se detuvo alzando la vista y, contemplando aquel pequeño y oscuro trozo de cielo que podía verse por el ventanuco, suspiró. Aún no había anochecido, pero la nubosidad cubría la luz del sol. Una pequeña llama tintineaba en la antorcha colgada en el muro de la antesala. Todo estaba sumido en el silencio, ni siquiera el soldado que paseaba revisando el interior de cada celda emitía ruido alguno. Finalmente, el joven volvió a su sitio y tomó asiento junto al soldado, que, con los brazos apoyados en las rodillas, permanecía con la mirada fija en los barrotes de la celda.

—Apenas hay tiempo suficiente entre cada cambio de guardia —murmuró sin mirarle.

—Si ya es complicado que nosotros salgamos de aquí, no puedo imaginar cómo sacaremos al rey —respondió Caillen cogiendo el báculo que tenía en el suelo junto a él. Empezó a rotarlo con su mano, acariciando los dibujos tallados en la madera—. ¿Por qué me encerraron con un arma?

Declan no entendía la pregunta del joven aprendiz y, girando la cabeza para mirarle, comprobó que estaba inmerso en sus pensamientos, contemplando el báculo.

—¿Por qué a ti te dejaron sin espada? Llevo una cimitarra escondida, ellos lo saben —volvió a decir Caillen—. Si se acercan suficiente a la puerta, podría amenazarles con ella.

—Saben que tienes un arma, tú mismo lo has dicho. No se acercarán lo suficiente —respondió Declan. Acto seguido, miró el bastón y, mientras, se rascaba el mentón—. Pero ¿por qué dejarte aquí dentro con él?

Caillen no respondió, seguía sumido en aquel báculo, en la charoita. Frunció el ceño al comprobar que la piedra parecía más oscura. Sus dedos fueron hasta ella y la acariciaron. Un trueno sonó en el exterior y Caillen lo sintió en su piel, percibió la vibración en las yemas de sus dedos, entonces lo acercó más a él, a su rostro, y

percibiendo un ligero temblor, llevó la parte superior a su oído y pudo apreciarlo, podía escuchar la tormenta. Entonces al compás de los truenos que anunciaban una tempestad repitió en su cabeza las palabras de Freya: «Puedes aferrarte a él todo lo que quieras, pero no sabrás usarlo».

—No sabrás usarlo —repitió Caillen en un susurro—. Cree que no sé usarlo. —Esta vez alzó un poco más la voz y miró a Declan.

—No comprendo —respondió este.

—Freya piensa que no sé usarlo, y estaba en lo cierto —añadió rápidamente.

Sus dedos viajaron desde la charoita, aquel mineral reluciente, y recorriendo la madera maciza del báculo, bajo la atenta mirada curiosa de Declan, que intentaba descifrar lo que el aprendiz decía.

—¿Ves de dónde nacen las hojas? —Esta vez la voz de Belenus sonó en su interior, recordando el día que le había mostrado cómo la energía recorría cada parte de la hoja del *adiantum,* cómo le había explicado que era la energía lo que movía el destino—. Coloca tus dedos sobre una de ellas. La energía se mueve por cada pequeña parte.

Caillen volvió a recorrer el arma, analizando el báculo como si fuera el *adiantum.* La charoita era la raíz, la conexión que movía por la madera el cosquilleo que llegaba hasta las yemas de sus dedos. Freya estaba en lo cierto, no sabía usarlo, no sabría cómo canalizar ese poder, pero al menos ahora sí podía sentirlo, aquello era un paso.

∞

Hacía mucho tiempo que Callander no albergaba a todos sus clanes, y mucho más, soldados de otro reino. La guardia real de Glenn desmontaba las carpas donde habían acampado días atrás. Le darían un día de ventaja, el tiempo suficiente para que Eliana llegara a Glenn e intentara evacuar la ciudad, lo más discretamente posible. Breogan veía aquel plan como un suicidio, pues la exposición de la princesa ante los soldados de Freya no era la mejor solución para salvar a su pueblo. Pero las palabras de esta habían sido rotundas y sabía que no podía hacerla recapacitar. Él se encontraba en la sala principal, junto a Eyre, observando sus tropas.

—Nunca pensé que tuviéramos que luchar la misma guerra —comentó el capitán.

—Esta vez será diferente —añadió Eyre, mientras se fijaba en Dahlia y Eliana, que permanecían junto a Alec y Nathan en las inmediaciones—. Ahora es su momento y ellos no cometerán los mismos errores.

—Vuestro druida lo sabía —intervino Darian, colocándose junto a su mujer y mirando a Breogan—. Sabía que algún día sería su lucha.

El capitán suspiró y fijó sus ojos en la joven princesa, en varias semanas había cambiado tanto. Siempre supo que sería una gran reina, pero ahora, contemplando sus decisiones, la manera en que decretaba, su forma de actuar, no tenía ninguna duda. Parecía segura de sí misma, o al menos eso es lo que Eliana intentaba hacer creer; sabía que cuando el alcedino volviera, ella ya no estaría allí, por lo que, mientras preparaban las cosas, procuraba no darle vueltas. En su cabeza repasaba el plan, una y otra vez: evacuar el pueblo; buscar a Caillen, Declan y a su padre; acabar con Freya. Lo repetía una y otra vez en su mente a la vez que acariciaba la crin de Grane. Cada pasada con su mano era una parte del plan. Estaba tan ensimismada en ello que no se percató de que Nathan le estaba hablando; finalmente, al ver que no respondía, este le colocó una mano en su hombro, a lo que Eliana al sentir el contacto de la mano le miró desconcertada.

—¿Estás bien? —preguntó él, al ver que seguía mirándole sin articular palabra.

—Sí, sí, ¿qué decías? —La pregunta de Eliana sonó vacía, mientras pestañeaba, como si con ese gesto desechara sus pensamientos para concentrarse—. Nathan, ¿qué decías? —insistió esta vez más seria.

—Solo quería saber si tú lo tenías todo preparado —respondió el chico, retirando la mano del hombro de la joven.

—Sí, por supuesto.

—Ya he ensillado a Díleas y he cargado lo necesario. ¿Estás segura de partir al anochecer? —preguntó Alec acercándose a ellos.

Eliana asintió, ajustando la espada que colgaba de su cintura. Dahlia se acercó a ella, y ambas se abrazaron.

—Espero que tengáis suerte —dijo la elfa sin soltarla—. Seguro que estarán bien.

Sabía que se refería a Caillen, Declan y a su padre. Eliana suspiró

mientras seguía entre los brazos de Dahlia. A pesar de llevar solo semanas juntas, habían forjado una relación de amistad, de confianza, y aquella separación le resultaba más dura que cuando se separaron en la cabaña, no sabía por qué, pero aquel momento ambas jóvenes lo vivieron más fuerte. Al separarse, Eliana apretó las manos de su amiga entre las suyas.

—Por si cuando llegues no me encuentras, ve a los pasadizos. ¿Recuerdas la entrada? —preguntó Eliana. Dahlia asintió, y esta continuó—: Escucha atentamente, una de las tachuelas centrales esconde la llave que abre la puerta, está algo suelta, la tercera contando horizontalmente y la séptima en vertical. Después verás que una de las láminas de metal solo está clavada de un lado, tras ella está la cerradura. Asegúrate de dejar la llave en su interior cuando cerréis la puerta.

—Lo haré —respondió Dahlia, que había escuchado atentamente las instrucciones—. Ten cuidado.

—Tú también. Nos vemos en Glenn.

La princesa se despidió dirigiéndose hacia su caballo, el capitán Breogan había bajado y se encaminaba hacia ella. Entretanto, después de que Dahlia se despidiera de Nathan, Alec agarró su brazo, necesitaba apartarla de la multitud y hablar a solas con ella.

—Me había acostumbrado a ser tu sombra —dijo el joven rompiendo el silencio.

—Bueno, me perderás de vista por poco tiempo —respondió ella con una tímida sonrisa.

—Demasiado…

Ambos se miraron a los ojos, Dahlia notaba un nudo en la boca del estómago que aumentaba al notar el tacto del dorso de la mano de Alec en su mejilla. Ninguno sabía qué hacer, pues en aquel momento se encontraban bajo la mirada del resto, visibles, al contrario que en aquellas ocasiones en las cuales habían disfrutado de la intimidad. Pero Alec, sin poder alejarse de la joven, agachó su cabeza y, apoyando su frente en la de ella, susurró:

—Ten cuidado.

Esta asintió mientras sentía cómo se paraba su respiración al sentir la de él tan cerca. Alec se retiró dirigiéndose hacia Díleas. Fue

entonces cuando el joven, habiendo situado un pie en el estribo, se detuvo al escuchar la voz de Dahlia.

—Espera —dijo.

Este, girándose, miró a la joven y no tuvo tiempo de reaccionar al sentir cómo sus brazos le rodeaban. Envolvió el fino cuerpo de ella con sus brazos y aspiró el aroma de su pelo, mientras se aferraba con fuerza, acarició su cabeza, que descansaba sobre su clavícula.

—Ten cuidado tú también —murmuró Dahlia.

Alec asintió y, con un leve gesto, posó sus labios sobre el cabello de la joven antes de separarse.

—Nunca me imaginé ese cambio de conducta —dijo Nathan a Eliana. El joven, que permanecía sentado en Seire, se inclinó para confesar aquel comentario a la joven—. ¿No te sorprende?

—No del todo —respondió ella observando la manera en que Dahlia miraba a Alec.

Después, al sentir la cercanía de Nathan, intentando esconder su incomodidad, sonrió levemente.

—Alteza.

La voz de Breogan llegó a sus oídos en el momento más oportuno y, girando su cabeza, miró al capitán desde la altura del caballo.

—Aleksey está al cargo de la patrulla en la laguna. Aseguraos de dar con ellos antes de evacuar la ciudad. —El tono estricto de Breogan hizo comprender a Eliana la advertencia de que no hiciera ninguna locura.

—Me aseguraré de indicarles mis intenciones, lo haré.

—Eliana —Breogan había dejado a un lado las formalidades, esta vez no hablaba a la princesa, hablaba a la joven que había visto crecer, a la que había visto madurar encerrada entre unos muros—, tú eres la salvación de Glenn, no lo olvides. Y no cometas una estupidez.

—Es hora de irnos —informó Nathan, interviniendo al comprobar que todos estaban listos.

Espolearon los caballos y los tres emprendieron el camino. Tenían un largo recorrido por delante, e ignorando que la noche caía sobre

ellos, atravesaron los bosques y abandonaron Callander, aproximándose cada vez un poco más a Glenn.

∞

—Un poco incoherente, por su parte, dejarte con un arma de la cual podrías descubrir su poder —susurró Declan, pues no quería que aquella conversación llegara al guardia que se encontraba sentado fuera—. ¿Crees que de verdad piensa que nunca lo descubrirás? Es absurdo.

—Freya dijo que no era un druida ancestral, pero eso es imposible —respondió Caillen, que seguía agarrando el bastón entre sus manos —. Conozco remedios naturales, he sentido el movimiento de la energía y del destino. Belenus me enseñó a leer las runas.

—Entonces, ¿qué insinuaba Freya que eras?

—Si no eres un druida ancestral, eres un druida sombrío —contestó de tal manera que dio la sensación de que perdía fuerza al expulsar las palabras de su boca—. Y no podría ser…

Declan observó al joven, a pesar de parecer que tenía los ojos fijos sobre sus manos rodeando la madera tallada, sabía que verdaderamente su mirada estaba perdida. Podía imaginarse en la incertidumbre que se hallaba, podía figurarse las cuestiones que en su interior se disputaban por revelar las respuestas que tanto había anhelado, pero el soldado no sabía cómo enfrentarse a ello, por lo que con el gesto más sincero que en aquel momento le salió, apoyó su mano en el hombro de Caillen y con un ligero apretón intentó reconfortarle.

—¿Piensas que tu madre era un druida sombrío? —Hizo la pregunta que sabía que el joven aprendiz no se atrevía a hacer en alto.

—Pienso que Freya intenta jugar con nosotros, y sabe qué decir para cuestionarnos.

Caillen se levantó dejando el báculo en el suelo y volvió a pasear por la celda, intentando descifrar el juego de Freya, las mentiras y engaños que se traía entre manos. ¿Cuántas cosas eran ciertas? ¿Hasta dónde sabía de verdad? Quizá todo lo que había dicho eran simples enredos. Claramente, el joven sabía que solo era un simple juego, una artimaña para que su mente no se centrara en lo importante, escapar de allí, de la amenaza de Kodran. Los golpes secos contra el metal llamaron su atención, tanto Caillen como Declan miraron en la

dirección de donde procedían. En el pequeño ventanuco posado en el alféizar, entre los barrotes, una pequeña ave de ojos brillantes miraba a Caillen con su pequeña cabeza ladeada.

—¿Un pájaro? —preguntó Declan perplejo, pues no habían visto la presencia de ningún animal desde que estaban encerrados en la celda.

Caillen observó al ave y, acercándose a ella, bajo la escasa luz de la luna, vislumbró el trozo de papel que en forma cilíndrica llevaba sujeto en una de sus patas. Los ojos del joven se agrandaron y un fulgor de esperanza hizo que sonriera.

—Es un alcedino —dijo recordando cuando Dahlia le explicó que utilizaban aquellas aves como mensajeras.

Entonces él se acercó más al ventanuco y el pájaro alzó un leve vuelo para soltar el pergamino en las manos de Caillen. Aleteando, giró su vuelo y desapareció entre los barrotes, ocultándose en la oscuridad del exterior.

—Es un mensaje de Dahlia —aseguró.

Desenrolló apresuradamente el papel y leyó atentamente:

Partimos hacia Glenn, llegaremos con la cuarta luna desde que leas esta nota.

Espero que estéis bien,

Dahlia

Caillen miró a Declan.

—Debemos pensar un plan —dijo el joven entregándole el mensaje.

39

Apretó su puño con fuerza, arrugando el trozo de papel, entornó sus ojos y contrajo sus labios en una sonrisa desdeñosa. Finalmente, se guardó el trozo de pergamino en el bolsillo izquierdo de su vestido, y del bolsillo contrario sacó una misiva. Volviéndose, se acercó a uno de los soldados.

—¿El chico quiere hablar? —preguntó Freya.

—No, majestad —respondió el soldado con gesto erguido—. ¿Desea que le forcemos?

—En absoluto —añadió ella con un movimiento de mano, quitándole importancia—. Cederá, estoy segura. —Le tendió el sobre que llevaba—. Ten, debéis entregar esta misiva, ya sabéis a quién. Utiliza la ruta del oeste y evita ser interceptado.

El soldado asintió y tras una reverencia abandonó la sala. Una vez a solas, estiró las arrugas de su falda y, con aquella pose esbelta que le caracterizaba, atravesó el umbral de la puerta. Recorrió los pasillos a solas, le gustaba escuchar el sonido que producían sus pisadas sobre los adoquines del castillo, haciendo eco en la estancia, no sentía la soledad, para ella aquel entorno le transmitía poder.

—Majestad —llamó una doncella a sus espaldas—, traigo la comida del rey. Si lo desea…

Freya se giró y mostró una dulce sonrisa. La joven algo menuda llevaba una bandeja con un cuenco de sopa y un poco de carne deshilachada en un plato. Freya tendió las manos, indicándole que le entregara la bandeja.

—Gracias, pero, como siempre, yo me ocuparé de alimentarle. Puedes retirarte.

La doncella asintió y, tras una reverencia, volvió por donde había venido. Freya llegó hasta la puerta de sus aposentos. Uno de los soldados que la custodiaban giró el pomo dejándola entrar. La estancia permanecía vacía, depositó la bandeja sobre su tocador y suspiró. Estaba un poco cansada de la farsa de la enfermedad del rey, pero sabía que no tardaría mucho en terminar con ella. El fuego de la chimenea calentaba la habitación, dejando la estancia sumida en una cálida luz. Cogió el plato de carne y lo lanzó al fuego, las llamas crepitaron al contacto de la grasa. Volvió a dejar el plato sobre la

bandeja y suspiró. Tomó asiento en la silla y, mientras apoyaba un brazo en el respaldo, tamborileaba con la otra mano sobre la superficie del tocador. Repasó cada rincón del dormitorio, cada vez que hacía creer al servicio que cuidaba del rey. Solo sus soldados sabían que Gared se encontraba encerrado en las mazmorras. Pensó en desenredarse los bucles rubios que caían a un lado sobre su hombro y agarró el peine de marfil con la mano, mientras, distraídamente, sentía el roce de las púas entre los mechones de su pelo, y detuvo su mirada en el retrato que descansaba en la pared, junto al tapiz. Apretando los dientes, se levantó y se acercó hasta situarse enfrente de aquel rostro que cada noche sentía que le espiaba.

—Quita esa estúpida sonrisa de tu rostro, Effie —dijo Freya—. Creísteis ganar una vez, pero ahora es nuestro momento, mi momento, y no toleraré que una repugnante valquiria como tú esté feliz.

Con el peine sujeto entre sus dedos, clavó con firmeza las púas en el lienzo, resquebrajando la tela justo por la parte de los labios de Effie.

—Estúpidas guerreras, defensoras de la batalla. Te diré algo, reina Effie —Freya bajó la voz, como si fuera a revelar una confesión, y tras su tono de burla preguntó—, ¿dónde está tu tribu?, ¿dónde están ahora las salvadoras?

Observando la pintura estropeada por los cortes y arañazos, se giró y, acercándose hasta la ventana, se cruzó de brazos contemplando Glenn a través del cristal bajo la luz de la luna.

—Yo te lo diré —murmuró—. Están muy lejos de aquí.

∞

Estaba rodeada de árboles, envuelta en la oscuridad de la noche. Podía sentir la brisa en su rostro, en sus brazos… No llevaba la capa. Eliana se frotó los hombros a causa del frío, contempló el vaho saliendo de su nariz y boca, como una nube de humo formándose a su alrededor. Miró hacia arriba, el cielo se vislumbraba en lo alto en pequeños trozos, entre las copas altas y picudas de los árboles. Estaba muy lejos. ¿Dónde estaba? Giró sobre sí misma contemplando a su alrededor, como si buscara algo, y una voz llegó hasta sus oídos, un susurro, un leve murmullo. Se detuvo, mirando hacia la dirección de donde procedía aquel cántico, y vio una figura, una esbelta silueta entre la oscuridad, dio un paso hacia ella, y ella se acercó hasta Eliana. No conseguía distinguir el rostro, pero aquella figura sombría

se transformó en un pequeño punto de luz azul. Fuego fatuo, pensó Eliana. Estaba en el bosque Trebell… El fuego fatuo emitía aquel cántico, aquella melodía que hacía que la joven diera un paso tras otro hasta llegar hasta él.

—*Irear vaerd jevil valed* —murmuró la voz—. *Duer endel avs jebned.*

Entonces, en ese preciso instante, el fuego fatuo se arrojó hacia Eliana, atravesando su pecho, el impacto hizo que la joven cayera de espaldas contra el suelo. Sobresaltada, abrió los ojos, esta vez el cielo no estaba tan lejos, las copas de los árboles eran redondeadas y el rostro de Nathan apareció ante sus ojos.

—¿Estás bien?

El joven le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

—Sí, gracias —respondió aceptando su ayuda—. Solo era un sueño. ¿Cuánto he dormido?

—No mucho —añadió Alec, cogiendo la silla de montar que había depositada en el suelo.

Al cabalgar varias leguas, habían decidido parar, los caballos necesitaban un descanso y ellos aprovecharían para comer algo, pero Eliana no había sido consciente de su cansancio e inevitablemente cedió ante el sueño.

—¿Necesitas que esperemos un poco más? —preguntó Nathan contemplando a la joven.

Eliana contempló la salida del sol por el horizonte y negando se dirigió hacia Grane.

—Debemos continuar —dijo la princesa.

Colocó un pie sobre el estribo y, con un fuerte impulso, montó en la silla. Agarrando las riendas, esperó mientras Alec ajustaba los enganches de su silla.

—Nathan —llamó la joven. Este la miró—, ¿qué significa *«Irear vaerd jevil valed, duer endel avs jebned»*? —murmuró esperando haber pronunciado bien las palabras, tal y como había escuchado en su sueño.

—'No tengas miedo, yo te guiaré, formas parte del destino' —respondió—. Es un lema valquirio.

Eliana permaneció en silencio, reflexionando qué significado tendría su sueño y aquellas palabras que nunca había oído, pensando si tendrían algún sentido; pero cuando Alec comunicó que estaba listo, se centró en su presente, en la dirección de su rumbo hacia Glenn.

∞

Había escuchado las últimas instrucciones, había recorrido cada parte de los alrededores de Callander, había pasado la noche en vela, esperando. Había trenzado su pelo y por primera vez Dahlia lucía armadura, una coraza plateada ajustada a su torso, que marcaba perfectamente su figura, en ella llevaba grabado el símbolo de su clan. Había subido en Alsvid, junto a ella, se encontraba Ciaran a un lado y al otro el capitán Breogan, mientras Darian, a lo lejos, conversaba con Eyra y los miembros de clanes que permanecerían en Callander. Ajustó la correa de su carcaj y movió su espalda asegurándose de que el arco que llevaba cruzado no le molestaba. Desviando de vez en cuando la mirada al cielo a la espera del regreso del alcedino, pues la idea de partir con la incertidumbre de si el mensaje habría sido entregado o no le irritaba.

Ahora listos para partir, las tropas se encontraban alineadas a la espera.

—Al fin podrás poner en práctica aquello que te he enseñado —dijo Ciaran sonriendo a la joven.

—¿Quién te dice que no lo he puesto ya en práctica? —preguntó Dahlia sin mirarle.

—Bueno, pues podré ver los resultados.

Finalmente, Dahlia le miró. A pesar de formar parte de clanes diferentes, la relación entre ellos se había forjado desde pequeños. En las reuniones, en los viajes, él no había dudado en instruirla, y la amistad que unía a sus padres les había facilitado la cercanía del uno al otro. Pero desde la muerte del padre de Ciaran, y situarse en el puesto de jefe de clan, había hecho que se distanciaran, a pesar de que él en un pasado le había ofrecido la oportunidad de regentar el clan junto a él. Proposición que Dahlia denegó, dejando aquello que podría llegar a ser algo en una simple amistad, pues aún la joven no había alcanzado la mitad de su vida y necesitaba encontrar su camino.

—Sería una gran alianza para nuestros clanes —le había dicho Ciaran el día de su proposición.

—No estoy preparada —había respondido.

Desde entonces Ciaran le había dejado su espacio y, poco a poco, aquel afecto que les unía había ido desapareciendo, como un humo efímero que se deshacía entre la brisa. Y a pesar de que conocía al elfo y suponía que en lo más profundo de su interior le tuvo algún cariño, ahora ese sentimiento se estaba proyectando hacia otra persona.

—Recuerda proteger tu flanco izquierdo —le dijo Dahlia con un guiño de ojo, pues la joven sabía que aquel era uno de sus puntos débiles.

—No te preocupes, lo he mejorado.

—¿Estamos listos? —La voz enérgica de Darian sonó por encima del murmullo de la milicia. Montado en su semental pardo, se situó junto a Breogan.

—La guardia de Glenn está preparada —dijo el capitán.

—Los clanes estamos listos —añadió Ciaran.

—Avanzad —ordenó el jefe del clan Callander.

Las tropas comenzaron a moverse a un paso ágil, en formación. Abandonarían las tierras de Cryturean antes del atardecer, pues debían recorrer la mayor distancia posible para poder llegar en el momento oportuno. Habían trazado un plan. Una vez que Eliana consiguiera evacuar al pueblo de Glenn, harían frente a Freya y sus soldados, con la incertidumbre de si Kodran se encontraría entre el bando rival. La formación se estrechó al tener que galopar entre los árboles. Mientras se adentraban en el bosque de las inmediaciones de Callander, Dahlia cabalgaba con la mirada puesta en el cielo, implorando ver entre las copas aquellas pequeñas alas azules aletear en dirección al nido. Sabía que debería estar de vuelta, pero la preocupación de que hubiera sido interceptado también le rondaba la mente.

—Vamos —susurró para sí.

Entonces sus pensamientos se mezclaron con un aleteo, entrecerró los ojos para bloquear los rayos del sol que en aquel momento se interponían en su visión, y en aquel instante lo vio, el alcedino

descendió desde lo alto de los árboles y, pasando sobre sus cabezas, percatándose así de que no llevaba el mensaje, el ave se dirigió al nido. La sonrisa de Dahlia se dibujó en su rostro, e inclinándose hacia la oreja de Alsvid palmeó su cuello y dijo:

—Amigo, Caillen está vivo.

Seguía la misma ruta, entre los bosques, cabalgando por el valle. Dahlia revivía el día que fue en busca de Eliana y Caillen. Sentía que todo había ocurrido hacía una eternidad, que ellos siempre habían estado en su vida. Las noches que habían parado a descansar intentó dormir, a pesar del alboroto de la agrupación, pues reunirse junto al fuego y contar anécdotas de batallas pasadas era el pasatiempo favorito. Se había negado a dormir en una tienda, se lo habían ofrecido, pero prefería dormir al raso contemplando y contando las estrellas, aquellas luces brillantes, en un espacio infinito para adormecerse bajo los sonidos nocturnos del bosque. Aunque también era una distracción poder contemplar la relación que se forjaba entre la guardia de Glenn y los clanes. Sabía que una vez lucharon juntos, tal vez menos de la mitad de los allí presentes estuvo en la última batalla, pero la lucha conjunta era inevitable, o al menos eso había escuchado decir a Darian en una conversación con Breogan, si querían vencer no podían repetir lo mismo de la última vez.

No se percataron de la presencia de Dahlia, que permanecía sentada en el suelo apoyada en el tronco de un árbol afilando sus flechas. Había aguzado el oído para escuchar la reunión a la que no había sido invitada en el interior de la tienda de Breogan.

—Debimos de matar a Kodran cuando tuvimos oportunidad —había dicho el capitán—. Os recuerdo que el rey Gared estaba a favor de acabar con él, que fuisteis vos.

—Breogan —intervino Darian—, asumo las consecuencias de mis decisiones, al igual que sé que Rowan las asumiría si siguiera entre nosotros. Supe que habíamos obrado mal el día que Belenus vino desde Undrell. Él sabía que esta vez no sería solo una vida la que estaría en juego.

Dahlia entendió por qué prefirieron hablar a solas, supuso que su padre no quería que se enterara de que él fue uno de los que decidieron mantener a Kodran con vida, él junto con el padre de Caillen fueron los que prefirieron darle tortura en aquellas rocas mientras sufría y aceptar la súplicas de Silje, en vez de acabar con su vida. Durante el viaje, estuvo tentada de preguntar a su padre, pero supuso que no obtendría respuestas. Quizá era inútil pensar en el pasado, cuando ante ellos tenían la posible caída de un reino, y es que, si Glenn sucumbía, el reino de Daonean estaría perdido.

Qué ilícito era todo, pensó la joven, el padre de Eliana fue el único que quería acabar con la muerte de Kodran, y ahora era el único que estaba en peligro. Pensó en Eliana, en Nathan, pensó en Alec, esperó que no hubieran tenido inconvenientes y en que pronto se adentraría en el bosque. Y así fue, cabalgaban con rapidez, apenas les quedaban unas leguas para adentrarse entre la arboleda que les separaba de la laguna Feren, la misma arboleda donde encontrarían a la patrulla que Breogan había dejado en Glenn.

∞

Habían sido unos tres días largos, apurando las paradas de descanso al máximo, y Eliana había vivido envuelta en nervios cada momento del día, pero ahora, al verse más cerca de su hogar, al verse más cerca de su padre, de Caillen, sentía que esos nervios se evaporaban, no podía permitir que le cegaran, debía actuar con firmeza y rapidez. Repasaba una y otra vez con Nathan y Alec el plan, que cada vez estaban más seguros de que conseguirían su objetivo, estaban bien organizados, pero Eliana pensó para sí que si aquello no salía bien buscaría otra alternativa.

Sobre las rodillas dobladas, con los brazos cruzados sobre ellas, Declan apoyó su barbilla amoratada por los golpes, la herida del labio había comenzado a cicatrizar y la sangre seca de su piel desaparecía poco a poco según la frotaba con sus dedos. A su lado, sentía el balanceo de Caillen, cómo su hombro, que había acabado pegado al suyo, subía y bajaba a causa de su agitada respiración mientras dormía. Habían aprovechado la noche para pensar en cómo saldrían de allí, la oportunidad de que el soldado se hubiera quedado dormido al poco de empezar su turno les había dado la intimidad suficiente para no ser oídos, momento que aprovechó Caillen para intentar volver a hablar con el rey, contarle qué iban a hacer, pero muy a su pesar Gared no respondió. Fue entrada la madrugada cuando ambos sucumbieron al sueño. Ahora Declan, con la mirada fija en el suelo, intentaba no hacer ningún movimiento, no quería despertarle, pues sabía que debía descansar. Los rayos del amanecer se filtraban por el ventanuco, dando paso al cuarto día, según la nota de Dahlia, y aquella noche sería la noche. La cuarta luna. Sabía que hoy saldrían de aquella celda.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó Caillen desperezándose, estiró el cuello, que sentía dolorido por la mala postura en la que había pasado la noche.

—Acaba de amanecer —respondió Declan levantando la cabeza—. Aún tenemos todo el día.

Caillen miró hacia la puerta, el guardia permanecía sentado en el taburete, jugueteando con el manojo de llaves girando la arandela que las sujetaba en su mano.

—Si Dahlia llega por la noche —dijo en voz baja sin apartar la mirada del vigilante—, lo mejor será que yo salga al atardecer.

—No te fíes de lo que ella diga —aconsejó Declan imitando su tono de voz—. Estoy seguro de que en el plan de Freya entra jugar con nosotros hasta que se canse.

Finalmente, tras meditar el asunto, decidieron que la mejor forma para poder salir de allí sería que Caillen pidiera hablar con Freya. En el momento en que la celda se abriera, atacarían al guardia, y Declan debería encargarse de liberar al rey. Si verdaderamente Freya quería hablar con Caillen, eso les permitiría ganar algo de tiempo, y Caillen intentaría alargarlo todo lo posible. Aunque en su plan faltaban

detalles, pues desconocían cuántos soldados tendría Freya vigilando el interior del castillo.

—¿Estás seguro de desechar la idea de atizarle un puñetazo cuando se acerque a la puerta?

—Si fuera tan fácil como eso, podríamos haberlo intentado antes, ¿no crees? —preguntó Declan alzando las cejas.

Era cierto que desde que habían permanecido en la celda, él se había mantenido en reposo, la paliza que le habían propinado le había creado magulladuras en el costado y aún podía sentir el agarre de los grilletes sobre sus muñecas.

—Recuerda, cuando abra la celda, tendrás que usar el bastón. Hagamos que se arrepienta de haberlo dejado contigo.

Caillen asintió firmemente y suspiró mientras con sus manos rodeaba el largo palo de madera.

∞

Parecía que había pasado una eternidad desde que había recorrido aquella arboleda por última vez, en esa ocasión huía de Glenn y ahora podía notar la humedad en el ambiente que le anunciaba la cercanía de la laguna Feren. Agarrada a las riendas de Grane, Eliana cabalgaba tras Alec, que encabezaba el grupo, seguida de Nathan, que lo cerraba. Habían tenido que aminorar el paso por el terreno zigzagueante. El ambiente se estaba volviendo sombrío por las nubes que cubrían el cielo, ocultando los escasos rayos de luz que permitían filtrarse en el bosque.

—Deberían de estar cerca —dijo Eliana, sabiendo que se aproximaban a la laguna y la patrulla no debía de andar lejos—. Bajemos de los caballos.

Detuvo a Grane y, con más facilidad que días atrás, se bajó del caballo. Se había acostumbrado a permanecer varias horas cabalgando, la tirantez y molestia ya no era tan persistente, aunque si en algún momento notaba la dolencia prefería callárselo y continuar, pues sabía que tanto Nathan como Alec le obligarían a parar.

—Si estuvieran aquí, ya nos habrían visto, ¿no creéis? —dijo Alec dudando mientras buscaba con su mirada.

—¿Hay algún punto del bosque donde tengan mejor visibilidad

del castillo? —preguntó esta vez Nathan, colgándose el arco a la espalda mientras miraba a Eliana.

—Las inmediaciones de la laguna —respondió ella señalando la dirección con la cabeza—. Sería fácil vigilar tras los arbustos, no sé si habrán hecho muchos cambios, pero esta zona del castillo no tenía los guardias suficientes.

—Dejemos aquí los caballos y acerquémonos a pie —sugirió Nathan.

Dejaron a los tres pastando en aquella zona boscosa, mientras con lentitud se dirigían hacia la laguna. A pesar del murmullo de los pájaros, del sonido de la brisa que arrastraban las hojas de los árboles, se sentían en un ambiente silencioso. Se acercaron hasta una zona más frondosa, cerca de las orillas de la laguna Feren, y agachados se situaron tras unos arbustos de hojas moteadas de manchitas blancas sobre el verde apagado. Eliana, acuclillándose, se amoldó la capucha antes de separar las ramas para poder tener mejor visibilidad. Nathan y Alec, uno a cada lado, imitaron a la joven y examinaron el entorno, estudiando el alto muro de piedra del castillo que se unía con la muralla de la fortaleza que protegía la ciudad.

—Han aumentado la vigilancia —dijo Eliana, al ver a los soldados que custodiaban las almenas—. Saben cuáles son los puntos débiles de la fortaleza.

—Probablemente, también tenga guardias en la entrada —comentó Nathan.

—Hay dos en cada torre y tres en el muro —añadió Alec, que había contado a los soldados.

Desde donde ellos estaban, solo se apreciaban las celadas plateadas; cascos en forma de campana que cubrían la cabeza de los soldados.

—¿Cuántos había antes en la zona delantera?

—En las almenas del muro principal, Breogan solía colocar unos cinco soldados, sin contar las patrullas del interior. Tendré que ir con cuidado, lo sé.

Eliana sabía que en el momento en que alguno de los soldados se percatara de su presencia se lo harían saber a Freya, y el plan de salvar a su pueblo fracasaría. Lo único que tenía era la capucha de su

capa para cubrir su rostro todo lo posible.

—Será mejor que no hagáis ningún movimiento —ordenó una voz masculina tras ellos.

Los tres escucharon el sonido que produjeron varios aceros al desenfundarlos de las vainas, lo que hizo que intercambiaran miradas de soslayo.

—Levantaos despacio —volvió a ordenar aquella voz—. Con las manos en alto.

Hicieron tal y lo que se les pedía. Una vez de pie se giraron, el rostro de Eliana cambió por completo al observar la armadura que portaban los tres soldados y ver el escudo de Glenn tallado. El que estaba más adelantado de ellos frunció el ceño al ver a la joven encapuchada y ladeando la cabeza, le reconoció el rostro.

—Alteza…

Sorprendidos, los tres soldados enfundaron sus espadas e hicieron una reverencia.

—Aleksey —saludó la joven al soldado que la había reconocido—, necesitamos vuestra ayuda.

—Retiraos de los arbustos, podríamos ser descubiertos en cualquier momento. Vengan —indicó este guiándole entre los árboles.

Siguieron a los soldados adentrándose en el bosque hasta llegar a un sitio no muy apartado de la laguna, lo suficiente para no ser vistos. Llegaron a un pequeño campamento, habían construido un refugio con palos y troncos, en el centro había restos de una pequeña fogata y mantas en el suelo. Otro soldado los aguardaba en el campamento.

—Pensamos que el capitán había ido en su busca —dijo Aleksey —. ¿No ha venido con usted?

—Está en camino, junto con el resto de la guardia. —Eliana miró a los cuatro soldados y, con los brazos pegados uno a cada lado de su costado, agarró la tela de la capa disimuladamente, notaba los nervios en la boca del estómago, pero sabía que debía contenerse—. El capitán Breogan se dirige hacia aquí junto con los clanes de Cryturean, Freya quiere hacerse con el poder del castillo y no podemos permitirlo. Por ello necesito vuestra ayuda.

—Haremos lo que nos ordene, alteza —intervino Aleksey.

—Entraré en la fortaleza junto con Nathan y Alec, los tres intentaremos evacuar al pueblo. Quiero que os ocultéis en los lindes de la arboleda, y los esperéis para guiarlos y protegerlos dentro del bosque.

Los soldados se miraron entre sí con duda en sus rostros, pero, sabiendo que no podían contrariar a la princesa, asintieron aceptando la orden.

—Bien, pongámonos en marcha —ordenó Eliana.

∞

El plato había quedado limpio y permanecía entre los dos. Las nubes habían cubierto la escasa luz que penetraba en la celda, pero suponían que el sol había comenzado a descender.

—Es la hora —dijo Declan mirando a Caillen.

Este asintió y, respirando hondo, aferró sus manos al báculo, y se puso en pie. El vigilante, como de costumbre, se mantenía sentado, distraído, esta vez raspaba la piedra del muro con la punta de su navaja, produciendo un sonido desagradable. Caillen se situó frente a los barrotes.

—Estoy listo para hablar —dijo el joven.

El chirriante sonido paró, y el soldado alzó la vista para mirar al joven.

—Llévame con Freya, estoy listo para hablar —repitió Caillen.

El hombre le escudriñó con la mirada y, pasando la lengua por sus dientes, frunció los labios. Miró hacia la puerta de las mazmorras, comprobando que en ese momento solo se encontraba él cubriendo el turno, y con pesadez finalmente se levantó del taburete.

—Apártate —exigió, quitando el manojo de llaves de su cinturón —. Ni se te ocurra intentar nada.

Caillen se echó a un lado mientras el hombre buscaba la llave entre el montón.

—Y tú —dijo señalando con la cabeza a Declan— ponte de rodillas mirando a la pared y los brazos en la nuca, no me fío en

absoluto de vosotros.

Declan miró a Caillen antes de levantarse y colocarse tal y como le habían ordenado. Caillen podía escuchar los latidos acelerados de su corazón, sentía que el sonido de la llave introduciéndose con dificultad en la cerradura le taladraba la cabeza. Pero, cuando debía hacer el giro para abrir la puerta, se detuvo. El joven alzó la mirada, que hasta entonces había permanecido en el suelo, y vio que el soldado se había detenido y que ahora miraba el báculo precavido.

—Déjalo en el suelo —ordenó.

Caillen se quedó mirándolo, mientras Declan, de espaldas a lo que estaba ocurriendo, maldijo para sus adentros.

—¿No me has oído? He dicho que dejes tu palo en el suelo. ¡Vamos!

El grito del soldado hizo que Caillen abriera más los ojos y, finalmente obedeciendo, dejó el báculo con cuidado en el suelo.

—¡Aléjalo!

De un golpe con el pie, el joven aprendiz apartó el báculo dejando que rodara; por suerte, a una escasa distancia de él. Entonces el soldado giró la llave y abrió la puerta. Quedándose en la parte de fuera sujetándola, Caillen sentía que no podía moverse. ¿Qué se suponía que debería hacer ahora?

—Debería llevarme mi báculo —murmuró el joven—. Quizá a Freya no le guste que…

—Me da igual lo que a la reina le guste o no —le interrumpió el soldado—. ¿Crees que soy estúpido? No voy a arriesgarme a que me ataques con eso. ¡Vamos! ¿Quieres salir o no?

Declan maldecía una y otra vez al escuchar las palabras, sabía que no podía hacer ningún movimiento, pues eso solo induciría al soldado a volver a cerrar la puerta.

—Está bien —dijo finalmente Caillen.

En escasos pasos llegó hasta el umbral y todo ocurrió muy rápido. Sintiendo que su plan había fallado, que no podían perder tiempo para salir de allí, apretó un puño con fuerza y lo estampó en la cara del soldado al salir de la celda. Aquel golpe fue inesperado e hizo que el

hombre llevase sus manos a la nariz dolorida.

—¡Declan! —gritó Caillen para llamar su atención.

Se levantó con rapidez, y al girarse presenció cómo Caillen le atestaba otro golpe al soldado esta vez en el estómago y se abalanzaba sobre él. Declan agarró el bastón y salió de la celda mientras observaba el forcejeo entre los dos. Los ataques de Caillen le habían pillado desprevenido, pero el soldado de Freya estaba recuperando sus fuerzas y llevó sus gruesas manos hasta el cuello de Caillen y, sin dudarlo, lo apretó con fuerza. La sensación de falta de aire comenzó a invadir el pecho del joven aprendiz, que llevó sus manos hasta el rostro del soldado clavando sus uñas en él. Entretanto, Declan desenvainó la cimitarra del báculo y, comprobando que el cuerpo de Caillen, situado sobre el del soldado, obstaculizaba llegar hasta su oponente, rodeó a ambos y, situándose en el lado opuesto, llevó el fino acero hasta el pecho del soldado.

—O le sueltas o te atravieso —ordenó Declan.

El soldado aflojó las manos al notar la punta de la cimitarra presionando justo en el punto central entre su clavícula, aquella zona quedaba desprotegida de la armadura.

—Suéltale —repitió Declan, esta vez podía apreciarse la irritación en su rostro.

Finalmente, retiró las manos y Caillen tosiendo se puso en pie sintiendo que podía perder el equilibrio mientras recuperaba el aire. Las manos del soldado rodearon el acero de la cimitarra mientras los ojos se fijaban en Declan, que sin pensarlo y de un golpe seco clavó la hoja ensartando el cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó acercándose a Caillen.

El joven permanecía tosiendo, apoyando una mano en la pared mientras recuperaba el aire y asentía.

—Las… llaves —consiguió decir limpiando una lágrima de su rostro.

Declan cogió las llaves que se encontraban en el suelo tras la pelea y se dirigió a la celda donde se encontraba el rey.

—Majestad, vamos a sacarle de aquí —dijo el soldado. Observó cómo el rey, que había permanecido entre las sombras al fondo de la

celda, se ponía en pie—. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor —murmuró el hombre—. ¿Caillen?

El joven había recuperado el aire y, quitando la cimitarra del cuerpo del soldado que yacía inerte en el suelo, apartó la mirada al ver cómo la sangre brotaba por el orificio de la herida.

—Debo irme —indicó utilizando las ropas del soldado para limpiar la hoja antes de volver a guardarla en el báculo—. Majestad, la ayuda está en camino, Declan le ayudará y le informará de todo, pero yo debo entretener a Freya.

—¡Espera! —pidió Gared.

—Lo siento, pero no hay tiempo que perder.

El rey contempló cómo Caillen se marchaba y, con las pocas fuerzas que le quedaban, apretó los barrotes con impotencia, mientras Declan probaba las diferentes llaves en busca de la adecuada.

42

Las puertas de la ciudad amurallada permanecían abiertas, era día de mercado y aprovecharían hasta las últimas horas de luz. A pesar de que el atardecer se había tornado gris, los ciudadanos salían y entraban portando mercancía, sacos de trigo, balas de heno, jaulas con gansos y gallinas. Asegurando a los caballos junto a la patrulla en el bosque, se encaminaron a pie hacia la fortaleza. Dos soldados custodiaban la entrada y salida sin parecer muy involucrados en su labor. Nathan situó una mano en la espalda de Eliana y con un leve impulso le indicó que no se detuviera. Entre la multitud cruzaron las puertas y observaron el jaleo de las calles, el revuelo de la compraventa se esparcía en el ambiente y no sabían si aquello jugaría a su favor. Eliana sintió una punzada en el pecho al contemplarlos, charlaban, reían, ignorando el peligro que estaba por venir.

—Podemos hacerlo —le susurró Nathan al oído.

Eliana sintió que el joven podía percibir las emociones que tenía en ese momento y, apretando las manos, asintió borrando de su mente cualquier cosa que pudiera bloquearla.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Alec.

—Nos dividiremos —respondió Eliana.

—¿Estás segura? —preguntó Nathan.

—Sí, abarcaremos más terreno —respondió mirando a su alrededor—. Alec, ve a la taberna, después informa en la posada. Nathan, tú quédate aquí, avisa a los que intenten entrar y a los que salen de la fortaleza. Yo alertaré a los comerciantes. Todo saldrá bien. —Aquellas últimas palabras las dijo en alto más para sí misma que para el grupo, pero necesitaba escucharlas.

Conscientes de la zona que debería cubrir cada uno, compartieron miradas asintiendo antes de separarse. Cuando Eliana sintió que la agarraban de la muñeca, ella se giró; al ver el rostro de Nathan tan cerca, un hormigueo recorrió la espalda de la joven.

—No te expongas mucho, los soldados podrían reconocerte. —Por el tono que usó, parecía más una súplica que una sugerencia.

—Tendré cuidado —respondió ella.

Le miró a los ojos, y sabiendo que no podían perder más tiempo, soltó su mano y se encaminó por la calle principal. Contemplando el tumulto de la muchedumbre agrupada en las entradas de los comercios y en torno a los puestos, se dirigió hacia ellos. Los diferentes olores se introducían en sus fosas nasales, el fuerte aroma alimonado y penetrante del cilantro depositado en racimos sobre un tablón de madera vieja, que ejercía como mesa en un pequeño puesto techado, se mezclaba con el compacto hedor del estiércol de los animales que se encontraban allí. Bajo su capucha, Eliana se planteaba cómo afrontar su tarea, cuando vislumbró a un grupo de niños que jugaba alrededor de un asno atado a un amarradero. La joven se acercó e inclinándose llamó su atención. Los tres niños, despeinados y con las manos manchadas por jugar con el barro, se detuvieron al notar su presencia.

—Hola —saludó Eliana mostrando una sonrisa—. ¿Sabéis quién soy? —preguntó retirándose un poco la capucha para que los niños pudieran contemplar mejor su rostro. En respuesta, los tres asintieron y sonrieron, ella les devolvió la sonrisa—. Necesito vuestra ayuda, os daré una moneda a cada uno si me ayudáis.

Sus ojos se iluminaron al ver cómo Eliana sacaba tres monedas de oro y, mostrando sus sonrisas melladas, asintieron.

—Debéis buscar a vuestras familias y avisarles de que tenéis que abandonar la ciudad, id al bosque, allí estaréis protegidos. Los soldados del castillo no pueden enterarse, ¿de acuerdo? —Ellos

asintieron de nuevo—. ¡Corred! —indicó Eliana poniéndose en pie.

∞

Caillen caminaba cauteloso, había subido al piso superior abandonando las mazmorras y aún no se había cruzado con ningún soldado. Supuso que Freya se encontraría en la sala del trono, por lo que se encaminó en su dirección. Los pasillos se mantenían en silencio, dando la sensación de que no había nadie entre los muros del castillo. Ahora, mientras andaba, se preguntaba si había hecho bien en ir solo o debía haber esperado a Declan y al rey. Se detuvo al oír un ruido, quedó paralizado al escuchar unas pisadas que se aproximaban hacia él.

Agarró el báculo con fuerza y lo pegó a su pecho, como si aquel báculo de madera se convirtiera en una pared protectora haciéndole invisible, pero, al escuchar que los pasos cesaban y volvía a reinar el silencio, suspiró hondo, sentía el pulso acelerado, pensando que de un momento a otro el corazón saltaría de su pecho. No recordaba haberse encontrado así nunca, y no entendía por qué. ¿Por miedo a perder su vida?, ¿por la incertidumbre? Exhaló varias veces seguidas intentando adecuar sus latidos a su respiración, miró hacia atrás esperando ver a Declan. Por una parte, no quería hacer esto solo, pero si todo había salido bien, y tal como decía el mensaje de Dahlia al anochecer llegarían aquí, no tenía más remedio que presentarse ante Freya y captar su atención para distraerla. Animándose a sí mismo, dio otro paso más y siguió recorriendo el pasillo; al torcer la esquina, se detuvo bruscamente al ver a un guardia vigilando el pasillo.

—¡Quieto! —exigió el soldado desenfundando su espada.

—He pedido hablar con Freya, tu compañero me ha soltado —respondió Caillen rápidamente—. Ella quería hablar conmigo.

Durante unos segundos, el hombre repasó su rostro con el ceño fruncido, mientras Caillen rogaba por que no percibiera las gotas de sudor que comenzaban a descender por su nuca a causa de los nervios. Con un movimiento de espada, le indicó que se adelantara y el joven aprendiz, haciendo caso, pasó por delante de él.

—Camina —ordenó.

Sintiendo su presencia tras él, Caillen recorrió el pasillo hasta llegar al gran portón de madera, en aquel momento aquella puerta le pareció inmensa. A pesar de que la había cruzado mil veces, miraba los ribetes tallados como si los viera por primera vez. No tardó en

abrirse, dando paso a la amplia sala. En ese instante, dos hileras formadas por cuatro soldados a cada lado se encontraban en formación custodiando la sala. El fuego crepitaba en la chimenea aportando un tono azafranado a la estancia. Mientras, Freya, situada en la cabecera del salón, permanecía correctamente sentada en el trono con las piernas cruzadas, tamborileando con sus dedos en el reposabrazos, mostrando una sonrisa complacida en el rostro.

—Has tardado más de lo que esperaba en aceptar mi oferta —dijo alzando la mano, indicando al soldado que escoltaba a Caillen que se retirase—. ¿Qué ha cambiado?

El joven dio un paso y se situó en el centro de la sala. A pesar de que los soldados allí presentes mantenían las miradas fijas hacia el frente, sentía que en realidad sus ojos estaban posados sobre él.

—Como me dijiste, he tenido tiempo para pensar —respondió el joven sin aflojar en ningún momento la presión que ejercían sus manos al rodear el báculo—. ¿De qué quieres hablar?

∞

—Disculpe, disculpe. —Eliana intentaba parar a varias personas sin éxito que pasaban de largo ante ella—. Perdone, ¿podría escucharme?

Disgustada, chasqueó la lengua. Molesta solo por haber conseguido hablar con dos personas, colocó sus brazos en jarras y suspiró levantando la mirada al cielo, la humedad se notaba en el ambiente y las nubes cada vez más oscuras anunciaban el aguacero. Decepcionada consigo misma, buscó con la mirada y halló a uno de los niños a los que había dado una moneda de oro señalándola con el dedo mientras hablaba con una mujer. Eliana intentó acercarse esquivando a la multitud y comprobó que el rostro de aquella mujer le resultaba familiar.

—Disculpe, perdón —dijo Eliana, abriéndose paso y llegando hasta la mujer. Enseguida comprobó que la había visto el día de las audiencias, ella se había quejado de la plaga de gusanos—. Por favor, necesito su ayuda. —La mujer se inclinó para hacer una reverencia al comprobar que se encontraba frente a la princesa, pero Eliana rápidamente la agarró de los brazos e impidió que lo hiciera—. No, por favor, escúcheme.

—Creíamos que no volveríais, os habían secuestrado —dijo la mujer—. La reina comunicó vuestro secuestro y el rey cayó

terriblemente enfermo.

Un nudo se formó en el pecho de la joven al oír la mención de su padre, pero, agarrando con fuerza las manos de la mujer entre las suyas, la miró suplicante.

—¿Qué más sabéis del rey? —preguntó angustiada—. ¿No le habéis visto?

La mujer negó y aquello aumentó más la sensación de ahogo que le oprimía, sintió un temblor en las piernas, y durante un fugaz momento pensó que se derrumbaría, que las fuerzas que había intentado mantener en todo momento se desvanecían. Miró hacia el castillo, situado a lo lejos de las calles, y aquel desasosiego se transformó en rabia, y sin soltar las manos de la mujer la acercó más a ella.

—Escúcheme —ordenó Eliana con voz serena—. Debéis correr la voz, todo el mundo debe abandonar la ciudad; si no, podéis correr peligro. Dirigíos al bosque, en las inmediaciones una patrulla de la guardia de Glenn os protegerá.

—¿Peligro? ¿Qué ocurre?

La mujer soltó las manos de la princesa y, agarrando a su hijo, lo acercó hasta ella.

—Freya quiere hacerse con la ciudad. Por favor, ayudadme y que el pueblo abandone Glenn.

La mujer asintió y, con la mano en el pecho, comenzó a hablar con las mujeres que tenía a su alrededor.

—Gracias —murmuró Eliana, girándose y, con más decisión, agarró esta vez a un hombre que pasó junto a ella portando un saco al hombro—. Disculpe, necesito que me escuche.

Entretanto, Nathan había conseguido alertar a algunos ciudadanos, que, tras dudar de las palabras del joven, finalmente abandonaban la fortaleza. A simple vista, no parecía que corriera el pánico, daba la sensación de que la jornada de mercado había terminado y poco a poco iban abandonando la ciudad. Apenas entraba gente, y enseguida el joven cazador se interponía en su camino informándoles de lo que ocurría mientras constantemente intentaba vislumbrar a los soldados que vigilaban la puerta, que en aquel momento no parecían prestar mucha atención.

—¿Has conseguido informar a mucha gente? —preguntó Alec a sus espaldas.

Nathan se giró encontrándose con él y asintió.

—¿Y tú?

—Algunos me cuestionaron, pero luego una mujer corroboró lo que decía y ya empezó a correr la voz.

—Estupendo. Oiga —dijo Nathan interrumpiendo la conversación que mantenía con Alec, cuando vio que un anciano tirando de una carreta se dirigía hacia la calle principal—. Disculpe.

El hombre se detuvo ante el bloqueo de Alec y Nathan en su paso.

—Debe salir de la ciudad, es recomendable que la abandone, puede correr peligro —dijo Nathan.

—Quita de en medio, muchacho, tengo que ir a mi casa —se quejó el anciano dando un paso.

—Señor, de verdad, la princesa está pidiendo evacuar el pueblo —intervino Alec.

—¿Qué princesa? La princesa está desaparecida. Vamos, vamos, quitaos de en medio.

Alec y Nathan intercambiaron miradas al comprobar la testarudez del hombre, pero un alboroto no muy lejos de donde se encontraban hizo que miraran a sus espaldas alertados. Habían comenzado a encender los faroles y las primeras gotas de lluvia caían sobre ellos. En el centro de la calle, una pareja de soldados había agarrado con brusquedad los sacos que una familia portaba al salir de su casa, arrojando las pertenencias de estos al empedrado. El tirón y la rudeza habían sido tales que la mujer acabó en el suelo, su marido la ayudó a levantarse, mientras los dos niños pequeños lloraban. Nathan se abrió paso entre el gentío y observó cómo uno de los soldados pateaba uno de los sacos.

—¿Adónde vais con tanta prisa? —exigió saber llevando su mano a la empuñadura de la espada.

—Debemos salir de la ciudad —respondió el hombre mirando al suelo, mientras su mujer se incorporaba dolorida.

—Ya ha empezado el toque de queda, volved a vuestra madriguera —ordenó de forma despectiva—. ¿O tenemos que llevaros nosotros?

El soldado agarró de la casaca al hombre, que negó rápidamente con la cabeza, mientras el otro soldado reía a sus espaldas. Todos contemplaban la escena con frustración y desconcierto.

—Eliana no dijo nada de un toque de queda —dijo Alec a Nathan.

—¿Estáis sordos? —preguntó el soldado, viendo el corrillo que se había formado y volviendo a empujar al hombre desenvainó la espada.

Todos gritaron horrorizados, y Nathan, al otro lado de la multitud, vislumbró la capa de Eliana, que se abría paso entre la gente. La joven había escuchado el alboroto y, escandalizada al ver el trato que se estaba dando a su pueblo, se encontraba en una indecisión. Sabía que debía mantenerse oculta, pero aquel contratiempo estaba impidiendo la huida de Glenn, y cada vez eran más los que se acercaban para ver el espectáculo. Apartando a varias personas para llegar hasta la primera fila, supo que no tendría otra opción.

—No —musitó Nathan al ver sus intenciones.

—¡Dejadlos! —exigió Eliana, saliendo y bajando la capucha para desvelar su rostro. Entonces decretó—: Os lo ordeno.

Los murmullos comenzaron al ver a la princesa en la ciudad. Alec y Nathan se miraron al ver que aquello no estaba incluido en su plan.

—¡Cerrad los portones de la fortaleza! —gritó uno de los soldados.

Aquello desencadenó el bullicio del gentío, que comenzó a alterarse, el pánico se apoderó de todos, que chocando unos con otros intentaban abandonar la calle principal. Eliana, con el rostro erguido, miraba con coraje al soldado, que torció la sonrisa al contemplar a la princesa.

—¿No deberías llevarme ante vuestra reina? —declaró la joven desafiándole con la mirada.

El soldado apretó los labios y, tras realizar una extravagante reverencia, agarró el brazo de la joven para guiarla hasta el interior

del castillo.

—¡Eliana! —gritó Nathan, pero su voz se perdió entre el vocerío de la multitud.

—Nathan —llamó Alec, alcanzando al joven y agarrándole para detenerle—, debemos salir de Glenn. Si van a cerrar las puertas, debemos reunirnos con Dahlia.

—Ve tú, yo intentaré llegar hasta Eliana —aseguró Nathan soltándose de las manos de Alec.

Las gotas de lluvia comenzaban a desprenderse del cielo con más fuerza, dejando un rastro húmedo en sus rostros. Alec contempló cómo Nathan se abría paso en dirección al castillo, y él, sin demorarse más, se giró encaminándose hacia la salida. Cada vez aumentaba más el tumulto y el desorden en las calles, la presencia de la princesa y el alboroto que se había formado por los soldados había incitado a la inseguridad entre los ciudadanos de Glenn. Alec estaba siendo testigo del caos que se arremolinaba en el interior de la fortaleza. Con el agobio de no llegar a tiempo para poder salir antes de que cerraran las puertas, observó cómo los soldados se apresuraban en bloquear la salida a los ciudadanos. Maldiciendo, apartó a la gente con premura, pues en aquel momento solo tenía clara una cosa: debía salir de la ciudad de Glenn.

—Me gustaría saber cómo lo has usado hasta ahora. Sería una lástima si solo hubieras usado el acero de dentro —preguntó Freya señalando con la cabeza el báculo—. ¿Cómo llegó hasta tus manos?

—Es una reciente adquisición, aún no he tenido tiempo. —Caillen intentó no flaquear en el tono de su voz, pretendiendo parecer lo más sereno posible—. ¿Querías hablar conmigo del báculo?

—¡Vaya! ¿Veintiún años no es tiempo para investigar sobre ti mismo? —Freya se levantó del trono y dio un paso al frente—. Lástima.

Caillen contempló a la mujer sin entender a qué se refería, su mente giraba con velocidad, revolucionaba, intentando comprender el juego de Freya, mientras esta, transmitiendo serenidad, paseaba por la estancia.

—¿Qué es lo que quieres, Freya? —preguntó Caillen, empezando a impacientarse, pues aquel silencio le resultaba lo más incómodo de la situación.

—La pregunta correcta sería qué es lo que quieres tú, Caillen.

Los fríos ojos verdes de ella se posaron en los suyos, sintió un nudo en la garganta, tragó y se percató de que Freya estaba disfrutando. Era la primera vez que percibía el poder que la mujer sentía, y nunca antes le había hablado así, jamás en el pasado mostró ningún tipo de interés. La puerta se abrió y un soldado, con paso ligero, se acercó hasta Freya, susurrándole algo al oído que hizo que se le iluminase el rostro y sonriera.

—Lamento que al final nuestra pequeña charla se convierta en una reunión —dijo Freya volviendo su atención a Caillen.

En aquel momento, los pasos a sus espaldas hicieron que el joven se girara. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, haciendo que, por un instante, se quedase sin aliento. Frente a él, Eliana, escoltada por los soldados de Freya, entró con rostro desafiante. Cuando ambos se miraron intensamente, con una sola mirada pudo percibir el brillo y el temor real que escondían los ojos de su prima.

—¡Caillen! —exclamó emocionada, pero aquel sentimiento desapareció al escuchar los aplausos que retumbaban en la estancia.

—La princesita ha vuelto, qué honor —dijo Freya modulando su voz hasta finalmente quedar en un tono repulsivo—. Sujetadla, sabemos que eres muy escurridiza.

El soldado se abalanzó sobre Eliana agarrándole por los hombros. La joven intentó zafarse de las carnosas manos del hombre, que sin clemencia apretaba con fuerza. Podía sentir las yemas de sus dedos atravesando la tela de la capa, de la camisa, hasta finalmente incrustarse en su piel.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó alzando la voz. Los ojos de Eliana se habían oscurecido aún más de la furia que desprendían.

—Quizá lo que quieras saber es si está vivo —respondió Freya impasible.

Su mirada imperturbable hizo que en el estómago de Eliana se formara un nudo, la insensibilidad con que Freya había pronunciado cada palabra recorría el cuerpo de la joven princesa. Dejó que la sujeción del soldado la mantuviera en pie, pues sentía que sin ella se desplomaría por el temblor de sus piernas, sentía el cuerpo agarrotado, y el temor por la posible pérdida le oprimía.

—Tranquila, querida, solo está débil. Lo suficiente para no estorbarme.

—¡Eres repugnante! —gritó Eliana al borde de la histeria.

—Deja este juego ya —intervino Caillen al ver que Freya permanecía sosegada.

—No tienes nada, Kodran no podrá imponer su voluntad —dijo Eliana—. Cuando Kodran llegue, no tendréis nada que hacer. ¡Asúmelo!

La risa de Freya inundó la estancia rebotando entre los muros del castillo, mientras Caillen y Eliana observaban atónitos.

—¿En serio crees que Kodran vendrá? —Freya ladeó la cabeza y, curvando los labios hacia abajo, miró a Eliana, forzando así el gesto para fingir ternura—. Lo siento, pero no. Aún no. ¿Os creíais importantes porque sois los elegidos? Los hijos de los reinos, aquellos que heredarán. Aunque un momento —en aquel dramatismo Freya miró a los lados—, falta una. ¿Dónde está vuestra amiguita la elfa? No estará en peligro, ¿no?

∞

Puntos de luz se movían a lo lejos entre la penumbra, la lluvia obstaculizaba la visibilidad y un zumbido lejano perturbaba el silencio de la noche. Al atravesar el bosque, se habían topado con la patrulla que guiaba a los habitantes de Glenn, estos iban llegando poco a poco entre la espesura de la arboleda. Al comprobar que habían dejado los caballos con los soldados, Dahlia agarró las riendas de Díleas, arrimándole para que cabalgara junto a Alsvid, pues sabía que Alec lo necesitaría. Apenas se detuvieron y la milicia continuó en formación, encabezados por Darian, Breogan y Dahlia, que comenzaron a cruzar la llanura que les separaba del gran portón.

—¿Qué haremos si nos encontramos algo que no esperamos? —vociferó Dahlia, para que la pregunta se escuchara por encima de la lluvia.

—Ocurra lo que ocurra, debes reunirte con Eliana y Caillen, ¿lo has entendido? —respondió Darian mirando a su hija.

Ella asintió y, espoleando con más decisión el lomo de su corcel blanco, siguió su camino. El agua comenzaba a dejar su rastro encharcando la hierba, las pisadas de los caballos hundían la tierra dejando sus huellas incrustadas en el barro. En la distancia, las antorchas, iluminando la entrada, dibujaban siluetas del gentío amontonándose en el umbral de Glenn. Las vastas puertas de madera comenzaban a cerrarse con dificultad por el bloqueo de la multitud; desde la distancia se podía percibir el miedo que desprendía la ciudad. Cuando Dahlia distinguió cómo una figura corría hacia ellos, Darian dio el alto a las tropas.

—Es Alec —dijo la joven.

En aquel momento, expulsó el aire que inconscientemente había estado conteniendo por la inquietud.

Alec llegó hasta ellos empapado por la lluvia, exhausto y respirando con dificultad por la velocidad del recorrido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Darian al ver el rostro del joven.

—¿Dónde está la princesa? —quiso saber Breogan en tono impaciente.

Alec miró a ambos antes de responder.

—Se delató como distracción, ocurrió un alboroto y Eliana pidió que le llevaran ante Freya. Nathan ha ido en su busca. Hay personas que aún no han salido y los soldados saben que ocurre algo. Tienen tiradores preparados en las almenas.

Alec agarró las riendas del caballo que Dahlia le había dado e impulsándose se subió a Díleas.

—¿Sabes algo de Caillen y Declan? ¿Recibieron el mensaje que les mandé? —dijo Dahlia, mirando al joven. Pero este negó.

—Si la princesa está dentro, entonces corre peligro —intervino Breogan—. Sabía que esto no saldría bien.

—Continuaremos con el plan —inquirió Darian—. ¡No rompáis la formación! —gritó.

Permanecieron quietos mientras el aguacero caía sobre ellos, la multitud en el horizonte se iba desvaneciendo, desaparecían, dispersándose a lo ancho de la llanura. Los gritos esta vez de los soldados llegaron hasta los oídos de la milicia.

—Están tomando posiciones —dijo Dahlia.

Las puertas se entreabrieron dejando paso a una fila de soldados que desfilaba coordinadamente portando lanzas en sus manos.

—¿De dónde ha sacado tantos hombres? —se preguntó Breogan a sí mismo al ver el despliegue que estaban formando.

Los soldados de Freya se alinearon frente a la muralla, la primera fila colocó sus lanzas puntiagudas a modo de cerca separando al resto de las filas que permanecían con las espadas en alto. Los arqueros subidos en las almenas mantenían los arcos tensados entre sus manos. El silencio de la noche se interrumpió cuando los truenos hicieron presencia. Entonces Dahlia vislumbró cómo algunos de los soldados enemigos desviaban la mirada hacia el cielo. Siguiendo la dirección, la joven alzó la vista y sorprendida vio cómo un reflejo cruzaba el cielo, no había sido un rayo, no era una luz. Un tenaz aleteo se situó sobre ellos, aumentando la brisa de la tormenta. Ante sus ojos dos caballos alados descendieron hasta que los cascos quedaron clavados en el suelo.

—Sigrid, Sirina —dijo Darian al contemplar a las dos mujeres que montaban sobre ellos.

—Darian, Breogan —saludó la primera a ambos.

Todos contemplaban atónitos a las dos mujeres de tez bronceada, de figura esbelta y vigorosa, ataviadas con armaduras negras y brazaletes dorados, con el cabello oscuro trenzado coronado con un casco que a los laterales llevaba unas alas simulando las de sus caballos.

—Valquirias —susurró Alec a Dahlia.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Breogan.

—Venimos a ayudar —respondió Sirina en tono sonoro.

—¿Kaysa sabe que estáis aquí? —preguntó Breogan refiriéndose a la líder de las valquirias, pues desde la muerte de Effie ninguna de su tribu había vuelto a Glenn.

—Dejemos esas preguntas para el final, ¿no creéis? —respondió Sigrid situando su caballo en primera fila junto al de Breogan—. Ella nos ha llamado y es lo que importa.

∞

Eliana contemplaba el rostro satisfecho de Freya, que seguía paseando por la sala, haciendo de rogar sus respuestas. Ella disfrutaba, mientras Caillen y Eliana intercambiaban miradas sin saber cuál sería su siguiente movimiento.

—Déjate de juegos, Freya. ¿Qué es lo que quieres? —preguntó finalmente Caillen, que podía percibir la ansiedad que estaba invadiendo a Eliana, prisionera entre los brazos del soldado.

—Solo quiero justicia y algo de poder —respondió esta—. Y Kodran puede proporcionármelo. Estúpidas predicciones, se creía muy listo ese druida al que venerabais, bobadas.

—Ni se te ocurra pronunciar su nombre, Belenus era el mejor druida en los reinos —defendió Caillen sintiendo un temblor en su garganta—. Le robasteis la vida.

Eliana contuvo el grito que estaba a punto de salir de su boca al escuchar las palabras de Caillen.

—¿Qué más atrocidades has hecho? —preguntó furiosa intentando soltarse de las manos que mantenían su cuerpo preso.

—¿Yo?, ¿atrocidades? —El tono fingido de indignación irritó más a Eliana—. Ninguna, querida, yo no lo llamaría así. Yo me preocuparía más por saber qué crueldades hicieron vuestros padres. ¿Creían que ocultándoos información os salvaríais? —Freya chasqueó la lengua—. No, sabían que la guerra se repetiría. Sabían que, tal y como lucharon ellos, sus hijos tendrían que luchar, o al menos tú —dijo señalando a la joven—. Pero prefirieron mantenerlo en silencio. Estúpidos. En vez de prepararos para ello, os dejaron qué, ¿vivir? Pensaron que os hacían un favor a vosotros, cuando en realidad se lo hicieron a su propio enemigo, y más aún después de lo que descubrí.

Caillen y Eliana seguían observando a Freya, la frialdad, la seguridad con la que hablaba, hacía que se les erizara la piel. Habían convivido con ella, en aquel mismo lugar, entre los muros del castillo y, a pesar de que había mostrado su carácter y nunca se fiaron de ella, la mujer a la que contemplaban, la figura que tenían ante ellos, les resultaba una extraña, como si durante todo este tiempo hubiera estado bajo una máscara y ahora, cerca del fin, les mostrara la realidad. No respondieron ante sus palabras, tampoco sabían qué responder, no entendían su juego, esperaron a que ella siguiese con el discurso. Cuando un alboroto se produjo en el exterior, el ruido del acero chocando repetidas veces llamó la atención en el interior del salón. Freya miró hacia la puerta y, con un leve gesto de cabeza, ordenó a uno de los soldados que permanecían en el lateral salir a ver qué era lo que ocurría. Un instante después, apareció junto a otro soldado, con Nathan sujeto con las manos a la espalda mientras intentaba zafarse de ellos.

—¡Nathan! —exclamó Eliana al ver al joven allí.

El joven la miró y sintió alivio al ver que ella estaba bien, después vio que Caillen también se encontraba allí. Freya le observó y caminó hacia un lado, necesitaba verle mejor.

—Soltadle —ordenó finalmente con mirada prudente mientras se acercaba.

Al escuchar la orden, Nathan miró a Freya extrañado. Estudió su rostro, el pelo perfectamente recogido, su cuello, sus orejas, sus manos decoradas con bisutería de piedras esmeralda haciendo juego con sus ojos. Ambos cruzaron miradas y, a pesar de haber pasado mucho tiempo, la reconoció.

—Idrell, ¿eres tú? —murmuró Nathan al contemplar el rostro de su hermana—. ¿Estás viva?

Eliana sintió una punzada y contempló a Nathan. Recordó lo que el joven le había contado sobre su familia, sobre su hermana, aquella a quien creía muerta.

—Creía que habías… La misiva decía…

—Ahora soy Freya —respondió fríamente—. Sabía que se habían cruzado en tu camino en el momento en que vi el báculo.

—Pero ¡creí que habías muerto! Maldita sea, Idrell, te creí muerta. ¡Debiste volver! —exclamó Nathan alzando el tono, pues nunca pensó que volvería a ver a su hermana.

—¿Para qué? No tenía nada. —El tono de Freya cambió, su sonrisa, su voz—. Volver a esa cabaña abandonada, no. Me merecía algo mejor, me merezco algo mejor —corrigió—. Y lo voy a conseguir.

—No, no puedes quedarte con el trono. Ellos… —dijo Nathan. Su mirada fue hacia Eliana, le contemplaba sorprendida, mientras se mantenía atenta a la conversación.

—Tranquilo, hermano, solo quiero destruirlo. Es así como tiene que ser. Vete, pretendo convertir esto en cenizas —dijo Freya, girándose y volviendo hacia el trono.

Eliana miró a Caillen, podía percibirse el horror en su mirada, sus ojos viajaron hacia Nathan, que permanecía inmóvil.

—¿Por qué haces esto? Idrell, tú no eres así.

—Tú lo has dicho, Idrell no era así. Pero Idrell murió, Nathan —respondió Freya apretando los dientes, su mirada se ensombreció y su rostro se tensó—. Murió tras la muerte de nuestro hermano.

—¡Dejadme pasar! ¡Es una orden!

Los gritos del exterior volvieron a llamar la atención de la sala. En el umbral de la puerta, escoltado por Declan, que empuñaba una espada, apareció el rey. A pesar de la debilidad que podía percibirse en su rostro, Gared espada en mano irrumpió en el salón. Eliana contempló a su padre y respiró con consuelo intentando zafarse del soldado.

—Padre —llamó la joven, con los ojos vidriosos al comprobar su estado.

—¡Soltad a mi hija! —exigió.

—Vaya, habéis llegado justo a tiempo —dijo Freya cruzando las piernas—. Aunque si os soy sincera, esperaba vuestra entrada mucho antes.

El impacto de las gotas de lluvia golpeando los cristales era lo único que perturbaba el silencio de la sala. El mismo aguacero que en el exterior mojaba los rostros del batallón que en formación esperaba la orden.

44

Gared caminó hasta el centro de la sala con los ojos fijos en Freya, mientras los soldados que custodiaban el salón permanecían alerta.

—Freya, ¡suelta a mi hija! —repitió—. Deja que ellos se vayan.

—¡No! —exclamó Eliana al escuchar la petición de su padre.

Los ojos de Nathan viajaban desde el rostro de Eliana hacia el de su hermana. Mientras, Declan se había situado junto a Caillen, que con un simple gesto de miradas se dieron a entender que estaban bien. El soldado mantenía la espada agarrada con firmeza por la empuñadura, a su vez Caillen sostenía el báculo preparado por lo que pudiera ocurrir. Entretanto, Freya tamborileaba con los dedos en el reposabrazos, estudiando con mirada suspicaz el rostro del rey.

—Creo que no —respondió finalmente—. Ya lo has oído, ella no quiere. Y vamos, Gared, sé sincero, si esto está pasando es culpa vuestra.

—Por esa razón, ellos no tienen nada que ver. Déjalos, acaba con tu juego.

—Este no es mi juego, querido —respondió corrigiendo su postura en el trono—. Yo solo soy una simple mensajera, he venido a corregir vuestros errores.

—Solo queríamos protegerlos. Por lo que más quieras, ellos ni siquiera habían nacido. —Gared alzó la voz.

—¿Y la mejor forma de protegerlos era ocultándoles la verdad? —

preguntó sorprendida—. Si yo hubiera estado en vuestro lugar, los habría preparado, en vez de mantenerlos a salvo. Aunque no sé por qué estoy diciendo esto, nos beneficia. Beneficia a Kodran y a Silje. —Freya sonrió.

—¿Por qué lo haces, Idrell?

—Freya —corrigió a su hermano, pues había pasado mucho tiempo desde que dejó de usar ese nombre—. No lo entiendes, ninguno lo entiende. —Freya se levantó—. Me veis malvada, cuando yo solo desvelo vuestras mentiras.

Ninguno dijo nada, se mantuvieron a la espera, y Freya prosiguió:

—Cuando Hans murió, yo morí con él, o al menos lo que quedaba de Idrell. Pasé semanas con fiebre a causa de la enfermedad, no podía moverme, pasé días junto al cadáver de nuestro hermano —declaró mirando a Nathan, apretando los dientes, conteniendo el dolor—. ¿Sabes lo que es permanecer en una habitación junto al ser que más quieres desvaneciéndose? Pudriéndose no, claro que no. —Freya les dio la espalda—. No podía trabajar, no podía pagar los impuestos y el dueño de la casa me echó como a un animal, dejándome sin hogar.

»No es difícil saber qué le ocurre a una mujer cuando deambula sola por la noche, ¿no creéis? Sola, sucia, acabé en un carro, magullada, y llegó un momento en que hasta perdí la consciencia. Cuando desperté, me habían vendido en las tierras de Undrell como esclava. —Caminó hacia la ventana contemplando la inmensa oscuridad del exterior—. Pero entonces ella me vio a pesar de su larga melena oscura y la lobreguez que la envolvían. Para mí fue como ver un ángel.

—¡Basta ya! —intervino Gared—. Déjalo.

Freya se volvió y miró a Gared, curvó su sonrisa al percibir que el rey estaba nervioso, que temía escuchar las palabras que ella dijera.

—No, aún no, me apetece continuar con mi historia —añadió caminando por la sala—. ¿Por dónde iba? Ah, sí, ella fue mi ángel, curó mis heridas y me enseñó todo lo que sé. Me dio un propósito en la vida, me enseñó que podía ser útil y me dio poder. Idrell ya no tenía sitio en mi vida y fue cuando nació Freya —dijo mirando a Nathan, el joven comprendió que ella misma había mandado la carta—. Me proporcionó hombres que lucharían a mi favor, y me llevó hasta Elder. No fue difícil engatusar a ese viejo rico y tampoco fue difícil matarle, pero me proporcionaba una buena posición para llegar

hasta ti, Gared.

—¡Él era un buen hombre! —intervino Declan, que hasta entonces había permanecido callado, pero al descubrir lo que había pasado con su antiguo señor no pudo reprimirse.

—No como tú, que eres un traidor, tenía que haberte dejado allí en vez de traerte al castillo. Me pregunto qué ha hecho que cambies de lealtades, ¿la juventud de la princesita u otras compañías?

Declan escudriñó con la mirada a Freya, mientras ella seguía sonriendo, y lanzó una leve mirada a Caillen, que no le quitaba los ojos de encima.

—Juré lealtad a la princesa de Glenn en el momento en que la pusisteis a mi cargo —respondió el soldado.

—Ya veo, eso no salió como esperaba, porque mi misión era atraparte, querida —dijo Freya mirando a Eliana—. No parecía un plan difícil, ganarme un sitio en el castillo, secuestrarte, llevarte ante Kodran, pero ese viejo druida lo fastidió todo haciendo que huyerais. Tuve que cambiar mis planes y comunicárselo a ellos, e imaginaos la sorpresa que todos nos llevamos cuando en mi carta escribí que Rowan tenía un hijo, un hijo al que había mantenido en secreto y aquel que mi benefactora había dado por muerto.

—¡Freya! —gritó Gared.

—No, querido, ahora viene la mejor parte —respondió sonriendo —. Dime, Caillen, ¿nunca quisiste saber quién era tu madre?, ¿de dónde heredaste ese poder?, ¿de dónde sacó tu padre esa piedra?

Caillen sintió un nudo en la garganta y miró la piedra violácea, acariciándola con la yema de los dedos, y la voz de Freya pareció alejarse, mientras aquellas preguntas se repetían en su mente.

—Tu estúpido padre creyó que manteniéndote a salvo te hacía un favor, y cuando Silje se enteró de que su hijo estaba vivo, supo que solo una persona podía haberlo sacado de las tierras de Undrell, por eso acabé con el viejo, pero tú, Caillen, tú puedes salvarte.

Aquello cayó como un jarro de agua fría sobre él, que incrédulo miró a Eliana y después al rey sin comprender qué ocurría.

—Silje es mi madre, ¿lo sabíais? —La voz rota de Caillen llegó hasta Gared, que sintió un dolor en el pecho.

—Creíamos que hacíamos lo mejor —respondió el rey, con voz pesada—. Rowan y ella tuvieron una relación cuando él estuvo en Undrell. Belenus era el mentor de Silje, y cuando supo que ella estaba embarazada algo le alertó, la reacción de Rowan ante la sentencia de Kodran rompió su corazón, pero el embarazo estaba avanzado y Silje solo quería restituir el poder de su hermano. Belenus temía que utilizara tu sangre en la magia oscura y te sacó de allí.

—Me robasteis de los brazos de mi madre —murmuró el joven.

—No, te salvamos, Caillen —dijo Gared acercándose a su sobrino —. No sabes el poder que tiene Silje, la magia que un druida sombrío puede canalizar…

—Lo descubrirá —intervino Freya—. Tu madre te ayudará con ello.

—¡No! —gritó Gared—. Caillen, no la escuches, solo quieren utilizarte. Kodran nunca permitiría que fueras soberano de Undrell, te mataría. Él quiere ser inmortal.

—Pero mi padre, tú, Belenus, me ocultasteis mi identidad, tenía derecho a saberlo —inquirió Caillen.

—Queríamos protegerte —añadió Gared colocando una mano en el hombro de Caillen—. Tu padre te amaba. Cuando Belenus te trajo entre sus brazos, fue una bendición, él sabía que algún día tendríais que luchar una guerra que no os pertenecía, el poder de los tres reinos caía sobre vosotros. Rowan y yo no quisimos aceptarlo, no como Effie. —Esta vez se giró hacia su hija, que le miraba desconcertada—. Siento haberos ocultado tanto, creía que lo hacía por vuestro bien.

—Oh, enternecedor, pero mira, otro fallo por tu parte —añadió Freya rompiendo aquel momento—. Negar el contacto de Eliana con sus orígenes, creo que esa tribu de valquirias a la que pertenecía tu mujercita os dio de lado, ¿no es así?

—Freya, ¡basta ya! —se giró Gared mirándola con odio—. Tu juego termina aquí.

Pero el sonido del cuerno a las afueras del castillo atravesó los muros resonando en el salón y sobresaltando a todos.

—No, querido, esto acaba de empezar.

∞

Tras el estruendo, las puertas de Glenn volvieron a abrirse, aquello había sido la alerta para que los soldados de Freya atacasen. Del interior salieron jinetes sin ninguna formación que con las espadas en alto se dirigían velozmente hacia el bando contrario. Dahlia miró a su padre y después a Alec, aquellos soldados vociferaban y la joven sentía que cada vez estaban más cerca, por lo que, sin detenerse a pensarlo un momento, agarró su arco y, cargando una flecha, tensó la cuerda, llevando el culatín hasta la comisura de su boca, apuntó al cielo y disparó. La trayectoria que dibujó formó una curva en el aire acabando clavada en el pecho de uno de los jinetes que cayó desplomado al suelo. Al ver el resultado, Dahlia agarró con fuerza las riendas de Alsvid y espoleando el lomo empezó a cabalgar.

—No tiene paciencia —gritó Alec, que palmeando a Díleas salió tras la joven cargando una saeta en su ballesta.

—Arqueros —vociferó Darian—, ¡disparad!

—Soldados de Glenn, ¡a luchar! —gritó el capitán Breogan empuñando la espada galopando hacia sus enemigos.

Ambos ejércitos se dirigían hacia el centro de la llanura, donde se realizaría el enfrentamiento, con gritos de guerra y armas en mano, acortaban las distancias para enfrentarse. Entretanto, Dahlia cabalgaba seguida de Alec, las flechas volaban en ambas direcciones, el cruce de espadas ya había empezado. El olor de la sangre inundando los charcos se mezclaba con la humedad de la tormenta. Los clanes de Cryturean disparaban flechas sin piedad, acompañadas por los silbidos de las saetas de la ballesta de Alec.

Los cuerpos caían desplomados sobre la tierra con heridas mortales. Las flechas y espadas de los soldados de Freya estaban impregnadas en veneno de flor hepática, los elfos podían percibir el aroma.

La brutalidad de la lucha mantenía a todos alerta. Cuando Dahlia vislumbró a un jinete dirigiéndose hacia ella con la espada en alto, el soldado se encontraba demasiado cerca para que la joven cargase una flecha, por lo que, agarrándose con fuerza a la silla de montar, pasó la pierna izquierda por encima del caballo desmontando, mientras con el pie derecho sujeto en el estribo mantenía el equilibrio y ocultaba su cuerpo tras el lomo de Alsvid para esquivar el golpe.

Girando su cabeza y mirando hacia atrás, viendo cómo el jinete daba la vuelta, Dahlia se volvió a montar, agarrando una flecha y

cargándola en el arco. La joven la lanzó atravesando la cabeza del soldado haciendo que el cuerpo inerte cayese de la montura debido al fuerte impacto. Dahlia buscó con la mirada a Alec, que permanecía no muy lejos de ella disparando con la ballesta. El alboroto de los gritos, los estallidos del acero, el sonido al rasgar los cuerpos, al atravesar las armaduras de cuero y acero generaban una atmósfera de caos que bloqueó la mente de Dahlia, que contemplaba cómo miembros de su clan caían envueltos en sangre, manchados con aquella sustancia azul venenosa.

Fue entonces cuando algo derribó a Dahlia, sintió la humedad de la tierra entre sus manos y en su rostro cuando chocó contra el suelo y un peso se desplomó sobre ella; había quedado atrapada bajo el cuerpo de Alsvid. Temiendo por la vida de su caballo mientras intentaba averiguar quién la había derribado, la joven intentó sacar las piernas mientras empujaba al animal para que se levantase.

—¡Vamos, Alsvid! —gritó la joven incitando al animal para que se alzase—. ¡Corre!

El caballo se alzó y salió al galope. En el momento en que Dahlia se estaba levantando para incorporarse a la batalla, pudo notar cómo rajaban su piel y sintió una extraña sensación de escozor en el brazo. Alarmada, miró la herida de la cual emergía la sangre, buscó con premura restos de la esencia azul, pero parecía que no había rastro de ella.

Consciente de que si no estaba envenenada la herida se curaría de un momento a otro, buscó a su atacante, que, sosteniendo la espada por encima de su cabeza, volvía a asestar un golpe a la joven que bloqueó velozmente con la estructura de su arco. Mantuvo la tensión en aquel forcejeo que cada vez acercaba el acero más hacia el rostro de Dahlia; clavando los pies en la tierra para no ceder y caer al suelo, resistía mientras el sudor caía por su frente. Su contrincante, viendo la fuerza de la joven, aflojó el aguante y, aprovechando el momento en que Dahlia aflojaba para erguirse, golpeó el arco de esta, haciendo que tanto este como la espada que el soldado portaba salieran disparados a un lado. Sin pensarlo, el hombre se abalanzó sobre ella y, colocando las manos alrededor del cuello, empezó a apretar. Dahlia intentaba zafarse de aquellas manos mugrientas que cada vez le oprimían más y más la garganta; la joven pataleaba sintiendo que el aire no entraba en sus pulmones y la corpulencia del soldado le impedía moverse.

Buscó con la mirada a su alrededor, vio a su padre blandiendo una espada, las valquirias volando y asestando golpes a los soldados

que cruzaban por su camino. Observó cómo los cuerpos se derrumbaban, mientras ella seguía sin poder respirar. Las lágrimas brotaron de sus ojos cayendo lentamente, dejando un surco sobre la suciedad que cubría su rostro, y cuando creía todo perdido, sus ojos vieron el brillo de la empuñadura de la espada. Extendiendo el brazo, la rozó con la punta de los dedos; rogando al cielo poder llegar hasta ella, siguió en su intento, mientras el soldado clavaba una rodilla en su pecho oprimiéndola aún más. No pudo gritar, no tenía aire para poder expresar el dolor, pero aún le quedaban fuerzas; por ello, cuando sus dedos tocaron con más exactitud la guarda de la espada, la acercó hasta ella y agarró la empuñadura con todas sus fuerzas, fue entonces cuando el soldado se dio cuenta de sus intenciones, pero ya era demasiado tarde. Dahlia sujetaba la espada con su mano y dirigió sin miramientos la punta del acero al costado del soldado, pudo notar cómo la espada atravesaba la carne del hombre y sintió cómo el peso caía lentamente sobre ella. Cuando una saeta fugaz penetró en la sien del soldado haciendo que la sangre salpicara a la joven, esta, zafándose con las piernas, escapó, rodó en el suelo y observó cómo el cuerpo caía inerte sobre el terreno mojado.

—¿Estás bien? —preguntó Alec acercándose a ella.

—Has disparado demasiado tarde —respondió la joven recuperando el aliento mientras cogía el arco—. ¡Agáchate!

Alec obedeció y se agachó, mientras Dahlia disparaba una flecha a un soldado que intentaba asestar un golpe al joven por la espalda. El galope de un caballo se acercó hasta ellos. Darian cabalgaba sobre él seguido de Alsvid, el elfo con el rostro ensangrentado a causa de un corte en el pómulo se detuvo ante ellos.

—Entrad en la fortaleza, id en busca de Eliana y Caillen —ordenó.

—Pero aquí no hemos terminado —dijo Dahlia agarrando las riendas de Alsvid.

—Nosotros nos ocuparemos. ¡Vamos! ¡Marchaos! —exigió Darian mientras blandía la espada.

Sin tiempo que perder, Dahlia subió en el corcel blanco, y tendió una mano para que Alec subiera tras ellas. Abriéndose paso entre la multitud, cabalgaron en dirección hacia el bosque. Sabía que debían dirigirse hacia la laguna, tal y como Eliana le había indicado, por lo que alejándose de la batalla se encaminaron hacia los pasadizos, aquellos que les permitirían adentrarse en los muros del castillo.

El alboroto y voces ininteligibles del exterior llegaban hasta los oídos de los allí presentes. Todos horrorizados miraban hacia las ventanas, con la incertidumbre a flor de piel por saber qué es lo que estaba pasando, excepto Freya, que, con su rostro mostrando indiferencia, los miraba a ellos.

—¿Cuánto creéis que tardarán? —preguntó Freya con fingida preocupación—. Esperemos que no toda la noche.

—¿Esa es la clase de poder que quieres? —preguntó Gared—. Acabarás con miles de vidas inocentes.

Freya miró a su alrededor y mostrando sus manos respondió:

—Qué extraño que me digas eso, cuando soy la única que no va armada.

—Tanto es asesino el ejecutor como el dictador —intervino Eliana —. Tus soldados tendrán las espadas, pero tú tienes la voz. Ordena que esto pare.

—Exacto, yo tengo la voz y tú no, esto no funciona así. ¿No queréis cooperar? Está bien —añadió, volviendo a ocupar su sitio en el trono, y moviendo la mano como si quisiera quitarle importancia ordenó—: ¡Matadlos!

Aquel mandato sorprendió a todos, los soldados desenfundaron sus espadas. Declan, que portaba la espada en mano, se colocó en posición, mientras Caillen, con el báculo entre las manos, se situaba junto a él; ambos espalda con espalda. Nathan, escandalizado por lo ocurrido, dio un paso hacia su hermana, con súplica en los ojos.

—No hagas esto, por favor. Tú-tú no eres así —dijo.

—No sabes cómo soy, Nathan, vete —exigió Freya sin mirar a su hermano.

—¡No! —gritó cansado de implorar a su hermana que parase.

Agarrando el arco que tenía colgado a la espalda, cargó una flecha y tensó la cuerda situándose para apuntar a uno de los soldados que se encontraban listos para atacar. Entretanto, el rey, espada en mano, se dirigía hacia el hombre que aún mantenía sujeta a Eliana. El

soldado, con una sonrisa dantesca, miró al rey y con desprecio empujó a la princesa haciendo que esta cayera al suelo, bloqueando el impacto de su cuerpo con las manos. Gared se apresuró para ayudar a su hija, pero el soldado rápidamente desenfundó su espada y bloqueó el paso del rey. Se escuchó el golpe de las puertas al cerrarse, estaban acorralados, les superaban en número. Mientras, Freya, con las manos sobre su regazo, contemplaba el espectáculo.

—Sé que ahora mismo te será difícil luchar —dijo Declan sintiendo el roce de la espalda de Caillen sobre la suya.

—Son mi familia. Lucharé por ellos, después pediré explicaciones —respondió el joven.

—Bien, puedes hacerlo —le animó.

Los soldados no tardaron en atacar, abalanzándose y empuñando las espadas, los golpes al chocar el acero retumbaban en la sala. Gared, presionando la punta de su arma, hizo que el soldado que se interponía entre él y Eliana alzara la espada, y dando un paso al frente le propinó el primer golpe. La joven, aprovechando la oportunidad que le había proporcionado su padre, se puso en pie, desenvainó la espada que le había regalado Nathan, y con coraje bloqueó el ataque de un soldado que iba directo hacia la espalda de su padre. El hombre le miró y ella, con semblante frío, señaló al soldado con la punta del acero desafiándole.

—Vamos, princesita, baja eso —dijo con sorna mientras repasaba la postura de la joven de arriba abajo.

Eliana dio un paso intentando asestar un golpe al soldado que bloqueó con su espada.

—Creo que no —respondió la joven volviendo a intentar otro ataque.

Insaciables, los soldados de Freya golpeaban una y otra vez, con vigor, con provocación. Nathan, que solo había podido disparar una flecha, se encontraba bloqueando con el cuerpo de su arco los ataques de uno de los soldados, que repetidas veces hacía que el joven retrocediera a causa de la velocidad con que los asestaba. En una de las ocasiones, la rudeza con que la espada chocó hizo que se encajara un poco en la estructura del arco, astillando la zona hendida. Nathan, al ver que el acero quedaba incrustado, tiró del arma haciendo que el soldado diera un paso hacia él y aflojara un poco el agarre de la empuñadura, después, girando las muñecas, y en consecuencia el arco,

hizo que ambas armas cayeran al suelo. El soldado, sin pensarlo, asestó un puñetazo al joven, que, al notar el fuerte dolor en el estómago, devolvió el golpe en el rostro de su oponente.

Caillen seguía bloqueando golpes con el báculo sintiendo cómo las gotas de sudor caían por su sien del esfuerzo. Intentaba mantenerse concentrado, aclarar su mente y fijar su atención en su oponente, pero cada vez sentía más y más la cercanía del acero y la opresión que amenazaba con bloquearle por todo lo que acababa de descubrir. Intentando evadir aquellos sentimientos, apretó con fuerza su arma. Clavando las yemas de los dedos en la dura madera, sintió un corte en el antebrazo que rajó la manga de su casaca. La abertura no tardó en tornarse rojiza, la sangre comenzó a emerger y podía percibir el recorrido de las gotas surcando su piel, llegando a ver cómo el líquido caliente aparecía por el puño de su manga y manchaba sus manos.

Le ardía la herida, pero consciente de que no podía centrarse en el dolor, apretó con más fuerza el báculo, bloqueando cada estocada de su oponente, haciendo que la tensión acumulada traspasara al báculo, la sangre llegó hasta las yemas de sus dedos y acabó en contacto con la madera tallada. En aquel momento, Caillen sintió una breve vibración, un cosquilleo que recorría la longitud del arma y percibió un incremento de su fuerza al golpear con más viveza a su oponente.

Declan ya no se encontraba cubriéndole la espalda, los asaltos habían hecho que se moviera hacia la zona de la puerta, donde con un firme manejo de muñeca cruzaba una y otra vez el acero contra su agresor. El soldado enemigo, emitiendo gruñidos con cada estocada, persistía en luchar contra él, a pesar de que Declan llevaba la delantera, pues ganaba terreno en cada movimiento.

La lucha se había dispersado por la sala. Eliana seguía resistiendo los ataques del soldado, que, con malicia y mirada lasciva, golpeaba una y otra vez el acero de la joven, haciendo que este temblara en sus manos. No podía permitirse pensar en el cansancio que le recorría todo el cuerpo, pasando por sus brazos al sostener el peso de la espada, por sus piernas al mantenerse firme y apretando con fuerza los pies en el suelo buscando la estabilidad entre golpe y golpe, mientras su contrincante no cesaba la intensidad con la que golpeaba. A su vez, el rey, a pesar de la debilidad que sentía por dentro, había conseguido derribar a uno de sus oponentes y, con la espada ensangrentada, luchaba con el mayor vigor que pudo sacar contra un nuevo soldado que se había lanzado sobre él.

∞

No se detuvieron en ningún momento. Dahlia bajó de Alsvid y, siguiendo las instrucciones que Eliana le había dado, con manos temblorosas, encontró la llave y después la cerradura. Abriendo la puerta con premura, ambos se adentraron en los pasadizos. Tenía lejano el recuerdo del día en el que ella y Caillen los habían recorrido para escapar del castillo, e intentando recordar cada camino, con la antorcha en la mano que iluminaba el trayecto, anduvo seguida de Alec.

—¿Crees que todos los soldados estarán fuera? —preguntó el joven mientras caminaba pegado a ella.

—Lo averiguaremos en cuanto salgamos de aquí —respondió, mientras en su cabeza intentaba recordar el camino.

No dudó en ningún momento, decidió seguir su intuición, aquella que les guiaría hacia el dormitorio de Eliana. Recordaba que ella y Caillen habían entrado a los pasadizos por una pequeña puerta tras un tapiz, pero la bifurcación de los caminos y las escaleras que desencadenaban en diversas puertas confundía su mente. En el pasado aquel recorrido le resultó más sencillo y, tras subir los escalones, se detuvo.

—Sujétala —dijo tendiéndole la antorcha a Alec.

—¿Es por aquí? —preguntó el joven manteniendo la llama iluminando una entrada que permanecía cerrada.

—No lo sé —respondió Dahlia mirándole—, pero por algún lado tendremos que salir.

Con cuidado, giró el pomo y lentamente abrió la puerta. La estancia permanecía en silencio. Al recorrer el tapiz, contemplaron una sala con estantes repletos de libros. Estaba claro que aquello no eran los aposentos de la princesa. Alec, dejando la antorcha sumergida en un cubo que había junto a la puerta, cerró tras cruzarla. Dahlia se acercó hasta la entrada principal, pegando su oído, intentando escuchar lo que ocurría al otro lado del pasillo.

—Parece que está despejado —murmuró la joven.

—Salgamos —dijo Alec armándose con su ballesta.

Con gesto afirmativo, Dahlia abrió la puerta y, agarrando su arco,

cargó una flecha. No parecía que hubiera soldados. Sigilosamente, preparados por si tuvieran que defenderse, recorrieron el pasillo. A lo lejos vislumbraron a dos doncellas que despavoridas corrían gritando. Alec miró a Dahlia y se encaminaron en aquella dirección. Al doblar la esquina, Dahlia se detuvo y pegó su espalda al muro haciendo que Alec parara en seco.

—En la puerta, cuatro soldados —dijo la joven.

Alec, con una saeta cargada en la ballesta, asomó el arma con sutileza buscando el ángulo correcto; cuando visualizó la cabeza de uno de los soldados justo en el punto, disparó. El soldado se desplomó cuando la saeta atravesó sus sienes, la sangre comenzó a brotar cubriendo los baldosines. Aquello alarmó a sus compañeros, que empuñando las espadas fueron en la dirección de donde había procedido el disparo. Dahlia y Alec desvelaron su posición, la joven elfa con premura había cargado dos flechas que disparó acertando en el pecho de dos de los soldados, mientras Alec se encargaba del restante. Los cuatro cuerpos yacían en el suelo, corriendo atravesaron el pasillo hasta llegar a la puerta. Del interior provenían golpes, gritos. Ambos se miraron, y Dahlia, cargando otra flecha en el arco, se colocó en el centro mientras Alec abría la puerta.

Al otro lado, la lucha seguía presente, observaron lo que ocurría mientras se adentraban. Dahlia disparó contra uno de los soldados que estaban acorralando a Eliana. El recorrido fugaz que había dejado la flecha llamó la atención de la princesa, que miró encontrándose con el rostro de su amiga. Aquello no pasó desapercibido ante los ojos de Freya, moviéndose inquieta, se inclinó hacia el soldado que tenía junto a ella flanqueando el trono.

—Estará bien comprobar que acabaremos con todos —dijo sin apartar la vista de los recién llegados.

La sangre ya manchaba el suelo de piedra, el cansancio y el sudor comenzaban a emerger de sus cuerpos, mientras sin descanso continuaban con aquella batalla. Cada uno luchaba contra su adversario buscando aquella victoria tan ansiada, mientras el cruce de espadas y armas se movía a sus alrededores.

Pero aquella sensación que Caillen estaba teniendo sobre su báculo cada vez era más fuerte, pequeñas vibraciones que llegaban hasta su mano. El soldado que blandía la espada golpeó el báculo con fuerza haciendo que este, como si de un imán se tratase, lo atrajese contra el suelo. El contacto del arma sobre los baldosines de piedra

provocó que algo temblara a su alrededor, la vibración que había descargado el báculo hizo que unas ondas se expandieran proviniendo de la punta del báculo. El temblor llegó hasta los muros, haciendo que se detuviera la batalla en aquel momento. Justo en el mismo instante en que el Breogan aparecía junto con miembros de su guardia.

Eliana miró a su padre, que aliviado al ver que sus hombres llegaban hundió la espada en su adversario. Aquello disgustó a Freya, que en cuestión de segundos veía cómo sus planes se desmoronaban. La mujer se levantó y, quitando la espada del soldado que tenía junto a ella, se encaminó decidida; mientras Nathan, consciente de que su hermana se había levantado del trono, se dirigía hacia ella para detenerla. Pero no pudo impedir que Freya, sin miramientos, se acercara al rey y clavara el acero atravesando su corazón.

Un grito ahogado llamó la atención de todos, pues no provenía del rey, sino de Eliana, que había contemplado cómo la mujer a sangre fría había ensartado a su padre. Con lágrimas en los ojos, la joven fue hasta su padre y, cayendo de rodillas, contempló su rostro, fruncía el ceño de dolor, sentía un nudo en la garganta, podía percibir el sufrimiento de su padre. Entonces sus ojos fueron hasta Freya, se había alejado después de asestar el golpe; y Eliana, apretando los dientes con fuerza, mientras su mirada se ensombrecía por el dolor que aquella mujer le había causado, llevó su mano hasta la empuñadura de su daga, aquella que había permanecido hasta entonces en su bota. Sin quitar los ojos de la mujer, que con la mirada altiva la observaba, Eliana sacó la daga, sin ser vista por nadie, salvo por los ojos de Nathan, que, al ver cómo Eliana se ponía en pie y sus dedos bajaban hasta la fina punta del arma, supo su intención.

Sin pestañear, la princesa lanzó la daga contra el corazón de Freya, pero sus ojos se tornaron en sorpresa al ver que había impactado en el hombro de Nathan, que se había interpuesto entre ella y su víctima.

—¡Apresadla! —gritó Breogan a sus soldados—. Freya, se te condena por el asesinato del rey, a ti y a todos tus hombres.

Los soldados de la guardia arrestaron a la mujer y a los soldados que aún quedaban vivos, mientras Caillen, Declan, Alec y Dahlia contemplaban en silencio la imagen de Eliana, que, junto a su padre, apoyaba la cabeza de este sobre sus piernas, acariciando su rostro.

—Padre —dijo la joven mientras las lágrimas mojaban sus labios dejando un rastro salado—, te pondrás bien. ¡Caillen! —gritó

desesperada—. Tranquilo, Caillen lo arreglará.

El joven se acercó hasta ella contemplando el cuerpo del rey en el suelo, contemplando a su tío. Cuando Eliana le miró buscando una pizca de esperanza, él negó y agachó la mirada retirándose, pues sabía que no podría hacer nada. Al apartarse, Caillen se acercó hasta Nathan, que, sentado en el suelo, apretaba con fuerza la herida donde tenía incrustada la daga. Eliana no pudo evitar mirarle con rabia.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó alterada—. Es una asesina.

—Pero también es mi hermana, no podía dejar que la mataras —respondió Nathan.

La pena podía verse en la mirada del joven, que contemplaba cómo el rey yacía en los brazos de su hija.

—Eliana —llamó el rey sin apenas fuerzas.

—Papá, papá —susurró Eliana acercando el rostro al de su padre mientras este cogía fuerzas para hablar—. Lo he intentado de verdad —lloró la joven—. He intentado ganar esta batalla. No me dejes, no te vayas —seguía diciendo la joven entre lágrimas.

—Tranquila, mi niña. —Gared miró a su hija—. Los reyes vienen y van, pero el pueblo es el que permanece.

El rostro del rey palideció con alivio en los ojos, mientras daba su último suspiro.

Se encontraban bajo un silencio ominoso, el cuerpo del rey Gared había sido retirado a sus aposentos, donde descansaría hasta ser preparado para el entierro. Breogan había ordenado a los sirvientes limpiar los restos de sangre que ensuciaban el suelo. La batalla en el exterior había finalizado y Darian, junto con Sigrid y Sirina, había entrado en el castillo, encontrándose a su llegada los rostros desencajados, cabizbajos, agotados, repartidos por la amplitud del salón. El jefe del clan Callander se dirigió hacia un rincón donde su hija conversaba con Alec.

—Me alegro de que estéis bien —dijo nada más situarse junto a ellos—. ¿Qué ha ocurrido?

Dahlia miró a su padre afligida y, con pesar, le relató lo que había sucedido cuando ambos habían entrado en la sala, detallando cómo había transcurrido la muerte del rey y que ahora Freya permanecía arrestada en las mazmorras junto a sus hombres tras su traición. Darian agachó la mirada y suspiró con pesar al escuchar toda la historia y, posando una mano en el hombro de su hija, sopesó la situación.

—Mandaré a los clanes de vuelta a Cryturean —dijo finalmente—. Nosotros nos quedaremos hasta el funeral.

Dahlia afirmó ante las palabras de su padre, pues quería quedarse para acompañar a Eliana en aquel momento. Sus ojos fueron hacia ella, que permanecía frente al trono, de brazos cruzados. La joven princesa, abstraída, se mantenía erguida, había limpiado las lágrimas de su rostro sucio y sus ojos se habían oscurecido aún más. En aquel momento, no prestaba atención al resto, en sí, se sentía sola en aquel gran salón, por lo que cuando sintió una presencia a su espalda se sobresaltó.

—Eliana —dijo la voz de Sigrid tras ella.

La joven se volvió y contempló a las dos mujeres, con sus armaduras oscuras ensuciadas, los brazaletes dorados con restos de sangre que también manchaban la piel desnuda de sus brazos.

—Éramos amigas de tu madre —dijo Sirina al contemplar la mirada de la joven. Eliana asintió y Sirina prosiguió—: Sentimos mucho lo que le ha ocurrido a tu padre.

—Gracias —respondió la joven finalmente.

Sigrid miró a Sirina, ambas intercambiaron miradas.

—Es una lástima que haya sido precisamente este momento para conocernos —dijo esta—. Mi nombre es Sigrid.

—Yo soy Sirina.

—No pensé que conocería nunca a ninguna de vosotras —confesó la joven. En cualquier otra situación, sabía que les habría formulado mil preguntas, hubiera estado ansiosa por saber más sobre ellas, pero en aquel instante no sabía qué decir—. Gracias por venir a ayudar.

—Solo respondimos a tu llamada —concluyó Sigrid.

Eliana miró a ambas sin comprender.

—*Irear vaerd jevil valed, duer endel avs jedned* —recitó Sirina—. No tengas miedo, formas parte del destino.

—Yo no, solo fue un sueño —aclaró Eliana desconcertada.

—Quizá algún día podamos explicarte cómo funciona nuestro vínculo —añadió Sigrid—. La sangre de las valquirias corre por tus venas, y eso es algo que no puedes impedir.

Eliana permaneció en silencio, digiriendo aquellas palabras, esperaba que fueran ciertas, algún día le gustaría conocer más sobre ellas, pues en aquel momento, ahora que estaba sola, sentía que era un hilo al que aferrarse que le acercaría a su parte materna.

Sirina miró hacia la ventana y comprobó que el sol comenzaba a alzarse.

—Debemos partir ya, pero tranquila, volveremos a vernos —dijo esta sonriendo.

—Effie sentiría orgullo de ver en lo que se ha convertido su hija —añadió Sigrid.

Eliana mostró una triste sonrisa y, con un leve gesto de cabeza, se despidió de las dos. No observó cómo recorrían el salón, simplemente se giró y volvió a contemplar el trono vacío. No se fijó en el momento en que Sirina se detenía ante Nathan, que permanecía sentado en una silla junto a Caillen con un trozo de lino presionando la herida.

—Nunca imaginé encontrarte aquí, joven Ashtharson —dijo Sigrid.

—Ni yo a vosotras —respondió Nathan mirando a las valquirias.

—Recupérate, no podemos quedarnos sin nuestro herrero —añadió Sirina guiñándole un ojo antes de retomar su camino.

Nathan observó cómo desaparecían al cruzar el umbral de la puerta, y apretó ojos y dientes al sentir la quemazón sobre su piel. Profiriendo un grito de molestia, miró a Caillen.

—Tenía que desinfectar la herida —añadió este dejando un pequeño frasco en el suelo con un líquido ambarino en su interior—. Tendré que darte puntos, después te colocaré las vendas.

Nathan asintió. A sus pies había restos de paños ensangrentados, sumergidos en una palangana con agua, junto a esta, en el suelo, descansaba la daga de Eliana, aquella que había quedado clavada en su piel. El joven alzó la mirada y no pudo evitar contemplar la espalda tensa de la princesa, y un nudo se formó en su garganta invadiéndole hasta el centro del pecho. Cuando sintió la punzada de la aguja atravesando su piel, se sobresaltó y su cuerpo se volvió rígido.

—Lo siento —se disculpó Caillen, sabía que había hundido con demasiada brusquedad la aguja.

En aquel instante en el que Caillen cruzaba las puntadas para cerrar la herida de Nathan, Declan entró en el salón y cruzando la estancia fue hasta Eliana.

—Majestad —dijo el soldado situándose junto a ella.

—Es extraño —respondió esta sin apartar la vista del trono—. Prefiero que me llames Eliana.

—¿Necesitáis algo? —preguntó Declan.

—Mañana, al amanecer, daremos sepultura al rey. Quizá deberíamos dejar que el pueblo presente sus respetos a mi padre —respondió sopesando su decisión—. En cuanto a lo otro…

—El capitán Breogan ha dejado expresamente a Aleksey y a tres de sus hombres vigilando las mazmorras —añadió Declan.

—Bien, comunícale que mañana por la tarde será la ejecución. No

quiero saber dónde acabará su cuerpo, me es indiferente, solo quiero que se pudra en el infierno.

Aquellas palabras fueron escuchadas por todos los presentes, y Caillen, que en aquel momento había terminado de coser la herida a Nathan y se disponía a vendarla, se levantó.

—Eliana —llamó el joven. Esta se giró—, tengo que hablar con ella, necesito que me cuente su versión.

—¿Su versión? —preguntó Eliana molesta—. ¿No te ha bastado ya con la sarta de mentiras que ha salido de su boca?

—Mentiras o no, es la única persona viva que conoce mi historia y quiero hablar con ella —concluyó Caillen.

Ella sostuvo la mirada de su primo. En cierta manera, podía dar la sensación de que se estuvieran retando, pero tras sopesar la petición de Caillen, finalmente la joven asintió.

—Está bien, pero hablarás aquí, con todos presentes. Esta tarde —decretó—. Pero esa será la única vez que Freya abandone la mazmorra, la próxima vez que salga será para ir al cadalso.

La joven atravesó la sala, percibió la mirada de Nathan sobre ella, pero se sentía incapaz de mirarle. Caminó en silencio, necesitaba retirarse un momento, necesitaba estar a solas, pero antes de cruzar el umbral de la gran puerta se detuvo.

—Todos sois bien recibidos en el castillo. Declan, ordena que se le adjudique un aposento a cada uno, pide al servicio que dispongan comida y bebida. Breogan —dijo la joven al ver que el capitán se disponía a entrar, pero se detuvo al verla—, ¿el pueblo ha regresado?

El hombre asintió, y ella afirmó, respirando aliviada.

—Si me disculpáis, necesito retirarme.

Y Eliana abandonó el salón, dejando a todos en silencio mirando la puerta que ahora permanecía vacía. Breogan pidió a Declan conversar, y ambos se apartaron, mientras el soldado transmitía las órdenes que la joven le había dado. Entretanto, Dahlia, Alec y Darian se acercaron hasta Nathan y Caillen, quien se disponía a colocar las vendas.

—¿Qué ocurrió antes de que llegáramos? —preguntó Dahlia.

Caillen relató lo sucedido, la historia que Freya había contado sobre su familia, el descubrimiento de que Silje era su madre, la versión en la que Belenus había llevado a Caillen hasta las tierras de Glenn, huyendo de Undrell. En aquel momento, Darian, que había permanecido atento a la historia, observó al joven e interrumpió su relato.

—Aún recuerdo el día que vuestro maestro llegó a nuestro hogar, cargaba contigo en brazos —dijo el elfo. El joven le miró—. Desde ese momento, supe por sus palabras que algún día Dahlia debía buscarte a ti y a Eliana. No me dijo que erais hijo de Silje, simplemente me dijo que también formaríais parte de esta batalla.

—Entonces Silje mandaría a Freya secuestrar a Eliana, al igual que mi misión era Dahlia —añadió Alec.

—¿Conoces a Silje? —preguntó Caillen sorprendido.

Puesto que el joven no había sido testigo de las palabras de Alec desvelando su vida, este le contó con brevedad lo que había relatado al resto.

—Es difícil llegar hasta ella, apenas dejan a nadie entrar en el castillo —concluyó así su historia—. Viví allí desde los diez años y durante mis quince años allí no conocí a Freya.

Ante esas palabras, todos miraron a Nathan, que permanecía en silencio cabizbajo. Ellos habían presenciado el momento que el joven se había interpuesto salvando la vida a su hermana.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Alec, consciente de que el joven estaba abatido.

—¿Y qué puedo hacer? ¿Ver cómo ahorcan a mi hermana por asesinato? —Nathan se encogió de hombros y resopló negando—. No tengo nada que hacer.

—Ella ya no es tu hermana —respondió Dahlia—. Al menos, no la que conociste.

Todos permanecieron callados ante las vueltas que había dado la historia. Ante la ausencia de una batalla contra el que creían su gran enemigo, Kodran, y la reciente lucha contra Freya, aquella que había manejado los hilos bajo el ala de Silje.

∞

Entretanto, Eliana recorría los pasillos hasta sus aposentos con un semblante impasible escoltada por dos soldados, pero en el momento en que vislumbró el camino que llevaba hacia los aposentos del rey se detuvo y, suspirando, decidió finalmente que tenía que verlo una vez más, salir de aquello que creía como una ensoñación. Dos guardias flanqueaban la entrada al dormitorio y al verla se apartaron para dejarle paso. El aposento permanecía en penumbra, solo un pequeño rayo de luz que se abría paso entre los cortinajes dejaba ver las motas de polvo danzando en el aire. Con pasos cortos y lentos, se acercó hasta los pies de la cama y contempló el rostro de su padre, descansando, con las manos reposadas sobre su regazo.

Con rapidez, retiró la mirada, y sintió una punzada en el pecho al ver el retrato de sus padres y darse cuenta de que el rostro de su madre estaba resquebrajado. Sus ojos bañados en ira fueron esta vez al retrato de Freya y, con rudeza, cogiendo un frasco del tocador, lo lanzó contra él, haciendo que el cristal saltara en añicos y el líquido de su interior manchara la pintura. Abandonó la habitación con premura y retomó el camino hacia su dormitorio. Al entrar, cerró la puerta. Fue el sonido que esta hizo al cerrar lo que abrió en su interior una grieta, las lágrimas que había contenido caían ahora por su rostro. Eliana apoyó su espalda contra la puerta, estaba destrozada, abatida. La joven acabó sentándose en el suelo y apretando su pecho; como si intentase frenar el dolor que sentía en su interior, soltó un grito de rabia. Aquella joven que había conseguido madurar se había convertido en una niña vulnerable a la que le habían quitado todo.

A pesar de las últimas palabras de su padre, que escuchaba una y otra vez en su cabeza, sentía que el dolor de su pérdida no podía ser aliviado con la victoria.

Habían colocado una larga mesa en un lateral del salón, sobre ella había dispuestas jarras y comida para alimentarlos. Se habían retirado a los aposentos correspondientes con el fin de descansar y asearse antes del almuerzo. Cuando el servicio les había indicado que estaba todo listo, volvieron al salón, apenas conversaron, se mantuvieron en silencio comiendo y bebiendo. Eliana no hizo acto de presencia hasta casi llegado el final de la comida. Las puertas se habían abierto dando paso a la joven, llevaba el rostro lavado, había limpiado las manchas de sangre de su cuerpo y tras quitarse las ropas las había lanzado al fuego. Ahora lucía un vestido marrón con ribetes *beige* adornando el escote en recto y los puños de las mangas. Con gesto altivo, se dirigió hacia el trono, pero no tomó asiento, no podía, solo de pensar que escaso tiempo atrás allí había estado sentada la mujer que había asesinado a su padre le revolvía el estómago.

—He ordenado traer a Freya, podrás preguntarle todo lo que quieras ahora —dijo mirando a Caillen— y Nathan podrá despedirse de ella —añadió Eliana sin mirarle—. Pero una vez que termine la conversación se acabó. No quiero oír hablar más de ella, quiero centrarme en el funeral de mi padre, por respeto a su memoria.

Las puertas se volvieron a abrir. Escoltada por el capitán Breogan y dos soldados, Freya caminaba en el centro de los tres, con las manos encadenadas hacia delante. Anduvo hasta situarse en el centro de la sala. Caillen miró a Eliana, y esta con un leve gesto le indicó que procediera.

—Freya, aunque tu destino esté escrito, necesito saber la verdad, necesito que completes la historia. Al menos, vete de este mundo haciendo una buena acción —pidió el joven.

—Ya te dije la verdad, es muy simple. Tu padre, el príncipe Rowan, te mintió ocultando la identidad de tu madre, y Silje quedó destrozada al creer que su hijo había muerto. Eso es lo que debéis saber.

—Belenus no huyó de Undrell por las buenas intenciones de Silje —intervino Darian.

—Oh, vaya, Darian de Callander, ¿cómo te sientes al ser el único que ha quedado vivo? Al final, la venganza de Kodran no va tan mal, solo faltan unas pequeñas astillas molestas —dijo Freya mirando a Dahlia y Eliana.

Nathan miró a su hermana, sin poder decirle nada.

—Bueno, pero antes nosotros nos quitaremos de en medio a nuestra astilla particular —respondió Dahlia, utilizando el apodo que la mujer había usado para referirse a ellas—. ¿Eso también le ha salido bien a Kodran?

Freya rio y miró a la joven.

—Nunca se sabe cómo saldrán los planes de Kodran. Tiene oídos y ojos por todas partes, si no, ¿cómo es posible que vuestros queridos alcedinos emitieran un mensaje falso? Si solo los elfos podéis controlarlos.

Darian escuchó las palabras de Freya con atención, pues desde que había visto que las amenazas de la batalla en las tierras de Cryturean habían sido erróneas, aquella suposición había rondado su cabeza en todo momento: tener un traidor entre sus tierras.

—Pero tranquilos, quizá esto haya terminado así, o no, quizá solo sea un respiro para vosotros. Podéis quedaros con vuestra victoria de haber salvado Glenn, pero el verdadero ganador es el que se mantiene, mientras el resto quedan tendidos a sus pies.

—¡Basta ya! Lleváosla —vociferó Eliana.

—Espera —pidió Caillen—, necesito saber más.

—¿En serio? —preguntó su prima, incrédula—. Se está riendo de nosotros, ¿y de verdad quieres saber más?

—Eliana tiene razón, Caillen, no merece la pena —intervino Dahlia.

—Acabo de enterarme de que mi madre sigue viva. Al menos, déjame saber un poco más —continuó el joven.

—Una madre que quería matarte —recordó Eliana.

—¡Vaya, vaya! Los tres reinos empiezan sus disputas. ¿Se acabará la paz? —dijo Freya.

—Está jugando con vosotros —añadió Alec.

Caillen miró a Eliana y después a Freya, y a pesar de querer saber más acerca de Silje, viendo la mirada de la mujer, sabía que no podía confiar en ella.

—Lleváosla —ordenó Eliana.

—Un momento —dijo Nathan poniéndose en pie—. Dijiste que podría despedirme.

Eliana miró al joven rápidamente, pues no podía observarle durante mucho tiempo a causa del dolor que sentía y, con un gesto de cabeza, le concedió aquella despedida. Nathan se acercó hasta su hermana bajo la atenta mirada de todos. Colocándose enfrente, miró su rostro, deseaba abrazarla, tenía ante él a la hermana que había dado por muerta durante años y ahora se despedía para verla partir de verdad, y, sabiendo que Freya permanecía impasible, el joven rodeó el cuerpo de su hermana con los brazos.

—Sé que aún sigues siendo Idrell —le murmuró al oído, pero no obtuvo respuesta.

Se separó y finalmente contempló cómo Breogan volvía a conducir a Freya fuera de la sala.

—¿Y qué se supone que viene ahora? —preguntó Alec—. Si todo estaba predestinado, ¿ahora qué?, ¿iréis a por Kodran?

—Es difícil de saber. Sabe que vosotros sois el futuro de los tres reinos, pues heredáis el mandato de sus capitales —respondió Darian —. Pero está claro que no podemos saber con exactitud cuál será su siguiente paso.

—Por mucho que haya organizado Kodran, Freya ha sido la que ha jugado con nosotros —declaró Declan, quien había permanecido callado hasta ese momento—. Conocía todos nuestros movimientos, tanto Kodran como Silje le han proporcionado las herramientas y la información para ello.

—Nosotros debemos volver a Callander tras el funeral —dijo Darian—. Mi clan debe recuperarse tras la batalla.

—Nuestros soldados deberían hacer lo mismo —dijo Declan.

Miró a Eliana, a lo que esta asintió.

—Soy consciente del esfuerzo de los soldados y sé que lamentablemente ha habido muchas bajas, el pueblo necesitará un periodo de recuperación —dijo esta—. Como… futura reina de Glenn —continuó, aunque sentía que aquellas palabras le ardían en la boca —, no puedo imponerles otra guerra.

Si de algo estaban todos seguros es de que deberían reponerse. Durante los días se habían mentalizado para una batalla, una lucha que debían combatir fuera de allí, y tanto para Eliana como para Caillen había sido frustrante tener que luchar en su hogar y aceptar aquel final.

∞

Dahlia, Alec y Nathan caminaban por un pasillo dirigiéndose hacia sus aposentos. Ambos jóvenes compartirían un dormitorio, mientras Dahlia se quedaría en el contiguo. Esta se detuvo en la puerta correspondiente despidiéndose de los dos, pero cuando Alec y Nathan iban a entrar en su dormitorio, Alec se detuvo.

—Ahora vuelvo —dijo este, mientras Nathan entraba en el aposento.

El joven se acercó a la habitación de Dahlia y llamó a la puerta. La joven, al abrir y volverle a ver, sonrió.

—No me he despedido como te mereces —dijo Alec con una sonrisa, y alargando su brazo hacia la cintura de ella la rodeó acercándola hacia él.

Fue un beso dulce, seguro, un beso tranquilizador. Después de lo que habían pasado, sentían que aquel beso reconfortaba los momentos anteriores. Separándose escasos centímetros, Alec apoyó la frente contra la de Dahlia. Agachado hacia ella, mientras la joven, con los ojos cerrados, se relajaba, él dijo en un tono sosegado:

—Me iré a Callander contigo. Es allí donde quiero empezar mi nueva historia.

Dahlia sonrió, era extraño lo que había cambiado acerca de Alec. A pesar de que no quería mostrar al joven lo que sentía, en el fondo se preguntaba si una vez acabada la batalla de Glenn, Alec seguiría su camino, buscando su libertad. Por ello aquellas palabras le aliviaron, pues en lo más profundo de su interior sabía que no quería separarse de él.

—¿O solo aceptáis elfos? —añadió sonriendo al ver que Dahlia no decía nada.

Esta sonrió otra vez. Negando y mirando al chico a los ojos, respondió:

—Creo que serás admitido. No sé por qué, pero al jefe del clan le agradas.

—Sé ganarme a las personas importantes —respondió el joven volviendo a besarla.

Dahlia agarró el cuello de Alec, y tirando de él ambos entraron en el dormitorio. La puerta se cerró y el sonido hizo que Caillen, que en aquel momento atravesaba el final del pasillo, se detuviera. Su intención había sido dirigirse a sus aposentos para descansar, pero, tras ser consciente de que no podría sumirse en las profundidades del sueño, vagó por el castillo, hasta que sus pies le llevaron ante una puerta. Aquella estancia situada en el ala oeste era el dormitorio de su padre. No había entrado desde que él falleció. El rey le había cedido el poder de hacer con las cosas de su interior lo que él quisiera, incluso le propuso trasladarse allí, pero no quiso, no podía dejar que nadie invadiera ese espacio, en lo que se había convertido el recuerdo de su padre. Cuando falleció, pensó que pasaría mucho tiempo en aquella habitación recordándole, pero no fue así. Una vez que ordenó cerrar las puertas, nunca más las volvió a abrir. Recordó la conversación que mantuvo con Declan en el valle, la primera vez que compartía con alguien su miedo e inquietud por desvelar algo, por abrir esa puerta, que, aunque para el soldado fuera simbólica, para él era real, y ahora estaba ahí, ante ella, y llevando la mano hasta el picaporte cogió aire y lo giró.

El olor a cerrado, a polvo y a madera vieja llegaron hasta las fosas nasales del joven. Se acercó a la ventana, que permanecía tapada por los cortinajes harapientos, y tirando de ella la quitó. La poca luz del atardecer entró con demora iluminando la estancia, dejando visibles las partículas de polvo que flotaban en el aire que cubrían los muebles. Pasó el dedo índice por encima del escritorio dejando su rastro en él y, apoyándose, observó la cama de su padre. Allí donde le había visto por última vez, allí donde le había pedido que le hablase por última vez de su madre.

—Te quería —dijo Rowan—, pero no de la manera que te merecías, hay formas difíciles de querer.

En aquel momento, esas palabras no tuvieron sentido para Caillen. Durante toda su vida se había ideado la figura de su madre. Una druida o curandera que tras darle a luz había muerto a causa del parto, pero durante sus últimos minutos de vida había acunado a su hijo entre sus brazos. Eso era lo que su padre le había dado a entender durante aquellos años en los que solo un niño preguntaba por su

madre. Similar a la situación de Eliana, ambos habían crecido sin la parte materna y habían idealizado una figura que había existido en su pasado. Se puso en pie y caminó por la estancia, mirando con detalle cada rincón hasta que sus ojos se posaron en la mesilla donde reposaban varios libros y una pluma, observó uno de ellos y cómo un trozo de papel sobresalía entre las hojas. Con cuidado, Caillen agarró con los dedos la esquina del papel y lo sacó del libro, comprobando que había algo anotado en él. Era la letra de su padre.

Algún día espero que me perdones y entiendas por qué lo hice. Siempre quise lo mejor para ti, Caillen, no quería que tuvieras una vida de luchas. No quería que fueras una pieza en un juego que yo perdí.

Tu padre

Con lágrimas en los ojos, el joven releyó la pequeña nota y, derrumbándose, tomó asiento en la cama. Aturdido y confuso, repasó con las yemas de los dedos cada trazo de la letra escrita y una lágrima cayó emborronando parte de la tinta. Rápidamente, lo limpió y volvió a centrarse en el mensaje. Sus ojos fueron hacia la pluma que reposaba junto a los libros; disuadido por aquella nota, extendió su mano y la cogió. Mientras, sin ser consciente, era observado por unos ojos desde la puerta, que permanecía entornada. Declan le había seguido desde la distancia y, cuando se asomó entre la rendija, contempló la reacción de Caillen, su derrumbamiento, y, por mucho que en aquel momento sintiera que debía apoyarle, supo que no debía interrumpirle, por ello, sin hacer ruido, le dejó junto a su aflicción.

∞

Eliana contemplaba su reflejo sentada ante el tocador con los ojos hinchados a causa de las lágrimas que ya se habían agotado. Era un llanto silencioso. Con la mirada perdida, se preparaba para el funeral, no había dormido pensando que, en apenas unas horas, la joven daría sepultura a su padre terminando una etapa para dar paso a otra, para empezar su reinado. Con una extraña sensación amarga, recordó el enlace de su padre con Freya. Aquel día que todos pensaron que vendrían tiempos mejores a Glenn. Qué equivocados estaban, pues sí que se acercaron tiempos de cambio, pero no los que ellos se esperaban.

Eliana había visto la caída del sol a través de su ventana y ahora observaba cómo se alzaba indicándole que era la hora. Había ordenado al servicio que estuvieran listos para vestirla a primera hora

de la mañana. Con el vestido negro reposando sobre su cama, la joven veía cómo cepillaban su pelo, cómo ajustaban los cordones del vestido ciñéndolo a su cuerpo, pero ella no sentía nada. Tras la puerta, el capitán Breogan y Declan, ataviados con las armaduras, esperaban a la futura reina. Comenzaron a andar por el pasillo, en silencio. Cuando la joven se cruzó con Nathan, que abría la puerta de su aposento, deteniendo a la comitiva. El capitán y Declan se adelantaron dejando a la joven atrás.

—Siento lo de tu padre —dijo Nathan, que hasta entonces no se había disculpado—. Sé que no te alivia y que me tendrás rencor por haber impedido vengarte, pero no tenía otra opción.

—Espero que tengáis un buen viaje de vuelta —respondió Eliana sin mirarle—. Adiós, Nathan.

Eliana echó a andar dejando al joven inmóvil mirando cómo se marchaba.

Al llegar a la entrada del castillo, todo estaba listo, con el pueblo abarrotando las calles. Habían colocado el féretro del rey Gared en el centro de la escalinata, cubierto con un paño con el escudo de Glenn bordado. El pueblo guardaba silencio. Sobre las escaleras se encontraban Dahlia, Alec, Darian y Caillen, que observaron la llegada de Eliana. Colocándose tras el féretro, dio comienzo la ceremonia. Era habitual que, en el fallecimiento de un rey, se mostraran todos sus respetos, siendo el consejero o el guía del rey quien hiciese los honores.

Tras la muerte de Belenus, el hombre había sido enterrado junto a la laguna, pues era habitual en la cultura de los druidas pasar los días de su eternidad en un lugar cercano a la naturaleza. Por ello, Caillen había organizado su traslado desde el estudio, sin la presencia de nadie, pues quería guardarse ese momento a solas para él y, ahora, a falta de la persona que dictara los honores del rey, Eliana miró a Caillen, que tras lo sucedido ocupaba el puesto de Belenus, guiando a la joven como reina, por lo que con un gesto que él supo interpretar, cogiendo fuerza, el joven se adelantó colocándose tras el féretro.

—El rey Gared ha muerto, dejando tras él un magnífico reinado. Siendo uno de los mayores monarcas de la historia de nuestra tierra —comenzó—. Hoy lloramos su pérdida, pero haciendo honor a su sabiduría y a sus ideales. Pueblo de Glenn, podemos sentirnos orgullosos de nuestro rey porque hoy, a pesar de las pérdidas, hemos conseguido justicia y dignidad. Dejemos que descanse en paz aquel

que nos ha llevado a la gloria y rindamos nuestro homenaje al hombre que siempre ha luchado por nosotros.

—¡Viva la reina Eliana! —gritó una voz entre la muchedumbre.

—¡Viva! —le siguieron vitoreando.

La joven, mirando al frente, suspiró con pesar, consciente de por qué el pueblo vitoreaba su nombre, y no el de su padre. Pues a pesar del discurso de Caillen, sabía que en lo más profundo el pueblo sentía que había sido su padre quien había metido al enemigo en su hogar.

Caillen observó a la joven y, acercándose a ella, apretó el hombro de esta y, dándole un lento y cálido beso en la sien, se retiró. Mientras, dos soldados, acercándose al féretro, destapaban este mostrando el rostro del rey para que el pueblo pudiera rendirle homenaje y mostrarle sus respetos antes de darle sepultura. A pesar del descontento de los habitantes, no tardó mucho en formarse una fila de súbditos que pedían por el descanso de su rey. A su vez, Eliana, con los puños apretados para controlar sus emociones, quedaba con la mirada fija al frente. La ceremonia duraría hasta que todo aquel que quisiera hubiera presentado sus respetos al monarca, pero no estaba segura de poder soportar lo que ello conllevaba. Fueron horas hasta que el féretro volvió a taparse. Dahlia, Alec y Darian pasaron delante de Eliana, y con un gesto de respeto se despidieron. Habían preparado sus caballos para partir hacia Callander. Declan se acercó a ella por detrás.

—Nathan no ha asistido al funeral —dijo el joven, mientras Eliana contemplaba cómo elevaban el ataúd y lo portaban al interior del castillo.

—Tiene sus motivos, su hermana lo asesinó —respondió esta.

—¿Os fiais de él?

Eliana miró a Declan sin comprender, y algo pasó por los ojos de la joven. Con premura, entró en el castillo corriendo. Sin haberse percatado del alboroto perfecto que se había causado por el funeral del rey. Sin haber pasado por su mente la posibilidad de que se utilizase esa ocasión como escapatoria. La joven corrió por los pasillos, bajó las escaleras y llegó hasta la parte subterránea de la fortaleza donde se encontraban las mazmorras, llegando hasta la celda donde se suponía que debía estar Freya, pero ya no estaba. La puerta permanecía abierta y los cuerpos de los dos soldados que la vigilaban yacían inconscientes en el suelo. Los pasos de Breogan y Declan tras

ella contemplaron la escena, mientras el rostro de Eliana se tornaba en ira.

—¡Buscadlos! —gritó la joven, mientras volvía a echar a correr a la salida del castillo.

Enfurecida, volvió sus pasos hasta salir, y en aquel momento vio a Nathan que abandonaba las caballerizas sujetando las riendas de un caballo. Sin pararse, se dirigió hacia él. Con los ojos ardiendo en cólera y sin dominar su ira, se echó sobre el joven, comenzando a golpearle en el pecho.

—¿Dónde está?, ¿dónde está? ¿Qué has hecho? —gritó pidiendo explicaciones mientras las lágrimas caían sobre su rostro.

El joven agarró las muñecas de Eliana, deteniendo los golpes, y la miró a los ojos.

—Eliana, para, no he hecho nada —confesó con voz calmada.

—Mentira. ¡No está!, ¡ella no está! —gritó con la voz resquebrajada del dolor.

—Mi hermana tenía otros planes —dijo sin soltarla—. No te negaré que pensé en salvarla y utilizar el funeral como distracción, pero al parecer los reinos están construidos sobre secretos.

Nathan soltó las manos de Eliana y le tendió una pequeña nota que llevaba en el bolsillo.

—Estaba en el suelo de la celda.

Eliana miró sin comprender y leyó el mensaje emborronado:

Algún día espero que me perdones y entiendas por qué lo hice. Siempre quise lo mejor para ti, Caillen, no quería que tuvieras una vida de luchas. No quería que fueras una pieza en un juego que yo perdí.

Tu padre

Y, dándole la vuelta, la joven vio otro texto:

Era la única forma de llegar hasta mi madre.

Lo siento,

Eliana agarró la nota mientras otra gota se deslizaba por su mejilla. Apretando los labios, limpió su rostro con la mano. Con el corazón en un puño tras aquel golpe, observaba desde la entrada del castillo cómo Nathan se alejaba en su caballo. Con una sensación agridulce, contempló su reino, ellos se repondrían tras los desperfectos causados por la batalla, pero ¿y ella? Dolida, la joven se sentía traicionada. Mientras, en su cabeza, era consciente de que la victoria estaba en haber salvado a su pueblo y se preguntaba si algún día la venganza llevaría la victoria hasta su corazón.

Epílogo

Las pisadas retumbaban en el oscuro y estrecho pasillo. Un hombre corpulento de rostro serio cubierto con la capa de piel de zorro gris caminó dirigiéndose al salón, en la mano portaba una pequeña misiva que debía entregar con urgencia. Al doblar la esquina, pudo vislumbrar la iluminación de los altos candelabros negros y agachó la mirada al suelo al sentir aquellos ojos gatunos oscuros sobre él. Dio un par de pasos más, se detuvo y, clavando una rodilla en el suelo, extendió la mano tendiendo el trozo de papel. Una fina figura se levantó del asiento dejando caer con gracia la capa de plumas azabache que cubría su vestido de satén perlado, pero antes de coger la misiva, lanzó sobre la mesa el puñado de runas que había estado agitando en su mano. Finalmente, acercándose, agarró el trozo de pergamino y sin mirar a su mensajero se giró, abrió el papel. Leyendo atentamente, dibujó una sonrisa en su rostro y alzó la mirada, dirigiéndola hacia el fuego de la chimenea, llamó la atención del hombre que, cuchillo en mano, pelaba una manzana al comienzo de su putrefacción.

—Nos traerá al chico —dijo Silje suavemente.

—Ya es hora de que vuelva a su hogar.

La voz ronca de Kodran resonó en la sala y, sin mirar a su hermana, observó cómo las peladuras parduzcas se consumían entre las llamas.

Índice

Los tres reinos

Table of Contents